
PENÍNSULA
Kris Ubach
Pirineos. Más allá de las montañas

Índice


You
Tube
in

Sinopsis

Kris Ubach nos invita a un viaje para descubrir la magnitud de los Pirineos: grandes picos y valles, ríos caudalosos y aldeas encantadoras. Un recorrido fascinante y transversal desde Irún hasta el Cap de Creus en el que, además de los paisajes idílicos de estas montañas, conoceremos espías y nazis, montañeras legendarias, proscritos, pastores trashumantes o monjas de clausura... En definitiva, personajes con unas historias cautivadoras y leyendas ocultas del alma pirenaica.

Y, sin alejarnos del presente, oiremos las voces de los lugareños que habitan hoy sus tierras, mujeres y hombres que nos ayudarán a recuperar la memoria de los que ya no están y que nos mostrarán cómo se vive en las montañas y cómo han recuperado tradiciones olvidadas. Todos estos relatos darán sentido a cada parada y fonda de esta aventura.

Pirineos. Más allá de las montañas

Kris Ubach

Prólogo de Xavier Moret

ediciones península

Al meu avi Pere, fill del Pirineu

Me siento tan entusiasmada con los Pirineos que el resto de mi vida solo voy a soñar y a hablar de montañas, grutas, torrentes y precipicios.

AMANDINE AURORE LUCILE DUPIN,
«George Sand»


Hendaia
Irún
Sara
Ainhoa
Zugarramurdi
Amaiur
Arizkun
Elizondo
Donamaria
Orreaga-Roncesvalles
Orbaitzeta
Otsagabia
Eth Saut
Urdos
Lus e Sent Sauvaire
Col du Tourmalet
Aspin
Canfranc
Baños de
Panticosa
Villanúa
Gavarnie
Oliván
Sabiñánigo
Monasterio de
San Juan de la Peña
Aínsa
ESPAÑA

FRANCIA

Saint-Bertrand-de-Comminges
Bausen
Canejan
Les
Arròs
Santuari de Montgarri
Salardú
Arties
Escunhau
Vielha
Banhèras de Luishon
Llorts
La Massana
Pal
El Pas de la Casa
Encamp
Andorra la Vella
Sant Julià de Lòria
Llívia
Puigcerdà
Núria
Prats de Molló i la Presta
La Vajol
Monasterio de Sant Pere de Rodes
Ribes de Freser
Camprodon
El Pujal de Cabó
Organyà
Ripoll

MAR MEDITERRÁNEO

Prólogo

La mirada viajera

Me gusta perderme de vez en cuando por los Pirineos: para explorar rincones perdidos, para hacer excursiones por el monte, para disfrutar de una buena comida, para hablar sin prisas con la gente, para admirar el cambio de color de las hojas en otoño, para contemplar el agua cristalina de un río, para ver cómo va cambiando la luz a lo largo del día y de las estaciones y para fundirme con la naturaleza. Y es por eso que me gusta este libro de Kris Ubach: porque en él pasea su mirada viajera por unas montañas llenas de historias y nos muestra lo que se esconde detrás del gran telón de los Pirineos.

Conozco a Kris desde hace años y me consta que es una viajera excepcional. Cuando nos encontramos, la conversación suele girar en torno al viaje que acabamos de hacer o los viajes que proyectamos. Para entendernos, Kris es de esas personas que si le regalas una bola del mundo no la tendrá nunca como un objeto decorativo en lo alto de una estantería, sino que lo primero que hará será consultarla para ver a qué lugares lejanos puede ir. El mapa como tentación, como incitación al viaje. Y lo bueno es que Kris no se conforma con soñar viajes, sino que no para hasta encontrar la manera de llegar hasta allí, aunque sea al otro lado del mundo.

Kris ha viajado por todos los continentes, pero en este libro escribe sobre los Pirineos, un destino cercano y, sin embargo, no demasiado conocido. La mirada viajera que ha ejercitado por todo el mundo la aplica ahora a los Pirineos, deteniéndose tanto en las descripciones de un paisaje majestuoso como en las conversaciones con gente relevante, sin olvidar los encuentros casuales. Las fotografías que ilustran el libro son también importantes, ya que Kris es, además de viajera, una excelente fotógrafa.

Para mí, este es un ejemplo de cómo tiene que ser un libro de viajes: la autora pasea por los Pirineos con un plan preconcebido, pero no renuncia en ningún momento a aguzar el oído y la vista para recoger las anécdotas del día a día, las que te hacen revivir la emoción

del viaje y reaccionar sobre la marcha a la aparición de personajes o destinos interesantes.

El libro de viajes tiene, en mi opinión, tres fases perfectamente diferenciadas. La primera consiste en documentarse bien antes de partir: leer todo cuanto puedas para saber adónde vale la pena ir y con quién sería bueno encontrarse. La segunda es emprender el viaje sin prisas, con los sentidos alerta, sin demasiadas ataduras y sin un calendario cerrado, dejándote tentar por los desvíos y propuestas que pueden surgir por el camino. La tercera y última consiste en saber contarlo, teniendo claro que el diario que recoge el día a día del viaje no es el libro, sino que hay que partir de una estructura bien trabada en la que se pueda mantener viva en todo momento la ilusión del viaje.

La mirada viajera de Kris le permite cumplir con estas normas y descubrir temas que quizá no se ven a primera vista, como una isla intermitente en Irún, historias de brujas y proscritos, los silencios profundos de unas monjas de clausura, la sufrida transhumancia, las fiestas ancestrales, los puertos míticos del Tour de Francia, el contrabando, el cultivo del tabaco... Es evidente que Kris ha sabido leer el paisaje de los Pirineos para contarnos, a partir de él, historias emocionantes del Santo Grial, de iglesias románicas, de balnearios históricos, de estaciones de tren olvidadas, de pueblos deshabitados, de aventuras épicas que ocultan las montañas, de episodios de la Guerra Civil o del exilio... También asoman en sus páginas personajes ilustres que se han sentido fascinados por los Pirineos, como Ernest Hemingway, Pío Baroja, Victor Hugo, Gustave Flaubert, Camilo José Cela, Josep Maria Espinàs y muchos otros.

No faltan tampoco en este libro referencias a la rica y variada gastronomía de los Pirineos, como no podía ser de otro modo en un libro de viajes. Ni a personas encantadoras, quizá anónimas, en cuya mirada y en cuya memoria puede leerse lo duro que es vivir en invierno en unos pueblos ensimismados, pero también la energía que insufla estar rodeados de un paisaje grandioso.

XAVIER MORET

Presentación

Durante muchos años hubo en Mataró, la ciudad donde crecí, una librería que se llamaba Robafaves. En aquel lugar de pasillos estrechos que siempre olía a cartón, lleno de estantes atiborrados y mesas con ejemplares apilados que amenazaban derrumbe, empezó de algún modo esta historia del Pirineo cuando una tarde de lluvia —algo que siempre fue muy propicio para que el grupo de adolescentes que éramos entonces mis amigos y yo nos refugiáramos entre libros y cómics— solicité a uno de los libreros que me recomendara algún libro de viajes.

—*El gran bazar del ferrocarril*, de Paul Theroux —sentenció sin dudar aquel simpático señor que si no me falla el recuerdo tenía barba y apoyaba sus gafas en la punta de la nariz—. Es de lo mejor que se ha escrito en crónica de viajes.

Ante la afirmación categórica de aquel profesional de los libros, pedí que me pusieran a Theroux para llevar sin saber que aquello sería el germen primerísimo de lo que por ahora ha sido el resto de mi vida.

Leí sin descanso aquella crónica del viaje que hizo Theroux. El norteamericano partía de Londres y se desplazaba a través de Oriente Medio, India y el sudeste asiático en un constante subir y bajar de trenes cuya vida interior era la verdadera esencia de la narración. En mi sensible adolescencia, Theroux me enseñó su visión de Asia (y sobre todo de los asiáticos), pero aquellas páginas escondían otra revelación: que había personas que dedicaban su vida a viajar y a contarlo. En la era de Instagram, TikTok, los blogs y las revistas digitales no saberlo puede resultar altamente naíf. Pero, en fin, estábamos a principios de los años noventa.

Después de Theroux (y de toda su bibliografía), llegaron sin orden cronológico ni geográfico Patrick Leigh Fermor, John Steinbeck, Mary Kingsley, Ryszard Kapuściński, Harry Thompson, Anne-France Dautheville, Manu Leguineche, Montserrat Roig, Barbara Demick y muchos más —necesitaría dos páginas enteras para citar a todas las

personas a quienes acompañé en sus viajes a través de las páginas—. Y así fue como, crónica tras crónica, narración tras narración, también yo fui encaminando mi viaje vital para llegar a ser alguien que muy modestamente se desplazara hasta cualquier punto del planeta para después contar lo que allí sucedía. Primero fueron escapadas pequeñas, tímidas y locales para ilustrar una sección de qué-hacer-un-fin-de-semana para *El Periódico de Catalunya*; y con los años fueron llegando otras publicaciones que me darían la oportunidad de explicar cómo es el mundo y, por encima de todo, cómo son y qué hacen las personas que viven en él. Así trabajé para las ya desaparecidas revistas *Altaïr* (en su primera etapa) o *Rutas del Mundo,* para después seguir narrando historias con las palabras, la imagen y la voz para *Lonely Planet*, *Condé Nast*, *National Geographic* o Catalunya Ràdio, entre muchos otros medios en los cuales más de veinte años después, y a pesar de la crisis que atraviesa el sector, sigo colaborando.

Así que, en este oficio de narrar los paisajes y paisanajes del mundo desde el Polo Norte hasta la Antártida —a la que viajé para cubrir una serie de reportajes para *Lonely Planet*— llegó el día en que sentí la necesidad de poder trascender las quince páginas de extensión máxima o los veinte minutos de radio que te dan para un reportaje. Quería ir un poco más allá. Debía escoger un lugar para sumergirme en él extensamente, y los Pirineos fueron la primera respuesta, la más cercana, la más estimada por muchos motivos. El principio más lógico y coherente para la magna aventura que suponía escribir la crónica de un viaje en formato libro.

Por motivos prácticos y sobre todo porque una modesta escritora de viajes como yo, que vive de publicar artículos en revistas, de hablar sobre viajes en la radio y de hacer fotografías profesionales para los más variados clientes, no puede permitirse el lujo de pasar fuera de casa cuatro meses enteros como hizo Theroux, el viaje en coche desde Irún hasta el Cap de Creus se desarrolló en realidad en cinco viajes largos entre el verano de 2021 y la primavera de 2022: uno para Navarra, otro para Aragón y tres más para la Val d'Aran, Andorra y Catalunya oriental, además de varias escapadas adicionales para completar informaciones y entrevistas. Cinco viajes consecutivos que se realizaron de manera lineal de occidente a oriente, y a los que hay que sumar toda una vida como visitante recurrente de los Pirineos: desde la Andorra en la que pasé parte de mi niñez o La Cerdanya de

mis primeros pasos como montañera adolescente, hasta las frecuentes visitas a toda la cordillera en edad adulta por motivos principalmente deportivos, pero también para visitar a amigos (después de escribir este libro he sumado unos cuantos), para realizar reportajes, para conocer la gastronomía de varios lugares, para asistir a fiestas populares y, en definitiva, para exprimir la vida.

Euskadi y Navarra

La isla intermitente

Mucha gente no lo sabe, pero en la desembocadura del Bidasoa hay una isla que es española durante seis meses y que el resto del año pertenece a Francia. Y así se ha alternado cada semestre, ininterrumpidamente, desde 1856. La Isla de los Faisanes es una de esas divisiones territoriales insólitas que salpican el mapa geopolítico mundial. Si queremos ser fieles al vocabulario utilizado por el derecho internacional, se trata de un condominio, es decir, que dos Estados ejercen la soberanía compartida sobre un mismo territorio.

Este islote de dominación intermitente —Konpantzia en euskera e Île de la Conférence en francés— en realidad no es gran cosa y, no, no tiene faisanes. Desde la orilla guipuzcoana solo se aprecian las escolleras y un puñado de árboles, pero la vegetación esconde un monolito conmemorativo que explica muchas cosas. Entre ellas, que esta crónica sobre los Pirineos empiece justo aquí, en Irún.

Y es que la Isla de los Faisanes fue el lugar donde el 7 de noviembre de 1659 se firmó el Tratado de Paz de los Pirineos, que, además de poner fin a la Guerra de los Treinta Años, establecía los límites fronterizos tal como los conocemos hoy. Desde entonces, por regla general las cumbres pirenaicas marcarían el límite entre España y Francia y algunos territorios, como el *comtat* del Rosselló o treinta y tres pueblos de La Cerdanya, pasarían a formar parte del Estado galo.

Hoy, viendo el insignificante tamaño de la isla, parece mentira que en ella tuvieran cabida los descomunales circos protocolarios que se organizaron para la firma del tratado y para el posterior encuentro real. El ideólogo y diseñador de la puesta en escena no fue otro que el mismísimo pintor Diego de Velázquez, quien por aquel entonces gozaba del cargo de aposentador real. Se levantó un pabellón con diversas estancias que se decoraron con todo el lujo y ostentación que requería el momento y la talla de sus actores. Hubo tapices de grandes dimensiones, exquisitas alfombras persas, mobiliario de alto *standing* y óleos pintados para la ocasión. En definitiva, muchos dorados y mucha

seda.

Desde Madrid viajó el valido de la corona española Luis Méndez de Haro, conde-duque de Olivares, y desde París llegó su homólogo francés y sucesor político de Richelieu, el cardenal Mazzarino. Sendos puentes de madera —uno desde cada país— daban acceso a la isla, donde todo se dispuso para la ocasión. Bajo las palabras «los Montes Pyrinèos, que havian dividido antiguamente las Galias de las Españas, harian tambien en adelante la division de estos dos mismos Reynos», se trazaron las firmas. Y a otra cosa mariposa, les gustara o no a los habitantes de las zonas implicadas. Las consecuencias territoriales y humanas de aquella división administrativa todavía hoy son objeto de discordias, como es natural aquí y en todas las fronteras que un día se trazaron a lápiz (y en ocasiones también con una regla) sobre un mapa.

Pocos meses después, la isla recibiría a la comitiva real de Felipe IV, llamado «el Rey Planeta», y al francés Luis XIV, con todo su séquito y su fanfarria. La fotografía de aquella ocasión nos ha llegado en forma de pintura al óleo, un lienzo al más puro estilo *La Rendición de Breda* firmado por Jacques Laumosnier, en el que aparecen retratados y convenientemente idealizados los actores del momento. En *Entrevue de Louis XIV et de Philippe IV dans l'île des Faisans* (1660) se ve a los dos soberanos reverenciándose mutuamente, a los negociadores del tratado Haro y Mazzarino, y a la pobre hija del monarca español, María Teresa —que fue entregada en matrimonio al rey francés como parte del trato—, además de otras damas y prohombres vestidos de gala entre los que se reconoce al pintor sevillano Velázquez, quien murió ese mismo año sin poder ver el final de la película.

Bajo el paraguas y desde la valla que me separa de las aguas del Bidasoa, contemplo el islote y miro el reloj. No querría que mis ensoñaciones me hicieran llegar tarde a la cita que tengo hoy con Sagrario Arrizabalaga, la archivera municipal, con quien he quedado para que me cuente algunos detalles sobre esta curiosa isla compartida. Aún quedan un par de horas, así que aprovecharé para dar un paseo por Irún.

Dejo atrás el río y me sumerjo en la zona del Ensanche, un lugar que tiene algo de desbarajuste arquitectónico, como si los que fueron llegando hubieran construido a su antojo, sin mirar los edificios que

tenían a su alrededor. Hay villas históricas, edificios modernos y todo lo que pueda caber entre esas dos definiciones mezclado sin orden ni concierto. Definitivamente, la Irún moderna no es bonita. Y, aunque la ciudad vive a la sombra turística de su hermana siamesa, Hondarribia, esta localidad guipuzcoana tiene una cosa por la que —según me han dicho al preguntar en la calle por una cafetería— merece la pena venir: la Pastelería Aguirre.

Cuando llego ya hay cola en la puerta para acceder al local, así que pido turno y me sitúo detrás de dos señoras mayores que departen animadamente en euskera. En los escaparates se exhibe una sola especialidad: una especie de bollos del tamaño de un melón cubiertos de azúcar glaseado. Cuando llega mi turno, interrogo a la dependienta:

—*Egun on*, ¿qué son esos bollos gigantes del escaparate?

—Son coronas de *brioche*. Las tienes de tres, cuatro y cinco raciones.

—¿Y tengo que llevarme el *brioche* entero o puedo pedir una porción para probar?

—Claro, claro, te servimos una ración. ¿Quieres también un café?

—Sí, por favor. ¿Esto de las coronas de *brioche* es una especialidad vuestra o se encuentra por toda la ciudad?

—En realidad, el *brioche* —cuenta la dependienta, que es extremadamente amable— es una receta tradicional francesa, pero debo decirte que a nosotras nos sale muy bien. Nos hemos especializado en todo tipo de dulces de hojaldre, y desde siempre se nos ha reconocido por eso. Aquí puedes ver todas las variedades que hacemos —dice, señalando un expositor con toda una panoplia de delicias hojaldradas—. Lo que más pide la gente son el milhojas de crema y también el *brioche* que vas a probar. Te va a gustar, ya verás.

Con el aspecto que tiene, no me cabe la menor duda.

El interior vetusto y algo *demodé* del local deja adivinar que este sitio tiene solera, pero aun así, y viendo la santa paciencia que tiene esta mujer, pregunto:

—¿Y hace mucho que funciona esta pastelería?

—Pues la fundó justo al terminar la guerra un señor que se llamaba Ángel Aguirre. Hoy el negocio lo llevan las dos hijas de Aguirre y el hijo de Luis Iriarte, que fue pinche en el obrador desde el principio.

—Muy amable. *Eskerrik asko*.

Cojo la bandeja con el café y la corona de *brioche* que se sale del plato y me siento en un rincón de la barra del fondo. Las dependientas no dan abasto atendiendo a la gente que viene a comprar. Los milhojas, los rascacielos, los jesuitas y el resto de especialidades poco indicadas para empezar una dieta vuelan de mano en mano. El *brioche*, que esconde pasas en su interior, merece su fama y es sorprendentemente ligero a pesar de su tamaño. Al terminar, recojo para irme y desde el mostrador la dependienta me guiña un ojo.

—¿A que te ha gustado?

—Tanto como para pedirme uno entero la próxima vez.

El azúcar me da fuerzas para subir andando hasta el archivo municipal, el Irungo Udal Artxiboa, que se ubica en una espectacular mansión decimonónica rodeada de jardines. Al ver el porte del edificio, con sus columnatas, pérgolas y blasones, le sumo a la Isla de los Faisanes y a la Pastelería Aguirre otro motivo para conocer Irún y cruzo la verja de hierro de la mansión. Sagrario ya me está esperando.

—Gracias por recibirme —le digo—. Como ya te conté por teléfono, estoy buscando información sobre la Isla de los Faisanes, sobre todo fotografías antiguas.

—Tenemos más de setenta mil imágenes digitalizadas en la fototeca, así que acércate y así las vemos en el ordenador. Vamos a buscar las anteriores a la Guerra Civil, que son muy interesantes —dice, mientras da un rápido tecleo.

En pantalla aparece una colección de *thumbnails* muy prometedores. Le echo un rápido vistazo al conjunto y le pido a Sagrario que amplíe una de las imágenes. Clic. Es una postal, según indica el pie de foto, «anterior a 1918». Lleva un sello franqueado de la Republique Française de veinticinco céntimos. En ella se ve a tres guardias uniformados posando frente a una tosca garita de madera que más bien parece una de esas casetas de playa. Bajo la foto reza: «*Types espagnols. Un poste de Carabiniers sur les Bords de la Bidassoa*».[1]Al fondo de la imagen se intuye la isla.

Después vemos otra postal más de datación incierta, «anterior a 1903», esta con sello español de cinco céntimos donde aparece el rostro de un Alfonso XIII infantil. La descripción dice: «Carabinero en el puesto de guardia o garita radicada frente a la Isla de los Faisanes, apreciándose a la derecha la fábrica de muebles y el antiguo puente

internacional».

—Hay otras dos postales con la misma fotografía —dice Sagrario.

En efecto, hay otros dos retratos idénticos del mismo gendarme de pie, congelado frente al río. Una de ellas lleva sello francés y la otra, sin franquear, luce una inscripción que alguien hizo a mano «*Territoire neutre avant 1901. Pas depuis! Bons souvenirs*».[2]

Es sorprendente que la gente mandara tarjetas postales en las que aparecían puestos fronterizos y carabineros posando para la foto. Supongo que en aquellos tiempos en los que cruzar fronteras no era algo que se hiciera todos los días, estas estampas tenían algo de lejano y exótico.

—Aquí la isla parece más pequeña de lo que es hoy, ¿no?

—Sí, es normal. Esto es una desembocadura y las islas que contiene sufren erosiones provocadas por la corriente de reflujo del río. A lo largo de los siglos se han hecho varias obras de defensa para frenar ese desgaste. Hoy en día este tipo de cosas se monitorizan desde la Ayudantía Naval del Bidasoa, que está a cargo de la Isla de los Faisanes.

Finalmente encuentro la foto que buscaba: una donde se ve de cerca el monolito que conmemora la firma. Es otra postal de «principios del siglo XX» con un sello español de veinticinco céntimos que evidencia cuánto subió el precio de los envíos postales en muy pocos años. En él aparece un Alfonso XIII ya adolescente.

—Qué lástima. No se aprecian las inscripciones. Como no hay modo de acceder a la isla, pues esta carece de puentes, me he quedado con las ganas de saber cómo es el memorial.

—No te preocupes, yo sé lo que pone —dice la archivera, orgullosa. Busca y rebusca entre los cajones y saca una publicación que ella misma escribió hace unos años—. Aquí lo cuento, ¿ves? La lápida que mira hacia el sur contiene el siguiente texto: «EN MEMORIA *DE LAS CONFERENCIAS DE MDCLIX*

POR LAS CUALES / FELIPE IV Y LUIS XIV / CON UNA FELIZ ALIANZA *PUSIERON TÉRMINO* A UNA EMPEÑADA GUERRA *ENTRE SUS DOS NACIONES* RESTAURARON ESTA ISLA / ISABEL II DE LAS ESPAÑAS /

Y / NAPOLEÓN III EMPERADOR DE LOS FRANCESES / EN EL AÑO MDCCCLXI». En la vertiente norte hay una inscripción que reza lo mismo, pero en francés. —La mujer me mira sonriente y se levanta como dando por concluida la visita.

—Sagrario, ¿puedo hacerte una última pregunta? ¿A qué viene eso de los faisanes?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero recuerdo haber leído un artículo que recoge las teorías de varios pseudoeruditos locales sobre el tema. Espera, que lo buscamos.

Arrizabalaga se mueve por las páginas de la hemeroteca con una agilidad admirable, y en pocos segundos da con la publicación en cuestión. Es un ejemplar del periódico *El Bidasoa* del 28 de junio de 1959, un número extraordinario que salió con motivo de las fiestas de San Marcial. El diario abre con el programa festivo: «A las ocho de la mañana - Diana por la Banda militar *A las diez y media - Solemne misa mayor en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Juncal* A las cuatro de la tarde - Revista de las fuerzas del Alarde por el General y su Estado Mayor / A las siete y media - Bailables en la plaza de España por la banda Militar»... Me alegra ver que, por lo menos, entre las actividades castrenses pusieron una carrera ciclista y unos fuegos artificiales; algo es algo. En la página 15 del periódico, un artículo firmado por «Rene Cuzaq. Agregado de la Universidad» trata de arrojar luz al asunto de los faisanes mencionando a varios autores locales que explican los diversos posibles orígenes del topónimo. Pero ninguno de ellos tiene un peso concluyente para el licenciado autor del reportaje.

—La verdad es que la isla —expone Sagrario— tuvo muchas denominaciones a lo largo de los siglos: de los Cisnes, de los Halcones, del Hospital... Pero yo me quedo con la versión de que su nombre deriva de las reuniones que en ella se celebraban entre los *faisans* labortanos y los *faceros* guipuzcoanos y navarros para dirimir sobre asuntos de pesca y de comercio entre ambas riberas.

—Tiene mucho sentido, sí. O sea, que nunca hubo faisanes.

—No, diría que no.

Me despido de la documentalista, que regresa a toda prisa a la pantalla de su ordenador y salgo a la calle confiando en poder dejar el paraguas guardado en el bolso. Pero no. Prosigo mi húmedo caminar por la parte vieja de Irún (empiezo a reconciliarme con la estética de esta ciudad) y paso sobre el lugar donde floreció la vieja Oiasso romana para llegar de nuevo al Bidasoa. Desde aquí tengo dos opciones para cruzar el río hasta Hendaia: navegando o por carretera. Yo elijo la segunda.

Junto a la señal de entrada a la localidad, HENDAYE - HENDAIA - *VILLE FLEURIE*, y ocupando la ladera de una colina, se extiende el cementerio, a cuyo alrededor han florecido bonitos chalets de segunda residencia y *chambres d'hôtes*.[3]No deja de ser paradójico que en nuestra cultura, que vive siempre de espaldas a la muerte, sean los difuntos quienes den la bienvenida a una ciudad de vacaciones.

A muchos, el nombre de Hendaia les evoca un tren, dos dictadores y una reunión que se cerró sin acuerdo, pero lo cierto es que la localidad nada tiene ya de blanco y negro. Posee una parte vieja de foto que se mira en el espejo de Hondarribia, una playa llena de surfistas y un castillo neogótico de esos que se hacían con mucho dinero y ganas de aparentar. Y también tiene ese islote equidistante en el Bidasoa que abanderan durante seis meses y que aquí llaman, ya lo sabemos, Île de la Conférence.

Irún-Hondarribia y Hendaia tienen muchas cosas en común, y una de ellas es que ambas son inicio —o final, según se mire— de dos travesías pirenaicas emblemáticas que recorren en paralelo los Pirineos, de extremo a extremo. Una discurre por la cara norte, íntegramente por territorio francés: es el GR-10. Luego tenemos el GR-11, que camina por tierras vasconavarras, aragonesas, andorranas y catalanas. Quienes diseñaron estas rutas quisieron que sus inicios (o sus finales) en el Atlántico fueran en cierto modo poéticos, y por ello el GR-11 arranca en el muy pintoresco Higerko itsasargia (Faro de Higuer), desde el que ya se divisan las primeras estribaciones de la cordillera. Su homólogo francés tiene su inicio en un lugar menos íntimo, pero con más glamur: el arabesco casino de Hendaia, situado entre la playa y el bulevar de la Mer.

Yo no recorreré ninguno de los dos. En primer lugar, porque este viaje será en gran medida, y por cuestiones logísticas, al volante de un coche. Y en segundo lugar porque no quiero verme obligada a escoger un bando u otro, ni a viajar en línea recta sin pisar la frontera, como quien zurce los bajos de un pantalón. Mi ruta saltará en zigzag por la cordillera. Ese es el único modo de entender los Pirineos, ya que, no importa en qué cara estés: ambas comparten la misma cultura. Al fin y al cabo, la frontera invisible que dibujan las cumbres pirenaicas se pactó por unos cuantos señores poderosos, en una isla insignificante y sin que nadie preguntara a los interesados.

Las brujas (que nunca lo fueron) de Zugarramurdi

Si desde Hendaia hubiera seguido a pie por la transpirenaica GR-10 a través de los collados de Poiriers, d'Ibardin y Les Troix Fontaines, hubiera llegado a Sara-Sare al cabo de treinta y tres kilómetros, 1.295 metros de desnivel positivo acumulado y unas once horas y media de caminata. Eso me hubiera dado mucha perspectiva de cuánto costaba moverse por estos valles en el pasado. Pero al volante —plenamente consciente de que me pierdo muchos paisajes y muchas experiencias en el camino— apenas tardo treinta y nueve minutos.

Sara es uno de los cuatro municipios que conforman el territorio Xareta, una marca turística que se creó para promocionar conjuntamente cuatro pueblos fronterizos, dos de los cuales pertenecen a la región francesa Nouvelle-Aquitaine —Sara y Ainhoa— y los otros dos —Urdazubi y Zugarramurdi— a Navarra.

Junto al aparcamiento público de la localidad, un frontón que se me antoja inmenso es la primera declaración de intenciones de una población que se reivindica profundamente *basque*. Sara llegó a tener hasta cuatro frontones, pero hoy solo se conservan dos: este, que ejerce de epicentro de muchas de las festividades locales, y otro más antiguo junto a la iglesia. Por desgracia, hoy no hay juego de pelota ni en uno ni en el otro, pero sí tenderetes con artesanía y unos pantagruélicos *gâteaux basques*[1]que a todas luces son las estrellas indiscutibles de la venta. La masa rezuma mantequilla e ingentes cantidades de crema pastelera en el relleno. No necesitan más presentación. Pido una porción para llevar (no puedo seguir comiendo dulces todo el viaje) e inmediatamente entiendo por qué la gente los compra de dos en dos. Hasta les han dedicado un museo en la localidad.

Es fin de semana y se nota: hay mucho ambientillo en el *bourg*,[2]y en las terrazas que ocupan toda la acera ya no queda ni una sola silla libre. Pero no sucede lo mismo en el interior de la iglesia, donde, excepto por una pareja que observa ojiplática el alarde de ebanistería,

nadie más se ha dejado caer. Es una basílica imponente, con sus tres pisos de galerías, su campanario construido a modo de fortaleza y una inscripción agorera sobre el reloj de la torre que me cuesta descifrar: «Oren guziek dute gizona kolpatzen, azkenekoak du hobirat igortzen».

—Todas las horas golpean al hombre, la última es la que lo lleva a la tumba —dice alguien en francés detrás de mí. Es el señor a quien le he comprado el trozo de tarta, que regresa a la furgoneta con varias bandejas vacías.

—¡Ah! Vaya, gracias. ¿Eres de aquí? —le pregunto en castellano.

—Lo siento, *pas d'espagnol.* ¿Hablas euskera?

—Ojalá, pero no. Solo algunas palabras de supervivencia.

Y continuamos la conversación en francés.

—Soy de Ainhoa. Tienes que ir. No está muy lejos y es el pueblo más bonito de Iparralde, que es como le decimos aquí al norte del País Vasco —dice sin perder la sonrisa—. Y también merece la pena Ezpeleta, que celebra la fiesta del pimiento en octubre.

—Sí, precisamente iré hacia Ainhoa en un rato. ¿Fiesta del pimiento? Qué interesante. Y la fiesta del *gâteau basque*, ¿cuándo es?

—¡Cada día! ¿Te gustó?

—¡Sí, mucho! La próxima vez probaré el de mermelada.

—El mejor es el de cerezas —dice en voz baja, como si confesara una falta—. Bueno, tengo que irme. ¡Pásalo bien!

—¡Gracias! *Au revoire*. *Agur*.

Sigo mi visita a la iglesia entrando en el cementerio, uno de esos camposantos antiguos bien pegado a la basílica, con sus difuntos situados lo más cerca posible de la salvación. Entre las lápidas y las cruces destaca un conjunto escultórico que ya de lejos se adivina dedicado a los caídos en alguna guerra. Me acerco y, en efecto, veo que la imagen pétrea de una mujer amortajando a un soldado fallecido es el homenaje que Sara le hizo a sus muertos en las dos grandes contiendas europeas del siglo XX. Entre los nombres de los valientes finados descubro el del Víctor Iturria, un *pelotari* labortano que acabó convirtiéndose en todo un héroe local.

Su historia es bastante insólita. Iturria, que había nacido en 1914 en la vecina Basusarri, se crio en Sara, donde además de trabajar como cantero inició una fulgurante carrera deportiva como jugador de pelota vasca que finalizó abruptamente por el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Según cuenta el historiador Dominique Lormier en

Les grandes figures de la Résistance française,[3] el joven se presentó voluntario cuando estalló la contienda y fue incorporado al 4e Régiment de Dragons. Con ellos participaría en la célebre batalla de Francia de 1940 en Pas-de-Calais para intentar detener a un Tercer Reich que —entonces no lo sabían— acabó invadiendo Francia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo. El soldado Iturria, que como buen *pelotari* contaba con un estado físico portentoso, utilizó la fuerza y habilidad de su brazo derecho para lanzar granadas de mano a los tanques nazis como quien juega un partido de pelota. Destrozó siete vehículos blindados Panzer en un solo día, ante el horror de los alemanes y el asombro de todo su regimiento.

Después de aquella gesta, su vida duraría poco más. Vista a cámara rápida: le condecoraron, le rescataron herido de la playa de Dunkerque, luchó en Oriente Medio, conoció a Winston Churchill, subió de rango, más condecoraciones, murió acribillado cerca de la Loire en 1944, le enterraron en Sara con veintinueve años y le nombraron caballero de la Legión de Honor francesa. Además de tumba y homenaje escultórico en el cementerio, la localidad que le vio entrenar tantas veces levantó un sentido memorial en su honor… en el frontón. ¿Dónde si no?

La otra población de Xareta que comparte con Sara su pertenencia administrativa a la República francesa es Ainhoa, que no tiene héroe de guerra, pero sí frontón. Frontón que por cierto ejerce de muro de contención del viejo cementerio y que es de un brillante color melocotón. Doy un paseo para hacer algunas fotos y ya desde el primer momento la muy perfecta Ainhoa me parece casi irreal. Pido un café, me siento en una terraza en la calle principal y me dedico a observar sin perder detalle. El escenario tiene una belleza impecable, con todas esas casas de arquitectura típica labortana que parecen recién encaladas, con sus voladizos y sus entramados de madera del siglo XVII pintados de rojo. Los geranios en los balcones que no falten. Todo es ideal, incluso las personas, que parecen los actores de una película al más puro estilo de *El Show de Truman*. Hay una pareja de senderistas ideales de aspecto nórdico y sonrisa permanente; una abuelita ideal de pelo blanco regando las macetas en un balconcillo; un camarero ideal con una muy típica camiseta marinera de Bretaña; unos niños ideales jugando a pelota en el frontón… Me gusta Ainhoa: el pastelero tenía razón. Es, como dirían los periodistas de viajes

asiduos a los tópicos viajeros, «un pueblo de postal», «un marco incomparable» o «el secreto mejor guardado de Xareta».

Termino mi café antes de que sigan llegando más actores ideales y me dirijo hacia Urdazubi-Urdax, en el lado navarro. Atravieso sin parar la postiza Dantxarinea —uno de esos lugares que deben su existencia a la frontera y que son una simple sucesión de estancos, tiendas de licores y gasolineras— y llego a Urdazubi a los pocos minutos. Igual que el resto de labortanas, también es esta una localidad minúscula con algunos caseríos dispersos y unas cuantas mansiones construidas por los indianos, pero con una imponente abadía premostratense a cuyo alrededor parece que el pueblo se haya encogido. La prepotencia arquitectónica del Real Monasterio de San Salvador tiene su razón de ser, pues sus prelados fueron los señores feudales de toda la región durante la Edad Media y no fue hasta bien entrado el siglo XVIII cuando el pueblo de Urdazubi consiguió la segregación y fue declarado libre del dominio administrativo del abad. San Salvador fue poderoso, muy poderoso. Por él pasaba (y pasa) el Camino de Santiago baztanés, tenía vínculos con la monarquía y sus abades gozaban de voz y voto en las Cortes de Navarra.

Y aquí arranca lo que venía anunciando en el título de este capítulo. Algunos historiadores y académicos, entre ellos el antropólogo vasco Mikel Azurmendi, sitúan esta abadía —y concretamente en la figura de fray León Aranibar— en el origen de la implacable caza de brujas que se llevó a cabo en estos valles a principios del siglo XVII. Es bien sabido, y así está documentado, que con anterioridad a los hechos de Zugarramurdi (que en 1610 llevaron a la hoguera a once personas y sometieron a terribles castigos a cuarenta y dos más), cualquier conflicto atribuido a la brujería —a saber, la pérdida de una cosecha, la muerte de ganado…— se dirimía entre vecinos en la parroquia local. En aquellas sesiones había acusaciones cruzadas, discusiones y ventilado de trapos sucios que normalmente terminaban con un perdón, una cancelación pública y cada uno para su casa.

Pero se cree que el todopoderoso abad León Aranibar, que había solicitado ser agente inquisitorial, avisó al Santo Oficio por un suceso brujeril acaecido en la aldea de Zugarramurdi. El asunto en cuestión fue que una aldeana, María de Ximeldegui, afirmó haber pertenecido a una secta maléfica de cuyo influjo se proclamaba ya milagrosamente

curada. Ximeldegui aseguró haber visto un aquelarre en el que participaban varias vecinas y vecinos del pueblo, quienes empujados por el miedo y las amenazas empezaron a señalarse los unos a los otros.

Lo que vino después ya no pudo pararlo nadie.

Ante la estupefacción de toda la aldea —que, como sabemos, hasta la fecha había ventilado sus asuntos de puertas para adentro—, llegaron a Zugarramurdi dos inquisidores, Juan del Valle Alvarado y Alonso Becerra, quienes apresaron al grupo de acusados y les obligaron entre amenazas y tretas a confesarse *bruxas* y *bruxos*. Las pesquisas de los dos inquisidores concluyeron que allí operaba una «secta secreta basada en la apostasía de nuestra santa Fe y adoración del Demonio» y todo el proceso culminó con el Auto de Fe de Logroño de 1610, donde se quemó a once personas (cinco de las cuales ya habían muerto por martirio o enfermedad en la cárcel) y se «perdonó» a otras cuarenta y dos. Así quedó registrado en el Auto de Fe de Logroño de 1610:

> Llegados al cadahalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en él, por baxo de la Santa Cruz: las once personas que habían de ser relaxadas, que eran cinco hombres y seis mugeres, en la más alta grada, y luego los reconciliados, y en lo más baxo los que habían de ser penitenciados. Y de la otra parte del tablado, enfrente, se subia por once gradas al sitial donde se pusieron los señores Inquisidores.

Ya podemos imaginar lo que siguió. Unos fueron quemados y otros —entre los que convenientemente se contaban judíos, *moros* y agotes— fueron azotados, obligados a vestir sambenito, desterrados de por vida, mandados a galeras, condenados a cárcel perpetua o forzados a abjurar de sus respectivas religiones, entre otras condenas que se consideraron altamente piadosas por la escena eclesiástica allí congregada. El Santo Oficio, que ansiaba imponer su autoridad, pudo dar un buen escarmiento a ciertos miembros de una sociedad descarriada que tenía sus propias creencias y que usaba unos remedios naturales que escapaban a su comprensión.

Nunca se llegó a saber a ciencia cierta por qué María de Ximeldegui acusó a ciertas vecinas de Zugarramurdi de brujería sin venir a cuento, pero hay historiadores —como Henningsen o Azurmendi— que apuntan hacia fray Aranibar. Resulta que, años antes del proceso, la aldea de Zugarramurdi se había segregado del

Monasterio de San Salvador de Urdazubi, constituyéndose como parroquia autónoma con su propio ayuntamiento. Al prelado no le gustó nada este suceso que le hacía perder tierras, dinero y, en definitiva, poderío, pero aparentemente no hizo nada. Eso sí, los líderes civiles de aquel movimiento de separación territorial y sus familias fueron quemados en las hogueras de Logroño el 7 de noviembre de 1610.

Me acerco al monasterio, pero ya de lejos percibo que allí no se mueve ni un alma. Hay dos peregrinas mirando un panel de información turística, y al verme llegar me preguntan si sé a qué hora abre el recinto monacal. En la puerta de la abadía un cartelito lo deja claro: los lunes y los martes está cerrado, así que me temo que hoy las tres nos quedaremos con las ganas. Las chicas cargan la mochila a la espalda para proseguir su camino de fe; yo me subo al coche para ir hasta Zugarramurdi.

Cuando llego a la población lo primero que hago es dirigirme al antiguo hospital de la localidad que hoy acoge el Sorginen Museoa, el Museo de las Brujas. Paseo de sala en sala y me alegra comprobar que el lugar huye por completo de la imagen estereotipada, tan recurrente para la cultura pop, de escobas, gatos negros y pócimas para quienes en realidad fueron víctimas de una inmensa injusticia no solo aquí, sino en toda Europa y allende los mares.

El museo contextualiza y exhibe los documentos de aquel proceso y también pone cifras a lo que pasó después del Auto de Fe de Logroño de 1610. Porque las cosas no terminaron con aquella quema, ni mucho menos. El proceso inquisitorial provocó una reacción en cadena en todo el Pirineo navarro. Unos datos para entender la magnitud de la tragedia: en 1611, tras un viaje de ocho meses por la zona, el inquisidor Alonso de Salazar regresó a Logroño con 1.802 confesiones de brujería (1.384 fueron hechas por niños) y con más de 5.000 inculpaciones de terceras personas. Incrédulo con todo lo que allí se decía, movió sus hilos para que a partir de entonces los acusados de brujería fueran inocentes hasta que se demostrara lo contrario, y no al revés. Las confesiones —tomo prestada una de los paneles del museo, del *Cuaderno de actos comprobados de brujos* de

1613— tomaban este cariz:

> Graciana de Amezaga, de cuarenta años, dice que el demonio muy ordinariamente se iba a su casa y cama a dormir con ella, y se hizo preñada dos veces. Y la primera parió dos sapos, y la segunda, tres. Y señaló que sería cada uno del tamaño casi de una mano y que tenían el rostro de la manera que el demonio, y que no se acuerda cuánto tiempo estuvo preñada, más de que le parece fue como tres meses. Y al tiempo de parir, tuvo grandes dolores y el demonio hacía oficio de comadre, y parió los dichos sapos sin que saliesen envueltos en cosa ninguna, como suelen salir las criaturas.

Pero la llama ya estaba prendida y por todas partes llegaban los ecos de las cazas que sucedían en Europa, sobre todo en la vecina Francia. Así, cada aldea empezó a detectar a sus propias brujas, que en realidad eran aquellos individuos que resultaban incómodos para los demás, personas que levantaban animadversión, a las que se tenía envidia, miedo o rencor, que eran distintos (y casi siempre pobres), que habían cometido un delito menor o que habían provocado decepciones amorosas, entre muchos otros motivos. Fue un cóctel explosivo que se cocinó en una época de crisis económica y social, y en el que también jugaron su papel la superstición, la ignorancia, el miedo atroz a lo desconocido, el fanatismo, la misoginia, las ansias de control, la estigmatización y una buena dosis de histeria colectiva que provocaron que muchos confesaran hechos increíbles o señalaran a los demás para salvarse a sí mismos. En pleno paroxismo, los acusados eran aislados, vejados e incluso asesinados por sus propios vecinos. A las brujas, el perfecto chivo expiatorio, no las persiguió solo una iglesia autoritaria, no: a las brujas las persiguió toda la sociedad. Tanto aquellos que participaron activamente como quienes miraron hacia otro lado.

Y, aunque parezca mentira, a día de hoy muy pocos países han iniciado procesos de dignificación y de reparación moral de aquellos centenares de miles de mujeres, hombres y niños que fueron machacados sistemáticamente por aplicación de una tipología criminal, la brujería, que se basó en supersticiones medievales y en delitos inverosímiles.

Los molinos de Baztan

—Perdona, vamos a cerrar en diez minutos —me dice una de las empleadas del museo.

—Sí, me doy prisa. No te preocupes. ¿Me da tiempo de visitar la cueva?

—No, lo siento. Cierran en media hora y ya no te dejarán acceder. Pero mañana abren a las once.

—Perfecto, pues buscaré alojamiento por aquí. Gracias.

No esperaba pasar tanto tiempo en el Museo de las Brujas, pero me ha ido atrapando y al final he visto todos los vídeos y he leído todos los carteles. Salgo a la calle y tengo que ponerme la chaqueta. Se ha levantado aire, ha oscurecido y en Zugarramurdi no se ve ni un alma. Camino encogida en dirección a la iglesia de la Asunción y allí tampoco hay nadie: está cerrada. Es curioso, nunca antes había visto una basílica que barrara sus puertas con una persiana metálica, como si fuese el colmado.

Lo que sí está abierto es la venta que hay frente a la iglesia, uno de esos locales eclécticos tan propios de esta zona que ejercen a la vez de estanco, charcutería, bar y tienda de *souvenirs*. Entro y los cuatro parroquianos presentes me miran sin interés. Pido una cerveza y un pincho de tortilla y me sitúo en la barra, cerca de unos Recuerdos de Zugarramurdi que son brujas de plástico de esas con verruga y escoba. Ya tardaban en aparecer. El camarero es parco en palabras o no tiene muchas ganas de hablar, pero me indica que en el pueblo hay una pareja que alquila una habitación en su *baserri*.[1]

Al día siguiente, despierto en una habitación que de entrada no reconozco, apenas se cuela luz a través de los postigos y ya son casi las ocho. Abro la ventana y Zugarramurdi se esconde detrás de una pantalla blanca y lechosa. La niebla es densa, el silencio también; solo se oyen el balar de las ovejas y un cencerro a lo lejos. Vuelvo a la venta del día anterior para desayunar y a las once en punto estoy —euros en mano— frente a la taquilla de las cuevas.

Escaleras, pasamanos, suelos pavimentados, puentes, paneles informativos, iluminación eléctrica, baños… es evidente que estas oquedades altamente humanizadas están preparadas para recibir sin problema autobuses y autobuses llenos de turistas ávidos de escuchar historias de aquelarres. Espacio para ellos hay, de sobra, bajo la inmensa bóveda de este túnel natural que cada año durante las fiestas patronales acoge la fiesta del *zikiro jate*, un banquete multitudinario a base de cordero pastenco y piperrada al que asisten hasta un millar de comensales. Pero a estas paredes y techos sin estalactitas la vocación fiestera les viene de lejos. Recuerdo haber leído que en los años ochenta y noventa en la gruta se celebraba una *gaupasa*, una fiesta descomunal que empezó siendo la recreación teatral de un aquelarre y que acabó convirtiéndose en todo un pandemonio de alcohol y desenfreno con miles de asistentes que lo dejaban todo arrasado. El pueblo se veía tan desbordado cada año que la celebración terminó suspendiéndose definitivamente en 2006.

¿Y los supuestos *sabbat* judíos que aquí se celebraron en época de Ximeldegui, Aranibar y Salazar? Los paneles informativos de la cueva no niegan que los hubiera e incluso sitúan el origen de la palabra aquelarre en el prado contiguo: *akelarrea* (prado del macho cabrío, en euskera). A mi entender, esa leyenda que no conviene desmontar siempre será un excelente reclamo turístico.

Salgo de Zugarramurdi y a pesar de la niebla decido no ir a Baztan por el camino convencional. La carretera que sube a Etxalar serpentea entre la niebla y yo no consigo ubicarme ni en el espacio ni en el tiempo. Me concentro en las curvas a derecha y a izquierda, mi única certeza. Esta carretera es una de esas vías leprosas de asfalto desmigajado tan propias de las zonas rurales de montaña. A estas vías, atosigadas por las inclemencias meteorológicas y por el paso de los tractores, solo de vez en cuando vienen a ponerles un parche. A lado y lado las siluetas de los árboles hieráticos, solemnes, flanquean el pavimento; parecen soldados en formación, todos de la misma altura, guardando entre sí la misma distancia, sin pasarse de la línea. De repente, entre la bruma, aparece en escena un caballo fantasmal de contornos borrosos.

Freno.

El animal es minúsculo, un duende equino. Viendo esos árboles retorcidos entre la niebla y a ese extraño ser moviéndose a cámara

lenta entiendo que estos parajes sean desde tiempos inmemoriales hábitat propicio de seres imaginarios. Pero el caballito en cuestión no pertenece al reino de los unicornios: es un tímido *pottoka*,[2]un animal de la familia de los *Equus* cuya raza se ha conservado casi inalterada desde el Paleolítico. Su reducido tamaño les condenó a ejercer, entre otras cosas, como bestias de carga en las minas. Conocía a los asturcones de Asturias y había visto a los caballos de Merens en Arièja, pero este es mi primer *pottoka*. Nuestro encuentro no podría haber sido más épico. El animal me ignora y sigue a lo suyo, nivelando bien la hierba junto al camino. Lo contemplo en silencio durante unos minutos, la escena en blanco y negro es casi irreal. Pero una sonora flatulencia del animal me devuelve de golpe a la realidad más mundana.

Sigo carretera arriba y cuando llego al collado no bordeo el macizo de Atxuria hasta Etxalar, sino que tomo otro camino, dejándome llevar por una señal muy sugerente: Infernuko errota, que significa «molino del infierno». De repente la niebla se disipa como por arte de magia —aquí todo tiene tintes de embrujo— y puedo ver que más allá de los árboles había un paisaje. Es el Pirineo más amable, más suave. Ese que todavía no se ha petrificado del todo y en el que abundan las colinas redondeadas, los *baserris* y los prados moteados de ovejas.

El camino termina en un caserío al que no le falta su frontón particular. Aparco. A juzgar por las mesas del porche, con sus manteles a cuadros y sus copas de vino bien alineadas, la casa es un restaurante. Pero aún es pronto y no hay nadie.

Detrás del edificio, un cartel indica el camino hacia el Infernuko errota. Un sendero fresco, a la sombra y con abundante vegetación que se vierte sobre un riachuelo, me conduce en unos veinte minutos hasta el molino en cuestión. El edificio tiene una ubicación espectacular: está suspendido sobre el arroyo, como haciendo equilibrios entre las dos paredes de un estrecho barranco. ¿Quién querría hacer un molino en este lugar tan escondido? La puerta está abierta y en su interior la máquina de molturar está en muy buen estado. Se ve que la han restaurado.

De regreso al restaurante, ya hay movimiento de sillas y de personas entrando y saliendo de la cocina.

—Disculpa —pregunto a un camarero—. ¿El molino es vuestro?

—Sí. Antes pertenecía a la villa de Etxalar y al Valle de Baztan, pero estaba en ruinas. En el año 2000 la familia Argarate, que son los propietarios del restaurante, lo adquirieron y lo rehabilitaron.

—¿Y está en uso?

—Se puso en funcionamiento para el Día del Molino que organizó el ayuntamiento hace unos años, pero no se usa regularmente, no —dice el chico sin soltar las dos botellas de vino que sostiene en las manos.

—¿Y ese nombre?

—Es por la *erreka*.[3]Se llama *Infernuko*.

—Gracias, no te entretengo más.

—No es molestia. Si vas a Amaiur, allí hay un molino que sí está en funcionamiento: el Amaiurko errota. La gente les lleva grano para moler y hacen unos talos riquísimos.

—Pues ahora mismo voy para allá. *Eskerrik asko*.

Cuando llego al molino de Amaiur, el lugar está en pleno frenesí. Hay mesas frente a la fachada, hay mesas en el jardín y hay mesas dentro, encajadas a duras penas entre la maquinaria molinera... Una mujer entra y sale con botellas de sidra en la mano y en un rincón un hombre de mediana edad cuece talos sobre una plancha a la velocidad de la luz.

—Buenas, ¿hay alguna mesa libre? —pregunto.

—Pues, ya ves, estamos hasta arriba. Hoy no damos abasto —me contesta el cocinero sin levantar la vista de la harina que está amasando.

—Bueno, puedo volver esta tarde. Aparte de probar los talos me gustaría hablar con alguien que me cuente un poco sobre el molino. ¿A qué hora empezáis?

—Pues mira, abrimos a las seis, pero si vienes un rato antes yo mismo te explico lo que quieras. Llevo once años gestionando este molino.

En menos de un minuto el hombre ya ha dado forma a dos talos.

—Perfecto, pues nos vemos después —le digo—. Sobre las cinco, si te va bien.

Aprovecho el rato para darme un paseo por Amaiur-Maya. Es una aldea preciosa rodeada de prados a la que se accede a través de un arco de piedra por el que cruzan, felices, los peregrinos que recorren el Camino de Santiago en Baztan. El pueblo cuenta con varias casas

palaciegas de sillar y blasón sobre el dintel, además de un castillo en los huesos que fue el último bastión de los defensores de la independencia del Reino de Navarra en 1521-1522. Lo poco que queda de la fortaleza no es producto del paso de los años (que también), sino de la demolición a la que fue sometida después de que los últimos hombres del rey Enrique II cayeran en manos del ejército del todopoderoso emperador Carlos I de España. Los vecinos del pueblo han hecho fondo común en varias ocasiones para levantar y restaurar el monolito que preside el castillo y que recuerda aquellos doscientos espartanos que se atrincheraron aquí. Así reza la placa en castellano y en euskera: «A los hombres que en el castillo de Maya pelearon en pro de la Independencia de Navarra, luz perpetua».

Sigo mi paseo por Amaiur subiendo la cuesta que lleva al cementerio. Lástima que no lo puedan apreciar sus inquilinos, porque desde el camposanto las panorámicas sobre el valle son imponentes.

Vuelvo al molino justo cuando las campanas de la iglesia dan las cinco de la tarde. El molinero ya está dentro.

—¿Se puede?

—Claro, pasa, pasa. Soy Felipe Oyarzabal. Encantado.

—Me decías antes que llevas once años en el molino.

—Sí. Mi familia es de Baztan; mi padre nació en Elizondo y mi madre en Urdax, y aunque yo he vivido en Pamplona, nunca perdí la vinculación con el valle porque subíamos todos los festivos y fines de semana. Soy biólogo e incluso he llegado a trabajar de encofrador, pero hace once años, junto con mi mujer Isabel, que también es baztanesa, decidimos hacernos cargo del molino. El edificio se reconstruyó en el siglo XIX, pero hay documentos que certifican que ya en 1280 el molino de Amaiur pagaba rentas al Reino de Navarra.

—¿Lo comprasteis?

—No, no. Este molino no es particular, sino porcionista, es decir, es una propiedad común que pertenece a todos los baztaneses. El ayuntamiento tiene una concesión y yo se lo alquilo. Cuando acabe la concesión, el molino volverá a los propietarios. O sea, al municipio de Baztan.

—Y antes que tú, ¿quién lo gestionó?

—Hace cuarenta años se jubiló el último molinero, José Etxeberria, y este *errota* quedó abandonado durante dos décadas hasta que el ayuntamiento lo renovó para devolverle su aspecto y uso

originales. Vino una pareja de Madrid para llevarlo, pero no les fue bien y luego ya entramos nosotros. Arriba en el granero tenemos una casa rural y aquí abajo utilizamos una de las muelas para hacer harina de maíz. Parte la vendemos y parte la usamos para hacer los talos que luego podrás probar, si quieres. Aquí, en todas las provincias que hablamos vasco, son muy típicos los talos, que son unas tortas hechas con harina de maíz parecidas a los tortos de Asturias o a las empanadas de millo gallegas... Lo del maíz tiene una explicación: en estas zonas de tanta humedad los cereales se nos pudren.

—Sí, he visto algunos campos de maíz viniendo hacia aquí.

—Bueno, esto no es nada. Cuando nuestros abuelos eran jóvenes, todo el Baztan era un maizal. Pero aquello se acabó. Ahora la gente se dedica más a la ganadería: tienen ovejas para hacer quesos y también vacas para la carne, aunque últimamente los precios que se pagan son tan bajos que ya no sale a cuenta criar terneras.

—¿Y tu maíz es del valle?

—Pues no. Lo traigo de Italia, porque el que yo sirvo aquí es ecológico y aunque lo pago seis veces más caro quiero asegurarme que sea lo mejor de lo mejor. No es fácil conseguir maíz ecológico por aquí, es una pena. En Navarra casi el 95 por ciento del cereal que se produce es transgénico.

—Si había tanto maíz en el pasado, habría también muchos molinos...

—En los años setenta había más de treinta molinos en el valle —dice Felipe, mostrándome un mapa donde se indica la ubicación histórica de cada uno de esos antiguos artefactos—. Fui personalmente a buscarlos uno por uno, pero la gran mayoría han desaparecido, o se han podrido, o solo queda una pared. Que estén enteros hay pocos: Etxaide, en Elizondo; los de Xartolako, en Azpilikueta; Infernuko, en Orabidea...

—¡Ah, sí! Esta mañana he estado en el de Orabidea. Tiene una ubicación espectacular.

—¿Y te han contado su historia?

—Bueno, me han dicho que pertenece a la familia Argarate y que alguna vez lo han puesto en marcha a modo de exhibición.

—Lo interesante de ese molino es que está tan escondido que antiguamente muy poca gente sabía de su existencia. Durante la guerra, los molinos se vigilaron y se prohibió la producción de harina

blanca, entre otras cosas, pero la Guardia Civil no conocía el Infernuko errota, por lo que algunos vecinos del valle siguieron usándolo de forma clandestina. Nuestros abuelos, con solo siete u ocho años, subían por la noche en burro por la montaña hasta el molino, pasaban el día moliendo y a la siguiente noche regresaban a sus casas con los sacos de harina, cagados de miedo por si les pillaban. —Felipe mira el reloj y me dice—: Oye, ve cogiendo mesa porque tenemos que abrir.

En pocos minutos ya se ha formado una pequeña cola fuera y, como si del telón de un teatro se tratara, cuando el molino abre las puertas empieza la función.

—¿De qué quieres los talos? —me pregunta Isabel, que hasta el momento se ha mantenido en un discreto segundo plano—. Los tenemos de queso, de *txistorra*, de *bacon* con queso, de chocolate...

—No sabría decirte qué me apetece más. ¿Cuál es el más tradicional?

—Aquí en Baztan toda la vida se han comido los talos abiertos por la mitad y rellenos de queso de vaca fundido. Los llamamos talos *marrakuku* —cuenta Isabel, libreta en mano—. Somos los únicos del valle que los seguimos haciendo así, porque normalmente la gente los enrolla o los dobla para comerlos.

Me apunto al *marrakuku* y también, por qué no, a una botella de sidra ecológica.

—Esta sí que es autóctona —dice sonriente la molinera.

A Felipe ya no le puedo interrumpir más. Se ha metido en su particular frenesí de amasar-moldear-cocer talos y así estará durante las próximas horas. Termino mi merienda (qué delicia), me despido de él discretamente y decido que hoy ya no voy a tocar más el coche.

¡Proscritos!

Una vieja casa de pueblo en la calle principal. Ventanas con vistas, muebles rústicos que son verdaderas antigüedades —incluso tengo una de esas viejas alacenas labradas en madera de castaño—, chimenea, cama con dosel, wifi para poder trabajar… Mi hogar esta semana en Amaiur tiene todas las cosas que necesito para la vida. Y no hubiera salido de estas cuatro paredes si no fuera porque necesito desplazarme hasta otra población para comprar algo de intendencia. He cenado ya dos días en el molino de Isabel y Felipe, pero tocará bajar a Elizondo, el lugar al que se acude desde los pueblos para la enseñanza, las compras o la diversión, a conseguir algo menos contundente, que sea vegetal y que sea fresco. También aprovecharé para pasarme por la biblioteca de la localidad. Quiero ver qué encuentro sobre los proscritos del Pirineo: los agotes (o *cagots*, en francés); conocí de su existencia hace muchos años de la mano del cineasta Iñaki Elizalde, quien retrató la historia de este pueblo históricamente vilipendiado en su película *Baztan* (2012). Aún hay agotes en este valle y mi intención es poder entrevistar a alguno de ellos.

Elizondo es como una colmena de actividad frenética. La gente va y viene con bolsas de la compra, hace cola en la churrería, departe en plena calle o se sientan en las terrazas dudando sobre si tomar un café a media mañana o si ya es hora de pedir cerveza y *bustis* (ese platillo del Baztan más humilde que consiste en pan seco mojado en el caldo del estofado). Opto por lo primero y lo hago en la pastelería Malkorra, un clásico de Elizondo para todo lo que implique altas dosis de azúcar. Me siento junto al escaparate mirando de reojo esos *txantxigorris* que son el orgullo repostero de Navarra. Fueron elevados a la categoría de prueba judicial por la escritora Dolores Redondo —quien los incluyó en las escenas criminales de su novela superventas *El guardián invisible* (2013)— y se parecen ligeramente a las cocas de *llardons* que comemos los catalanes la noche de Sant Joan. Su receta es todo un desafío hecho a base de chicharrones de cerdo, azúcar y canela.

Tentadores. Pero esta vez mejor me los salto.

A dos minutos andando desde la confitería está la biblioteca, donde una señora de mediana edad con el pelo canoso y sonrisa sincera atiende tras el mostrador.

—¿Tenéis algo sobre los agotes?

—Claro que sí. Ven, sígueme.

Entramos en una sala que queda separada del resto de la biblioteca por un cristal. La bibliotecaria escruta las estanterías y va apilando libros sobre una mesa.

—¿Te valen también en euskera?

—Pues no. Por desgracia no lo hablo.

—Vale, pues esto es todo lo que tenemos. Aquí te los dejo.

Seis ejemplares son muchos para leerlos en un solo día, así que tocará volver a Elizondo más veces de las que había previsto. Pero ya en un primer vistazo al material, veo que a día de hoy todavía no se sabe a ciencia cierta quiénes eran y de dónde procedían estas gentes que se asentaron en el Valle de Baztan en el siglo XIII. Fue el señor de Ursúa, que por aquel entonces dominaba estas tierras, quien les acogió en Arizkun a cambio de uno de esos vasallajes que no eran otra cosa que un eufemismo de la esclavitud.

Por lo que leo en los libros, hay teorías muy dispares que explican el origen de este pueblo misterioso. Algunos historiadores defienden que eran visigodos; otros opinan que eran musulmanes conversos que se quedaron en el sur de Francia; o cátaros huidos tras la batalla de Muret de 1213; o que simplemente fueron personas apartadas de la comunidad por no haberse cristianizado. Sea como fuere, este grupo social estuvo siempre en el punto de mira. Un pueblo proscrito al que la Iglesia medieval tildó de «leprosos espirituales» en un tiempo en el que leproso era el peor insulto que te podían decir. Se les repudiaba totalmente; no se les reconoció ningún derecho, ninguno, ni siquiera el de vecindad, lo que suponía dejarlos a merced de la voluntad arbitraria de alcaldes y curas; se les obligó a vivir en guetos y se les condenó a una endogamia que todavía hoy se percibe en algunos baztandarras que firman con idéntico apellido paterno y materno.

Leo también que los agotes de Arizkun fueron confinados en un arrabal: Bozate. Busco rápidamente en Google Maps y veo que Bozate está a exactamente a diez minutos en coche desde esta biblioteca.

Cuando llego al barrio en cuestión no se ve ni un alma por la calle. Bozate, un bonito manojo de casas con vistas a los prados, a las ovejas y a los primeros miles del Pirineo, tiene una arquitectura que es distinta a la del resto de Baztan. Cuando paseas por los pueblos del valle, salta a la vista el elevado número de viviendas que lucen blasones con un tablón de ajedrez en la fachada. El motivo es que a los vecinos de Baztan, pero también a los del Roncal, Larraun y Aezkoa, se les otorgó la hidalguía colectiva por sus valores en la batalla contra los musulmanes en época medieval, y claro, tras aquello, todos corrieron a poner el escudo de armas en su casa para presumir de privilegio real. Pero no hay blasones en Bozate, ni viviendas a cuatro vientos como sucede, sin ir más lejos, en la misma Arizkun. Obviamente. Si a los agotes no se les reconocía la vecindad, de qué iban a tener grandes caseríos y escudos nobiliarios esculpidos sobre el dintel.

Sigo sin ver a nadie por la calle, pero sí hay movimiento al otro lado de la carretera, en el Parque-museo Santxotena. Este reconocido escultor navarro, discípulo del maestro Jorge Oteiza, es coautor de *El orgullo de ser agote*, uno de los libros que acabo de hojear en la biblioteca.

Pregunto al chico que hay en recepción del parque-museo.

—¿Sabes si puedo hablar con alguien del barrio sobre los agotes?

—Uy, creo que no. Aquí nadie quiere sacar este tema y te pueden mandar al carajo si preguntas. —Y ante mi estupor, prosigue—: La herida del desprecio al que fueron sometidos está muy abierta aquí, sobre todo entre la gente más mayor. También se han escrito muchas barbaridades sobre los agotes, y ya están hartos. Pero has tenido suerte —prosigue—, porque hoy Xabier Santxotena, el escultor, está por aquí, y no suele estarlo porque vive cerca de Vitoria. Él es agote y normalmente no tiene problemas en hablar de ello con la gente... Está por allí —dice el chico señalando el jardín—, dentro de una de las bordas del parque.

Encuentro a Santxotena de pie, en estado de contemplación frente a una de sus esculturas monumentales: es un gran rostro asimétrico, orgánico, fragmentado, hecho con pedazos de madera que de buenas a primeras me recuerda a aquellos bodegones imposibles del pintor manierista Giuseppe Arcimboldo.

—Me han dicho que eres una de las personas que más sabe sobre

los agotes —le abordo a bocajarro porque sinceramente no sé muy bien cómo iniciar la conversación.

—Bueno, yo soy agote, el tema me apasiona y he estudiado mucho sobre ello, sí. Escribimos un libro con Josu Legarreta. Es una tesis que hoy muchos estudiantes usan como manual de consulta.

—Sí, lo conozco, *El orgullo de ser agote*. Lo he visto en la biblioteca de Elizondo. Tú debes de saber de dónde vinieron los agotes...

—Los agotes éramos visigodos de Alarico que tras perder la batalla de Vouillé nos convertimos en la escoria de la sociedad —cuenta el escultor en primera persona del plural—. En occitano bearnés nos llamaban *cas gots*, perros godos, una palabra peyorativa que se ha perpetuado hasta nuestros días. También estuvimos tocados por el catarismo, pero sobre todo éramos (y muchos lo seguimos siendo) un colectivo de artesanos, un gremio que trabajaba la madera, la piedra y el hierro. Los agotes tenemos un don para eso. Existe un documento de 1600, por ejemplo, que detalla que el artesonado de la iglesia de Sent Gironç de Monein, en el Bearn, fue hecho por agotes. Y hay un dato aún mejor que pocos saben: el techo de madera de la catedral de Notre-Dame, el que se quemó en 2019 en París, también fue construido por artesanos agotes.

—Sí, qué pérdida más lamentable.

—Cuando cruzamos la frontera en el siglo XIII y nos establecimos en Bozate ni siquiera se nos reconocieron los derechos más básicos —prosigue Santxotena—. No se nos permitía tener tierras ni ganado, y por ese motivo continuamos haciendo lo que mejor sabíamos hacer: muebles, aperos de labranza, yugos, cestos... en aquella época ser artesano era lo más bajo. Pero, vaya, eso no fue lo peor. No podíamos beber de las fuentes públicas, debíamos llevar un distintivo cosido en el pecho, no nos dejaban mezclarnos con los no agotes, no se nos permitía enterrar a nuestros muertos en el cementerio y en las iglesias teníamos una pila bautismal aparte y una puerta de entrada separada. Eso entre muchos otros desprecios de todo tipo. Para el resto éramos gente impura, enfermos morales.

—O sea, que fue un *apartheid* total...

—Sí, en efecto. Perdimos en una guerra de fe y aquello nos persiguió por los siglos de los siglos. Y no te creas que no luchamos por revertir la situación. Llevábamos muchas generaciones viviendo en

el valle y solo queríamos ser como los demás. Conseguimos, por ejemplo, que en 1534 Carlos V exigiera el cumplimiento de una sentencia del tribunal eclesiástico que establecía que insultar o marginar a un agote se castigaría con mil florines de oro. Pero ni con esas se respetó a los agotes.

—Aparte de seguir presente en vuestros corazones, ¿quedan muchos rastros físicos de aquella segregación?

—Muchos no, pero en Francia aún hoy se puede ver la puerta de los agotes en algunas iglesias y también en el Pirineo aragonés, en la iglesia de Plan.

—¿Y aquí, en Baztan? ¿Hay alguna de estas puertas?

—La iglesia de aquí, de Arizkun, tenía esa segunda entrada para los agotes; yo recuerdo haberla visto de pequeño. En el año 1954, cuando se restauró la basílica, salió esa puerta bajo la escalera que subía al coro, pero se tapió. Y, bueno, la pila bautismal de los agotes hoy está de florero en la casa del médico de Arizkun.

—¿Por qué la gente de aquí no quiere hablar del tema?

—Porque los más mayores siguen estando acomplejados de ser agotes. A lo largo de la historia hasta ayer mismo se ha hablado mal de los agotes y se han escrito muchas cosas negativas que no han ayudado en nada. Por ejemplo, Pío Baroja, o más recientemente Sánchez-Dragó, dijeron cosas muy feas de nosotros, nos tildaban de ser de otra «raza».

—La verdad es que es lamentable que en pleno siglo XXI se siga hablando en esos términos.

—Mira, yo, que ya tengo setenta y cinco años, lo que quiero es que nuestra memoria se restablezca. Hay que acabar con el silencio. Pero aquí la mayoría eso no lo entiende. Para que veas: cuando abrí el museo me hicieron pintadas en las paredes llamándome de todo menos guapo.

—¿Y tu familia? ¿Sigue aquí?

—No. Yo nací en Arizkun, pero hace mucho tiempo que me mudé a Álava. Me apellido Santxotena por parte de padre y por parte de madre, y todos los varones de mi familia fueron artesanos de la madera: mi abuelo materno, ebanista, y mi padre, tallista. Aquí mismo, en Bozate, en la casa Gorrienea (donde nació mi padre), abrí el primer museo y más tarde inauguré este en el que nos encontramos. Y luego tengo otro, el taller-museo de Artziniega, donde trabajo.

Mientras hablamos, Xabier y yo paseamos por un extenso jardín junto a diversas bordas esparcidas, estructuras que se construyeron para albergar la monumentalidad de las esculturas. La mayoría de las obras son de roble, de encina, de nogal: la materia prima de los ancestros agotes. Troncos más o menos trabajados que —igual que sucedía con aquel mármol del que Michelangelo extrajo su *Pietà*— ya escondían la obra en su interior.

—Un día cortaban un árbol y cayó un pedazo de madera —prosigue el escultor—. Cuando lo recogí me di cuenta de que aquello era una máscara perfecta, tal cual. De ahí saqué el estudio para hacer una de las cabezas de gran formato que ves aquí.

—¿Hablas de los agotes en tus esculturas?

—Pues mira, la primera figura que ves cuando entras en el museo se llama *Máscara de agote*, pero mucho del trabajo que ves aquí está dedicado a la mitología de Euskal-Herria, que es en definitiva otro de los legados de nuestros abuelos.

Me despido de Santxotena agradeciéndole el tiempo dedicado y le hago una última pregunta:

—Oye, Xabier, en la película *Baztan*, de Iñaki Elizalde, uno de los protagonistas es escultor. ¿Se inspiraron en ti?

—Sí, completamente. ¡Ese escultor soy yo!

Me marcho mirando de reojo las colosales figuras y pienso que debe ser un honor, para cualquier árbol caído, acabar en las manos de este agote con tanto talento para encontrarle el alma a la madera.

Camino de nuevo hacia «el barrio» y alguien cierra un postigo a mi paso. Ni se me ocurre pensar que estén tratando de esquivarme. Más allá, Arizkun, esta sí, con sus blasones ajedrezados y su porte de alta alcurnia, tiene, como dijo el escritor Félix Urabayen, empaque típicamente vasco. Son un puñado de casonas de esa arenisca roja tan común en la arquitectura de la zona con sus balcones y ventanas pintadas de vivos colores. Entre ellas, varios edificios denotan claramente un pasado marcado por el poderío eclesiástico y civil. El palacio de Lamiarrita, por ejemplo, fue construido por Juan de Goyeneche, quien en el siglo XVIII animó a varias familias de agotes a marcharse de aquí y a fundar una nueva localidad cerca de Madrid que acabó llamándose Nuevo Baztan.

Paseo por Arizkun. Luce desierta, igual que Bozate, y solo dos obreros reparando un tejado interrumpen la quietud. Me acerco hasta

el convento de las clarisas para admirar su estilo barroco, pero sobre todo para ver si consigo hablar con alguna de las hermanas residentes. En este pueblo se ha conservado la costumbre ancestral de regalarles huevos para que con sus oraciones puedan interceder en que la meteorología sea propicia en algún evento en cuestión, ya sea un bautizo, una boda o un festejo que implique pompa, boato y a poder ser también algo de pitanza. Pero hoy el monasterio está cerrado a cal y canto; no se ven ni monjas, ni parroquianos, ni huevos. Me da reparo llamar al timbre así, en frío y sin previo aviso, por lo que doy media vuelta y regreso por donde he venido. En la trasera de la iglesia hay una puerta tapiada, pero ya me advirtió Xabier que esta no es la vieja entrada de los agotes, a pesar de que son muchos los que, cayendo en el error, se acercan hasta aquí y se fotografían frente a este arco ciego que nada tiene de pintoresco. Solo hay que ver el tamaño del acceso —por el que pasaría un carruaje entero— para sospechar que, si abrieron una entrada aparte para los «proscritos», difícilmente podría tener estas hechuras.

Regreso a la biblioteca de Elizondo y pido *El País Vasco* de Pío Baroja. Los desprecios empiezan en Bozate: «es un barrio pobre, erguido en un altozano, con unas cincuenta a sesenta casas bastante míseras y descuidadas», y continúan con sus vecinos:

> Si se fija uno en los hombres y en los chicos se ve que debajo de la máscara común de tristeza y de sospecha hay un tipo de raza especial. Es un tipo de cara ancha y juanetuda, esqueleto fuerte y pómulos salientes; distancia bizigomática grande, ojos azules o verdes, claros, algo oblicuos, cráneo braquicéfalo, tez blanca pálida y pelo castaño o rubio [...]. No se parece en nada al vasco clásico. Hay viejos en Bozate que parecen retratos de Alberto Durero...

En efecto, Baroja, como bien decía Xabier, escribió despreciando a los agotes. Y lo mismo hicieron muchos otros autores después de él —que, recordemos, no vivieron en la Edad Media sino en el siglo XX y XXI—, que los tacharon de «tener cuerpo raquítico», de ser «de baja estatura y tez endrina» e incluso de tener «desaforada lascivia».

Quizá sea por eso que en Bozate haya quien cierre los postigos a cualquier cosa que huela a periodista.

Ya fuera de la biblioteca, me sumerjo por las calles de esta Elizondo que tiene vocación de gran capital. Había bajado a comprar ensalada y al final me he liado, como siempre. En el puente sobre este

río que aquí se llama Baztan y que no es otro que el Bidasoa que desemboca en Irún, varios turistas se arremolinan junto a un guía. El chico les está revelando que en este preciso lugar se rodaron muchas escenas de la trilogía cinematográfica basada en las novelas de Dolores Redondo. Tras la explicación, las cámaras de fotos de los móviles se ponen a trabajar. Está claro que los crímenes imaginados por la escritora en este valle —con sus *txantxigorris* incluidos— levantan pasiones aún hoy. También ella, por cierto, mencionaba a los agotes en sus libros.

Monjas de clausura

Bajé andando hasta Arizkun desde Amaiur un par de veces más durante mi estancia en el Valle de Baztan, pero no hubo manera, las clarisas no pudieron atenderme porque la enfermedad de una de ellas las traía, a las pobres, de cabeza. Lástima. Pero no me resigné, no quería perder la oportunidad de que alguna hermana pudiera contarme cómo es en realidad, lejos de los estereotipos, la vida de una monja de clausura.

Así que he probado suerte con otra de las órdenes religiosas que un día decidieron hacer del Pirineo su hogar: las carmelitas descalzas de Donamaria. Esta vez para no andar jugando a la improvisación he llamado por teléfono antes de ir. Tampoco a mí me gustaría que sin previo aviso y sin peinarme antes alguien se presentara en mi casa para que le contara mi vida. Hecho y sin problema: la hermana Olatz Garmendia, que ha sido la madre superiora de las carmelitas descalzas hasta hace bien poco, me recibirá mañana exactamente a las 16:45.

Salgo temprano de Elizondo. Hoy sí, a modo de despedida del Baztan, me he marcado un desayuno-homenaje a base de *txantxigorris*. Tienen buena fama y está justificada. Con las pilas bien cargadas sigo el curso del Baztan hasta el lugar donde el río muda su nombre por el de Bidasoa y aprovecho la mañana para adentrarme en el denso hayedo del Señorío de Bertiz. El parque natural debe su nombre a un escudero de Carlos III que ganó estas tierras a base de méritos y su familia las conservó en propiedad durante todas las generaciones que caben dentro de quinientos años hasta el siglo XIX.

El bosque impone. Sobre todo esos robles y esas hayas centenarias que tratan de respirar bajo el peso del musgo que cubre troncos, rocas y laderas. La lluvia fina —el *txirimiri*— empapa el ambiente, pero su presencia es la razón de ser de todo este verdor. Me adentro un poco, y luego un poco más. El paisaje es umbrío y el agua rezuma por todas partes en forma de goteo permanente, de fuentes, arroyos, cascadas y regatas, como dicen por aquí. Los numerosos

helechos en el sotobosque son el testimonio vivo de que en este lugar la humedad es algo endémico. Es, sin querer ser cursi, un bosque mágico. Mágico física y culturalmente, pues la tradición popular domicilió aquí a las misteriosas *lamiak*, una casta de sirenas del bosque medio anfibias y seductoras que se tomaron prestadas de la mitología griega y que decoran el escudo de armas de las casas nobles del Valle de Bertiz.

Pero esta bucólica arboleda, con sus humedades y sus sirenas invisibles peinándose la cabellera, no siempre fue así. Sufrió talas masivas a lo largo de la historia, pues la venta de su madera suponía un negocio lucrativo para los de Bertiz, que necesitaban el cabal para financiar las más variopintas empresas. Una de ellas fue la construcción del ensanche de Donostia, una obra que se llevaría por delante diecinueve mil robles y mil castaños. Nadie lo diría hoy.

Salgo del bosque y paseo por el recinto ajardinado de este señorío que también, es evidente, ejerció de solaz esparcimiento para sus antiguos propietarios. En el siglo XIX, los últimos marqueses residentes quisieron darle un aire romántico a su morada palaciega, trajeron a un jardinero francés y se hicieron construir uno de esos vergeles exóticos tan en boga en la época. Más tarde, otros propietarios —que en 1900 compraron la finca por la módica cantidad de 650.000 pesetas— aumentaron el tamaño y la variedad botánica del jardín. Así es como aquí, en el norte navarro, a la vera de unas cumbres pirenaicas que en esta zona ya superan las cuatro cifras de altitud, me sorprendo paseando entre *ginkgos*, nenúfares y bambús como si estuviera en Kioto. No resulta difícil imaginar a la marquesa aquí, en su salsa, paseando parasol en mano. De hecho, el periodista catalán Joan Mañé i Flaquer, que se alojó en la vecina fonda de Mugairi y que, según cuenta, por dieciséis reales se puso tibio de sopa, verdura, cuatro platos y postre, nos dejó escrita una pequeña fotografía de aquel año 1878:

> El palacio es grandioso, todo de sillería, y puede alojar cómodamente unos treinta huéspedes con sus correspondientes criados [...]. La señora marquesa suele pasar, en compañía de sus hijas y familia de éstas, la mayor parte del verano en esta incomparable finca que tiene siete leguas de circunferencia. En ella recibe a sus amigos, que gozan de las bellezas del sitio realzadas por la cordial hospitalidad de la distinguida castellana.

En Mugairi ya no se puede comer por dieciséis reales, pero en el

restaurante que escojo para almorzar sí que siguen siendo espléndidos con las raciones del menú. Alubias rojas, merluza a la bilbaína y cuajada que harán que de aquí a mañana mi cuerpo ya no necesite ingerir nada más. Cuando llego a Donamaria, la lluvia fina que caía en Bertiz ha pasado a ser chaparrón. Aparco junto al frontón y veo que en su interior, totalmente ajenas a la lluvia que cae, un grupo de señoras tumbadas sobre esterillas hacen algo parecido a ejercicios abdominales.

—¡Disculpen la interrupción! —les digo—. ¿Me podrían indicar dónde está el convento?

—Sí —me dice una de las gimnastas—, sigue la carretera y a mano izquierda verás una casona indiana. Es ahí.

Dejo a las mujeres con su sesión (creo que era de yoga) y me encamino al convento. Visto desde fuera no parece un cenobio, es más bien un antiguo caserón de alta alcurnia al que le han plantado encima un campanario de espadaña. Cruzo la cancela y llamo al timbre. Tras una reja aparece una señora vestida con el hábito color castaño de las carmelitas que con voz aguda y un ligero acento francés me pregunta qué me trae por aquí.

—Buenas tardes, he quedado con Olatz Garmendia.

—Sí, ahora mismo la aviso. Acompáñame. —La hermana sale por una puerta lateral y se entretiene en poner un tope para que el aire no la cierre de un portazo—. Tendría gracia que una monja de clausura se quedara encerrada fuera —dice con una amplia sonrisa. Luego me acompaña hasta otro portón y me entrega una llave—: Entra y espérate aquí. Enseguida vendrá la hermana.

El locutorio es una sala austera, a media luz, dividida en dos por un gran ventanal sin cristal. En mi lado de la habitación hay una mullida alfombra de estilo persa y una silla solitaria en el centro. Del otro lado no hay alfombra persa, pero sí un asiento en medio de la sala y una pintura mural que representa el convento con el pueblo de Donamaria, sus prados, su iglesia y su torre de origen medieval.

Se abre una portezuela y aparece la hermana Olatz, que me da la bienvenida desde el lado opuesto de la ventana, y yo le agradezco sinceramente que haya dedicado un hueco de su tiempo para recibirme.

—Así, desde fuera, este lugar no me había parecido un convento —le digo.

—Sí, es normal. Esto es una casa colonial, no un convento. Fue la residencia de unos indianos que al parecer eran navegantes y que en 1798 a su regreso de América levantaron esta casa, que se llama Aguerrea. Por ese motivo este edificio no tiene iglesia. Nosotras, cuando compramos la propiedad y vinimos a vivir aquí hace sesenta años, habilitamos uno de los salones como capilla y allí es donde hacemos los rezos y las misas. Y también construimos más habitaciones: las celdas. ¡Todavía las llamamos celdas!, fíjate tú.

—¿De dónde venían y por qué se instalaron precisamente aquí, en el Pirineo?

—Pues hubo cuatro monjas que en los años cuarenta salieron de Talavera de la Reina y viajaron en tren hasta Fuenterrabía para establecerse allí. Eran muy pobres, solo traían mil pesetas. Al principio se instalaron en la casa de veraneo que les prestó una de las grandes de España; pero, claro, cuando llegó el buen tiempo aquella mujer quiso disfrutar de la mansión y ellas tuvieron que marcharse. Luego alquilaron dos casitas y allí montaron un pequeño convento… y bueno, aquello era la posguerra y cuando hay grandes crisis hay muchas vocaciones, por lo que la comunidad empezó a crecer y hubo un momento en que allí ya no cabían. Finalmente vinieron hasta aquí porque no tenían dinero para construir un cenobio nuevo y se acababan de enterar de que este caserón estaba en venta.

—¿Y usted está desde el principio?

—Me puedes tutear si quieres, ¿eh? Yo llegué un poco más tarde, en el año 68. Por aquel entonces éramos veintidós hermanas. De las que yo conocí al principio solo quedamos cuatro.

—¿Y ahora?

—Ahora somos diecisiete, la menor tiene treinta y cinco años y la mayor noventa y tres. Como ves, el abanico está bastante abierto. Y bueno, aquí no tenemos una vida tan extraña como algunos piensan, no estamos encerradas bajo llave ni usamos cilicios ni ese tipo de cosas que siempre se habían dicho. En realidad, tenemos una vida bastante normal, y también es cierto que con los años nos hemos ido abriendo. Mira por ejemplo esta ventana: tiempo atrás era mucho más pequeña y tenía una reja de hierro por la que no pasaba ni un dedo… Apenas podíamos ver a quienes nos visitaban y ellos a nosotras aún menos, porque en este lado estábamos en penumbra. Ya ves cómo ha cambiado la cosa.

»También hemos hecho alguna jornada de puertas abiertas y cuando el convento cumplió los cincuenta años celebramos unas cuantas fiestas: una con la gente del pueblo, vinieron hasta *txistularis*, que es como llamamos a los que tocan el *txistu*, la flauta tradicional vasca, otra con nuestras familias carnales, otra con niños y también vinieron unas personas de vida alternativa… no sé, eran algo así como *hippies* que hicieron un concierto.

—Pero aquí normalmente no puede entrar la gente, ¿no?

—No, claro. Aquí solo entran las visitas, que se quedan ahí donde estás tú, y luego pues cuando se requiere pasan los obreros o el que viene a cuidar la huerta. Y ya está. Nosotras sí que salimos al pueblo, en realidad tenemos muy buena relación con ellos. Fíjate tú que hasta se han basado en una de nuestras hermanas para hacer un cabezudo que sacan a bailar cuando son las fiestas patronales.

La hermana Olatz es extremadamente amable y cercana, y parece muy dispuesta a conversar, así que me siento cómoda preguntándole algo más personal.

—¿Y cómo es vuestro día a día?

—Nuestros tres pilares son la oración, la vida fraterna y el trabajo. Empezamos a las seis y media de la mañana y vamos al coro a rezar. Por un lado, hacemos la oración litúrgica de las horas y luego tenemos la oración personal silenciosa de una hora por la mañana y otra por la tarde, como marcó santa Teresa. La tradición también dice que tenemos que laborar en silencio y si el trabajo lo permite cada una en un lugar apartado, esa es una de las características diferenciales de las carmelitas descalzas. Nuestra tradición viene del monte Carmelo de Palestina, de los eremitas. Santa Teresa quería seguir con esa práctica, es decir, que cultiváramos un poco ese aspecto ermitaño. Así como hay otras monjas que se juntan por ejemplo para hacer repostería o para coser, o lo que sea, nosotras no. Eso sí, dedicamos dos horas al día a la relación fraterna. Somos muy charlatanas y los domingos sí que nos juntamos para conversar.

—¿Cómo os organizáis para vivir? Quiero decir, si me lo permites, ¿cómo os financiáis? —pregunto.

—A nosotras nadie nos ayuda, no tenemos ninguna financiación. Hay comunidades que han tirado para adelante con limosnas, pero nosotras siempre hemos vivido del trabajo. ¡Y hemos hecho de todo! Hace años bordábamos blusas y vestiditos de bebés para una señora

que tenía una tienda en San Sebastián, pero también hemos cosido mortajas para una funeraria. Luego vino el tema de la encuadernación artesanal de libros, en la que nos especializamos y que durante años nos dio mucha faena, pero ese tema ha ido a menos y ya casi no encuadernamos. Ahora nuestro principal sostén de vida son las pensiones de las hermanas que ya están jubiladas.

—Y has dicho antes que también tenéis una huerta.

—¡Sí! ¿Quieres verla?

—Claro, por supuesto..., pero... ¿puedo entrar?

—Bueno..., no es lo más corriente, pero sí, puedes pasar. Sal por la puerta por la que has entrado y te abro del otro lado.

Me pongo hasta nerviosa con el ofrecimiento. Cierro con llave el locutorio y la hermana ya me está esperando en el pasillo con el portón abierto. Olatz es una mujer delgada, menuda y ágil que debe rondar los setenta años. El hábito la empequeñece un poco.

Caminamos por un pasillo amplio de techos muy altos, al edificio se le reconocen las hechuras señoriales. La carmelita abre una puerta y me enseña el taller de encuadernación, en cuyo interior el silencio es abrumador. Dos gatos que dormían sobre una estantería nos miran con sorpresa y uno de ellos, de un salto, se coloca estratégicamente sobre una mesa, dispuesto a escabullirse tras las cajas si hace falta. Por todo el recinto hay maquinaria, libros apilados, cartulinas, hojas de colores... Huele a polvo y a papel, igual que en las librerías de segunda mano.

—Ojalá un día escriba un libro que se pueda encuadernar aquí.

—Pues estaríamos encantadas, llámame si un día sucede —dice, espantando con la mano a uno de los mininos, que se cuela entre un mueble y sale corriendo al pasillo—. Ay, los gatos... Bueno, hay hermanas a las que les gusta tener mascotas. Ya sabes, aquí cada una tiene sus cosas. Esto es como una familia y todas nos sabemos las manías de las otras.

Seguimos avanzando por el pasillo y al pasar frente a la cocina saludamos a una hermana muy anciana que está pelando patatas encogida sobre una mesa.

—Ella es la que sirvió de modelo para el cabezudo que te contaba antes —susurra la hemana Olatz.

Ya en la trasera del caserón, que no tiene claustro porque la estructura original del edificio nunca contempló tenerlo, hay un

extenso jardín con una huerta, una arboleda, un gallinero y más allá unos prados donde pastan las ovejas.

—¿Ves? —va narrando Olatz mientras caminamos—. Aquí tenemos verduras, patatas… y lo que hay allí son los frutales: hay manzanos, perales, higueras, nogales, avellanos… ¡y también kiwis! Al principio nos parecía que no podría ser, pero, mira, se llevan muy bien los kiwis con el clima de aquí.

—¿Esas ovejas son vuestras?

—No, ¡qué va! Son del vecino, pero nos vienen de maravilla para cortar la hierba.

Donde acaban los árboles frutales, más allá del ganado cortacésped, veo una especie de construcción.

—Y aquella pérgola de allí, ¿qué es?

—Aquello es el cementerio. Hay quince tumbas, porque nos da mucho reparo sacar a las que están enterradas ahí, pero ahora hemos empezado a incinerar porque ya no tenemos sitio.

Llevamos dos horas sin parar de conversar y en un momento dado Olatz hace una pausa y se queda callada. Respeto su silencio y pasamos así un buen rato, paseando entre nogales y manzanos sin hablar. Yo no soy una persona en absoluto religiosa y mi vida está en las antípodas de la de estas hermanas, pero siento que he conectado profundamente con esta mujer. Podríamos ser muy buenas amigas a pesar de la enorme distancia vital, moral y espiritual que hay entre nosotras. Puede parecer una paradoja, porque están en clausura, pero Olatz y sus hermanas son mujeres libres, y ahí está nuestro nexo. Son personas que se autoabastecen y se autogestionan, que no deben rendir cuentas a nadie (salvo a su Creador) y que a diferencia de muchas mujeres en el planeta no viven a la sombra de un padre, de un marido o de un hijo…

De repente Olatz rompe el silencio:

—¿Has visto la serie que hizo Concha Velasco sobre la vida de santa Teresa?

—Pues la verdad es que no —respondo.

—Pues te la recomiendo. Está muy bien.

No será como *Juego de tronos*, pero, vale, prometo verla.

Hemingway y el Camino de Santiago

Tras la visita al convento, y a pesar de que la lluvia persiste en su caer, decido avanzar hasta Auritz-Burguete para pasar la noche. Me siento al volante, marco el destino en el navegador y en pocos minutos estoy conduciendo por una vía estrecha, revirada y agrietada que primero cuesta arriba y después cuesta abajo une dos valles a través de un puerto de montaña. Es la carretera de Artesiaga, el cordón umbilical entre el Valle de Baztan, que toma su nombre del río homónimo, y el Valle de Esteribar, que moja sus pies en la cuenca fluvial del Arga y cuyos habitantes proclaman —aunque no todo el mundo está de acuerdo en eso— como el más occidental de los valles pirenaicos.

Circulo a muy baja velocidad en un constante girar el volante a derecha e izquierda. El color verde se derrama por todas partes: por los taludes, por la bóveda vegetal que forman los árboles, por el musgo que cubre troncos y piedras, por los helechos que se aferran a las rocas y por las briznas de hierba que se abren paso a través de las grietas del pavimento. En este lugar de monocromía vegetal, y quizá porque en la radio suena una canción nórdica, «Vor í Vaglaskógi», de los islandeses Kaleo, me viene a la mente aquella vez que estuve conviviendo con una familia de pastores sami en el norte de Noruega. Los Utsi me acogieron en su casa y de ellos aprendí que, igual que del cerdo, de los renos se aprovecha todo; que a treinta y cinco grados bajo cero es mejor enfundarse unas botas de pelo forradas con paja que el mejor calzado de la mejor marca de equipamiento deportivo invernal que pueda haber en el mercado; que el jamón de reno sabe a cecina y que el tuétano de los huesos se extrae mejor a golpes de mazo que con una navaja; que los tradicionales trajes de vivos colores de los sami son una especie de pataleta al blanco sin concesiones que cubre Laponia la mayor parte del año y que, lejos de estereotipos etnográficos, los pastores de allí se mueven en moto de nieve y

monitorizan a sus rebaños desde el portátil. De los Utsi también aprendí que la nieve para nosotros es simplemente nieve, pero para ellos es *geardni* (nieve con capa de hielo encima), *seagnás* (nieve que parece sal húmeda), *cuodnju* (nieve dura congelada)… y así hasta los trescientos vocablos que su lengua tiene para definir el manto níveo según su textura. Desconozco si en euskera hay muchos vocablos para definir el verde, pero vaya, materia prima para ello en estos bosques no faltaría.

El día y los verdes empiezan a perder el brillo y antes de que anochezca salto de valle otra vez y busco alojamiento sin dificultades en la escueta Auritz-Burguete, cuyas casas de pueblo se atrincheran a un lado y a otro de la carretera que sube a Roncesvalles. No se ve a nadie por la calle. Sigue lloviznando y los vecinos de la localidad tienen claro que se está mejor cenando junto a la estufa que a la intemperie. Los cardos disecados decoran las puertas cerradas de muchas de las viviendas de la localidad; son los *eguzkilores* vascos, la flor del sol o las *carlines* catalanas que a lo largo y ancho de los Pirineos se han usado desde tiempos antiguos para proteger los hogares de todos los males que pueda traer la oscuridad.

Veo luz en el Hostal Burguete, pido una habitación para dos noches y me instalo en ella.

«Había dos camas, un palanganero, una cómoda y un gran grabado en acero, enmarcado, de Nuestra Señora de Roncesvalles. El viento azotaba los postigos. La habitación estaba en el lado norte de la posada.» Lo escribió Ernest Hemingway. Porque el literato que recibió un Nobel por sus letras y muchas bofetadas por su controvertida personalidad, que fue herido en la Primera Guerra Mundial para contarlo después en *Adiós a las armas* (1929); el bandarra que tomaba sus mojitos en La Bodeguita y sus daiquiris en el Floridita de La Habana; el mismo que a menudo hincaba los codos en las barras de los parisinos Café de Flore o Les Deux Magots o, sin ir tan lejos, en el Iruña de Pamplona («Tomamos café en el Iruña, sentados en cómodas sillas de mimbre y mirando la gran plaza desde la fresca sombra de las arcadas»), resulta que también pasó un tiempo en la menos cosmopolita y más pastoril Auritz-Burguete. Por aquel entonces, como hablamos de los locos años veinte, solo había dos posadas en el pueblo. Y él se quedó en esta. La novela *Fiesta* (1926) puso San Fermín en el mapamundi de las juergas, pero muy pocos recuerdan que el

periplo del periodista Jake Barnes —*alter ego* del escritor en esta historia— arrancaba en París y le llevaba a pescar truchas en Burguete antes de llegar a Pamplona para ver a los toros desde la barrera con unas copas de más.

Bajo al comedor, donde un par de parejas están cenando en silencio. Escojo una mesa junto a una pared de la que cuelga (no podía esperar otra cosa) un retrato del novelista de barba blanca. Su rostro es inconfundible. Hemingway fue una suerte de Elvis literario cuya imagen se convirtió, ya en su época, en todo un icono pop para sus congéneres norteamericanos, quienes pasaron de imaginar a los escritores como seres taciturnos pegados a una máquina de escribir a admirar y envidiar a este aventurero que encima de vivir la vida loca se forraba y ganaba premios.

—¿Va a tomar el menú? —me pregunta el camarero.

—Sí, póngame las alcachofas y la trucha con jamón. Y de postre... ¿qué es el *muxu goxo*?

—Una especie de crema quemada.

—Ah, pues eso también, sí. —Y añado—: Disculpe, sé que miles de personas le habrán preguntado lo mismo antes que yo, pero ¿en qué habitación se quedaba este señor cuando venía por aquí? —le digo señalando de reojo el retrato.

—En la 23 —me contesta el hombre, que (después lo descubro) es Iñaki, el dueño—. No hemos cambiado nada, la tenemos tal cual.

—¿Y podría verla?

—Sí, sin problema. Pero tendrá que ser mañana, ahora estamos a tope con las cenas —me dice el camarero en el mismo momento que por la puerta del comedor aparece un grupo de peregrinos con cara de querer chuletón.

Subo a la habitación, me arropo bien en la cama —hace un frío que pela y creo que tengo fiebre— y le echo un vistazo a la biblioteca digital que he traído en la *tablet*.

The Sun Also Rises, de Ernest Hemingway. Aquí está. La compré en inglés porque nunca viene mal practicar el idioma y aunque, lo confieso, nunca me gustó Hemingway, leo ávidamente los capítulos en los que el de Illinois habla del pueblo y de esta posada. Tiene su gracia: el personaje literario Jake Barnes intenta regatear con la dueña de la fonda, porque le parecen caras las doce pesetas que le piden por el cuarto y por la comida, pero al final, como en el precio se incluye el

vino, el personaje accede a pagar gustoso. Lo que no sabe la dueña es que Hemingway-Barnes y sus acompañantes acabarán vaciando varias botellas... y bebiéndose también, de paso, el ron.

Me sube la fiebre, me tomo un paracetamol y a dormir. «Por la noche me desperté una vez y oí soplar el viento; era una sensación agradable estar calentito y en la cama», escribió Hemingway. Pues eso mismo.

Por la mañana sigo regular, pero no quiero perder la oportunidad de ver la dichosa habitación. Después del desayuno, Iñaki, que está en recepción para los *check out*, se acuerda de la petición que le hice ayer.

—¿Aún quieres verla? —me pregunta.

Mientras subimos por unas robustas escaleras de madera que crujen bajo nuestros pies, el dueño me cuenta que él es la cuarta generación al frente de este hostal.

—Aquí había una posta de caballos y mi bisabuelo empezó a dar comidas a los viajeros; y hemos seguido con el negocio hasta hoy. Pero bueno, ahora es todo mucho más difícil. Hay demasiada competencia, sobre todo porque mucha gente en el valle alquila casas particulares a los turistas. Mira —dice abriendo la puerta de una habitación en el piso superior—, es esta.

El cuarto sigue tal cual lo describió el americano, con las dos camas y un grabado con la Virgen de Roncesvalles colgado en la pared. No es muy diferente del mío, un piso por debajo; solo está un poco más ennegrecido por la tradición.

—Son los mismos muebles y decoración que tuvo él. Lo único que la cómoda la hemos sacado porque era demasiado voluminosa.

—¿Esta habitación también la alquiláis?

—Normalmente no, solo en ocasiones muy especiales.

—Muchas gracias por enseñármela.

Cuando salgo de Auritz en dirección a Orreaga-Roncesvalles (apenas hay tres kilómetros entre los dos pueblos) veo que las gotas de lluvia que cayeron ayer han pasado a estado sólido durante la noche. El termómetro del coche marca cero grados a pesar de que acabamos de entrar en la primavera; sigo con fiebre y este frío me sienta fatal. Arriba, en la colegiata, la niebla se enreda con los edificios y se desliza a toda velocidad a un palmo del asfalto. Aparco y entre la neblina veo una gran señal de tráfico: «SANTIAGO DE COMPOSTELA, 790». A su lado, tres

peregrinos abrigados hasta las cejas se fotografían con el paisaje en blanco detrás.

—¡Hola! Buenos días ¿vais a Santiago?

—Bueno, de momento queremos llegar a Logroño —dice uno de los tres con marcado acento gaditano—. El año que viene si Dios quiere seguiremos hasta Burgos.

—¿Empezáis hoy?

—No, arrancamos ayer en Saint-Jean-Pied-de-Port y estamos hechos polvo. Nos dijeron que tomáramos el desvío de Valcarlos, pero quisimos subir al alto de Ibañeta por la ruta de Napoleón y ¡menuda paliza! Y encima nos llovió todo el tiempo —cuenta uno de los chicos con increíble animosidad—. Hoy salimos tarde porque estábamos esperando a que bajara la niebla, pero no parece que vayamos a tener suerte...

—Bueno, para la época en la que estamos parece que tendréis un poco de todo. Yo llevo aquí un par de semanas y he visto ya las cuatro estaciones. Y eso es bonito también. Venga, ánimos y ¡buen Camino!

Me piden que les haga una foto junto a la señal de tráfico —la única referencia visible de su inicio de etapa hoy— y se ponen a andar tan contentos. A los pocos metros veo cómo se los traga la bruma.

Recuerdo cuando estuve en Roncesvalles a principios de los noventa. Tenía diecisiete años y vine para hacer el Camino de Santiago en bicicleta con unos amigos. Justo empezamos aquí, en esta colegiata, con idéntico entusiasmo y determinación a los que he visto en la cara de los tres jóvenes de Cádiz. Por aquel entonces cogimos un autobús nocturno que salía de la estación del Nord, en Barcelona y llegaba a Pamplona de madrugada. Habíamos mandado las bicicletas por mensajero y tuvimos que esperar varias horas pasando frío, primero metidos en un cajero de La Caixa hasta que se hiciera de día (era el único lugar abierto que encontramos donde no morir congelados) y después sentados en la acera de un polígono, medio-dormitando, hasta que abrieron la oficina de recogida. Lo cierto es que llegar hasta Roncesvalles fue toda una odisea. Un inicio de ruta desalentador. Perdimos el autobús de línea, nos equivocamos de camino un par de veces (recordemos que en aquella época no teníamos móviles ni GPS) y para cuando logramos aposentar nuestros huesos en las camas del albergue ya era de noche. La mañana siguiente, cuando arrancamos con nuestra aventura —que acabaría

felizmente en Santiago catorce días después y habiendo perdido cuatro kilos de peso—, la colegiata lucía como hoy, invisible, atrapada por la niebla. Después de aquello nunca he vuelto a este sitio, por lo que, técnicamente, si la neblina se disipa será la primera vez que vea Roncesvalles con mis propios ojos.

Decido volver al coche y subo hasta el alto de Ibañeta. Junto a la ermita de San Salvador hay un monolito minimalista sin ninguna floritura en el que simplemente se tallaron a cincel la palabra «ROLDÁN» y dos años: «778» y «1967». La segunda es, obviamente, la fecha en que se hizo y plantó la pieza artística. La primera recuerda que en el siglo VIII el sobrino de Carlomagno, Roland (el nombre francés de Roldán), perdía la vida a manos del pueblo vascón en la batalla de Roncesvalles. No se sabe a ciencia cierta si la contienda ocurrió exactamente en este collado pirenaico y si fue realmente una batalla o más bien una emboscada sufrida por las huestes carolingias, que se vieron sorprendidas bajo una lluvia de piedras. El caso es que el ejército franco se hallaba al sur de los Pirineos luchando por mantener su Marca Hispánica o, dicho con otras palabras, tratando de expulsar al emir Abderramán I de la península ibérica. Pero el emperador tenía muchos frentes abiertos y simultáneamente se le sublevaron los sajones en el norte, por lo que mandó una retirada a marchas forzadas sin contar que en el camino de regreso toparían con la furia de los vecinos de estos valles, que no estaban muy contentos con la presencia de los francos en sus territorios. Así, la retaguardia del ejército de Carlomagno acabó despeñado monte abajo y su amado Roland (hay quien defiende que no era su sobrino, sino su bastardo), hecho trizas y erigido como mártir.

El biógrafo de la corte, el presbítero Éginhard, plasmó el suceso sin imparcialidad en su *Vita Karoli Magni*, pero la versión más popular se escribiría unos siglos más tarde con buenas dosis de épica y mucha fantasía caballeresca: la *Chanson de Roland*. En este cantar de gesta, el héroe Roland y sus legendarios doce pares de Francia no morían de una pedrada, sino defendiendo heroicamente la cristiandad ante un cruel y sanguinario ejército musulmán de cien mil efectivos. La narración, rica en escenas de violencia *gore*, a saber, cabezas partidas en dos, coágulos resbalando y entrañas esparcidas, relata así el fin del protagonista:

> Siente Roldán que se aproxima su muerte. Por los oídos se le derraman los sesos. A través de un barbecho, se encamina hacia España, recorriendo poco más que el alcance de un tiro de ballesta. Trepa por un altozano. Allí, bajo dos hermosos árboles, hay cuatro gradas de mármol. Cae de espaldas sobre la hierba verde. Y se desmaya nuevamente, porque está próximo su fin.

El deceso es tan agónico que mejor lo resumo en dos líneas: tras varios intentos fallidos de partir su mítica espada Durandarte contra las rocas para que esta no caiga en manos enemigas y después de encomendarse al altísimo, Roland acaba feneciendo bajo un pino.

En Alto de Ibañeta sigue enganchada la niebla sin que sea posible contemplar la cordillera pirenaica, por lo que regreso carretera abajo hasta la colegiata que, esta sí, por fin, se ha librado del velo y se deja ver en todo su esplendor. A un lado está el famoso Silo de Carlomagno, el edificio más antiguo de Roncesvalles, donde según la leyenda fueron enterrados Roldán y sus doce pares, aunque en realidad se usó para algo mucho más prosaico: fue osario de peregrinos fallecidos. Al fondo se erige el conjunto monumental de la colegiata con su iglesia, su museo y su albergue de peregrinos. Un lugar emblemático para quienes durante siglos han recorrido el Camino de Santiago y que ya el monje Aymeric Picaud mencionaba en el *Codex Calixtinus*, la primera guía de viajes que se escribió sobre esta vía de peregrinación, concretamente en el siglo XIII.

Entro en la oficina de atención al peregrino y una chica de pelo canoso enfundada hasta la barbilla en un grueso forro polar me saluda y se presenta. Es Marisol, la responsable del albergue.

—He visto a muy pocos peregrinos hoy —le digo.

—Sí, en esta época estamos bastante tranquilos. Además, ahora ya es tarde, suelen empezar a caminar muy temprano.

Marisol me invita a sentarme y pasamos un rato charlando de todo un poco: de la niebla, de Hemingway, de Compostela… me cuenta que lleva veintidós años aquí, dando la bienvenida a los peregrinos. Ha visto de todo.

—Cuando entran por la puerta ya sé lo que va a pasar. He desarrollado como un sexto sentido para eso y no suelo equivocarme. Viene bastante gente por el simple reto deportivo, pero hay muchos otros que se lanzan al camino tras pasar por una enfermedad grave o por una pérdida familiar. También hay quienes se han quedado sin empleo, han sufrido una ruptura amorosa, han hecho una promesa o

necesitan reflexionar sobre su vida…

—O sea, que hay tantos caminos como personas lo recorren, ¿no?

—Totalmente. Aunque la mayoría coincide en que buscan una catarsis, un rompimiento, un cambio de rumbo…

—Cuando hice el camino en los noventa empecé aquí, en la colegiata, pero recuerdo que había gente que venía desde muy lejos.

—Mucha gente cree que el Camino de Santiago arranca en Roncesvalles, pero eso no es así. En Saint-Jean-Pied-de-Port confluyen tres de los cuatro caminos que vienen de Francia y que en esa localidad se unen para cruzar los Pirineos hasta aquí. Mira —dice Marisol, mostrándome un viejo mapa que tiene colgado en la oficina—, la más occidental es la Via Turonensis, que viene de París y pasa por Tours; luego tienes la Via Lemovicensis, que baja desde Vézelay, y la Via Podiensis, que sale de Le Puy-en-Velay. La más oriental parte de Arlés, pero no atraviesa la cordillera por aquí, sino por el puerto de Somport. O sea, que hay gente que cuando llega ya lleva muchísimos kilómetros a sus espaldas. Imagínate tú los que han llegado andando desde París.

—¿A quién recuerdas que llegara de muy lejos?

—Un chico que llegó caminando desde Eslovaquia en chanclas. En realidad, el inicio del camino está en casa de cada uno.

—¡En chanclas! Supongo que algunos llegarán bastante perjudicados…

—Yo misma he presenciado más de un infarto y algún fallecimiento. No es lo normal, pero la etapa que sube por la ruta de Napoleón es muy dura y hay gente que viene sin preparación ni equipamiento adecuado o que ya traían alguna patología previa. Ha habido temporadas que hemos tenido hasta dos muertos. Y luego están las modas. Por ejemplo, cuando Paulo Coelho escribió su libro sobre el camino nos llegaban brasileños a mansalva; y lo mismo con los anglosajones cuando se estrenó la película *The Way*, con el actor Martin Sheen. Pero sobre todo tuvimos bastantes problemas con los coreanos, porque muchos venían sin preparación ninguna.

—Sé que los japoneses vienen por el hermanamiento que existe entre el Camino de Santiago y su Kumano Kodo, pero ¿qué motivo tienen los coreanos?

—Parece ser que una presentadora muy famosa en su país hizo un diario del Camino y tras ella miles de fans se lanzaron a hacerlo.

Llegaban aquí en pleno invierno, en pantalón corto, sin saber muy bien a qué venían. Una vez tuvimos que montar un dispositivo que duró doce horas para rescatar a cinco chicos. Les había sorprendido una gran nevada y por suerte se resguardaron en un refugio. Movilizamos a varios bomberos y a ellos se unieron voluntarios del pueblo, pero cuando los equipos lograron llegar hasta ellos —habiendo puesto en riesgo sus propias vidas— los tipos, que iban todos en ropa de verano, habían montado una fiesta allí. Y estaban tan contentos. Aquello provocó mucha indignación y desde entonces el paso de arriba se cierra en invierno.

—Realmente has visto de todo. Habrá historias bonitas también.

—Sí, muchas. Recuerdo una pareja de mexicanos que se conocieron andando el Camino y después regresaron para casarse aquí de manera improvisada. El prior realizó el oficio, yo bajé a Burguete a recoger algunas flores e hice de testigo en la ceremonia junto con cuatro peregrinos más que pasaban por aquí.

Nos interrumpe una llamada telefónica. Marisol tiene trabajo, así que me despido de ella.

—Voy a darme una vuelta por aquí. Cuando estuve la última vez no vi nada.

—No dejes de entrar en la iglesia. Ahora no habrá nadie.

La portalada de la colegiata es lo único que recuerdo de mi paso por Roncesvalles. Eso y los sanjacobos que cenamos. La puerta está abierta y en efecto, como había vaticinado Marisol, dentro no se ve ni un alma. De hecho, no se ve nada de nada, pues el templo está sumido en la penumbra total. Un cartelito colgado en la pared explica el porqué: «LUCES 1 €». Estoy a punto de sacar el monedero, pero me doy cuenta de que la escena es muy atractiva así, tal cual, en plena oscuridad, con un foco puntual dirigido a la Virgen, como si fuera una estrella del *rock* sobre un escenario. Para mayor efecto dramático, la talla —a la que llaman la Reina de los Pirineos— está chapada en plata, lo que provoca que la luz del foco rebote en todas las direcciones.

Me siento en un banco a contemplar este extraño concierto sin voz ni movimiento y pienso para mis adentros en cuántos millares de personas, desde que Picaud escribió su *Codex Calixtinus*, se habrán

encomendado a ella en esta o en sus formas anteriores sin plata y sin focos, antes de iniciar el Camino. Hago lo mismo a pesar de mi agnosticismo. De paso pido por favor que me baje la fiebre, y ya puestos, que esta noche en el Hostal Burguete tengan sanjacobos. La hermana Olatz, si me viera aquí, estaría orgullosa.

Crómlechs, buitres y *rock ’n’ roll*

—Es un crómlech —me dice un pastor mientras carga una oveja herida en la parte trasera de su *pick up*—. Eso lo hicieron en la prehistoria. Hay varios en este alto. Mira, si vas para allá encontrarás otro conjunto —dice el hombre levantando la barbilla hacia un punto indeterminado de la pradera— y por ese lado hay algún dolmen también.

—¿Qué le ha pasado al animal?

—Se ha roto una pata. Menos mal que la he visto, si no los buitres hubieran acabado con ella en minutos.

Sin decir nada más, levanta la mano en señal de despedida, se sube al 4 × 4 y se marcha traqueteando por la pista.

Esta mañana, al ver que el día se levantaba completamente despejado, he decidido subir a algún punto elevado para compensar visualmente el paisaje en blanco de ayer en Ibañeta. Buceando en mi mapa del Pirineo navarro he topado con esta pradera de altura, el collado de Azpegi, que sobre el papel aparece vertebrado por una línea recta con el nombre «España» a un lado y «France» al otro. Así que he llenado el bidón de agua, he cargado la mochila con ropa de abrigo, un sándwich de queso y un par de naranjas que ayer me dio Iñaki, me he atado bien las botas de montaña y he saltado al valle contiguo, el de Aezkoa. Por él fluye el río Irati, que da nombre a uno de los bosques del Pirineo, o más bien a su selva más célebre.

La subida a pie desde la fábrica de Orbaitzeta ha sido muy asequible. Un paseo en constante pendiente, eso sí, por un tupido bosque de hayas. La acumulación de hojas en el suelo acolchaba el sendero. Y ya en el alto, el paisaje se ha abierto, calvo de árboles, para dar paso a una extensa pradera abundante en roquedos por entre los que pastaban un buen número de vacas y de ovejas *latxas*. En un rincón del prado, entre uno y otro pedregal, he visto que sobresalían unas rocas cuidadosamente dispuestas en forma elíptica. El crómlech, que decía el pastor. Un poco más allá está la *muga*[1] invisible y otro

círculo megalítico, este claramente moderno, que conmemora un antiguo tratado internacional de 1556 que aún sigue vigente y autoriza la facería: que el ganado pueda pastar indistintamente a uno y otro lado de la frontera.

Desde el collado de los megalitos hasta la cima del Mendilatz, a 1.348 metros de altura, queda un repecho, una loma arbolada que, ahora ya sí, adquiere una pendiente considerable. En un poste de madera hay una señal con marcas blancas y verdes: «SL-NA 58—B. SENDERO LOCAL/*HERRI BIDEA*». La flecha indica la dirección que hay que tomar. Miro el reloj, miro el cielo (no hay nubes a la vista), miro el reloj otra vez. Venga, por qué no, hoy es un buen día para coronar la primera cumbre de este viaje pirenaico.

Al llegar al alto (la cuesta tiene su enjundia) descubro que el Mendilatz no tiene una, sino dos cimas. La más arbolada es la de mayor altitud y en ella colocaron un preceptivo buzón montañero para que los excursionistas dejen una tarjeta con su nombre y el club de montaña al que pertenecen y certificar así el ascenso. En algunos lugares, estos buzones contienen un bloc de notas donde los alpinistas plasman por escrito, para la posteridad y firmado con nombres y fechas, qué bonitas son las vistas, qué lástima la niebla, prometo volver y otras reflexiones más o menos profundas. En ese afán de dejar constancia de lo que hacemos, estas libretas dobladas por la humedad y sobadas por mil manos, metidas en un contenedor metálico en la cima de algún cerro, son una buena síntesis del espíritu montañero popular. Y, aunque en plena era de Instagram han pasado a un segundo plano, a mí siguen fascinándome. Tienen mucho de romántico. Y cuando escribo en ellas siempre pienso en esas películas posapocalípticas en las que un desarrapado grupo de humanos trata de sobrevivir al ocaso de la civilización. Si alguno de ellos subiera una montaña y encontrara el bloc de notas, seguramente coincidiría en eso de que qué lástima la niebla.

En estos pensamientos sin sustancia estoy cuando escucho hablar al grupo de excursionistas veteranos que me precedían en el ascenso. Se pasan un buen rato comentando que aquello es tal collado, que aquella es tal montaña y que en el otro lado está la torre romana del monte Urkulu. Luego, una de las mujeres dice:

—Oye, mejor nos comemos los bocatas abajo en las piedras, ¿no? Aquí hace demasiado viento.

Creo que se refieren al crómlech.

Sí, será mejor que yo también baje y haga algo tan extraño como comerme un sándwich al abrigo de algún espacio funerario ancestral.

Tras el refrigerio, el descenso es más rápido de lo que pensaba a través de esta selva de Irati que en otoño es gloriosa para los fotógrafos. Ya dijo Pío Baroja en la crónica de su viaje por *El País Vasco* que este lugar era la bomba: «El bosque y gargantas del Irati dan motivo al turista a llevar recuerdos de su visita difícilmente olvidables». En esto sí le doy la razón.

Al poco alcanzo el lugar donde he aparcado el coche, la mismísima Real Fábrica de Armas y Municiones de Orbaitzeta. Esta rareza industrial, encajonada en un desfiladero entre los montes Mendilatz y Arlekia, queda bien escondida en un rincón de la selva de Irati. Pero no fue la clandestinidad lo que propició que este complejo militar se construyera tan lejos de todo, sino más bien la riqueza mineral de la zona, así como el fácil acceso a la madera y a las aguas del Legartza, que, convenientemente canalizadas, servían para refrescar los hornos y de paso los cuerpos de los esforzados obreros aquí destinados.

Por la mañana no le he prestado demasiada atención, pero ahora aprovecho para dar un garbeo por el interior de esta sorprendente arquitectura fabril que sobresale de entre la maleza como la carcasa de un animal caído. Solo se escucha a los cuervos graznar.

Vista desde la distancia, la fábrica de Orbaitzeta, con sus muros a medio caer y sus pasajes tomados por las zarzas, recuerda vagamente a aquellos pueblos pirenaicos que un día se quedaron sin habitantes humanos y pasaron a ser patrimonio del bosque. Pero cuando bajo las antiguas escaleras de acceso y me meto en su interior descubro su vocación industrial en las viejas carboneras; en los depósitos de menas; en los pasillos de los talleres; en las ruedas hidráulicas y en los hornos de fundición, que, aunque resquebrajados, ahí siguen plantándole cara al derrumbe. De sus fauces ardientes salía en estado líquido lo que después acabarían siendo las bombas de hierro colado, las granadas y la munición requerida por un Carlos III que venía de un par de guerras al otro lado del charco: la de los Siete Años y la de la Independencia de Estados Unidos. La fábrica de armas de Orbaitzeta no funcionó como tal durante demasiado tiempo ya que, tras una primera etapa, el espacio pasó a producir lingotes de hierro que se

mandaban para su refundición a otras factorías armamentísticas de Asturias. Cerró definitivamente en 1882, después de haber sufrido sucesivos ataques e incendios durante la Guerra de los Pirineos, la del Francés y la primera contienda carlista.

Paseo a solas por este antiguo arsenal tratando de superar la tentación de saltar las verjas que impiden acceder a los edificios más desmigajados. Los lugares abandonados tienen un magnetismo irresistible, especialmente estos donde la naturaleza reclama su espacio. Son como mirar por un agujerito y ver cómo sería el mundo posapocalíptico del que hablaba antes.

Al día siguiente dejo atrás el Valle de Aezkoa para dirigirme al de Salazar, donde he prometido visitar a una vieja amiga, Patricia Alberdi, que trabaja en la oficina de turismo de Otsagabia. Nos conocimos hace unos años, cuando visité el valle con el periodista Xavier Moret para cubrir una serie de reportajes sobre el Pirineo navarro oriental. Durante varios días, la dinámica y entusiasta Patricia nos hizo de Cicerone por estos pueblos, nos presentó a los paisanos, nos enseñó los mejores lugares para comer lo casero y lo de aquí, nos descubrió cascadas ocultas en el bosque, nos abrió las puertas de su casa en Izaba y, en definitiva, se ganó nuestra simpatía y nuestra incondicional amistad.

Todavía es pronto para ir a la oficina de Patricia, así que paro para desayunar en el único bar que encuentro abierto junto a la carretera que sube a Otsagabia. Dentro hay cuatro parroquianos sentados en distintas mesas que comparten una misma conversación con la dueña, que está de pie tras la barra. Me aposento discretamente en un extremo, y pido un café con leche y unas rosquillas que parecen caseras.

—La de Mari se fue ayer, ¿lo sabéis? —dice la señora sentada a la mesa más cercana a la puerta—. Al final se quedará en el piso de unos tíos de Iban.

—Pues yo no creo que esta vuelva. Siempre le ha gustado mucho la ciudad. Todos los fines de semana le pedía a su madre que la bajara al centro comercial… —relata el anciano sentado al fondo sin dejar de remover la cucharilla en el café.

La conversación continúa. Yo sigo con mis rosquillas mientras ellos hacen una suerte de inventario en voz alta de este y de aquel del pueblo que se fueron a estudiar a Pamplona para nunca volver. Por lo

que deduzco de su charla, todos viven solos y tienen a los hijos fuera. La marcha de los jóvenes es un problema grave que les preocupa. Es evidente. Salgo del bar con cierta sensación de tristeza.

Cuando llego a Otsagabia, Patricia se alegra mucho de verme. Nos abrazamos y en unos minutos nos ponemos al día de nuestras vidas en los últimos meses.

—¿Cómo vais por aquí? —le pregunto, refiriéndome al pueblo. Recuerdo que, en nuestro último encuentro, Patricia se lamentaba precisamente de lo mismo de lo que hablaban en el bar de abajo: del éxodo inexorable de personas desde estos pueblos hacia la ciudad.

—Pues seguimos igual. Parecía que con el teletrabajo la cosa mejoraría, pero no ha sido así. El problema principal —sumado al de que los niños se tienen que ir a Pamplona a estudiar a partir de los dieciséis años— es que no hay casas disponibles para vivir. Aquí en Otsagabia todo son segundas residencias o casas de turismo. Y cuando viene alguien de fuera para trabajar aquí, figúrate tú un maestro, por ejemplo, pues no puede quedarse en el pueblo. Tiene que buscarse alojamiento en alguna aldea pequeña de alrededor y pagar una fortuna, porque los pocos alquileres que hay son elevadísimos.

—Sí, esto es un problema para muchos lugares que se ponen de moda, por desgracia. Y no solo en el Pirineo.

—Ay, sí, maja, y ¿sabes qué pasa también? Que los del sector primario ni tienen ayudas ni les ponen las cosas fáciles. Y aquí vive mucha gente de eso. Si quieres poner una quesería y tener cuatro ovejas te piden los mil requisitos, pero en cambio todo son facilidades para los que deciden abrir una casa rural. Nadie tiene en cuenta las necesidades de los que vivimos aquí arriba y desde fuera se creen que poniéndonos internet de alta velocidad se acabarán todos nuestros problemas.

—Y al margen de esto, que no es poco, ¿se vive bien en el valle?

—Se vive bien si tú lo has escogido y te gusta. Si estás por fuerza, es duro. Aquí decimos eso de *herri txiki infernu haundi*: pueblo pequeño, infierno grande. Pero, vaya, tenemos de todo y yo estoy encantada. Me gusta mi trabajo y estos valles me fascinan. Ya sabes, tengo mi casa y mi huerto ahí en Izaba, y en mis días libres siempre me escapo a la montaña.

—En esa parte sí que te envidio. Ayer subí al Mendilatz. El entorno es espectacular: el hayedo, los pastizales, los monumentos

megalíticos... ¡Ah! y me encontré a un pastor recogiendo una oveja con la pata rota. Parece ser que hay buitres acechando al ganado por ahí arriba. ¿Sabes si también hay lobos en esta zona?

—Pues aquí no han llegado todavía, pero ¿sabes quién te contaría historias muy interesantes sobre eso? Mi amigo José Berrot, es el veterinario rural del valle. Espera que le llamo. —Patricia coge el móvil, habla con su colega y en menos de cinco minutos ya tengo una cita con él al día siguiente por la mañana—. Es un tío interesante, te contará muchas historias. ¡Ah!, por cierto, dice que te lleves unas katiuskas.

Salvo muy raras excepciones, no soy de las que viaja con unas botas de agua en el maletero, pero bueno, las botas de montaña harán su función. Me despido de Patricia aprovechando que entran dos mujeres para pedir información sobre los senderos de la selva de Irati y nos citamos para ir a comer otro día. Voy a quedarme un par o tres de noches por aquí. Dejo mis cosas en una pequeña fonda familiar en el pueblo de Orontze y me dispongo a buscar algún restaurante en el valle en cuya carta ofrezcan alguno de esos manjares navarros contundentes. No me importarían unas migas de pastor, un cordero al *txilindron*, un bacalao ajoarriero o, por qué no, un *txuleton* a la brasa...

La clínica veterinaria de José está en la parte de abajo de una casa ubicada justo a la entrada o justo a la salida, según se mire, de Ezcaroze. Junto a la puerta los carteles «VETERINARIOS - *ALBAITARIAK*» no dejan lugar a dudas: es aquí. Entro y encuentro a José sentado frente al ordenador. Es un tipo alto, fuerte, con el pelo blanco y alborotado. Rozará los cincuenta. Va bien abrigado, enfundado en un pantalón de montaña, un forro polar y unas katiuskas. Espero que mis botas estén a la altura de lo que nos espera hoy.

—Dame un minuto. Mando una cosa y ya nos vamos. Es que soy autónomo y cuando al final de trimestre hay que presentar mucho papeleo... es muy agobiante.

—Sé de qué me hablas, tranquilo.

Cuando acaba con las teclas, se levanta con agilidad y empieza a llenar una bolsa con varias cajas de medicación inyectable.

—Mira —dice el veterinario—, hoy me acompañarás a poner las vacunas contra la lengua azul, que es una enfermedad vírica que ataca a los rumiantes. Ahora estoy con la campaña de revacunación y cada semana visito dos o tres bordas. Hoy subiremos a casa de los Viscarret

y les pondré la inyección a unas trescientas ovejas.

—¿Son las ovejas *latxas*, las del queso del Roncal? Ayer vi muchas subiendo al collado de Azpegi.

—No, la oveja de aquí es la rasa de Navarra, es autóctona. Hay muchas en Salazar y también en el valle del Roncal; las crían por la carne. Luego en esta zona también hay mucha vaca de la raza pirenaica. Pero, ¡eh!, las de aquí son animales privilegiados. Son la *jet set* de las vacas —sentencia José.

—¿Viven bien?

—Sí, aquí todo lo que hay es ganadería extensiva muy ligada a la tierra. Las explotaciones son pequeñas y los animales están en libertad varios meses al año, pastan aquí abajo en las praderas y también arriba, en los puertos del valle. Pero, bueno, en los últimos tiempos se está notando que ha bajado mucho la ganadería, porque los montes se están convirtiendo en selvas y eso no pasaba antes. Hay que tener en cuenta que los animales limpian la maleza, fertilizan y mantienen la diversidad vegetal. Pero, claro, los criadores no tienen una vida nada fácil y hay muy poco relevo generacional.

—Conocerás a todos los ganaderos y pastores del valle, ¿no?

—De aquí de Salazar, y también del Roncal y de Aezkoa —dice José mientras carga todo el material en el 4×4. La trasera del coche es una verdadera ambulancia móvil—. Pero yo no nací aquí. Soy del centro de León, me instalé en el valle hace veintidós años. Quería ser veterinario rural desde que estudiaba en la universidad, lo que es toda una rareza, sobre todo para un chico de ciudad. Cuando me saqué el título de maestro herrador, al poco de empezar a trabajar, una vaca me dejó inconsciente de una coz y mi madre me decía: «Ay, hijo, ¿para esto has estudiado? ¿Por qué no te pones con los perros?». La pobre mujer nunca entendió que yo quisiera trabajar con el ganado.

—Es que debe ser una profesión muy dura.

—Lo es. Y por ese motivo, igual que pasa con los ganaderos, tampoco los veterinarios rurales encontramos relevo. Muchos compañeros llevan meses buscando ayudantes y no hay manera. Los jóvenes prefieren trabajar en clínicas donde se trata a las mascotas, es más cómodo. La realidad es que este oficio es muy vocacional, te tiene que gustar mucho, porque trabajas cada día del año a cualquier hora que pase algo. Si una yegua se pone de parto a las tres de la madrugada y hay alguna complicación, te toca irte a cuarenta

kilómetros de distancia, conduciendo por curvas y con nieve, para ayudarla. Es muy sacrificado, la verdad. Tienes que dejarte los hígados en ello.

Subimos al coche y salimos. Avanzamos por la carretera que vertebra el valle, pero al poco tomamos un desvío y nos metemos por una pista de montaña que en un momento dado deja de estar asfaltada. En la radio suena Lynyrd Skynyrd.

—Me encanta este grupo —le digo—. Yo soy mucho del *rock* de esa época: de los Creedence, de Led Zeppelin, de Jimmy Hendrix y, bueno, también de todo lo que se entiende como Seattle *sound*: Pearl Jam, Soundgarden, Alice in Chains, Mudhoney...

—Pues entonces coincidimos —dice José, y viendo la complicidad musical que nos une, prosigue—: ¿Sabes?, yo también soy músico. Tengo un grupo de *rock* desde los años noventa.

—Eso tienes que contármelo bien.

Cuando se dispone a explicarme cómo es eso de ser una vieja estrella del *rock*, dos hombres salen al paso de una borda levantando los brazos para que paremos. El veterinario baja la ventanilla.

—Oye, ¿cuándo nos toca a nosotros lo de la lengua azul? —dice uno de los hombres.

—Pues mira, hoy voy a casa de Viscarret, ¿os viene bien el miércoles?

Ante la respuesta afirmativa de uno de ellos, José coge un bolígrafo y se apunta la cita en el dorso de la mano. Se despide y proseguimos la marcha por una pista que cada vez es más estrecha y más pedregosa. A los pocos metros de dejar atrás la granja, en el centro del camino nos topamos con otro pastor, que sujeta una oveja tumbada en el suelo. Paramos y el veterinario vuelve a bajar la ventanilla.

—Hombre, parece que me hayas leído el pensamiento —dice el joven—. Esta se me acaba de romper una pata cruzando el río.

—Pues llévatela para casa y luego, a la que termine con la vacunación arriba, paso un momento y la entablillo.

Arrancamos de nuevo y seguimos hacia lo alto del monte. Me queda claro que al veterinario no le faltan los clientes.

—¿Esto es siempre así? —le pregunto.

—Pues más o menos sí. Es por lo que te decía antes: no quedan muchos veterinarios rurales por estos montes.

Finalmente llegamos a la borda en cuestión. Una pareja mayor vestida con monos azules y botas de agua nos recibe sonriente. Son Jose Mari y Muskilda, su mujer. Ante mi cara de sorpresa la señora aclara:

—Aquí hay muchas Muskildas. Es por la Virgen.

Las ovejas se arremolinan al fondo de la nave. Cuando nos acercamos, los animales se mueven todos a una, como si fueran un único ser. El matrimonio ha montado una manga para manejarlas, por lo que la operación de ponerlas en fila, pincharles la vacuna y dejarlas salir al campo se produce a increíble velocidad. La operación es metódica y eficiente, y en menos de dos horas ya nos estamos despidiendo de los Viscarret y conduciendo hacia la siguiente borda, la de la oveja con la pata herida.

Antes de llegar, Álvaro, el pastor, que ha oído de lejos el coche, sale a nuestro encuentro. José abre la trasera del 4 × 4, coge tablillas, vendas y esparadrapo, y entramos los tres en una nave. La oveja yace sobre la paja, tiene la pata fracturada por dos puntos, pero no hace ademán alguno de estarlo pasando mal.

—Parece como si no le doliera —les digo.

—Es normal —explica el veterinario—. Los herbívoros están en la parte baja de la cadena trófica y por ese motivo tratan de no exteriorizar el dolor. Sería como decirles a sus depredadores: ¡Eh, mirad! Estoy aquí, herida y débil. ¡Comedme!

—¿Tenéis muchos ataques al ganado por esta zona? —le pregunto a Álvaro, el joven pastor.

—Pues sí. Lo que nos trae de cabeza son los buitres. Yo cada año pierdo unas cuantas ovejas por su culpa. Tienes que estar todo el día encima de ellas, vigilándolas, porque si no las atacan y las matan, sobre todo ahora, en primavera, cuando se ponen de parto.

—Pero ¿los buitres atacan al ganado vivo? Pensaba que eran carroñeros.

—Años atrás, los buitres se alimentaban de los animales muertos que los ganaderos dejaban en los muladares —explica José—, pero con la crisis de las vacas locas se prohibió tirar animales muertos al campo y eso afectó muchísimo a estas rapaces, que se vieron sin comida de un día para otro. Entonces empezaron a desarrollar otro tipo de estrategias. En esta zona los buitres cazan en grupo, se posan en el suelo batiendo las alas y acorralan a las ovejas contra los

roquedos o contra la pared de algún edificio. Los animales, al verse acechados, se aprietan entre sí, y muchos mueren ahogados.

—Y da miedo verlo. Yo cuando se posan los buitres no me atrevo ni a acercarme —añade Álvaro, que es un tipo bien alto y fornido—. Imponen muchísimo porque son animales muy grandes y se juntan muchos. Aquí ha habido ataques en los que han participado hasta trescientas aves a la vez.

—¿Creéis que esto se solucionaría poniendo más perros pastores? Sé que en Francia trabajan con ellos para ahuyentar a los lobos.

—Yo creo que atacarían también a los perros —se lamenta Álvaro —. Las aves han desarrollado un instinto cazador y eso es muy difícil revertirlo. Necesitarías muchísimos perros para ahuyentar a trescientos buitres. No lo veo viable.

El veterinario termina de hacerle la cura a la oveja herida. El animal, impasible, se pone de pie con la pata de palo y echa a andar. Nos despedimos de Álvaro, le deseo mucha suerte con los buitres y tomamos el camino de vuelta a Ezcaroze. Cuando estamos entrando por la puerta de la consulta, el teléfono del veterinario vuelve a sonar. Por lo que deduzco de la conversación, ahora la paciente es una yegua que no puede ponerse de pie. Esto es un no parar.

—Oye, José, antes de que te vayas. Cuéntame eso de tu banda de *rock*.

—Espera aquí.

El veterinario se dirige un momento al piso de arriba, donde vive, y baja con un vinilo en la mano. El grupo se llama Buffalo. Y la portada recuerda ligeramente al *Ace of Spades* de Motorhead.

—Aquí tienes, este es el segundo álbum que sacamos. Somos todos de León y de la misma quinta. Alicia es la bajista, Toño toca el Hammond y Quique, la batería. Yo compongo, toco la guitarra y canto. A ver qué te parece. Si no tienes tocadiscos, también puedes encontrarnos en Spotify.

—Prometo escucharos.

Al final me quedé en Orontze más tiempo del que había planeado. Muchas cosas me impedían irme, empezando por los increíbles guisos que salían del puchero de la matriarca del hostal en el que me alojé. Parte de la culpa la tuvieron la selva de Irati, por la que llegué a perderme literalmente, y esos pueblos de piedra tan bien arreglados que nos recuerdan que aquí en los setenta se ganaron muy

bien la vida con el cultivo de la patata. También tuvieron la culpa las iglesias atiborradas de barroco, los muchos parajes acuáticos por los que antaño bajaban los almadieros y esos gloriosos miradores desde los que ya se ve el Ohri, el primer dosmil de los Pirineos. Le puse banda sonora a estos días en Salazar, escuché a fondo los dos álbumes de Buffalo y decidí que la canción «Going Down» le iba como anillo al dedo a estos paisajes. Música kilómetro cero. Las cenas con los amigos y las conversaciones de taberna —volví un par de veces al garito del primer día y allí seguían los mismos parroquianos sentados a distintas mesas— fueron otro motivo más, si no el principal, para mantenerme aferrada a este valle.

No fue fácil marcharse de Navarra. Nunca lo ha sido.

Aragón

El Santo Grial

Si subes por el puerto de Matamachos, Navarra se acaba entre un pino y un cartel de coto de caza. En una curva cerrada donde la vía empieza su descenso, una gran señal anuncia a conductores y ciclistas que lo que viene por delante ya es la Comunidad de Aragón. La carretera tiene su miga. Hay que circular con cautela y aguantar la respiración cuando viene uno de esos giros de herradura en fuerte pendiente en los que conviene hacer un acto de fe y encomendarse a la capacidad de agarre de los neumáticos.

La visión de Ansó desde las alturas me indica que ya se acaba mi particular infierno al volante. Si nunca se me ha dado bien conducir por carreteras reviradas, ¿cómo se me ocurre recorrer los Pirineos de un extremo a otro por vías secundarias? Desde Ansó no remonto el valle homónimo ni tampoco me adentro en el bucólico Valle de Hecho ante el peligro de quedarme atorada en ellos, como me sucedió en Salazar. Tengo una cita dentro de unos días en Aínsa y antes quiero visitar, entre otros lugares, San Juan de la Peña, donde según defienden algunos historiadores estuvo escondido el mismísimo Santo Grial.

La visión de San Juan te deja con la boca abierta. Encajado a presión bajo un saliente rocoso, el monasterio parece soportar el peso de toda la montaña. Se le adivina la vocación eremita, ahí agazapado entre los pliegues de la roca.

Los inicios de la vida en esta oquedad son inciertos y se cree que pudieran estar vinculados a los cultos precristianos a la naturaleza. La primera certeza sobre el papel de la existencia del viejo cenobio es del año 928, cuando Aragón ni siquiera era un reino, sino un condado que vivía acariciado por los tentáculos de poder de los monarcas de Pamplona. Aislada de todo, en una orografía abrupta y de acceso complicado, la entidad monástica de San Juan consiguió autogestionarse, igual que hacen hoy las carmelitas de Donamaria pero al estilo del siglo X, esto es, labrando tierras, plantando vides,

criando ganado y también —ahí estaba la clave— ejerciendo como centro de control de la economía de la zona. De esta etapa histórica anterior al año 1000 se conservan partes de una iglesia prerrománica sobre la que más tarde se levantaría la iglesia románica que podemos ver hoy, con ese claustro que no es a cielo abierto, sino a cobijo de una gran bóveda natural de paredes rojizas.

Justo bajo la mole pétreo-monástica hay una casita de venta de *tickets* pegada a la carretera. Pregunto si se puede visitar el monasterio con un guía y parece que estoy de suerte: la visita va a empezar en breve.

—Suba las escaleras y espérese en el atrio —dice el vendedor—. Ahora vendrá David, el guía.

El atrio en cuestión es un espacio atosigado contra la roca y tiene una pared lateral cubierta de lápidas. Abundan las cruces labradas, los crismones trinitarios, las laudas funerarias y los escudos heráldicos. Por la suntuosidad de las tallas en piedra deduzco que quienes se hicieron enterrar aquí no eran pobres diablos.

A un lado, una pareja de mediana edad espera de pie, cogidos de la mano. Parece que serán mis únicos compañeros de visita. No hay demasiada gente hoy en el cenobio y la verdad es que el día no acompaña. Ha sido una mañana de lluvia que en vez de caer en vertical se quedaba como suspendida en el ambiente, una suerte de niebla en estado líquido. La humedad cala en los huesos.

En pocos minutos llega el guía, un hombre de mediana edad dinámico y expeditivo.

—Bienvenidos, venga, empecemos.

El guía David se abrocha la chaqueta hasta la garganta, se friega las manos y hace una breve introducción sobre los orígenes de este monasterio rupestre. Nos cuenta sobre las dos iglesias superpuestas, sobre su condición de primer panteón real de los reyes de Aragón y cómo, finalmente, en el siglo XVII los monjes se trasladarían a un nuevo monasterio construido más arriba, en la pradera de San Indalecio.

—Este espacio en el que nos encontramos se conoce como Panteón de Nobles —empieza—. A San Juan de la Peña acudían con frecuencia los primeros reyes aragoneses no solo para descansar, meditar y firmar acuerdos, sino también para requisar algunos bienes del tesoro litúrgico de los monjes, es decir, cálices, estolas y otros objetos ricos en oro y piedras preciosas, para saldar las deudas de la

corona. Con esto se entiende que la vinculación de los primeros monarcas con este lugar fue muy fuerte y que los monjes, a cambio, gozaron de muchos privilegios. Luego volveremos aquí, ahora seguidme —dice David, adentrándose por una puerta lateral que conduce a una sala de tamaño reducido encajada bajo la bóveda de roca. En el centro del espacio hay unas lápidas monolíticas de piedra labrada, pero el guía pasa de largo y nos señala una estrecha abertura en la pared de la roca.

—Esta necrópolis se considera el lugar de enterramiento de los primeros reyes de Aragón.

Excavadas en el suelo se ven una serie de sepulturas antropomórficas sin apenas decoración ni signos de poder. Nadie diría que aquí estuvieron los cuerpos de Ramiro I y su progenie heredera al trono, su hijo Sancho I y su nieto Pedro I.

—Qué humildes, ¿no? —dice con cierta decepción la otra visitante que nos acompaña. Por su acento es mexicana.

—Sí, eso mismo pensó el rey Carlos III —dice David—, que en el siglo XVIII hizo construir un nuevo panteón en este lugar. Ahora lo veremos, está en una capilla de la iglesia alta.

Cruzamos de nuevo por ese atrio en el que varios nobles se hicieron enterrar a la vera de sus soberanos y entramos en la iglesia románica. Es muy austera y nos ha llegado con la piedra desnuda, como casi todas las de su época, sin decoración ni apenas pinturas murales. En un lateral y sellado tras una reja está el panteón real neoclásico. Es totalmente extemporáneo y, a mi entender, horroroso. Me da la sensación de que Carlos III tenía especial afición a construir cosas extrañas en lugares insólitos (recordemos su fábrica de armas de Orbaitzeta, perdida en el bosque), pues también aquí, en la sobria elegancia de un templo rupestre, plantó un auténtico pastel de nata. Abigarrado, excesivo y abundante en mármoles, cobres y dorados para estar a la altura de un regente. Contemplo la obra durante un buen rato —detallismo no le falta— mientras mis compañeros de visita no dejan de hacer fotos.

—¡Este lugar es padrísimo!

A los mexicanos les entusiasma el panteón. David no se pronuncia al respecto, pero deduzco que coincide conmigo. El guía mantiene su discreción y no hace ningún comentario.

—Ahí está enterrado el X Conde de Aranda. Probablemente fue él

quien convenció al rey para construir este lugar —me dice mientras la pareja se hace *selfies* con las lápidas detrás.

Sobre el altar, dentro de una vitrina de metacrilato, hay un cáliz. David se avanza a mi pregunta y me cuenta:

—Es una reproducción del cáliz de Cristo que hay en la catedral de Valencia. Según la leyenda, durante la Edad Media estuvo escondido aquí más de tres siglos.

Los mexicanos, cuando oyen esta frase, paran de hacerse fotos en seco y acuden a nuestra vera a toda prisa.

—No manches. ¿De verdad que el Santo Grial auténtico está en la catedral de Valencia?

—Eso dicen algunos estudiosos que defienden que la copa superior está hecha de una piedra ágata de origen oriental y que se talló en torno a los años 100 y 50 a. C.

Los mexicanos le miran con los ojos como platos.

—¿A cuánto está Valencia de aquí? —me pregunta ella.

—Pues no lo sé con exactitud, pero serán como cuatro o cinco horas en coche.

—Oye, Alberto, tendremos que ir, pues.

Dicho esto se ponen a hacer fotos disparando el *flash* contra el metacrilato que protege la pieza.

—Del grial no dice nada en los archivos del monasterio —prosigue David—, pero sí quedó por escrito que en San Juan de la Peña se custodiaron otras reliquias, entre ellas, los huesos de siete santos, un trozo de piedra del santo sepulcro o un cuenco de leche de la Virgen…

He visto muchas reliquias extrañas en mi vida viajera, incluida una ampolla que hay en la ciudad de Brujas y que supuestamente contiene sangre incorrupta de Jesús, pero ¿leche de la Virgen? Por lo que parece, todo valía en una época en la que la fe debía sustentarse sobre objetos materiales. Lo cierto es que el universo relicario está plagado de historias que son tan macabras como hilarantes, pero la veneración de miembros humanos (o cuerpos enteros) sigue siendo una realidad a día de hoy en muchas partes del mundo.

En una ocasión, por ejemplo, estaba escribiendo una historia sobre la Costa Brava y visité Santa Cristina de Vallarnau, «la ermita de las ermitas catalanas», como dijo Josep Pla. Me recibió el obrero del santuario, quien me contó en voz baja y con gran solemnidad que

ellos custodiaban uno de los cinco cráneos de santa Cristina. ¡Cinco! Y, en efecto, allí estaba la calavera tras un cristal, expuesta junto con otros objetos del fondo patrimonial, a saber, exvotos en forma de barcos y piezas litúrgicas. Otro mártir que vi no hace mucho en su forma esquelética y tras un vidrio es Sant'Antioco, en Sardeña, al que exhiben de cuerpo entero en un lugar destacado de la iglesia. Es una isla playera, la gente va a pasar el verano y, por qué no, los turistas se hacen fotos junto a la osamenta vestidos con chanclas y pantalón corto.

Y un cuerpo de santa más que he visto recientemente se exhibe entero y en este caso en su forma incorrupta: el de Santa Bernadette, que no es una reliquia medieval, sino el cadáver de una persona que vivió a finales del siglo XIX. La iglesia santificó a Bernadette Subirous por considerar ciertas las dieciocho visiones marianas que la chica afirmó haber tenido en una gruta pirenaica junto al río Gave. La historia es de sobra conocida y hoy el manantial de Massabielle —en Lourdes— y todo el envoltorio monumental que se le hizo alrededor es uno de los lugares más idolatrados de la cristiandad. Pero después de aquello la mística Bernadette no moriría sin más. Tras fallecer en 1879, su cuerpo quedó incorrupto o mejor dicho, según los forenses que lo vieron, «como petrificado», y desde principios del siglo XX se exhibe en el convento de Nevers. Eso sí, su rostro y manos están cuidadosamente cubiertas con una fina capa de cera que le otorgan el mismo aspecto de estatua de alabastro que hoy vemos en los líderes comunistas Lenin, Mao y Ho Chi Min, quienes, igual que las reliquias, también se exponen en lugares preeminentes de sus países para la adoración popular.

Pero la mejor historia que he escuchado nunca sobre reliquias de la cristiandad me la contó un estudiante de historia que conocí mientras visitaba otro escenario sepulcral: la *catacombe dei Cappuccini*, en Palermo. Metidos en una cripta atestada de frailes, niñas vestidas de comunión y prohombres momificados, el universitario Carlo, que estaba haciendo una tesis de hagiografía, me contó que en la época medieval corrieron por Europa un buen número de prepucios de Jesús. Según la tradición judía y como se cuenta en el Evangelio de San Lucas (2:21), el infante fue circuncidado, y aquel pellejo habría pasado de mano en mano hasta llegar, setecientos años después y pasando por el rey Carlomagno, hasta el papa León III. Hoy nos puede

parecer un cachondeo, pero en la Edad Media se lo tomaron muy en serio y el mencionado trozo de piel metido en un relicario se hizo tan popular que empezaron a proliferar los lugares que aseguraban su tenencia. Por aquel entonces las reliquias, ya se sabe, aseguraban visitas y, en consecuencia, jugosos beneficios para la iglesia que las tuviera. Hubo santos prepucios en varias decenas de ciudades europeas como Chartre, Charroux, Tolousse, Le-Puy-en-Velay, Hildesheim, Bolonia, Calcata, Roma, Compostela o Burgos. Y en Amberes, la *carne vera sacra*[1]obraba milagros e incluso sangraba. Ante tal profusión de elementos sacros de dudosa procedencia, en el año 1900 la iglesia católica, por orden de otro papa León (el XIII), zanjó el asunto: abolió el culto al pellejo y prohibió hablar más del tema bajo pena de excomunión reservada *speciali modo*.[2]

Tras el viaje mental por los distintos relicarios que vi por el mundo regreso a San Juan de la Peña:

—¿Y dónde fueron a parar todas esas reliquias que había aquí? —le pregunto a David.

—No se sabe a ciencia cierta. Los dos conjuntos monásticos de San Juan de la Peña quedaron abandonados tras la exclaustración de sus monjes durante la Desamortización de Mendizábal en 1835. E igual que sucedió con tantos otros lugares devotos en aquel momento, sus bienes se dispersaron y los edificios quedaron a merced de la maleza.

Por lo que sé, los religiosos nunca regresaron y, después de una extensa restauración llevada a cabo en el siglo XX por la diputación de Huesca, los cenobios con sus iglesias albergan hoy un par de museos, ese panteón real que parece repostería, espacios para eventos, una tienda de recuerdos y una hospedería que tiene muchos números de ser mi hogar esta noche. Seguimos avanzando y David, que como en las buenas películas ha dejado lo mejor para el final, termina sus explicaciones en el claustro. El espacio tiene una belleza apabullante, orgánica, no solo por su ubicación, encogida bajo un peñón que parece caérsele encima, sino también por sus muchas arquitecturas que van del románico al gótico y sobre todo por sus capiteles. Hay que verlos de cerca para creerlos, con esos personajes de mirada bulbosa que por su estado de conservación parecen hechos anteayer. Las escenas no tienen desperdicio, sobre todo la resurrección de Lázaro, al que tienen amortajado como una momia, y el Adán que se tapa las

vergüenzas con los ojos muy abiertos, como si le hubiéramos sorprendido saliendo de la ducha. Eran la literatura de quienes no sabían leer.

La visita termina aquí. David se despide, nos da libertad para movernos por el espacio y se va en busca de su próximo grupo de visitantes. Yo me quedo aquí, en el claustro, hipnotizada por los personajillos que decoran los capiteles. Supongo que los mexicanos pondrán rumbo a Valencia.

Cuando me instalo en la hospedería de San Juan —impresiona cuán grande es el espacio y cuán vacío está— lo primero que hago es abrir el portátil y buscar la web de la catedral de Valencia: «Catedral de Valencia. La Catedral del Santo Cáliz. Tanto por los datos arqueológicos como por el testimonio de la tradición y los documentos que se poseen, es completamente verosímil que este hermoso vaso estuviera en las manos del señor…». Por lo que leo en la información oficial del templo, las más altas instituciones eclesiásticas dan por sentado que la pieza que custodian no es otra que la copa usada por Jesús en la última cena. En las fotografías se ve a los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI celebrando la eucaristía con la pieza de ágata engarzada en oro y perlas en la mano. En la web también se describe detalladamente el interminable periplo del vaso desde su encuentro con los apóstoles —pasando por su cobijo en San Juan de la Peña— hasta la ciudad levantina.

¿Y qué dicen quienes defienden lo contrario? Leo en revistas de historia que la propia existencia del Santo Grial está generalmente aceptada como un mito. La primera referencia escrita que se tiene de él data de unos mil cien años después de Cristo, cuando se menciona por primera vez en la ficción épica *Perceval* —que fue uno de los legendarios Caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo—, escrita por Chrétien de Troyes. Otros poetas y trovadores medievales, como Robert de Boron o Wolfram von Eschenbach, describieron el objeto en sus obras, uniendo así el concepto de un grial con propiedades sobrenaturales con la idea de la copa descrita por san Mateo (26:27-29): «Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: bebed de ella todos».

Hay literatura y metraje para nunca acabar, con las más variopintas hipótesis acerca del grial, el cáliz, la copa, el vaso o como quieran llamarle con la que José de Arimatea recogió la sangre de

Cristo en el Gólgota. Eso sí, todas las teorías, excepto la que defiende que nunca existió, coinciden en que la pieza mística viajó desde Jerusalén hasta occidente en la época medieval. Desde entonces, los buscadores del grial han peinado (y aún lo hacen hoy) la totalidad de la geografía europea, desde Glastonbury hasta Islandia, pasando por ¿la abadía de Montserrat? Pues sí.

Resulta que el mismísimo Heinrich Himmler, uno de los líderes del Partido Nacionalsocialista alemán, visitó el monasterio barcelonés convencido de que los benedictinos ocultaban la santa copa. Recordemos que las SS habían impulsado un plan para la recolección de objetos mágicos que permitirían subyugar a los enemigos del Tercer Reich. Y, según los investigadores nazis, la letra de una canción popular catalana que hablaba de una «fuente de vida» oculta en el lugar donde se erige la abadía era la prueba incontestable de que el Santo Grial estaba allí. Pero Himmler se fue de Montserrat sin su cáliz después de que los monjes le convencieran de que ellos no sabían nada de aquella historia. De la visita nos quedó la foto del comandante de las SS junto a la *moreneta*, la Virgen de Montserrat a la que, según se cuenta, Himmler no quiso besar por ser negra. En fin. Supongo que los alemanes nunca dieron crédito a la versión valenciana, pues a pesar de que la catedral levantina siempre ha afirmado poseer el auténtico vaso —el Diario de Valencia de 5 de enero de 1916, por ejemplo, abre en portada con la noticia «Traslado del Santo Cáliz a su nueva capilla»—, Himmler nunca hizo ademán de viajar a la ciudad del Turia.

Canfranc y el oro de Hitler

Mis padres conservan los libros de la escuela con los que estudiaron en la Barcelona de los años cincuenta y sesenta. Uno de ellos, con las esquinas desgastadas y pinta de haber pasado por muchos dedos, es un original de 1928 editado por Dalmau Carles Pla: *España, mi patria*. También guardan la *Nueva enciclopedia escolar*, de 1938, otro tomo amarillento y con la tapa desconchada donde se deja claro ya en la primera página que la edición «está probada por las autoridades eclesiástica y civil». Y, por último, dos facsímiles de la *Enciclopedia Álvarez* de segundo y tercer grados que mi madre compró por internet en una librería de segunda mano y cuyos originales se editaron en el año 61. Por lo que me contaron mis progenitores de sus tiempos escolares, con ocho o nueve años de edad les hacían poner de pie en clase y leer los textos por turnos ante un profesor que ni siquiera disimulaba su intención de echarse una cabezadita sobre el pupitre. Mientras los niños decían la lección, el maestro roncaba estentóreamente. Eso sí, antes habían recitado al unísono alguno de los himnos o cantos nacionales que aparecían convenientemente destacados en las primeras páginas del material lectivo.

Cuando empecé a organizar este viaje por los Pirineos estuve hojeando y tomando notas de tan elevadas fuentes de conocimiento y justo hoy, al parar a desayunar en un bar con vistas al río Aragón, me han venido a la mente esos viejos libros escolares. Pido un café con leche y un bocadillo de tortilla, y abro el portátil sobre la mesa. Reviso las notas y en el capítulo XII de *España, mi patria*, dedicado a la provincia de Huesca, encuentro varias lindezas como esta:

> El río Cinca recoge las aguas del Ara, del Esera y del Isábena; el caudal del Noguera Ribagorzana beneficia a Cataluña; el Aragón pasa a Navarra sin dejar aquí una gota de su corriente; el Gállego parece también reservarse para la campiña de Zaragoza, y solo quedan para esta desgraciada región ríos humildes, medio ocultos entre hondos y solitarios barrancos.

Por lo que se refiere a la *Enciclopedia Álvarez* de segundo grado,

en su capítulo «Hidrografía española» no se menciona al río Aragón ni a ningún otro de los que bañan tierras aragonesas, excepto el Ebro, que «nace en Fontibre». Los Pirineos, por su parte, se describen como si fueran Mordor: «Forman enhiestas montañas y espadadas sierras, entre las que se oculta gran número de valles rodeados de terribles precipicios y escarpados desfiladeros. [...] por cuya razón (Huesca) es una de las [regiones] menos pobladas de España».

Mi madre siempre ha dicho que parece mentira que los de su generación hayan podido llegar a ser personas normales con la mala educación que recibieron en su época. Y después de hojear estos materiales no puedo más que darle la razón. De un ejemplar de 483 páginas —un solo libro era el material de estudio para todo un año escolar— las primeras 102 estaban dedicadas a la religión, a la historia sagrada y a los evangelios; otras 120 páginas versaban sobre aritmética, geometría, geografía, historia de España y lengua española, con lecciones del estilo: «Los hombres primitivos vivían en chozas o cuevas y sus vestidos eran de pieles [...]. Los que en pleno siglo XX no admiten la existencia de Dios, son más salvajes que los hombres primitivos»; y el resto, hasta sumar 483 páginas, se dedicaba a otras materias, como la formación política social (niños), las lecciones conmemorativas, la formación familiar y social (niñas), la higiene y, por último, la formación política social (niñas). Páginas todas ellas que ponen, sinceramente, los pelos de punta.

Me quedo un rato mirando el curso de este Aragón «que pasa a Navarra sin dejar aquí una gota de su corriente». A los niños de los años cincuenta también les podrían haber contado que esta vía fluvial nace en las alturas del circo glaciar de Astún, un paraje típicamente pirenaico con sus ibones llenos de truchas y sus prados de altura repletos de caballos en verano y de esquiadores en invierno (aunque esto último ya fue después), abrazados por imponentes cimas pétreas que dibujan la frontera francesa. También que junto al Aragón caminan los peregrinos hacia Santiago, que su hidrónimo apareció en documentos latinos como *Aragus* y que sus aguas vertebran el Valle de Canfranc, el pueblecito de montaña con la estación de trenes más suntuosa y fascinante de Europa.

Hoy de hecho estoy aquí para hablar de ella: de la estación. Hace unos años leí el libro *Canfranc: el oro y los nazis* del periodista y escritor aragonés Ramón J. Campo, una historia abundante en intrigas

de espías, heroicos miembros de la Résistance y oficiales de las SS digna del mejor de los *thrillers*, pero que ocurrió verdaderamente aquí, en este breve municipio que hoy cuenta con poco más de quinientos habitantes. Así que en previsión de mi viaje escribí al colega Ramón —que lleva más de treinta años trabajando en el *Heraldo de Aragón*— para saber si podíamos vernos durante mi visita a esta estación de trenes pegada a un pueblito. Pero como el periodista vive en Zaragoza decidimos citarnos virtualmente. Él estará en su redacción y yo en esta cafetería de Canfranc que en menos de cien metros comparte espacio con casi todas las cosas que uno necesita para la vida: la oficina de correos, la panadería-quiosco-colmado, la farmacia y un par de fondas. A la hora convenida pido un café, me conecto a Zoom, me pongo los auriculares y en pocos segundos ya nos vemos las caras con Ramón. Después de saludarnos y poner en común nuestras ideas más o menos pesimistas sobre el futuro del periodismo, entramos en materia y Ramón empieza a contar:

—Parece mentira que por Canfranc llegara a pasar tantísima gente huyendo del Tercer Reich. Hubo personalidades ilustres como la gran Josephine Baker y pintores de la talla de Marc Chagall o Max Ernst que viajaron en tren hasta este rincón del Pirineo...

—La Baker se unió a la Résistance y tenía contacto con el jefe de la Aduana francesa —y por ese motivo escapó por aquí. La particularidad de la estación es que quedó en la Francia libre entre 1940 y 1942 y cada día llegaban dos trenes del lado francés que tenían conexión directa con Madrid y Lisboa. Eso supuso la salvación para miles de europeos, muchos de ellos judíos, que después se embarcaron hacia Estados Unidos.

—Y en 1942 llegaron los nazis y colgaron sus esvásticas...

—Sí, en noviembre de ese año las tropas de Hitler tomaron el muelle francés y Canfranc se convertiría en el único municipio español bajo dominio nazi. Los alemanes se instalaron en el hotel de la estación, pero se movían con total libertad por el pueblo y lo controlaban todo con la ayuda de militares y policías españoles. Hay gente mayor que aún recuerda la visión de los soldados con sus botas y sus pantalones bombachos —explica Campo, que ha pasado muchas horas entrevistando a testigos de la época—. Hay que tener en cuenta que existe un tratado internacional de 1907 entre España y Francia por el que la estación tiene doble nacionalidad a pesar de encontrarse

a ocho kilómetros de la frontera. Esto es territorio hispanofrancés aún a día de hoy.

—Por lo que cuentas en tu libro, por aquí no solo pasaron personas, también grandes cantidades de oro y obras de arte —le digo a Ramón mientras saco de la mochila su *Canfranc: el oro y los nazis*.

—Sí, esa historia salió a la luz hace muy poco. En 2001, en la redacción del periódico nos enteramos de que un chófer de autobuses que lleva años haciendo la ruta Olorón-Canfranc había encontrado, paseando por las ruinas de la estación, unos documentos históricos que evidenciaban que durante la Segunda Guerra Mundial por aquí habían pasado trenes cargados con oro. Así que inmediatamente nos pusimos en contacto con él para ver si nos podía enseñar los papeles.

—Qué emocionante debió ser. Y el hombre accedió...

—Quedamos con él esa misma tarde y al ver los papeles yo pensé: «¡Esto es una bomba!».

—En tu libro he visto algunas reproducciones de los documentos —le digo hojeando el ejemplar.

En una de las cartas enviadas el 3 de julio de 1943 desde Canfranc al jefe del servicio de Tráfico de Aduanas en Madrid, se ve el detalle del movimiento de trenes en la estación: los vagones que desde España subían a Francia cargaban resina, corcho, vino y almendras, entre otros productos no especificados. Los que viajaban en sentido contrario transportaban 1.809 toneladas de oro en lingotes que seguían hasta Portugal; y otras 1.660 toneladas que se quedaban en Madrid.

—Estos papeles son los únicos documentos oficiales que tenemos a día de hoy que certifican el paso del oro entre 1942 y 1943. Los nazis espoliaron en toda Europa y los lingotes llegaban en tren a Canfranc, aquí se cargaban en camiones suizos que los transportaban hasta Portugal y desde allí partían hacia América del Sur. En total pasaron 86,7 toneladas de oro, que sepamos. Y parte de esa cantidad —unas 20 toneladas— viajó a Madrid como pago al régimen de Franco por los envíos de wolframio y blenda, materiales que se extraían de suelo español y se mandaban a Alemania para la fabricación de armamento.

—Y aparte de oro también se sacaron de Europa otros objetos de valor, ¿verdad?

—Ah, sí, sí. Hitler también utilizó este paso fronterizo para

transportar relojes, armamento, opio, caballos y arte, entre otras cosas. No tenemos constancia de qué obras de arte concretas sacaron por aquí, pero sí se sabe, por ejemplo, que por el puerto de Irún salieron veintidós cuadros entre los que había dos Van Dyck, dos Corots y un Franz Hals procedentes de Holanda.

—Y con los trenes también llegaba información...

—Por supuesto. Los aliados, ante el temor que los alemanes ocuparan la península ibérica, abrieron redes de espionaje a ambos lados de los Pirineos para saber los movimientos que se llevaban a cabo en la estación. Hubo mucha gente en Canfranc, personas anónimas, que de forma desinteresada y aún a sabiendas de lo que se jugaban, empezaron a colaborar con la resistencia. Gracias a ellos se salvaron centenares, si no miles de vidas. La pieza clave de todo fue Albert Le Lay, el jefe de la Aduana francesa, que pertenecía a la Résistance y que se encargó de reclutar a varios vecinos del pueblo.

—¿Llegaste a entrevistar a alguno de ellos?

—Aquí la gente siempre mantuvo en silencio lo que habían vivido, pero sí, tuve la suerte de poder hablar con algunas personas. Una de las más entrañables fue Lola Pardo, una modista del pueblo que el día que presenté mi libro vino a decirme que ella sabía muchas cosas. Así que fui a verla a su casa y me contó toda la historia. Lola, que en el momento de la ocupación solo tenía diecinueve años, había hecho de espía para la resistencia pasando información sensible que se escribía en Francia y que debía llegar a Inglaterra. En cuanto los papeles llegaban a Canfranc, el señor Le Lay se los entregaba a Lola, quien los escondía en el abrigo, se subía al tren y viajaba con ellos hasta Zaragoza. Allí, la modista daba los documentos al espía de la capital —que, por cierto, era el cura—, quien a su vez los transportaba hasta el Consulado Británico de San Sebastián. Lola hizo ese viaje muchas veces, jugándose la vida, como muchos otros. También me contó que su marido nunca llegó a saber nada de sus actividades como espía...

—¿Nunca les descubrieron?

—A Lola no, pero la Guardia Civil acabó pillando a treinta personas de la resistencia que operaba entre Canfranc, Zaragoza y San Sebastián y que fueron encarceladas en Madrid. Pero estos salvaron la vida, a diferencia de lo que pasó con todos los que la Gestapo cogió en Francia, que fueron juzgados por un tribunal militar y condenados a

muerte.

—¿Y qué pasó con el jefe de la Aduana francesa?

—Le Lay fue advertido y consiguió huir de Canfranc a pie y de madrugada en una fuga espectacular, de película. Luego estuvo exiliado en Argelia y tras la liberación de Francia por parte de los aliados pudo regresar.

—¿Y Lola sigue viva?

—No, por desgracia ya falleció. Cuando la entrevistamos para el documental *Juego de espías* que rodamos junto a Germán Roda en el año 2012, ella ya tenía ochenta y seis años. El documental lo presentamos en el Festival de Valladolid en 2013, durante mucho tiempo se estuvo emitiendo en La 2 y a día de hoy ya acumula más de cuatro millones de espectadores. En él se explica toda la historia que te he contado.

—Pues te felicito. Has dado mucha visibilidad a estos héroes anónimos que ayudaron a ganar la guerra y a terminar con el terror nazi. Les has hecho un gran homenaje con tu libro y ese documental.

—A la mayoría nunca se les ha hecho un reconocimiento público, ni por parte de Francia ni por parte de España, aunque muchos tampoco lo esperaban. Hicieron lo que creyeron que debían hacer.

Me despido de Ramón al otro lado de la pantalla prometiéndole que el día que pase por Zaragoza iré a saludarle en persona. Cierro el portátil y me dirijo hacia la estación dando un paseo. Es mediodía, hace un sol esplendoroso y solo tengo que seguir a los turistas que desfilan ordenadamente para contemplar el nuevo aspecto de la estación internacional. La última vez que estuve aquí esto era una mole señorial en su impactante decadencia. Un esqueleto arquitectónico de algo que nació para ser punto de encuentros esporádicos y de anonimatos —uno de esos no lugares del antropólogo Marc Augé— y que un día se quedó sin vida, sin razón de ser. Los trenes dejaron de circular, se cerró el túnel del lado francés, pero la estación, a pesar de los desconchones, las ventanas tapiadas y las vías llenas de vegetación, nunca llegó a perder su altivez señorial. Aunque ahora es otra cosa. Han pintado fachadas, han rehabilitado suelos, les han sacado brillo a los dorados, han reorganizado espacios y, en definitiva, tiene una nueva vida. No como estación —esa opera en la parte de atrás del edificio—, pero sí como hotel de lujo.

Luce espléndida, brillante, igual que debió hacerlo durante su

inauguración en 1928. Está, definitivamente, preparada para una nueva época, igual que aquel junio de 1944, cuando tras la liberación por parte de los aliados los trabajadores y vecinos de Canfranc se pusieron a cantar *La Marsellesa* esporádicamente y al unísono.

Escarpado y vertical

La carretera que sube al puerto de Somport desde Villanúa es el vínculo que une a los aficionados al esquí con la estación de Candanchú, que despliega sus instalaciones en una esquina de la frontera francesa. A un lado del collado de Bessata, el esquí alpino, los remontes y las terrazas al sol del complejo aragonés; del otro lado están los bosques domesticados para la práctica del esquí nórdico de la Station de Ski de Fond du Somport, que extiende sus dominios en el límite occidental del transfronterizo Parque Nacional de los Pirineos. Los complejos están hermanados, las aficiones están bien repartidas y los excursionistas que hacen la circular en raquetas de nieve —obnubilados por la visión mágica del perfil del Pic d’Aspe— rara vez se plantean qué lado de la frontera están pisando. Pero ahora en primavera, con las estaciones cerradas hasta la próxima temporada, el lugar parece estar en *stand by*. Lo que sí se ven son peregrinos. Y recuerdo que Marisol, de Roncesvalles, me contó que la más meridional Vía Tolosana cruzaba los Pirineos por este puerto. Somport, el *Summus Portus* de los romanos, también era su pesadilla, pues por aquí se les colaban los vándalos y los visigodos cuando el Imperio ya estaba de capa caída.

Los peregrinos que han llegado hasta aquí han hecho una jornada dura y difícil, pues la ascensión desde el Valle de Aspe no es moco de pavo. Se les ve en el barro de las botas y en el color de los mofletes. En el alto los senderistas fotografían la capilla de la Virgen del Pilar y dos de ellos me preguntan en francés por las ruinas del monasterio hospital de Santa Cristina.

—Lo tenéis más abajo, justo antes de entrar en Candanchú. Junto a la carretera.

—*Merci beaucoup*.

Este antiguo refugio de peregrinos del siglo XI llegó a ser un *unum tribus mundi*[1] según el autor de aquella guía de viajes medieval que se escribió en latín y que se iluminó con vivos colores, el *Codex*

Calixtinus. Es decir, para que lo entendamos todos, que el de Santa Cristina fue uno de los tres hospitales más importantes de la cristiandad junto con el de Jerusalén y el de San Bernardo, en los Alpes. (Sí, ese, el de los famosos perros que sacaban de apuros a los montañeros.) Pero de la célebre hospedería medieval oscense solo quedan los cimientos, así que los peregrinos de nuestra época tienen que buscar alojamiento en Candanchú o seguir la etapa hasta el refugio y los albergues de Canfranc.

Continúo carretera arriba y entro en el Haut Béarn atravesando los Pirineos por el túnel de Somport. En su parte alta, Aspe es un valle amplio y luminoso que parece uno de esos cuadros pintados por los impresionistas, con prados al sol, caballos pastando y una gran explosión de color floral a modo de pinceladas al óleo. Coronándolo, están las míticas Aiguilles d'Ansabère, que a mi entender son la versión pirenaica de las alpinas Tre Cime di Lavaredo.

Pero de repente el paisaje se convierte en el cuello de un embudo, la carretera se estruja entre paredes verticales y el torrente pirenaico de Aspe tiene que hacer filigranas para seguir su curso entre los muros calcáreos y el asfalto. Justo después de la aldea de Urdos hay que elevar la mirada para ver el Fort du Portalet, que se construyó desafiando al vértigo en la pared de un acantilado. Encaramado a la roca como si fuera Spiderman, el fuerte es todo un prodigio de la ingeniería construido en 1842 para defender el paso de Somport de una eventual invasión española que nunca se produjo.

Aparco el coche. He llegado al lugar. Abro el maletero, me cambio el calzado, cargo la mochila, despliego los bastones y me dispongo a recorrer el Chemin de la Mature, uno de los tramos más emblemáticos de la transpirenaica que vi arrancar en Hendaia, la que discurre por la vertiente francesa de los Pirineos. La senda con las marcas rojas y blancas del GR-10 arranca en suave pendiente y a los pocos minutos he tomado la altura suficiente para ver las defensas del Portalet con perspectiva. Desde la carretera solo se logra ver la fachada inferior, pero desde aquí arriba la obra luce bastante más extensa y monumental de lo que parece a simple vista. En 1942, cuando los alemanes de Hitler ocuparon el sur de Francia, este nido de águilas llenó sus mazmorras con los enemigos del Tercer Reich. Entre quienes pasaron un tiempo a la sombra de esta fortaleza excavada en la roca estuvieron los exministros franceses Édouard Daladier y Léon

Blum, y los políticos Georges Mandel y Paul Reynaud, además de otros reputados opositores al régimen colaboracionista de Vichy. Pocos años después, las paradojas del destino quisieron que el captor de todos ellos, el controvertido mariscal Pétain —héroe francés durante la Primera Guerra Mundial convertido más tarde en colaborador de Hitler— fuera traído aquí por orden de Charles De Gaulle tras la liberación de Francia. Durante su cautiverio ocupó la celda número 5, la misma en la que había sido aislado el líder de la Résistance, Georges Mandel.

Enfilo senda arriba y la pendiente empieza a ponerse seria. El Chemin de la Mature es una hendidura ganada a la roca a golpe de mazo y cargas de pólvora. Ando con cautela por esta entalladura que discurre apretada entre un muro de roca y un abismo que —mejor no me asomo demasiado— cae unos ciento cincuenta metros hasta el fondo de las gorgas de Enfer. Es una senda estrecha, pedregosa y espectacular no apta para enemigos de las alturas. Este singular paso montañero no se construyó para canalizar agua, ni para el traslado de tropas, ni para la trashumancia, ni mucho menos para el disfrute de los excursionistas. Fue excavado aquí, en este farallón, porque esta era la ruta más directa para llegar al bosque de Pact, cuya madera fue muy codiciada por la Marine Royale de Luis XIV, quien se había propuesto crear la mayor flota naval que hubiera tenido Francia. En la arboleda de Pact crecían unos perfectos abetos de tronco recto y sin nudos en cuyo interior los expertos supieron ver mástiles soberbios. Los ejemplares más hermosos se marcaban con una F (de *foret*) y con una M (de *Marine*), se talaban, se cargaban sobre dos ejes a modo de carro y se acarreaban tirados por bueyes a través de esta senda vertiginosa. Una vez llegaban al puerto fluvial de Lees-Athas, los troncos, que podían medir más de treinta metros, se ensamblaban en almadías (embarcaciones que consistían en troncos atados) y se bajaban por los ríos hasta Bayona. En las paredes de esta senda ganada a la vertical todavía se pueden ver las firmas de aquellos esforzados trabajadores que en el siglo XVIII y en todo un alarde de ingeniería, agrimensura y destreza obrera hicieron posible lo imposible.

Mientras estoy haciendo fotos en el camino, un excursionista me adelanta a toda velocidad:

—Será mejor que avances, que vienen las mulas. *Allez, allez* —me

dice sin mirarme y sin parar de andar.

—*Merci* —le digo sin saber muy bien a qué se refiere.

Mi francés no es muy bueno y no estoy segura de haberlo entendido bien, pero cuando me giro veo a tres animales con alforjas avanzando por el desfiladero. Espacio para todos no hay, así que mejor progreso rápido si no quiero que a) que me atropellen, b) me tiren barranco abajo, o c) me adelanten de algún modo y me vea siguiéndolas a paso de caracol. Aprieto y llego a la parte donde el sendero deja atrás la caída vertical y se adentra por aquel bosque en el que antaño crecían los mástiles. Sigo avanzando entre avellanos, ahora sí, a la sombra y sin vértigo. La pendiente es fuerte y durante una hora no bajo el ritmo, espoleada (mentalmente) por los arrieros que vienen detrás. Cuando llego al cruce de caminos paro a beber agua y a comer algo, lo cierto es que necesito un descanso. A partir de aquí toca escoger. Si sigo las marcas rojas y blancas del GR-10 me quedan, según indica, tres horas hasta el Coth d'Ajons/Ayous. La etapa completa de la transpirenaica hasta el refugio d'Ayous pasando por el Chemin de la Mature solo tiene catorce kilómetros, pero el desnivel positivo acumulado es de 1.723 metros y deben calcularse unas ocho horas de marcha. Eso hizo que ya de entrada descartara subir hasta este fabuloso refugio que presume de vistas al pico de Midi d'Ossau. Pero las indicaciones marcan otra opción: volver al punto de partida por el Coth d'Aràs, lo que también me supondrá tres horas, pero con llegada a pie de coche.

Mi descanso ha dado ventaja a las mulas, que me alcanzan a los pocos minutos. Con ellas viajan cuatro montañeros: tres hombres y una mujer que llegan al cruce con la misma actitud de necesitamos-parar-ya que traía yo. Los animales cargan con las mochilas y las tiendas de campaña de los caminantes.

—¿Estáis haciendo la travesía pirenaica? —les pregunto.

—Sí —me contesta la chica en inglés—, pero no entera. Empezamos en Sant-Jean-Pied-de-Port y pasado mañana ya terminamos en Eth Saut. Hoy subimos hasta el refugio d'Ayous.

—¿Y las mulas vienen con vosotros desde el principio?

—No, las hemos alquilado esta mañana abajo en el pueblo. Nos las han traído a Pont de Cebers, subiremos hasta el refugio y ellas ya se quedarán allí. Es que la etapa de hoy tiene 1.700 metros de desnivel positivo, vamos muy cargados y ya estamos hechos polvo...

—Esta etapa es muy dura, sí. La verdad es que hay que estar muy fuerte para hacer la travesía entera desde Hendaia hasta el Mediterráneo. Creo que en total tiene unos 870 kilómetros, ¿no?

—Sí, pero lo peor no es eso. Lo duro es que tiene más de 51.000 metros de desnivel positivo. Unos amigos nuestros de Zúrich la hicieron en cincuenta y tres días. Son gente muy acostumbrada a caminar, pero acabaron con los pies destrozados y perdieron varios kilos de peso. Tardaron semanas en recuperarse.

Mientras nosotras hablamos, los compañeros de la excursionista ya están dando buena cuenta de un queso y de una bolsa de frutos secos. Me ofrecen con un gesto, pero declino. Les queda mucho por delante y creo que ellos necesitarán más las calorías.

—¿Sois suizos? —pregunto.

—Somos de Polonia —prosigue la joven.

—Qué bonito país. Hace unos años pasé una temporada en el bosque de Białowieża. Estuve haciendo un reportaje sobre los últimos bisontes europeos.

—¡Oh! Pues nunca he estado allí. Nosotros vivimos en Varsovia. ¿Y viste a los bisontes?

—Los vi y los fotografié. Viajé con un guía naturalista especializado y también nos acompañó un fotógrafo de naturaleza local que los tenía localizados. La experiencia fue muy emocionante.

—¡Qué suerte! Dicen que verlos no es tan fácil como parece. Nosotros lo tenemos pendiente. ¿Oye, vienes a Ayous? —dice la chica mientras sus compañeros se disponen a emprender la marcha de nuevo.

—No, yo subiré hasta el Coth d’Aràs y después bajaré por la otra vertiente hasta el Pont de Cebers; tengo el coche allí. Por cierto, por si no lo sabéis, he visto en el mapa que un poco más adelante tenéis una fuente para coger agua y también para que beban los animales. ¡Muy buena suerte con lo que os queda de travesía!

Me despido de los polacos y continúo mi camino en solitario pensando en que la fraternidad montañera es algo que no se da en muchos aspectos de la vida. Ese código de conducta según el cual dejas pasar al que sube, saludas a los que se cruzan contigo y les avisas si hay algún peligro potencial, ayudas cuando hay un herido, comentas la jugada con gente a la que nunca has visto antes, respetas la naturaleza y su silencio… en definitiva, mantienes esa cortesía,

respeto y solidaridad con los desconocidos que hemos perdido totalmente en los entornos urbanos. Algunos de mis compañeros de aventuras dirían que también aquí, en los montes, está desapareciendo esa educación. Y lo cierto es que hay muchos deportistas que se echan a la naturaleza a lo suyo, con prisas y arrasando sin contemplaciones.

Como este era un problema cada vez más extendido —unido también a la masificación en algunos entornos montañeros incluso en las ascensiones al más alto nivel—, la UIAA (Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo) publicó en 2009 la Declaración de Ética en la Montaña, que tenía su precedente en la Declaración de Tirol de 2002. Plasmaron los valores de este deporte, así como los usos y prácticas que deberían respetarse en la escalada y el montañismo ya sea por libre o en expediciones organizadas. En definitiva, se pusieron por escrito toda una serie de obviedades que todos tendríamos que traer de base sin necesidad de que nadie nos las recordara. Pero los seres humanos somos como somos.

En cualquier caso, por suerte, aún quedan montañeros de raza que no necesitan leer ninguna declaración de intenciones y que por simple humanidad te ceden el paso cuando subes, te dan conversación desinteresada en los descansos, te ofrecen queso y te avisan de que vienen las mulas. Y eso es maravilloso.

Emprendo de nuevo el camino cuesta arriba hasta el collado, donde tengo una buena panorámica de lo que mi *app* experta en cumbres me dice que son el pico de Aillary, el pico de Arlet y un poco más allá la emblemática Mesa de los Tres Reyes —la Hiru Erregeen Mahaia de los vascos— que delimitaba tres reinos: el de Aragón, el de Navarra y el del Bearn. Saco unas cuantas fotos más y enfilo el descenso cuando en el cielo empiezan a crecer nubarrones de esos que no quieres ver cuando estás de excursión en altura. Aprieto el paso recordando el frío que pasé en aquel bosque polaco de Białowieża al que viajé con Roberto y Jorge, dos colegas fotógrafos de Madrid, durante un mes de enero.

Había nevado muchísimo en los días previos a nuestra visita y no parábamos de mirar al cielo rezando para que no lo volviera a hacer, porque lo último que deseábamos era quedarnos incomunicados en aquel lugar perdido de Europa. Finalmente no nevó, pero fue un viaje de frío a quince grados bajo cero y de muchas situaciones surrealistas. Podría citarlas todas, pero no cabrían en un solo capítulo. Como

síntesis, mencionaré que una mujer que se autoproclamaba bruja —y que vivía con dos híbridos de lobos— nos acogió en su casa y nos preparó unas pócimas que por suerte no nos surtieron ningún efecto; que estuvimos a un milímetro de atropellar a un alce y salvamos la vida gracias a las ruedas de invierno que llevaba el coche; que nos metimos en una sauna con un padre de familia cocido de vodka que un momento dado se quitó la toalla y se quedó en pelotas cantando canciones patrióticas; y que conocimos al ancianísimo Krzysztof, que vivía en una cabaña en lo más profundo del bosque rodeado de huevos de Fabergé, objetos de la última zarina de Rusia e incunables valiosísimos que habían pertenecido a su anterior negocio de anticuario en Varsovia. Pero lo mejor de aquel viaje surrealista fue cruzar andando la frontera de Bielorrusia por el bosque. Allí, al otro lado de la tierra de nadie, delimitada por un gran claro de árboles talados en medio de la nada, dos guardias apolíneos nos sellaron el pasaporte y nos abrieron la barrera con la fuerza de sus brazos. Fuimos a Polonia a ver bisontes europeos y los acabamos encontrando en cantidades ingentes en territorio bielorruso. Los viajes tienen eso: a veces sumas muchas anécdotas en ellos.

Aquella vez en Polonia no nevó, pero hoy aquí en el Bearn sí que ha llovido a mares, con rayos y truenos incluidos. Durante el descenso, la raíz de un árbol me ha puesto la zancadilla, me he dado de bruces contra el suelo y he visto las piedras, las hojas secas y el musgo a su altura real. Por suerte no me he roto nada. Solo se han partido las gafas técnicas que me compré a propósito para este viaje y que en mi segunda salida al monte ya han dejado de existir. Hoy quería llegar al siguiente valle desde Francia, subir hasta Escòt, enfrentarme a las curvas del Col de Marie Blanque y llegar a Panticosa por el norte entrando por Formigal. Pero el clima no está como para ir explorando las alturas por carreteras de montaña estrechas y con curvas, así que buscaré algún hostal en la vertiente aragonesa para pedir gasas y yodo. Si creo lo que dice el navegador, por el lado español la carretera es más directa y menos sinuosa.

Tomando las aguas

> ¿Qué le falta a este rincón original, bravío y apacible a la vez para convertirse en una de las estaciones más frecuentadas de Europa? ¿El sol? ¿Las rocas salvajes? ¿Los esbeltos picos? ¿Las nieves? ¿El fluir del agua? ¿Hoteles limpios? ¿Confort? ¿Buena mesa? ¿El encanto de una nutrida compañía? No, ciertamente, nada de todo eso se echa de menos; pero lo que le falta a Panticosa es un camino carretero proveniente de Francia, y un poco más de celebridad. Por el camino, no puedo hacer nada; en cuanto a la celebridad tampoco gran cosa; no obstante ruego al lector que me siga con la imaginación hasta los baños de Panticosa, esperando que entre los cuatro mil miembros del Club Alpino se encontrará al menos uno que quiera emprender enseguida el viaje en carne y hueso.

Cuando el reputado cartógrafo, geógrafo y montañero Franz Schrader escribió estas líneas en el Anuario del Club Alpino Francés en 1882, uno de los principales problemas del balneario de Panticosa era, claramente, su aislamiento. Por aquel entonces alcanzar los 1.636 metros de altitud de las termas a través de una orografía eminentemente abrupta, con bloqueo constante de los caminos por la nieve y la caída de rocas, convertían la llegada hasta los baños en toda una aventura. El mismo Schrader, sin ir más lejos, tardó diez horas en recorrer a mula la distancia que hay entre Biescas y los baños.

Tras la construcción de la carretera de Jaca el servicio mejoró ostensiblemente: se pasó de las diez horas de viaje a las cinco y media, por lo que los bañistas más adinerados no tenían que verse haciendo el viaje a lomos de una mula, sino en «plaza imperial» (en el interior de una suntuosa diligencia). Con tracción animal y bancos de madera, estos transportes muy seguramente botaban, traqueteaban, chocaban, trastabillaban y se balanceaban peligrosamente besando los abismos, pero suponían una más que confortable alternativa a la montura para quien pudiera pagar los dineritos que valía el pasaje. El precio era de doscientos reales si se viajaba en berlina —es decir, en asiento delantero detrás del pescante—; de ciento sesenta reales si se iba en el interior; y de ciento veinte si se realizaba el trayecto en el cupé. Por ese módico precio te jugabas la vida a toda velocidad por los estrechos

caminos de montaña —a juzgar por las crónicas de los viajeros de la época, te la jugabas de verdad—, pero finalmente llegabas al balneario en menos tiempo y con gran necesidad de meterte en las aguas termales o más bien, digo yo, de tomarte un whisky.

Eran otros tiempos y se viajaba de un modo diferente, pero si te marcabas dieciocho horas de esta guisa para subir desde Huesca —a las que había de sumar las jornadas correspondientes desde los lugares de residencia de los bañistas— era porque tenías mucha fe en las aguas termales de este lugar. A ello hay que añadir, claro, que en aquella época y en toda Europa la alta sociedad no solo visitaba los baños por motivos médicos, sino también para dejarse ver: para los negocios, las tertulias o el celestineo.

Cuando recorro el camino que sube hasta los baños desde Panticosa, comprendo cuán complejos tuvieron que ser los viajes del cartógrafo Franz Schrader y sus coetáneos cuando aquí no había carretera. El perfil junto al curso encajonado del río Caldarés es vertical, y hubo que ganar espacio a la roca para hacer pasar el asfalto. El cartel de «PELIGRO: DESPRENDIMIENTOS PROVOCADOS» al comienzo de la ruta deja claro que incluso hoy en día se produce algún que otro percance en la vía. Tras el cartel hay curvas, quitamiedos, túneles para asegurar el terreno y minimizar los aludes, más curvas, pedruscos caídos sobre el pavimento y los saltitos del Caldarés —del *caldus* romano— acompañando el trayecto en todo momento. Hoy no hay cinco horas y media desde Biescas, sino treinta minutos.

Ya en el alto, el ibón de Baños da la bienvenida acuática y un poco más allá está el balneario, abrazado por un circo grandioso coronado por las cumbres del Arguala, el Garmo Negro y el Pondiellos. La estampa es imponente.

Hago el *check in* en el Continental, uno de los dos hoteles que hoy se erigen en el complejo balneario diseñado por el premio Pritzker Rafael Moneo y su hija Belén. Es una obra moderna de esas de acero y cristal que, en el año 2002 y tras echar abajo los edificios históricos, sustituyó las antiguas construcciones decimonónicas para disgusto de la gran mayoría de vecinos del pueblo, del Valle de Tena y podríamos decir de toda Huesca. Justo enfrente de él están las Termas de Tiberio y, al otro lado del jardín, el Casino y Gran Hotel del que, a pesar de su completo vaciado, por lo menos conservaron la fachada original.

—Estáis bastante tranquilos, ¿no? —le pregunto a la

recepcionista en vista de los pocos coches que hay en el aparcamiento.

—La verdad es que sí. Es temporada baja y también pasa que ahora tenemos cerrado el Gran Hotel. Los fines de semana hay más animación —dice la joven sin perder la sonrisa mientras me entrega la llave y una hojita de papel con el código del wifi—. El desayuno empieza a las ocho; es tipo bufet.

—¿Y las termas están abiertas?

—Sí, sí, eso siempre. Puede ir cuando quiera. Lo único es que en la piscina exterior están rodando una película y no se puede pasar, pero puede acceder al resto de las instalaciones.

Dejo mis cosas en la habitación —desde la ventana las vistas de los tresmiles que nos rodean son un espectáculo— y bajo a las termas a ver qué se cuece. El edificio del balneario es grandilocuente, como casi todo en esta obra moderna que quiso ponerse a la altura de los más exclusivos complejos de montaña de Europa y que se quedó a medio hacer y con todo patas arriba después de que la inmobiliaria Nozar —propietaria e ideóloga de esta suerte de Saint-Moritz a la aragonesa— entrara en concurso de acreedores tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria de 2008. En recepción dos señoritas extremadamente amables me informan de que el doctor está en su consulta, por si quiero visitarle. Más allá de la parte lúdica, que la hay, este es un centro sanitario al que mucha gente viene para curar sus dolencias, y aunque yo no tengo males que aliviar, pido igualmente una entrevista con el médico.

En las paredes de la consulta cuelgan los muchos títulos que ostenta el doctor Antonio Hernández, un señor de barba espesa y brillantes ojos azules que me recibe enfundado en la preceptiva bata blanca.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Pues no tengo ninguna dolencia, que yo sepa, pero querría saber un poco más sobre este lugar y las propiedades de sus aguas —le digo.

El doctor, que por suerte para mí no anda muy atareado hoy, empieza a contarme la historia desde el principio de los tiempos.

—Cuando los romanos llegan a la península ibérica, se dedican a buscar aguas termales por todo el territorio y ya entonces descubren Panticosa, que les interesa mucho porque tiene aguas sulfuradas, es decir, con azufre. El motivo es que a los legionarios, que en un

grandísimo porcentaje eran mercenarios que cobraban su salario a final de mes, se les obligaba a estar un mes en una terma cuando caían heridos en combate.

—Pues menuda condena...

—Curioso, ¿verdad? El tema es que sabían que esa era la única forma en que podían recuperarse de sus heridas. Con lo cual, allí donde los romanos localizan una fuente termal de aguas sulfuradas, montan un campamento.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí, a 1.636 metros de altura?

—No se sabe exactamente, pero llegaron. Y lo sabemos porque cuando se hicieron las excavaciones para construir el edificio principal del balneario encontraron un pozo romano y junto a él unas monedas de la época del emperador Tiberio. Se cree que en el siglo I a. C. quienes acudían aquí para calmar sus dolencias arrojaban monedas a la fuente para que las ninfas propiciaran su curación.

—Y desde entonces, ¿los manantiales se han seguido usando de continuo?

—Bueno, la gente de esta zona siempre los usó para la salud, pero en la Edad Media hubo un período muy malo porque la iglesia no veía con buenos ojos que hombres y mujeres se bañaran juntos aquí. El gran *boom* de los baños se produce en el siglo XIX y principios del XX, cuando en toda Europa y también aquí en España se pone de moda tomar las aguas; los Pirineos eran un destino estrella para eso y aparte del balneario de Panticosa, funcionaban el de Benasque y el de Caldes de Boí; y en la vertiente francesa había centros termales muy prestigiosos, como Cauterets, Bagnères-de-Bigorre o Bagnères-de-Luchon, a los que iba toda la nobleza europea.

—¿Y qué era exactamente tomar las aguas?

—Aquí hacían muchas curas hidropínicas, es decir, de bebida. Iban de fuente en fuente con una jarrita y paseaban mientras las tomaban, que es el modo de asimilarlas mejor.

—¡Ah, sí! Eso se sigue haciendo hoy en Karlovy Vary, en la República Checa, y también lo he visto en otros balnearios de Europa.

—Exactamente, eso mismo. Y mira —me dice el doctor Hernández mientras abre un libro en el que aparecen fotografías antiguas, carteles y documentos de la *belle époque* de Panticosa—. Aquí puedes ver qué tratamientos se daban y sus precios en 1934.

Compruebo que las curas ofrecidas eran muchas y variadas. En la

lista de tarifas de hidroterapia puedo leer que una «inhalación general» valía 0,60 pesetas; una «pulverización», 1,25 pesetas; y una «ducha nasal», 0,75 pesetas. Lo más caro eran los «baños en aguas azoadas» y los «gargarismos», que costaban 3 pesetas. Si además de las terapias *in situ* los agüistas querían llevarse a casa el agua mineromedicinal, el precio, con traslado en vagón a Sabiñánigo incluido, era de veinticuatro pesetas por una caja con veinticinco botellas de litro.

—Tengo entendido que parte del éxito de los balnearios en aquella época se debió a la expansión de la tuberculosis.

—Efectivamente. Para empezar, no teníamos la penicilina y debido a que la tuberculosis es una enfermedad de las vías respiratorias, los médicos recomendaban acudir a sanatorios termales ubicados en alturas importantes. Aquí morían por esta enfermedad de veinte a treinta pacientes al año.

—Hoy debe de ser todo muy distinto...

—Las cosas han cambiado mucho, sí. Actualmente estamos especializados en la peloterapia, de *pelos*, que en griego significa «barro». Los peloides naturales son aguas sulfuradas mezcladas con una arcilla y maceradas durante tres meses. Por esta terapia la Sociedad Internacional de Técnicas Hidrotermales nos dio un premio internacional de investigación en el año 2002, y ahora es la estrella de nuestro balneario. Ay, es que no te lo había dicho, pero soy investigador del Estado: trabajo para el Instituto de Salud Carlos III, que pertenece al Ministerio de Ciencia e Innovación.

—¿Y qué beneficios tiene la peloterapia?

—Tenemos unos peloides que son coadyuvantes vasculares y osteoarticulares, los utilizamos para piernas cansadas, para mejorar el retorno venoso... También aplicamos los peloides con calor para aliviar el dolor y la inflamación. Los usamos en reumatología, en artrosis, en artritis, en contracturas musculares, en esguinces... aquí, cuando se celebra la marcha cicloturista internacional Quebrantahuesos, vienen después los corredores para que les pongamos estos fangos terapéuticos.

—Pues ya me lo has dicho todo. Las contracturas son mi némesis.

Poco menos de una hora después me encuentro tumbada boca abajo, embadurnada con una arcilla de color grisáceo —por suerte es inodora, a diferencia de aquellos barros hediondos que me pusieron en

el Mar Muerto— y envuelta en un film transparente a modo de bocata para la merienda. Después de hablar con el doctor creo firmemente que esta va a ser la solución (por lo menos temporal) a mis achaques musculares de espalda. Mientras estoy en la camilla de tratamientos pienso en cuántas personas ilustres debieron de pasar por aquí y pagaron unas buenas pesetas para hacer un «gargarismo» o una «pulverización».

Del mismo modo que muchos establecimientos hoteleros presumen hoy de haberles puesto sábanas a estrellas de Hollywood, deportistas, raperos y otras *celebrities* (ahí está la habitación de Hemingway en el Hostal Burguete), también Panticosa tiene su particular *hall of fame* de personajes que visitaron las instalaciones durante la época dorada del balneario. A la fama de este lugar contribuyeron las estancias de numerosos cargos militares, eclesiásticos y políticos —incluida la del dictador Primo de Rivera—, además de intelectuales y científicos como Ortega y Gasset, Franz Schrader o Ramón y Cajal, quien vino a tratar su tuberculosis y dejó escrito:

> Mi plan curativo consistía en hacer todo lo contrario de lo aconsejado por los médicos. Y sin embargo, y contra mis esperanzas, semanas después cesaron las hemoptisis, disminuía la fiebre, abonanzaba el estado general; en fin, mis pulmones y músculos, sometidos a pruebas bárbaras, funcionaban cada vez mejor. Estaba visto que no se muere cuando se piensa.

La mañana siguiente el día amanece con el valle en penumbra y las verticales del Arguala, el Garmo Negro y el Pondiellos iluminadas por una gloriosa luz rosada. Doy un paseo para inmortalizar esas cumbres mágicas reflejadas en la superficie cristalina del ibón de Baños y subo hasta esas fuentes del Hígado y del Estómago, donde antaño los agüistas de apellido ilustre paseaban con sus jarritas. En esta última surgencia hay un grupo de senderistas ciñéndose bien las mochilas que me cuentan que van a subir por los ibones de Brazato hasta el pico de Baciás. Me iría con ellos sin dudarlo, pero tendré que esquivar la tentación, porque aún me queda mucho recorrido por delante y no puedo alargar este viaje *in aeternum*. Y también porque, como decía Javier Reverte, sé que el día menos pensado en este viaje pirenaico se me antojará ir a un sitio del que no había oído hablar en la vida. Así que les digo adiós a los caminantes y apunto la ascensión al Baciás y también la ruta que desde el refugio de los ibones de

Bachimaña asciende a los Picos de los Infiernos en mi lista de aplazados en el Pirineo.

Cuando a las ocho en punto me planto en el bufet para el desayuno ya hay un grupo de clientes que esperan para coger mesa. Tienen aspecto de creativos y no dudo ni un momento en que se trata del equipo de rodaje de la película que tendrá como escenario la piscina exterior de las termas. Ayer vi a unos cuantos trajinar con los focos y las maletas de material. Me siento cerca de la máquina de café y cuando empiezo a dar cuenta de la macedonia entra el doctor Hernández por la puerta. Le indico con la mano que me acompañe en el desayuno.

—Buenos días. ¿Pero tú vives en el complejo? —le pregunto.

—No, no. Mi casa está en Madrid. Pero cuando vengo paso aquí varias semanas seguidas y me alojo en el hotel.

El doctor me pregunta por la evolución de mis contracturas e intercambiamos impresiones sobre otros balnearios históricos que ambos conocemos en Europa. También hablamos del vecino Gran Hotel, que ha tenido que cerrar varias semanas por reorganización interna del personal. Entre el zumo de naranja y la tostada con mantequilla, Antonio me cuenta que el Gran Hotel tiene un fantasma residente.

—Todos los balnearios tienen sus espíritus —dice bajando un poco la voz— y aquí tenemos a la dama del lago. Según se cuenta, a principios del siglo pasado había un matrimonio adinerado que frecuentaba mucho Panticosa. Parece ser que el señor asesinó a la mujer, la escondió entre los muros del Gran Hotel y ante su ausencia alegó que la dama se había ido de viaje.

—Es escalofriante, pero ¿esa historia es cierta?

—Bueno, es más bien una leyenda, pero lo que sí aseguran los de aquí es que la dama se ha aparecido muchas veces a empleados y a clientes. También se la ha visto pasear junto al lago o asomada en una de las ventanas del Gran Hotel. Hay empleados que no quieren que les toque trabajar en esa parte del complejo porque dicen que los muebles y las cortinas se mueven o que los ascensores se ponen a funcionar solos en plena noche.

—Bueno..., menos mal que yo no creo en los fantasmas...

Después de los cafés me despido de Antonio y mi equipaje pone rumbo al maletero del coche. Junto al aparcamiento contemplo cómo

la vegetación avanza sobre las antiguas construcciones decimonónicas que no se tiraron al suelo. Son la antigua Casa Belio y un par de restaurantes que no se derribaron, pero que si nadie hace nada por evitarlo acabarán cayéndose solos. Me uno muy sinceramente al duelo de quienes piensan que echar abajo el viejo balneario fue un error y una gran pérdida. Entro al coche, hago marcha atrás y salgo de Panticosa sin querer mirar ni de reojo hacia las ventanas del Gran Hotel. Por si acaso.

El Pirineo deshabitado (I)

Desde Panticosa podría haber conducido hacia el norte por la carretera del Portalet d'Aneu hasta el quimérico valle d'Ossau, en la vertiente norte del Pirineo; también hubiera podido tachar de la lista otro de esos aplazados planes montañeros que hace tiempo que arrastro, el de la ascensión al extraño vértice volcánico del Anayet; y, por supuesto, podría haber reseguido la morfología complicada de sierra Tendeñera y su collar de dosmiles desde Peña Blanca hasta Peña de Otal para llegar al Valle de Broto...

Pero en vez de eso he decidido subir hasta alguna de las aldeas deshabitadas de Sobrepuerto y aquí me encuentro, perdida en algún lugar indeterminado del mapa, sudando como un pollo, tratando de encontrar sin éxito (y sin cobertura móvil ni GPS) por dónde sigue el camino. El lecho medio seco de un arroyuelo me ha despistado y hace ya rato que no veo ningún hito. Rehago el camino y tomo otra senda: no hay salida. Vuelta atrás, regreso por donde he venido y para casa. Se me ha acabado el agua, estoy sin comer, en cualquier momento anochecerá y por lo tanto aquí termina mi aventura.

Volvamos a primera hora de esta mañana, cuando estando en Panticosa se me ha ocurrido visitar alguna de las iglesias románicas por las que es famosa la comarca histórica del Serrablo.

No ha habido salidas de curva ni desprendimientos bajando por la carretera de los baños. Al final, tampoco era para tanto. Aparco en el pueblo de Panticosa para comprar un mapa de Ordesa, un mapa físico, en papel, uno de esos que las nuevas tecnologías mandaron al fondo de los cajones pero que, primero, te dan muy buena perspectiva visual de conjunto y segundo, te sacan de apuros cuando la señal del satélite o la batería te abandonan a tu suerte.

A media semana, fuera de la temporada de esquí y con la primavera a medio arrancar, Panticosa parece dormida. Como muchos en los Pirineos, también este es un pueblo de bullicio intermitente donde por lo general no hay un término medio: o están hasta la

bandera o no hay a quién preguntar dónde venden mapas o si hay algo abierto para tomar un café. Meto la cabeza en la iglesia y dentro cuatro señoras y un capellán de casulla verde recitan al unísono eso de «santo, santo, santo es el Señor…». Opto por preguntar a la farmacéutica y ella me dirige —cómo no se me había ocurrido antes— a la oficina de turismo. Me atiende un tipo muy amable que no me da ningún mapa de Ordesa, pero que me provee con casi un kilo de información impresa, entre la que se cuentan mapas de rutas a pie o en bici por el Alto Gállego; una libreta de las aves de Huesca con su *checklist* para ir anotando los avistamientos realizados; varios folletos de atracciones turísticas en forma de pasarelas elevadas, un parque faunístico, un balneario histórico que ya conozco y algo que sí llama seriamente mi atención: una guía de las iglesias del Serrablo. El románico, algo tan consustancial a los Pirineos, merecerá que le dedique mi atención.

Por lo que leo en las informaciones, el Serrablo es una comarca histórica que arranca más o menos en Biescas y que ocupa la cuenca hidrográfica del Gállego hasta la altura de Caldearenas. Las fotos de la guía condicionan mi elección y decido visitar la ermita de San Bartolomé de Gavín, que tiene unas ventanitas con tres arcos de herradura que mucho recuerdan al prerománico de Asturias. Ya *in situ* —hay que acceder a pie por una senda flanqueada por muros de piedra seca— el santuario es como una maqueta colocada en el paisaje, un templo en miniatura levantado en la soledad de una pradera donde, por lo que piso, deben de pastar las vacas a menudo. Hay una pareja de personas mayores que analizan el friso de baquetones del ábside desde el punto de vista de la técnica empleada en construirlo. Parece que entienden mucho del tema, así que busco la típica excusa para entablar conversaciones con desconocidos.

—¡Qué preciosidad de ermita!

—¡Sí! A nosotros nos encanta y aquí no viene tanta gente. Son más conocidas las de San Juan de Busa y San Pedro de Lárrede. ¿Eres de por aquí? —me pregunta la señora, que a pesar de la edad luce aspecto lozano y maneras ágiles.

—No, yo vivo en Mataró, cerca de Barcelona. Estoy haciendo un viaje por los Pirineos y no podía perderme estas iglesias. Tienen muy buena fama y por lo que veo es merecida.

—Pues es un orgullo para nosotros que lo digas. Nuestra

asociación hizo mucho por recuperarlas del abandono.

—¿Vuestra asociación?

—Nosotros —dice la señora señalando con la cabeza a su compañero— pertenecemos a los Amigos del Serrablo. Llevamos cincuenta años reconstruyendo el románico de esta comarca de manera totalmente desinteresada. Por cierto, yo soy Tere y él es mi marido, José Manuel —dice, y ambos me tienden la mano—. Esta iglesia, por ejemplo, la restauramos junto con los vecinos del pueblo de Gavín en los años setenta. La planta se rehízo piedra a piedra con técnicas antiguas y materiales de la zona. Nosotros nos encargamos del tejado de la torre.

—¿Y dices que sois voluntarios?

—Totalmente. La idea arrancó en los sesenta, cuando en esta comarca hubo un éxodo rural imparable, muchas aldeas quedaron despobladas y los edificios empezaron a deteriorarse. Así es como un grupo de jóvenes entusiastas del valle nos unimos para empezar a reconstruir, con nuestras propias manos, todo ese patrimonio que estaba en peligro por falta de mantenimiento. Nos reuníamos los fines de semana, nos arremangábamos y nos poníamos manos a la obra. La primera que arreglamos fue la ermita de San Juan de Busa, que tenía la techumbre caída y luego vino otra y otra más hasta el día de hoy. Llevamos recuperados veinticinco templos románicos y mozárabes de los siglos X al XII, así como algunos elementos de la arquitectura popular, como hornos, lavaderos o fuentes. ¿Y conoces el Castillo de Larrés? Ese también lo restauramos nosotros: es nuestra obra de mayor envergadura y ahora alberga el Museo de Dibujo Julio Gavín, que fue uno de los fundadores de la asociación.

Se me salen los ojos de las órbitas ante lo que me cuenta Tere.

—¿Y de dónde sacáis el dinero para semejantes proyectos? Porque entiendo que los gastos deben de ser muy considerables.

—Esa siempre ha sido la parte más difícil. —Ahora toma la palabra José Manuel—. Nosotros somos una asociación cultural sin ánimo de lucro y al principio teníamos más ilusión que posibilidades. No había dinero y tuvimos que enfrentarnos a la incomprensión y a la indiferencia de vecinos e instituciones. Después parte de nuestra financiación ha venido de subvenciones públicas, de las cuotas de los socios y desde hace unos años también de las entradas al Castillo de Larrés. Pero en alguna ocasión hubo que pedir préstamos a entidades

bancarias que algunos miembros de la asociación avalaron con su propio patrimonio.

—Me parecéis héroes.

—Bueno, creo que todos los que estamos en esto es porque amamos con locura esta tierra. Siempre hemos querido dignificarla y que no cayera en el olvido. Aquí están nuestras raíces. Oye, nosotros vamos a visitar la iglesia de Oliván. ¿Has estado allí ya?

—No, San Bartolomé es mi primera iglesia del Serrablo.

—Pues te quedan otras veinticuatro —dice José Manuel con una carcajada.

—¿Os puedo acompañar?

—Claro, tengo el coche allí.

La pareja se sube a su 4×4 y yo les sigo de cerca. La historia de esta gente es maravillosa y muy inspiradora. Les imagino con veinte años recuperando sillares de entre la maleza y picando paredes para quitar revoques. Precisamente, en la época tardofranquista de los años setenta, se puso muy de moda un programa de Radio Nacional de España (RNE) que después dio el salto a TVE con igual éxito de audiencia —no era difícil triunfar cuando solo había dos canales de televisión— llamado *Misión rescate*. Era un concurso en el que se involucraba a niños y a jóvenes de todo el país, dirigidos por un maestro, para que descubrieran y sacaran a la luz algún elemento histórico de su entorno que se hubiera mantenido ignorado hasta la fecha. El equipo que diera a conocer los hallazgos más notables se llevaría a casa un trofeo y en el mejor de los casos entre veinticinco mil y cien mil pesetas en metálico, que en alguna ocasión había entregado en persona el mismísimo presidente Adolfo Suárez.

Aquel programa de entretenimiento infantil fue muy longevo —se emitió entre 1967 y 1982— y de él surgieron historias increíbles. Tan increíbles como el hallazgo de un panteón funerario romano en Ubrique; de una necrópolis visigoda en Segovia; o del sepulcro con los restos de toda una reina de Aragón, doña Leonor de Castilla, que se hallaba oculto tras un muro de la iglesia de Castrojeriz. Hoy desde luego no cabría en la mente de nadie (en primer lugar, porque lo prohíbe la ley) que desde las instituciones se arengara a los escolares a remover la tierra de los yacimientos arqueológicos para sacar objetos de ellos. Pero eran otros tiempos, había otros gobernantes y otro marco legal. Y por lo que recuerdan muchas personas que lo vieron —

mis padres entre ellas— *Misión rescate* contribuyó a que mucha gente tomara consciencia del valor que tenía el patrimonio olvidado de sus pueblos. Sin ir más lejos, en ese contexto aparecieron los Amigos del Serrablo.

Entramos en la breve Oliván por la calle Única y compruebo que, efectivamente, solo hay una vía en la población. José Manuel estaciona el coche al lado de la iglesia y yo aparco detrás de él tratando de no bloquear el paso. Entramos en el recinto por una puerta de madera y las brillantes lápidas blancas del camposanto nos dan la bienvenida. San Martín es otra de esas bellezas medievales piedra sobre piedra, sencilla, sin estridencias, que reclama la atención encaramada sobre un promontorio. El matrimonio me indica que se trata de una iglesia mozárabe de la primera mitad del siglo XI, o sea que tiene un siglo más que la ermita de Gavín que acabamos de ver.

—En esta iglesia hicimos dos intervenciones, una en los setenta y otra en los noventa. Los vecinos se volcaron totalmente a ayudarnos.

—No es para menos. Que alguien arrime el hombro desinteresadamente para que tu pueblo no se venga abajo debe de ser una bendición. Por cierto, venía pensando en lo que me has comentado antes del éxodo que se produjo aquí en los años sesenta…

—Ay, sí —dice Tere—. En el Valle de Guarga y en Sobrepuerto quedaron muchísimos pueblos deshabitados, *amortaos*, como decimos nosotros. Pero la suerte fue que había mucho trabajo en las fábricas de Sabiñánigo, por lo que muchas personas en vez de marcharse se quedaron aquí. Sí que hubo familias enteras que se fueron a Barcelona, pero la tónica general fue permanecer en el valle. Uno de los que se deshabitó fue Barbenuta, la aldea de mi abuela. Su último habitante se marchó en los ochenta.

—Recuerdo haber leído la novela *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares, que cuenta la existencia agónica de un señor que se queda viudo y vive solo en un pueblo que se llama Ainielle.

—¡Ainielle está aquí mismo! Siguiendo por ese camino hacia arriba.

—Vaya, no imaginaba que quedara tan cerca. Qué casualidad.

—Bueno, cerca, cerca no está. Desde aquí hay unas tres horas andando por una senda estrechita. Un poco más a mano tienes dos pueblos más: Susín, en el que hemos trabajado mucho, y Berbusa, que tiene la iglesia en muy mal estado.

—¿Todos estos pueblos deshabitados están en ruinas?

—Pues no. En los últimos años algunos han ido volviendo a la vida. En Barbenuta, por ejemplo, algunos arreglamos poco a poco las casas familiares para hacer una segunda residencia y también hay unos chicos jóvenes que han abierto unas bodegas y no les va mal. Hay vecinos de otras poblaciones que han hecho lo mismo y que suben a pasar los fines de semana. Y luego hay aldeas que se han repoblado con neorrurales… hay una que tiene una escuela Waldorf y otra en la que incluso se ha instalado una comunidad budista.

—Escuchad, ¿conocéis a alguien que haya vivido en alguno de estos pueblos? ¿En Ainielle, por ejemplo?

La pareja habla entre sí de este que está muy enfermo y de aquella otra que vive en Sabiñánigo. Después de comentar un rato la jugada, José Manuel me dice:

—¿Sabes con quién puedes hablar? Con el profesor Enrique Satué, uno de los Amigos del Serrablo. Su madre era de Ainielle y él escribió un libro sobre ese pueblo. Además, ha escrito muchos otros tratados de arquitectura popular, romerías y religiosidad… Es la persona que más sabe del tema, te lo aseguro. Mira aquí tienes su teléfono. Yo ahora le mandaré un wasap para avisarle de que te pondrás en contacto con él.

Continuamos nuestra visita a la iglesia de Oliván y saco algunas fotos de Tere subiendo por las escaleras de la calle Única. Me despido de ellos agradeciendo sinceramente la charla y la compañía, y me dispongo a emprender a pie la búsqueda de alguno de esos pueblos *amortaos* que esconden estos bosques.

El Pirineo deshabitado (II)

Ayer cuando llegué al coche, cansada, desgreñada, sin comer y, lo que es más lamentable, sin haber encontrado ni una sola piedra que hubiera pertenecido a los pueblos deshabitados de Sobrepuerto, llamé a Enrique Satué. El profesor esperaba mi llamada y mostró muy buena disposición para recibirme y hablar de Ainielle, por lo que nos citamos al día siguiente, es decir hoy, enfrente de mi hotel. En nuestra primera conversación telefónica Enrique me dijo dos cosas que inmediatamente compensaron la tarde nefasta que acababa de pasar en el bosque: que él mismo me acompañaría hasta la despoblada Berbusa y que en tal restaurante de Sabiñánigo hacían buenas paletillas de ternasco para poder compensar que me había saltado el almuerzo.

Ya en el hotel, tras el homenaje cárnico, tecleé el nombre del profesor en Google y me asombró la profusión de ensayos divulgativos y obras de etnología sobre el Alto Aragón que ha escrito. Tenían razón Tere y José Manuel en eso de que era la persona más adecuada para hablar del tema.

Por la mañana, cuando salgo por la puerta de mi alojamiento, Enrique, que ya está esperándome dentro de su coche, me saluda detrás de la ventanilla. Subo, me pongo el cinturón y volvemos a la misma carretera que ayer me devolvió a Sabiñánigo.

—He visto que has escrito veintiún libros. ¡Tienes toda una biblioteca!

—Bueno, lo cierto es que la memoria de esta parte del Pirineo me interesa muchísimo. Algunas obras las hice con la Asociación Amigos del Serrablo.

—Gracias por acompañarme a Berbusa.

—No hay de qué. La pena es que no tengamos tiempo de subir hasta Ainielle, que fue el pueblo de mi madre. Está muy lejos y hay que andar tres horas para llegar allí.

—Ese fue el gran problema de estos pueblos, ¿no? La falta de

buenas comunicaciones.

—En parte sí, pero hubo otros motivos para que se vaciaran…

Llegamos a Oliván y la iglesia mozárabe luce igual de altiva que ayer, dominando la población, con el sol matutino iluminando su mejor perfil. Aparcamos el coche en la calle Única y enfilamos por el primer tramo de la pista que cruza el barranco. El camino asciende suavemente dejando a un lado el desvío que va al pueblo de Susín. Andamos bajo una densa bóveda vegetal que impide ver el cielo y en un punto de la pista nos desviamos para tomar una senda en fuerte bajada que en su punto más bajo cruza el cauce. Hay mucho canto rodado y el hito no queda muy claro. Aquí es donde me perdí ayer. Enrique atraviesa el arroyo y enfila sin titubear un sendero escondido entre la vegetación. Se nota que ha hecho este camino muchas veces. Seguimos adelante y pasamos por una zona donde abundan los quejigos y los pinos royos. También hay algunos manzanos silvestres.

Enrique me cuenta, sin dejar de andar, que el paisaje que vemos nada tiene que ver con cómo era antes, pues toda esta zona se reforestó por el Patrimonio Forestal del Estado (PFE) en la segunda mitad de los años cincuenta. Las instituciones del momento, ante el peligro de que en estas laderas —peladas de árboles— hubiera corrimientos de tierras que colmataran los embalses que se acababan de construir abajo, compraron varios de los núcleos habitados para replantar y asegurar el terreno. De las siete aldeas de Sobrepuerto, tres se vendieron y otras cinco se despoblaron poco después, ya que el modelo de vida de la ciudad era tan poderoso que cuando unos se marcharon el resto también acabaron yéndose. Hubo lo que podríamos decir un efecto llamada.

Andamos un poco y un poco más. Paramos para beber agua y retomamos el camino. El profesor me explica un montón de curiosidades sobre las costumbres de esta zona: de cómo hasta el siglo XX se utilizaron herramientas que venían usándose sin apenas cambios desde la Edad Media; acerca de los símbolos pirenaicos ancestrales como la roseta hexafolia o el *lauburu*;[1]sobre esas típicas bordas montañesas que encontramos en Aragón pero también en Navarra o en Andorra… Este hombre es una enciclopedia.

En un momento dado franqueamos la maleza y topamos con la espalda de una casa de la que apenas quedan dos tapias y parte del tejado. Ha crecido un árbol donde debió de estar el comedor. Hemos

llegado a Berbusa. Desde aquí el camino de herradura sigue ascendiendo, flanqueado por muros que parecen aguantados por la hiedra. Un poco más arriba, la naturaleza ha reclamado su espacio en otra vivienda que solo conserva el arco de entrada. Hay sillares esparcidos por el suelo y una vegetación cerrada y espinosa que impide avanzar más allá. Retrocedemos y accedemos al patio de otra casa, desde el que tenemos una buena panorámica de Berbusa y del valle. La aldea está bien orientada a mediodía y, excepto por las diez viviendas que sacan la cabeza entre las ramas, el bosque se extiende hasta donde alcanza la vista. No se puede decir que el plan de reforestación fuera un fracaso.

—¿Por qué se instaló la gente aquí arriba, tan lejos de todo? —le pregunto mientras ambos miramos al infinito por encima de las copas de los árboles.

—Pues porque tras la retirada de los musulmanes la gente poderosa ocupó el fondo del valle y los parias se fueron a las cumbres. Estos pueblos de Sobrepuerto, los «Ainielles» que acabaron vendidos a Patrimonio Forestal del Estado, nunca se hubieran poblado en otras condiciones históricas, porque este sitio es antifuncional.

Desde nuestra perspectiva actual y urbana, una casita de piedra aquí arriba en plena naturaleza puede parecer muy atractiva, pero si te ves obligado a permanecer en él, el paraíso puede tornarse un auténtico infierno. Esas casas de aldea con sus paredes de piedra vista que nos parecen tan pintorescas a los que venimos del asfalto (y que en realidad siempre estuvieron revocadas para protegerlas de la humedad y de los insectos) por dentro eran frías y oscuras. No tenían agua corriente ni luz, y estaban a varias horas andando de cualquier lugar y por supuesto de cualquier hospital. Pensar que esto es bucólico es de un idealismo totalmente alejado de la realidad.

—¿Y de qué vivía la gente de aquí?

—Principalmente vivían de no gastar. Pero antes había robles y con ellos hacían carbón vegetal que después llevaban con caballerías para vender al balneario de Panticosa. También eran buenos constructores, por eso el pueblo tiene estas piedras tan bien trabajadas —dice Enrique señalando los sillares de una de las casas—. A los albañiles les llamaban piqueros y ellos se movían por el entorno para hacer construcciones y arreglos. Luego las familias también tenían sus pequeños campos, donde plantaban vid o legumbres.

—¿Y adónde se fueron?

—Cuando esto se abandona definitivamente en el año 1961 —igual que Ainielle—, la mayoría marcha a Biescas y a Sabiñánigo.

—Tienes un vínculo muy fuerte con Ainielle —le digo.

—Fue el pueblo de mi madre. Y desde la perspectiva de una persona urbana y viajera (hablo de mí), Ainielle era muy bonito. Con los años fui viendo cómo se iba cayendo y te diré algo curioso: el deterioro de los pueblos no es homogéneo. Igual que sucede con los seres humanos, llega un punto en que se acelera. Mira, cuando estaba escribiendo *Ainielle, la memoria amarilla* yo subía cada fin de semana, lloviera o nevara, andando desde Oliván... que son tres horas. Un día llegué al pueblo y noté una cosa muy rara. Pensé: «¿qué ha pasado aquí?», y era que la última chimenea, la de la casa de mi madre, se había caído. Te puede parecer cursi, pero me puse a llorar. Las torres de las iglesias son el alma religiosa de los pueblos y las chimeneas son su alma laica, son el centro de la vida de la casa, el hogar. Me dio muchísima pena.

A mí se me ha removido algo desde que hemos llegado, por lo que puedo imaginar cómo se siente alguien que ve cómo se diluye sin remedio el lugar donde se criaron sus padres, sus amigos, sus vecinos... Subimos un poco más por calles por las que ya nadie transita y vislumbramos la torre de la iglesia o, como dice Enrique, el alma religiosa de Berbusa. El camposanto está cubierto por una maraña de ramas espinosas, así que nos vemos forzados a rodear el edificio y entrar por un paso lateral que alguien ha abierto a machete entre las zarzas. Cruzamos aguantando la respiración bajo un arco de piedra destartalado que aún conserva su policromía. Año de construcción: 1703.

La escena interior es posapocalíptica: la bóveda de tosca sigue en pie casi en su totalidad, pero se cuelan las hiedras y los rayos de sol por una esquina que perdió la techumbre. Y en el suelo de la nave, en el lugar donde la gente hacía fila para comulgar, ha crecido un sauco, un *sabuquero*, como dicen por aquí. Los arcos y las paredes de las capillas laterales aún aguantan, pero uno de los muros tiene una inmensa grieta vertical y el altar yace hecho pedazos, desparramado por el suelo. En un hueco entre sillares alguien dejó una estampita de san Pedro. Parece que la iglesia es el último edificio en Berbusa que conserva la cubierta, pero cuando veo que el arco del ábside ha

perdido una dovela comprendo que también el templo se acerca irremediablemente a su fin. Nos quedamos un buen rato sin hablar. El silencio y la tristeza que reinan en el pueblo nos han contagiado de algún modo.

Paseamos un poco más por la villa, nos asomamos a ventanas, traspasamos puertas y Enrique, sin decir nada, va negando con la cabeza. Constata que el declive es imparable y eso le aflige. Dentro de las casas nada a la vista, solamente sillares desnudos y todo ese verde que asoma, coloniza y trepa por donde puede.

—Aquí solo quedan las piedras —le digo a Enrique, rompiendo ese mutismo respetuoso que nos habíamos impuesto.

—Pues cuando la gente marchó de los pueblos dejó muchas de sus pertenencias dentro de las casas. Abandonaron todo aquello que ya no les iba a servir para la nueva vida, incluso en las iglesias… hubo curas que dejaron los objetos en los templos. Eso pasó en Cortillas, por ejemplo, donde un regimiento de soldados encontró un Cristo que alguien tenía ya *preparadico* para llevárselo. Lo recuperaron y un oficial nos lo ofreció para el Museo Ángel Oresanz y Artes del Serrablo, en Sabiñánigo. Y allí lo tenemos expuesto. Nos sirve para que la gente entienda cómo fue aquello de dejar el pueblo y cómo se produjo. ¡Qué descontrol! Mira, por ejemplo, en el mismo Cortillas estaban haciendo la escuela…

—Pues por lo que parece, no tenían mucha previsión.

—Fíjate tú, se ponen a construir la escuela y en cinco meses el mundo va cambiando a su alrededor. Al final paralizan la obra y se van.

—Dices que el Cristo lo encontraron preparado para ser trasladado. ¿Hubo expolio de lo que se quedó en las aldeas?

—Por un lado la gente marchó sin dejar por escrito en ninguna parte que aquello les pertenecía, y por otro lado surgió toda una red que se dedicó a comercializar los objetos que habían quedado atrás. En el escalafón más bajo estaban las personas que subían a ver qué encontraban para venderlo por tres pesetas; y en el grado más alto pues tenías a los coleccionistas de Barcelona o de Montpellier, que era quienes terminaban adquiriendo las piezas.

—¿Y qué se llevaron?

—Todo. Muebles, aperos de labranza… incluso los elementos arquitectónicos. En el museo, por ejemplo, tenemos un dintel labrado

del siglo XVI que se sacó de una era. Ese lo recuperamos nosotros para que no se perdiera y tuvimos que trasladarlo en helicóptero, porque el pueblo de Otal está en el techo de Sobrepuerto, a 1.300 metros de altura. Pero durante años se llevaron muchos elementos que ahora deben decorar fincas privadas.

—Definitivamente tengo que visitar ese Museo de Artes del Serrablo. Me dijo Tere que fuiste el director durante diecinueve años de forma totalmente altruista.

—Sí, allí guardamos muchísimas cosas recuperadas de todas estas aldeas. Sin el despoblamiento que hubo en esta zona, ese museo no existiría.

—Escucha, Enrique, ¿conoces a alguien que viviera en este pueblo?

—Aquí en Berbusa no, pero tengo una amiga en Sabiñánigo, Rosalía, que fue la última habitante de Ainielle. ¿Querrías conocerla?

—Nada me gustaría más.

Emprendemos el camino de vuelta, no sin antes echar la vista atrás y contemplar por última vez esa Berbusa que será menos pueblo, más ruina, la próxima vez que la visite. Me queda pendiente Ainielle y prometo volver con más tiempo y con un mapa físico que neutralice el extravío por falta de cobertura. Caminamos sin hablar, ensimismados en nuestros pensamientos. Enrique aprovecha para llamar a la señora Rosalía, quien está encantada de recibirnos en su casa para tomar café y pastas.

Rosalía Ramón, que a sus ochenta y cuatro años es una mujer increíblemente guapa y vital, nos da la bienvenida en un comedor empachado por muchas décadas de recuerdos en forma de fotografías familiares, figuras de porcelana, peluches de todas las texturas y un suntuoso reloj de pared que llama mi atención.

—Luego te cuento sobre el reloj —dice la mujer guiñándome un ojo.

Nos sentamos en el sofá y la anciana aparta las revistas de cotilleos de la mesita auxiliar para aposentar una bandeja con rosquillas y unos vasos de Duralex. Nos ofrece café y vino.

Enrique me ha advertido que la gente de la zona nunca ha querido hablar del abandono de los pueblos, porque al marcharse la mayoría hicieron borrón y cuenta nueva. Pero Rosalía es una de las pocas que cuenta con orgullo cómo se vivía en los montes de

Sobrepuerto hace cincuenta años.

—Esta chica es Kris. Ha venido para que le expliques un poco sobre la aldea —me presenta el profesor.

—Pues te cuento lo que quieras —me dice la anciana con una sonrisa alegre. Esta entrevista ya es entrañable antes de empezar.

Empiezo:

—Tengo entendido que naciste en Ainielle.

—Sí, allí nací y me quedé en el pueblo hasta los dieciocho años. Mis padres eran labradores, pero también teníamos cabras, ovejas, gallinas y conejos para ir comiendo.

—Pero el terreno allí arriba no tenía que ser fácil de labrar. He visto que es muy pedregoso y vertical.

—Arábamos con ayuda de mulos y a vertedera; es que si no era imposible. Sembrábamos trigo y hierba para los animales, pipirigallo, tefla, alfalfes... y luego pues hierba de prado. También había mucha relación con los otros pueblos vecinos, con Berbusa y con Basarán. De Berbusa, por ejemplo, subían andando un par de hombres que sabían usar muy bien la dalla y que en verano nos ayudaban a segar el trigo. Yo me dedicaba a hacer gavillas.

—Y os reuniríais también para las fiestas...

—¡Sí! ¡Eso era lo mejor! Venían chicos de Barbenuta, de Basarán, de Otal, de Escartín, de Berbusa... y a veces salía alguna pareja, claro —dice riéndose tímidamente—. Luego nosotros también nos desplazábamos a otras aldeas cuando eran sus fiestas.

—¿Cuál fue el pueblo más lejano al que viajaste por aquel entonces?

—Escartín. Solo estuve una vez y eso fue lo más lejos que fui. Y a Sabiñánigo bajábamos de compras. Le llamábamos «la estación» porque todo sucedía alrededor de la estación del ferrocarril. Es que la ciudad como tal no existía, antes esto era un pueblito que acabó creciendo alrededor de las vías del tren. Aquí comprábamos lo que no había arriba: azúcar, aceite, jabón, mandarinas o alguna tableta de chocolate... eso sí que era un lujo total, nos lo daban racionado. Y el resto de cosas para vivir pues ya las teníamos. Entre el ganado y los cultivos de mis padres, que eran lentejas, garbanzos, *judíes* y esas cosas, pues apañábamos para todo el año—. Salta a la vista que Rosalía conserva intacta la memoria.

—Teníais un poco de todo...

—Sí, sí. Vivíamos muy a lo pobre, pero no nos faltaba de nada. Y como no conocíamos otra cosa, pues éramos muy felices con aquello. Oye, coged más galletas, que no estáis comiendo nada. Enrique, ¿quieres un vaso de vino?

—No, no, gracias. Solo agua.

—¿Solo agua? Pues vaya. Chica, coge otra rosquilla que me las han traído hoy.

—¿Y los inviernos qué tal eran?

—Pues crudísimos, como imaginarás. Caían unas nevadas que para qué. Íbamos a la escuela y teníamos que llevar un *poquico* de leña cada crío para la estufa. Cada uno traíamos un *brazadico* de madera —cuenta riéndose a carcajadas—. Y ¿sabes qué hacíamos también por la mañana cuando íbamos a la escuela? Teníamos que ir de casa en casa a buscar una paletada de brasa porque la maestra tenía un brasero debajo de la mesa. Así ella estaba tan a gusto.

Rosalía no deja de sonreír cuando rememora sus recuerdos de infancia. Debió de ser una vida dura, pero a pesar de todo me da la impresión de que ella fue muy feliz en Ainielle.

—Y un día os tocó marcharos de allí...

—Sí. El pueblo fue vendido y nosotros nos quedamos cuatro años más porque no nos pagaban. Vendimos en el año 1957 y nos quedamos hasta 1961. Nos dieron tierra y casa en uno de los pueblos de colonización.

—Los pueblos de colonización —aclara Enrique— era una política que venía de la época de Primo de Rivera para repoblar zonas estériles. Se levantaron poblados de nueva planta en toda España. Ahí en tu tierra, en Lleida, tienes Gimenells y Sucs, y en Aragón, por ejemplo, hay varios en la zona de los Monegros y al norte de Zaragoza. A estos pueblos iba la gente que había vendido sus propiedades, como los de Ainielle. También quienes habían sido expropiados por los pantanos o gente que no tenía tierras.

—Nosotros nos fuimos —añade Rosalía— a Ontinar de Salz, al lado de Zaragoza. Mi padre y mi abuelo marcharon muy tristes. Los mayores hubieran preferido quedarse, pero a los jóvenes no nos pareció tan mal. Al fin y al cabo, allí no teníamos medios de vida. En cualquier caso, no hubo otro remedio. Pero en Ontinar de Salz no duramos mucho. Aquellas tierras eran desérticas, pedregosas y muy duras. Era empezar de cero en una zona seca y totalmente distinta. Mi

padre y mi abuelo no se adaptaron ni al paisaje ni al clima, así que decidieron volver y con las pesetas que habían ahorrado mi padre construyó con sus propias manos esta casa en la que estamos.

—¿Has vuelto a Ainielle?

—Muchísimas veces. Antes subía una vez o dos al año porque tengo enterrada allí a mi madre. Claro, en el pueblo se quedó el cementerio con nuestros familiares dentro... Ahora voy menos, pero siempre que subo le llevo una flor de plástico. Estuve hace unos meses y me dio mucha pena, porque con los años he ido viendo cómo se caían las casas y ahora está ya muy mal.

—Y como el pueblo se vendió, ya no podéis volver y arreglarlo como están haciendo en otras aldeas deshabitadas...

—Exactamente. Y, en cualquier caso, está demasiado lejos y sin caminos. Si hubiera una pista en condiciones sería otra cosa.

—Tengo entendido que fuiste la última en irte de Ainielle.

—Todos se fueron para arreglar las cosas donde teníamos que vivir y otra chica y yo nos quedamos de custodias en el pueblo hasta que estuviera todo listo para marchar. Estuvimos allí solas dos años enteros. Pero nos lo pasamos muy bien. No había mucho que hacer y tomábamos el sol.

—¿Me cuentas lo del reloj?

—Esa fue una de las cosas que nos bajamos de Ainielle. Cada hogar tenía un reloj de pared así, eran lo más bonito de la casa. Los hacían en Tarbes, en Oloron... —cuenta enfatizando cuán prestigioso era que fueran de factoría francesa—. En invierno en los pueblos solo se quedaban las mujeres, los niños y la gente mayor. Y, de los hombres, algunos se iban de trashumancia hasta la tierra baja con el ganado y otros se iban a trabajar a Francia. Estos eran los que traían los relojes. Cuando marchamos de Ainielle también bajamos una cama muy bonita de madera torneada y un baúl con la ropa, la vajilla... Lo cargamos todo en mulos y para abajo. Cerramos la puerta con llave y dejamos el resto allí, pero al poco volvimos y se lo habían llevado casi todo...

Cuando salimos de casa de Rosalía después de los obligados agradecimientos, abrazos y sinceras promesas de volvernos a ver, es ya muy tarde, así que decido comer algo en un bar del centro. Un plato combinado de los de siempre, sin más. En la pared cuelgan bufandas deportivas y fotos color salmón de una aldea que hoy

probablemente esté extinguiéndose entre muros caídos y vegetación desbocada. Se calcula que hay 260 núcleos deshabitados en toda Huesca. Lugares en los que se labraba entre piedras, se resistían inviernos crudísimos y donde aprendieron a ser autosuficientes porque no les quedaba otra. Aquí, quien más quien menos tiene un vínculo físico, pero sobre todo emocional, con esos caseríos que en el mejor de los casos han recuperado a trozos los neorrurales o visitantes de fin de semana. Pero hay muchas, demasiadas, aldeas que se caen, que se pudren al sol y que solo viven en los recuerdos de Rosalías como la de Sabiñánigo. Y las que quedan por venir.

La zona central de la cordillera. Es el núcleo duro de los Pirineos. El lugar donde acaban los bosques y empiezan las rocas. Por encima de los dos mil metros, donde ya nada puede o quiere crecer, surge esa explosión de cimas afiladas, precipicios, barrancos, taludes y piedra gris. También, aquí y allí, como manchas de lejía en una camiseta, se intuyen los últimos glaciares y heleros pirenaicos. Es el hogar del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido —para muchos, el Pirineo más deslumbrante—, pero también del Monumento Natural de los Glaciares Pirenaicos, que se creó en 1990 para proteger aquellos macizos con las masas de hielo más meridionales de Europa, que se encontraban en franca regresión.

Estas masas heladas del Pirineo son los últimos vestigios de la Pequeña Edad de Hielo que vivió Europa entre 1516 y 1850, un período de frío más que excepcional durante el cual el Támesis y el Ebro se llegaban a congelar por completo en invierno y los espesores medios del hielo en la vertiente norte de la cordillera alcanzaban hasta los quinientos metros. El frío fue crudo, muy crudo, durante aproximadamente trescientos años. Y lo fue, según la teoría más aceptada del científico Edward Maunder, por una muy baja actividad solar. Aquello, además de propiciar bucólicos paisajes en blanco en toda Europa —recordemos los panoramas holandeses cubiertos de nieve de maestros como Brueghel el Viejo— provocó la pérdida de cosechas, además de hambrunas y pandemias mortíferas. Aquel frío también favoreció que los europeos empezaran a vivir más de puertas adentro y que entre las clases acomodadas se pusieran de moda artes escénicas como la ópera, que durante el Barroco vivieron su momento de esplendor.

Las bajas temperaturas del Barroco también nos dejaron los glaciares del Pirineo, aunque con el progresivo aumento de las temperaturas, a partir de 1850, ya lo sabemos, el hielo empezó a desaparecer a velocidades vertiginosas. Franz Schrader, aquel

cartógrafo francés que tardaba diez horas sobre un mulo para subir a Panticosa desde Biescas, en sus estudios sobre las masas de hielo hechos en 1894 determinó que en el Pirineo había 1.779 hectáreas de glaciar. Hoy quedan poco menos de trescientas hectáreas, que se conservan en circos glaciares acurrucados en doce macizos pirenaicos de las alturas: Balaitús, Infiernos, Vignemale, Gavarnie, Monte Perdido, Néouvielle, La Múnia, Eriste, Posets, Perdiguero, Aneto-Maladeta y Mont Valier.

Según los estudios del observador glaciólogo y divulgador Jordi Camins —que lleva cuarenta años ininterrumpidos inventariando las masas pirenaicas—, de los noventa y tres aparatos glaciales de sus primeros estudios solo sobreviven veinte glaciares y veintitrés heleros. Las previsiones de este experto vaticinan que en 2040 ya no debería quedar ningún glaciar activo en el Pirineo. En definitiva, estamos presenciando literalmente su último estertor.

De entre esos últimos gigantes de hielo que agonizan escogí los del circo glacial de Gavarnie, que se encuentra separado por una cadena de tresmiles de sus hermanos siameses, los circos de Cotatuero y Góriz, en Ordesa. Llevaba días pensando en cómo afrontar esta parte del recorrido. Aquí la montaña ya tiene cierta entidad y caminar sola por según qué parajes, sobre todo cuando la verticalidad entra en escena sin paliativos, es algo que no me apetece hacer. Así que decidí echar mano de mi amiga Núria Gual, una de esas montañeras de raza que nunca quiso hacer grandes gestas, pero que ya desde muy jovencita encontró en los montes su recreo, su gimnasio, su psicólogo y, en definitiva, su vida. Hemos pateado juntas por muchas cumbres y compartido cuerdas en simas, gorgas y otras paredes verticales, por lo que sin duda ella será la mejor compañera para afrontar la ascensión que tengo prevista hacer en este cogollo pirenaico. La idea es arrancar en Gavarnie y subir al refugio de Sarradets, desde donde afrontaremos la subida hacia la mítica Brecha de Rolando para después continuar, si la climatología nos lo permite, hasta el pico Taillón. Según veo en el mapa del Instituto Geográfico Nacional, en este recorrido deberíamos encontrar los glaciares del Taillón, de la Brecha de Rolando, de l'Épaule, de la Cascade de Gavarnie y, si fuéramos hasta el Marboré, también los dos que duermen a su vera.

Y así es como me descubro en Aínsa, tomándome unas rosquillas en una cafetería mientras espero a mi compañera de aventura, en

camino desde la barcelonesa Sant Boi. Aínsa tiene solera medieval y encanto fotogénico, pero siempre acabamos recalando en ella por su destacada posición estratégica. La niña bonita del Sobrarbe es un lugar recurrente para ir a muchos lugares, especialmente al Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, aunque también para remontar el Valle de Bielsa, cruzar las montañas y cambiar de país bajo túnel para acceder al particular paraíso pirenaico de los francos: Gavarnie. En el mismo Valle de Bielsa hacia oriente arranca el Valle de Chistau, que sigue el curso del Cinqueta encajonado entre montañas hasta San Juan de Plan, Gistaín y Plan.

Este último —aldea puramente montañesa que aún conserva la puerta de los agotes en la iglesia— saltó a la fama en los años ochenta después de que unos cuantos mozos del pueblo hicieran un llamamiento en el *Heraldo de Aragón* que rezaba: «Se necesitan mujeres entre veinte y cuarenta años, con fines matrimoniales, para pueblo del Pirineo aragonés. Se atiende de 20:00 a 22:00 horas. Llamar al» teléfono tal. La idea surgió del wéstern *Caravana de mujeres*, y seguramente aquellos solteros del Sobrarbe ni esperaban la repercusión mediática que llegó tener la convocatoria —que congregó a prensa de todo el país y que puso a Plan en el mapa nacional— ni que al final se llegaran a consolidar felizmente cuarenta parejas.

—¿Va a tomar algo más? —me dice el camarero.

—Pues otra rosquilla ya sería demasiado, pero me llevaré una bolsa de esas. ¿Son *carquinyolis*? —le pregunto, señalando el género que tiene tras el mostrador.

—Sí, son típicos en Torla. La pena es que no tengo crespillos; eso sí que es muy nuestro, de Aínsa.

El camarero inicia una oda al dulce tradicional ainsetano, que para mi sorpresa se elabora con borrajas. Por lo que cuenta el experto, el domingo más cercano al 25 de marzo incluso celebran la festividad de la Virgen Crespillera.

Cuando llega Núria, estamos entre la receta de los crespillos y la de los *carquinyolis*, una especialidad que en mi Catalunya natal tiene orígenes y tradición altamente discutidos.

—Sabía que te encontraría en una pastelería —dice Núria a modo de saludo.

Mi amiga me conoce bien. Nos abrazamos y decidimos ponernos en marcha antes de que se nos haga demasiado tarde. Hoy vamos a

cruzar dos puertos de montaña grandiosos, míticos para la historia del ciclismo: Aspin y Tourmalet.

El primero en nuestro sentido de la marcha arranca en la localidad de Àrreu, una de esas villas occitanas tan ideales, con sus casas de entramado de madera, sus muchas buhardillas y múltiples maceteros repletos de begonias. Desde ella, los ciclistas que se atrevan a hacer esta ruta tienen por delante doce kilómetros con una pendiente media del 6,50 por ciento. En coche es todo más fácil, y tras la ventanilla se suceden las praderías con sus vacas, los nombres de los corredores pintados en blanco sobre el asfalto y alguna que otra persona pedaleando que hace la gesta sin tanta épica y montada en una bici eléctrica. Aspin es suave, es amable, una suerte de respiro para los que emulando a los corredores del Tour ya han coronado el Portalet, el Aubisque y el Tourmalet, pero aún les falta Val-Louron, si no más.

Muchos aún se emocionan recordando aquel julio de 1991 en el que Miguel Induráin, tras lanzarse en picado al descenso del Tourmalet, tuvo un mano a mano con el corredor italiano Claudio Chiappucci —maillot de Banesto uno y camiseta de Carrera luciendo pelambrera en pecho el otro— y ambos cruzaron la meta en la cima de Val-Louron tras 232 kilómetros de infarto. Aquel día el navarro empezó a cogerle el gusto a eso de ponerse el maillot amarillo, y después de ganar el Tour en 1991 lo volvería a hacer de nuevo los siguientes cuatro años consecutivos. En 1992 el corredor de Villava ganó también el Giro y su popularidad alcanzaría máximos históricos. Incluso los arqueólogos de Atapuerca, que ese año olímpico encontraron el primer cráneo casi completo de *Homo heidelbergensis* de la historia, lo bautizaron en honor de aquel Miguelón que justo empezaba a ser leyenda.

Todo lo que se ve cuando circulas por Aspin es belleza. Verde sobre verde y verde otra vez. Ocres, marrones, grises y a lo lejos un horizonte montañoso que parecen los dientes de un serrucho a contraluz. Pero la carretera es un infierno: estrechísima, con uno de esos quitamiedos de piedra que embellece más que protege y unas curvas por las que bajan los del Tour a toda velocidad ante el asombro de quienes los seguimos por televisión a vista de helicóptero. Núria viene detrás con su coche. Hemos tenido que viajar separadas, ya que después de la ruta ella volverá a Sant Boi y yo continuaré por la

espina pirenaica. Conducimos despacio, tratando de abarcar en una sola mirada el paisaje que deslumbra y ese asfalto estrecho que no está para perderlo de vista ni un segundo. Al llegar a lo alto del puerto encontramos el espectáculo panorámico del Pirineo, gente posando para la foto y una señal de peligro con un coche tambaleándose que nos recuerda que durante los próximos once kilómetros encontraremos «pavimento deslizante».

Tras el descenso, paramos a tomar algo en Sainte-Marie-de-Campan, otra de esas bonitas villas occitanas de begonias en abundancia y casas abuhardilladas. La tarde es soleada, la temperatura es buena y nos sentamos en una terraza con vistas a los coches que esquivan el ábside de una iglesia que se mete de lleno en la carretera. A un lado de la plaza se yergue la estatua de un hombre levantando al cielo la horquilla de una bici. Es Eugène Christophe, Cri-Cri, que, en 1913, siendo cabeza del Tour en la etapa de 326 kilómetros entre Baiona y Luishon, partió literalmente la horquilla en la bajada del Tourmalet. En aquella época, el reglamento no permitía a los corredores recibir ayuda externa, por lo que Christophe caminó durante diez kilómetros con la bici a cuestas (de hierro, veinte kilos), buscó una herrería y forjó con sus propias manos un nuevo tubo a martillazo limpio. Perdió más de cuatro horas y por supuesto la etapa, pero demostró al mundo entero que para él rendirse no era una opción. En 1919, Cri-Cri fue el primer ciclista de la historia en vestir el maillot amarillo —que desde aquel año y para siempre llevaría el color corporativo del periódico deportivo *L'Auto*, organizador de la carrera—, pero tras volver a romper la horquilla en la ciudad de Valenciennes, el corredor perdió setenta minutos, por lo que de nuevo cedió el liderato y el Tour. Está claro que las horquillas fueron la némesis del francés, quien volvió a sumar una tercera desgracia en forma de tubo partido por la mitad en 1922. Eugène Christophe, que nunca ganó un Tour de France pero que pasó a la historia como ejemplo de lucha y deportividad, pidió que tras su muerte le enterraran con el maillot amarillo.

La escueta Sainte-Marie-de-Campan se termina en unos pocos minutos de paseo, así que nos sentamos de nuevo al volante y ponemos rumbo al collado del Tourmalet, que aparte de dar nombre a un queso es el puerto a más altura de los Pirineos. Cuando lleguemos al alto esperaremos para contemplar la puesta de sol. De nuevo,

estamos curva tras curva a través de un paisaje que es puramente pétreo. Los nombres en blanco escritos sobre el alquitrán me recuerdan otra vez que en esta carretera que sube y baja al Tourmalet han ocurrido epopeyas ciclistas de toda índole en las más de ochenta ocasiones que el Tour ha pasado por aquí.

La carrera se mete en los Pirineos en este punto desde 1910, después de que el periodista de *L'Auto* Alphonse Stèines propusiera que el recorrido pasara por el Tourmalet ante el clamor generalizado de que subir aquella montaña inhóspita era un suicidio. Pero Stèines, convencido de que la etapa pirenaica haría entrar al Tour en una nueva era, viajó desde París en persona para valorar el terreno. Tras realizar un accidentado ascenso en un Daimler que se quedó a tres kilómetros de la cima y después de andar entre pedruscos, con nieve hasta las rodillas, resbalando, cayendo y en definitiva jugándose la vida, el periodista alcanzó los 2.115 metros del collado. La bajada a pie no fue mucho mejor, y al final los vecinos de Varètja consiguieron rescatarlo de madrugada empapado, congelado y muerto de miedo. Pero al día siguiente y en un telegrama de tres frases, el periodista anunció al director del periódico que había cruzado el Tourmalet, que la ruta estaba en buen estado y que no habría ningún problema para los ciclistas. Y así fue como una de las mayores mentiras de la historia del deporte hizo que el Tour de France, en efecto, entrara en una nueva era. Eso sí, aquel año de 1910, tras el anuncio del nuevo recorrido, una cuarta parte de los inscritos se dieron de baja de la competición. Para quienes se atrevieron, fue duro. Tan duro que Octave Lapize —el ciclista que acabaría ganando el Tour aquel año—, al llegar a la cima del Tourmalet desencajado por el esfuerzo de ascender por semejante camino de cabras, les gritó a los organizadores: «¡Asesinos! ¡Sois unos asesinos!».

Ay… Lapize, Christophe, Chiappucci o Induráin son nombres legendarios del ciclismo en estos puertos de montaña, pero por contra nadie recuerda a Robinson, a Longo, a Luperini ni a Somarriba. Entre otras cosas porque, tras un primer intento sin continuidad en 1955 —con victoria de Millie Robinson—, la competición ciclista más importante de todos los tiempos no dejó participar a las mujeres ni como corredoras ni como parte del equipo hasta los años ochenta. Desde entonces, de forma intermitente, han ido organizándose competiciones «de consolación» como el Tour de France féminin, el

Tour de la CEE, el Grande Boucle féminine internationale, La Course y ahora la muy flamante Le Tour de France Femmes, donde las deportistas se han dejado la piel, como siempre, a la sombra de sus compañeros masculinos. No tienen helicópteros monitorizándolas a todas horas, ni prensa persiguiendo al pelotón, ni siquiera un trazado de carrera digno (La Course solo duraba una jornada), pero por lo menos las ganadoras también suben al podio en los Champs-Élysées para lucir un maillot que no se llama *jaune*[1]sino *d'or*.[2]

A pesar de las medallas, la triste realidad es que han recibido más *flashes* y minutos televisivos las mujeres que han subido a los podios para dar flores, besos y un león de peluche al varonil ganador, que estas esforzadas (y siempre ninguneadas) campeonas. Sí, Induráin ganó el Tour en cinco ocasiones. Pero la francesa Jeannie Longo se coronó vencedora tres veces consecutivas (1987-1989), la italiana Fabiana Luperini lo hizo tres veces más (1995-1997) y hubo otro triplete para la española Joane Somarriba en 2000-2001 y en 2003. Ya sería hora que en algún lugar les hicieran también un monumento, o algo mejor: una competición que esté a la altura de su increíble potencial.

Cuando llegamos a la cumbre del Tourmalet, lo primero que vemos es un grupo de caballos lamiendo el asfalto. Están venerando los nombres de los ciclistas escritos en el suelo, o más probablemente aprovechan ese aporte extra de sodio que las máquinas esparcieron en invierno para que la carretera no se congelara. Nos acercamos a la vertiente norte del collado y vemos que allí donde deberían estar Varètja y Lus e Sent Sauvaire se extiende un mar de nubes de aspecto sólido que el sol vespertino ha teñido de naranjas. La vista es onírica, ciertamente hipnótica, y no somos las únicas que hemos tenido la brillante idea de subir hasta aquí. Hay gente sentada en los taludes, en sillas de camping o en el capó del coche que en una especie de catarsis colectiva y silenciosa contemplan el ocaso sobre el paisaje. En el punto más cercano a nosotras, los brazos de la niebla trepan por las laderas y se enredan en las instalaciones de la estación de esquí de La Mongie, de la que solo se intuye el último telesilla. Nos sentamos en el suelo entre una pareja de holandeses y un Schnauzer que está embelesado con el panorama, y esperamos a que el sol se hunda tras la firme superficie de las nubes.

—¿Sabes qué significa esa niebla tan fotogénica? —dice Núria,

rompiendo el silencio.

—Que vamos a bajar de noche por un infierno de curvas y con niebla cerrada.

—Exacto.

La brecha de Rolando

> Las mujeres no realizan ascensiones difíciles en los Pirineos, a excepción de la duquesa de Berry, que llevó a cabo la de la brecha de Rolando acompañada por treinta guías.

Fue Juliette Drouet quien lo escribió en su diario en 1843. Drouet, que había sido una actriz famosa en el París de la luz y de la bohemia, lo dejó todo para acompañar a su amante en sus viajes por Europa. Así fue como junto al caballero en cuestión llegó a Cauterets, la célebre y refinada contrincante termal de Panticosa al otro lado de la cordillera. Como casi todas las personas que en aquella época tenían tiempo, dinero y ganas de aventura suficientes como para visitar unas montañas a las que nadie más quería ir, Drouet también quedó fascinada por los Pirineos. La refinada artista —que tuvo una intensa carrera epistolar y que mientras duró su relación llegó a mandar más de veinte mil cartas a su gran amor— escribió sobre la vida en el balneario y sobre los paisajes pirenaicos.

Hay que andar aproximadamente una hora desde el pueblo de Gavarnie, un enclave con más plazas de aparcamiento que habitantes y desmesuradas tiendas de *sports*, *montagne* y *randonee*[1]que sin turistas no tendrían razón de ser, para llegar hasta el célebre circo glacial homónimo. El *cul-de-sac*[2]montañero más famoso de los Pirineos —con perdón de Ordesa y su Cola de Caballo— es uno de esos lugares que sí, que bien merece la fama que tiene. Es un muro, una pared cóncava, un anfiteatro de piedra surcado por terrazas de nieves perpetuas por el que se desliza, casi flotando, una cascada de 423 metros a la que alguien en un alarde de originalidad bautizó como la Grande Cascade. El impacto visual es grandioso porque, además, coronando ese salto de agua que parece estar en suspensión en el aire, está la cereza del pastel: los emblemáticos tresmiles del Marboré con sus Espalda, Torre y Casco. Y justo debajo se acurrucan, obstinados por no desaparecer, los glaciares de l’Épaule, la Cascade y Ouest du Marboré.

—Mira —me indica Núria señalando una de las crestas escoradas

a la derecha de la panorámica montañera—, eso de ahí es el pico de Sarradets. Detrás queda el refugio donde pasamos la noche aquella vez que subimos por la Faja de las Flores. No sé si te acuerdas, pero desde Sarradets solo quedan trescientos metros hasta la brecha a través del glaciar.

—¿Mañana quieres que lo afrontemos desde aquí o subimos desde el collado de Tentes? —le pregunto, ya que Núria siempre ha sabido interpretar los mapas mejor que yo y, lo que es más importante, es muy buena estimando el tiempo que hace falta para cada ruta. Por eso cuando salimos con el grupo siempre se acaba encargando ella de esta parte.

—Yo subiría desde Tentes. Nos ahorraremos los ochocientos metros de desnivel de las *échelles des* Sarradets[3]y con las fuerzas que ahorremos podremos subir hasta el Taillón de una sola atacada.

—Pues, venga, no se hable más. ¿Bajamos al pueblo y buscamos una *boulangerie*?[4]

Antes de los cruasanes nos acercamos hasta la base de la cascada, que de cerca ya no parece flotar en el aire. El agua cae a plomo, empapándolo todo a su alrededor. Aquí debajo, mientras trato de secar la humedad que me resbala por la cara, puedo entender por qué aquellos poetas del Romanticismo se extasiaron ante la contemplación de la magnífica naturaleza de este lugar.

El solícito amante de la actriz Drouet también escribiría, y mucho, sobre los Pirineos. Detalló estos paisajes con tal exaltación y entusiasmo que no es de extrañar que tras sus perfiladas palabras los burgueses de París, Londres o Viena se lanzaran (a pesar de las dificultades del transporte) a recorrer la cordillera desde Cauterets hasta Lus e Sent Sauvaire y desde Banheras de Bigòrra hasta Gavarnie:

> Quizá hayáis visitado los Alpes o los Andes: tenéis desde hace unas semanas el Pirineo bajo vuestra mirada; sea lo que fuere lo que hayáis podido ver, lo que divisáis ahora no se parece a nada de lo que habéis encontrado en otra parte [...]. ¿Qué muralla, qué arquitectura humana se ha alzado jamás al nivel de las nieves perpetuas? Babel, el esfuerzo del género humano entero, se hundió sobre sí misma antes de haberlo alcanzado. ¿Qué es pues este objeto inexplicable que no puede ser una montaña y que tiene la altura de las montañas, que no puede ser una muralla y que tiene la forma de las murallas? Es una montaña y una muralla a la vez: es el edificio más misterioso del más misterioso de los arquitectos; es el coliseo de la naturaleza: es Gavarnie.

Victor Hugo, a quien se consideró el Rey Sol de la literatura

francesa, falleció en París en 1886 recordando los días que pasó en el Pirineo con su amada Juliette Drouet, con quien mantuvo una relación —paralela a sus respectivos matrimonios— que duró cincuenta años, hasta la muerte de ella. Pero no es a Juliette ni a Victor a quien va dedicado este capítulo, sino a la duquesa de Berry, que aparece mencionada en el diario que escribió la actriz durante su estancia en Cauterets. La duquesa de Berry: hay que recordar su nombre, pues fue la primera mujer que subió a la Brecha de Rolando. Y no lo hizo sola, sino acompañada por treinta personas entre las que se contaban los guías, porteadores, amigos y también otras mujeres de alta alcurnia que se unieron a la aventura. Mañana emularemos (más modestamente) su gesta.

Cuando salimos de madrugada de nuestro apartamento alquilado en Lus e Sent Sauvaire, una fina película de escarcha cubre el capó de los coches. Nos hemos abrigado como una cebolla, por capas, porque sabemos que chaquetas, forros polares, camisetas térmicas, guantes y demás irán cayendo a medida que superemos las curvas de desnivel. Durante todo el trayecto en coche no nos cruzamos con nadie y Gavarnie languidece bajo la helada sin coches en los aparcamientos y con todas las persianas bajadas, como si fuera un pueblo fantasma. Ya en el collado de Tentes aparcamos junto a una furgoneta de la que salen tres excursionistas despeinados y en chanclas que sin duda han pasado la noche aquí.

Nos calzamos las botas, desplegamos los bastones y nos ponemos a andar a oscuras. La luna es un estrecho trazo dibujado a Rotring que no emite apenas luz. Pero amanece a sorprendente velocidad y para cuando llegamos al collado de Bujaruelo a 2.273 metros, el cielo ya presenta un color entre el azul de Prusia, el cobalto y el añil. Por debajo de los Pantone azulados una delgada línea naranja anuncia que el sol saldrá en breve. Hoy será, si nada lo estropea, uno de esos días de montaña en manga corta, gafas y protección solar.

—Por aquí —indica Núria señalado la vertiente española— subimos aquella vez que acampamos en San Nicolás, cruzamos la brecha y le dimos la vuelta a Ordesa bajando por las gradas, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo —respondo.

Fue una travesía durísima. Era septiembre y ¡qué calor pasamos! Cuando llegamos a la pradera tras varios miles de metros de desnivel

acumulado, nos bebimos una jarra de cerveza del tirón, casi sin respirar. Ya sabemos que eso no debería hacerse, pero en aquel momento nos pareció la mejor idea del mundo. Aquella salida tuvo muchas primeras veces para todos, en mi caso la de contemplar prados enteros de *Leontopudium*, la *flor de neu* catalana, la *elur-lore* de Euskadi, *l'etoile d'argent* francesa, a la que todo el mundo conoce por su denominación en alemán: *edelweiss*. Nunca las había visto en la naturaleza y nunca después —ni siquiera en los Alpes— he vuelto a encontrarlas en semejantes cantidades. Esa flor emblemática que lleva un abriguito de pelusilla para no pasar frío ha sido el emblema de los montañeros desde que se inventó el alpinismo (moderno) en Chamonix, allá por el siglo XVIII. Pero jamás las encontré en la florida Zermatt, ni en el Hohe Tauern, ni en el esloveno Triglav, ni en el Valle de Aosta (bueno, sí: allí las tienen plantadas en maceteros) y sin esperarlo topé con ellas por cientos en Ordesa al final de la faja de las Flores y otra vez al inicio de la senda de los Cazadores. Blancas, mullidas, preciosas, estirando el tallo para salir en la foto.

Desde el collado de Bujaruelo avanzamos por una terraza en constante pendiente al abrigo de la cara norte de los Gabietos. Es un camino estrecho, desmigado y pedregoso encajado en un paisaje puramente mineral. Cuando llegamos a la base de la cascada que baja desde el glaciar del Taillón, nos toca hacer una parada técnica para valorar el terreno. Hay que remontar y cruzar un par de veces el curso del agua, pero el hielo en muchas zonas dificulta la progresión. Tomamos un camino: demasiado hielo, retrocedemos. Ascendemos un poco más: el suelo es una pista de patinaje, retrocedemos. Valoramos un paso entre *boulders*:[5]hielo y más hielo, retrocedemos. Rocas congeladas brillantes como espejos... La caída desde aquí sería un drama, mejor no pasar. Consideramos un paso y otro, y al final optamos por cruzar pisando el agua: mejor será mojarse los pies que romperse la crisma tratando de saltar de roca helada en roca helada. Guardamos los bastones en la mochila y usamos las manos para trepar en algunos tramos.

Cuando superamos el cauce, viene otra larga pendiente en roca viva antes de llegar al collado de Sarradets. Ya en el alto vemos que el glaciar del Taillón ha quedado en dos tristes pinceladas en blanco y del otro lado aparece el refugio, que también ha cambiado mucho desde la última vez que estuvimos aquí. Un nuevo edificio anexo le

quita encanto a la vieja construcción de piedra con sus ventanas rojas, que recordaba a una casita de muñecas rodeada por moles de roca calcárea. Paramos para comer algo, llenamos agua en el refugio y Núria aprovecha para llamar a su hija Emma, toda una jabata montañera que antes de cumplir el año de vida ya hizo con nosotros su primer tresmil pirenaico metida en una mochila portabebés y colgada a la espalda de su padre.

Me siento en una roca con una bolsa de avellanas en la mano y miro hacia Gavarnie: desde aquí se aprecia el glaciar y la parte alta de la Grande Cascade. Y una línea finísima dibuja el sendero que desde la base del circo sube por las *échelles des* Sarradets, ese que nosotras descartamos de entrada y por el que ahora veo subir un grupito de excursionistas en fila india. Si me hubiera sentado en esta misma roca el 30 de agosto de hace 195 años, esos montañeros hubieran sido la expedición liderada por María Carolina, duquesa de Berry, quien —en un momento en el que la alta sociedad francesa puso de moda subir al Vignemale o al Midi de Bigorre— decidió hacer historia siendo la primera en coronar la Brecha de Rolando. Era la nuera de Carlos X de Francia y como tal no viajaba discretamente y en solitario, sino para hacer propaganda de su propia persona, acompañada por un séquito de sirvientes entre los que se contaban amigos y aduladores más o menos fieles a la causa, su maestro de dibujo e incluso la Guardia de Honor del Bearn.

En aquel viaje, María Carolina se alojó primero en Lus e Sent Sauvaire porque, ya se sabe, primero debían atenderse los compromisos sociales (además de tomar los baños en la estación termal) para poder dedicarse después a la arriesgada extravagancia de subir a las montañas. Desde Sent Sauvaire atacó primero la cima del Midi de Bigorre del modo en que muchos solían hacerlo en aquella época, esto es, en silla de manos o, dicho de otro modo, a brazos de dos humanos fornidos que cargaban con ella. Y luego ya planeó su ascensión pionera, una empresa considerada por aquel entonces de alto riesgo, pues para ascender a la brecha hay que atravesar un glaciar que en el año 1828 tenía hechuras más que intimidantes.

La expedición salió de Sent Sauvaire a caballo el día 29 de agosto para pasar una primera noche en el albergue de Gavarnie. Y la madrugada del día 30 a las cuatro y media se inició el ascenso, primero en sillas de manos y luego ya, irremediablemente, a pie por

las *échelles* hasta Sarradets. Según el cronista Walsh de Serrant, que relató la ascensión, la *madame*, que llevaba un bastón con punta de hierro, abarcas españolas con suela de cáñamo y boina al estilo bearnés, subía ligera y se hacía ayudar por dos guías en los pasos complicados. Finalmente, la de Berry y sus compañeras se calzaron unos crampones para atacar el glaciar (unos días antes una brigada había subido a realizar cortes que facilitaran el paso) y la comitiva de treinta personas llegó a la Brecha de Rolando seis horas y media después de salir del albergue. Las crónicas relatan que tomaron un refrigerio en el lado aragonés —normal, allí siempre hace menos viento— y tallaron sus nombres en la roca para la posteridad antes de iniciar un descenso que se haría literalmente como si la superficie del glaciar fuera un tobogán.

—¿Qué hacemos? ¿Seguimos para arriba?

Cuando Núria me saca de mis ensoñaciones me estoy preguntando cómo debía de ser subir a las montañas con capota, polainas y crampones decimonónicos.

—Sí, claro. ¿Todo bien por casa? —le pregunto.

—Les da mucha pena no haber podido venir.

—Bueno, ya volveremos en verano para subir al Monte Perdido, si es que encontramos sitio en el refugio de Góriz.

—Ya veremos. Parece ser que se cuelga el completo con muchos meses de antelación…

—Pues vaya. Sí que es cierto eso de que cada vez hay más gente en la montaña. Pero, bueno, siempre nos quedarán todos esos picos no tan célebres a los que no va nadie…

Recogemos las cosas y nos disponemos a cubrir el segundo tramo del ascenso. Damos la espalda al refugio y afrontamos esos trescientos metros de pala que hoy son migas de piedra, pero que antaño fueron nieves perpetuas. El desnivel aquí es tremendo, así que nos lo tomamos con calma. Llegamos al repecho, miramos atrás y el refugio vuelve a parecer aquella casita de muñecas minúscula. Quienes subimos hasta la brecha dibujamos una pequeña fila de hormigas en la inmensidad del Pirineo. Ya casi estamos en esa colosal muesca en la pared que tomó el nombre de aquel sobrino (o hijo bastardo) de Carlomagno que cayó en la emboscada de Roncesvalles. El pobre Roland.

Cruzamos el glaciar (que ahora es un nevero raquítico), trepamos

aferrándonos a rocas medio sueltas y por fin coronamos el collado. En este portal fronterizo del Marboré sopla un viento diabólico, por lo que emulando a la duquesa y a sus acompañantes nos refugiamos en el lado español junto a una parejita de veinteañeros que a todas luces han hecho vivac aquí. En estas oquedades, al abrigo de las inclemencias, también encontró refugió nuestro cartógrafo favorito, el ubicuo Franz Schrader, quien en 1873 alcanzó la brecha *in extremis* en medio de una tormenta de granizo y tras quince horas de marcha sobre la nieve cargado con el equipo técnico. Durmió aquí, salvó la vida y al día siguiente regresó a Gavarnie feliz de la vida con sus croquis y notas bajo el brazo.

Hoy la gente se hace fotos en este paso a 2.807 metros de altura, pero de aquella primera expedición en femenino no quedaron registros gráficos. Eran tiempos de dibujar paisajes en cuadernos, pero no nos ha llegado ni un triste carboncillo de las mujeres que subieron a pesar de que entre el séquito de la dama estaba, ya lo sabemos, su profesor de dibujo (debió de quedarse en Sent Sauvaire bosquejando flores). No hubo ilustración a lápiz, pero aquí, en este portillo que separa Francia de España, fue donde la expedición de aristócratas dejó un registro grabado en la piedra como quien planta una bandera en la luna: «MARIE—CAROLINE DE NAPLES - DUCHESSE DE BERRY - DUCHESSE DE REGGIO - MARQUISE DE PODENAS - COMTE DE MESNARD - COMTE DE MAILLY - MARQUIS DE VERDALLE - COMTE DE SERRANT - CHEVALIER DE LA ROUZIERE - 29 AOÛT 1828».

Decidimos no perder el tiempo buscando la inscripción que ni siquiera sabemos si todavía existe y seguimos el ascenso pegadas al roquedo. Desde la brecha, la subida al Taillón es casi un paseo con vistas gloriosas sobre el Parque Nacional de Ordesa. Muchos expertos montañeros-blogueros coinciden en decir que es este el tresmil más asequible de los Pirineos, cosa que podríamos discutir porque eso siempre dependerá de dónde vengas y en cuántas etapas quieras hacerlo, pero vale, sí, no es el Aneto. Seguimos hasta la falsa brecha, rodeamos el dedo, remontamos una pedrera y unos cuantos jadeos después alcanzamos por fin la cima del Taillón. Desde arriba la vista quita el hipo: muy cerca están Las Tres Sorores y más allá el majestuoso Vignemale, el Aneto de los franceses, que también queda aislado, separado de la línea de la cordillera. Sobre sus cimas seguro que hay montañeros orgullosos de haber superado el desafío.

Nos hacemos *selfies* en el alto para mandar a las familias, y como

el viento tira para atrás, pronto nos disponemos a emprender el largo descenso hasta el collado de Tentes. Cargo la mochila a la espalda acordándome otra vez de todas aquellas viajeras del siglo XIX que tuvieron los ovarios (además del tiempo libre, las posibilidades económicas y los porteadores) de subir hasta aquí. Recuerdo las palabras de Mary Boddington, una escritora inglesa muy popular que en sus crónicas de 1837 contaba que al cruzar la Brecha de Rolando pensaba que España olería a dátiles, a higos y a limones. Para su decepción, se encontró con un intenso vendaval de cara que no tenía el aroma de la fruta de verano, y sin vistas, pues la cumbre de la Maladeta se ocultaba tras las nubes.

Tras coronar el Taillón y tener esa sensación indescriptible que te aportan las montañas, me quedo con las palabras de otra decimonónica, Amandine-Aurore-Lucile Dupin, más conocida como George Sand, quien escribió: «Me siento tan entusiasmada con los Pirineos que el resto de mi vida solo voy a soñar y a hablar de montañas, grutas, torrentes y precipicios».

Bacalao en tiempos de cuaresma

Cuando llegamos en convoy a Banhèras de Luishon en la radio suena «We'll Meet Again», de Johnny Cash, como preludio de la despedida. Núria regresará a Sant Boi con su familia y yo seguiré adelante con esta apasionante travesía que no querría que se acabara nunca. Ahora que ya he dejado atrás Navarra, Aragón y sus homólogas francesas al otro lado de las montañas, que ya estoy en el ecuador de mi viaje, que he conocido a tantos pirenaicos que me han mostrado sus vidas y que ya estoy llegando a mi tierra, reconozco que me ha entrado cierta melancolía. Hoy va a ser un día taciturno, lo veo venir. Y, para postre, amenaza lluvia. Paramos los coches a la entrada de Banhèras de Luishon y mi amiga y yo nos decimos adiós hasta el verano con un largo abrazo. Ella cruzará hasta la Val d'Aran por el puerto del Portillón y yo progresaré por el mapa occitano hasta Saint-Bertrand-de-Comminges.

Pero antes quiero darme un rodeo por esta coqueta villa balnearia que un día acogió a todos aquellos pirineístas que llegaban desde París, Toulouse o Lyon con ansias de vivir aventuras y ganar en reconocimiento social a base de trepar hasta donde nadie lo había hecho. Banhèras —que igual que Panticosa tiene origen romano— siempre atrajo a lo mejor (y a lo peor) de cada casa y a partir de 1880, tras la construcción del Casino y la visita de la emperatriz Eugenia de Montijo, se convirtió oficialmente en la ciudad de vacaciones de las *celebrities* europeas del momento. Hoy la localidad destila esa elegancia del pasado e incluso tiene unas pistas de esquí con vistas a la Maladeta, pero aquí ya no viene la aristocracia. Ellos hace décadas que apostaron por la vecina Baqueira-Beret.

Camino sin rumbo fijo por les Aleas d'Étigny, un conjunto de paseos arbolados con cafés al estilo de los de París que fueron diseñados (por el barón que tiene una estatua frente a las termas) para que los agüistas tuvieran una rambla a la altura de su distinción. Para pasar el rato entre el *vaporarium*[1] y las inhalaciones, los turistas

encontraban aquí sus quioscos, sus bares, sus *boutiques* y sus bancos para el flirteo con vistas al Pirineo. Hoy desde el paseo no hay vistas a las montañas. Las nubes han bajado a la tierra y como venían anunciando desde hacía horas se pone a llover a cántaros. Busco refugio a toda prisa en una de esas típicas cafeterías francesas con terraza acristalada, sillas de mimbre y camareros vestidos como Fred Astaire.

Mis vecinos de mesa se han pedido un Ricard: un *pastis*, ese espirituoso omnipresente en Francia que en realidad fue el sustituto natural de la absenta cuando esta fue prohibida en toda Europa por considerarse una droga psicoactiva muy adictiva. Pero hoy no es día un propicio para el alcohol. Estoy triste pero tampoco soy un poeta del Romanticismo, así que me pido un *café au lait* y me quedo mirando cómo las gotas resbalan por el cristal. Hace justo un año por estas fechas estuvimos merendando con Mikel, mi chico, en este mismo café, y luego nos alojamos en la ciudad con la intención de subir hasta la Tuca de Salvaguardia al día siguiente. En aquella ocasión recorrimos parte de la ruta que desde el Hospice de France llevaba a los primeros alpinistas franceses al otro lado del collado para atacar desde allí una cumbre que sigue siendo mítica: el Aneto.

Las primeras guías de montaña del Pirineo recomendaban Bagnères como base para subir por ejemplo al Perdiguero, pero también a picos menos célebres, como el de Spijeoles, el De Boum, el de Monségu, el Sacroux o el mismo Sauvegarde. En un viejo ejemplar que me regalaron de las *Guides Diamant* (1883), el escritor Paul Joanne insistía en la necesidad de contratar a un guía local para las excursiones. A pesar de afirmar que «les bons guides sont rares dans les Pyrénées»,[2]el montañero reconocía que por lo menos eran baratos y que por ocho o diez francos más la manutención te acompañaban a cualquier parte. Eso sí, si querías hacer una ascensión de cierta entidad, el bueno de Joanne añadía una lista con los nombres de los mejores profesionales del monte que uno podía encontrar en Luishon. Así que, si al llegar a la ciudad balnearia contratabas a Pierre Barrau, a Aurillon o a Barthélemy Courrégé, tu aventura tendría el éxito asegurado.

Otras recomendaciones de Joanne sobre «la jolie ville de Bagnères»[3]versaban sobre tomar las aguas, pasear por los Aleas d’Étigny y subirse al *chemin de fer* hasta la devota Saint-Bertrand-de-

Comminges. Pero lo mejor de la guía —aparte de los mapas, que están minuciosamente delineados por nuestro amigo el orógrafo Franz Schrader— son los anuncios insertados en la publicación. Por un lado, figuraban los servicios susceptibles de ser requeridos por los viajeros, tales como doctores, farmacias, perfumerías, joyerías, sedes bancarias o ventas de lotería. Y por otro venían los establecimientos hoteleros sin foto (el invento era muy reciente), pero con ilustración a tinta. En Bagnères se recomiendan, entre otros, el Hotel Richelieu, con su jardín inglés y su salón para banquetes; el Hotel des Bains, con su «belle situation» o el Hotel Bonnemaison, que a juzgar por la gran X pintada a lápiz sobre el anuncio fue el escogido (o el descartado) por el primer propietario de mi guía. El caballero o la dama en cuestión debió de ser un gran viajante, pues dejó marcas y notas sobre los anuncios de numerosos hoteles de Bodeaux, Biarritz, Cauterets, Dax o Pau. Los que fueron de su agrado vienen marcados con un «tres bon», si eran aceptables escribía «moyen» y luego está el Hotel Saint-Étienne de Bayona, al que marcó con un triste «mediocre».

En la excursión del año pasado, y siguiendo la ruta del poeta Gustave Flaubert en su ascensión al puerto de Benasque, con esta guía de 1883 en la mano subimos al Salvaguardia en un día que empezó como un cuadro de Camille Pissarro, bajo un sol de primavera, entre vacas y flores que olían a miel, pero que acabó en chaparrón y carrera para ponerse a cubierto. Así que nos quedó pendiente. ¡Ay, esos pendientes viajeros que siempre te persiguen! 1) Acudir a las termas, actividad que re-pospongo para otra ocasión en compañía y 2) visitar Saint-Bertrand-de-Comminges, cosa que ya dejaré hecha hoy.

Cuando llego a Saint-Bertrand, una larga fila de vacas y pastores trashumantes bloquea la carretera de acceso a la localidad. La escena campestre es de nuevo un óleo impresionista. Bajo del coche y me siento en el capó para contemplar la estampa. Los animales corren sin perder de vista el macho que va delante y los ganaderos, bastón en mano, controlan que la estampida no se salga de los límites impuestos por un escueto cordón humano. En segundo plano, construida en un alto, la imponente catedral de Sainte-Marie domina el paisaje. No tiene las hechuras góticas de sus coetáneas, las *notre-dames* de Reims o de Chartres, pero comparte con aquellas que está incluida en el Patrimonio de la Humanidad de la Unesco, en este caso por formar parte del Camino de Santiago que viene de Arlés.

Cuando las vacas y sus guías despejan el paso, avanzo con el coche y aparco en la parte baja de la población que se arracima a los pies de la basílica. En el recinto intramuros todo se conserva igual que en la Edad Media. Bueno, matizo: según la idealización que tenemos hoy de cómo debió de ser una ciudad medieval. Las defensas, el urbanismo abigarrado, las fachadas de entramado de madera y el mismo templo cristiano (con algunos remoces) son los mismos de antaño, pero supongo que en su época el ambiente urbano de Saint-Bertrand debió parecerse más a la actual medina de Fez —con su barullo y sus olores fétidos— que a la florida y bucólica estampa actual.

Hoy el mal tiempo ha desterrado a los turistas y casi no se ve a nadie por las calles. Las tiendas de *souvenirs* y los restaurantes con encanto tienen a los empleados en el dintel mirando al cielo tratando de adivinar si las nubes vienen o van.

Pago el *ticket* para entrar a la basílica, pero como hoy no estoy con ganas de charla decido hacer la visita por mi cuenta sin guía. Por su ubicación y por su estructura mixta románica-gótica Sainte-Marie vista desde lejos tiene una belleza realmente deslumbrante. Pero por dentro a mí me parece otra catedral más, con su gran nave única, sus capillas radiantes, su órgano renacentista y un claustro con las preceptivas tumbas de prelados y canónigos. Eso sí, la sillería del coro es impactante por su tamaño —la catedral a su alrededor parece quedársele pequeña— y por la minuciosidad de los detalles esculpidos en la madera. Según cuenta el folleto que me han dado en la entrada, los ebanistas e imagineros tardaron diez años en dar forma a todo este conjunto monumental que se hizo para aislar a los capellanes del constante flujo de peregrinos que iban a Santiago.

Una vez fuera de la iglesia me dirijo al resto de «puntos ineludibles de la visita» que indica el folleto. Como quien completa las pruebas de una gincana, transito por la villa alta medieval y por los vestigios romanos de la vieja Lugdunum Covenae poniendo una X mental a cada uno de los patrimonios listados cuya foto consigo encontrar con éxito en la vida real. Y cuando ya estoy volviendo hacia el coche, en una de las puertas de acceso a la muralla topo con una de esas rarezas que a veces nos llega del pasado: una antigua inscripción tallada en la piedra donde se indican los impuestos que se aplicaban al pescado durante la Cuaresma. Así, hoy podemos saber que en época

de ayuno los habitantes de Saint-Bertrand-de-Comminges del siglo XVII pagaban cincuenta y nueve libras más por las truchas, treinta y nueve por el mújol, lo mismo por la locha y veintinueve por el bacalao.

Mientras conduzco bajo la lluvia a ritmo de Anthony and The Johnsons (hoy toca música sombría) pienso en ese impuesto sobre el pescado y recuerdo otras inscripciones mundanas que no hace mucho descubrí en los muros de la catedral de Friburgo. La pared de arenisca del templo alemán todavía conserva las marcas que indican la medida oficial de los panes y de otros productos de primera necesidad que se vendían en el mercado de la ciudad. Acostumbrados como estamos a que los vestigios pétreos del pasado contengan grandes sentencias filosóficas en latín, frases heroicas o fechas relevantes para la historia de un lugar, es extraordinario encontrar estas joyas que nos recuerdan que más allá de batallas y prohombres, la historia estuvo llena de gente corriente que pagaba sus impuestos y que vigilaba para que no le escatimaran en el peso del trigo. Así, en Friburgo, esa *rara avis* catedralicia del siglo XI —una de las pocas basílicas en Alemania que salió indemne tras los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial— mantiene a todo el mundo con la cabeza levantada para contemplar gárgolas irreverentes y una espectacular torre de aguja perforada como un visillo. Pero abajo, en el suelo, allí donde nos movemos la gente de a pie y sin que nadie se percate de ello, está el testigo de cómo era el pan de pueblo en el medioevo. Y eso es maravilloso.

Catalunya Occidental

Un cementerio para unirles a todos

En la pequeña aldea aranesa de Bausen hay un cementerio que solo tiene una tumba. Situado en el paraje de Coret, un recinto de unos diez metros cuadrados delimitado por muros de piedra seca y a la sombra de las acacias, protege un enterramiento en el que se dejaron ramos de flores plásticas. El epitafio en la lápida reza: «Recuerdo. A mi amada Teresa, que falleció el 10 de mayo de 1916 a la edad de treinta y tres años». Y más abajo, en otro bloque de mármol blanco: «A nuestra querida madre». Es el único camposanto en su especie: por estar lejos de todo en plena naturaleza pirenaica, por cómo se levantó, por ser puramente laico, pero sobre todo por tener un solo huésped. Si uno nunca ha oído hablar de él y estando de excursión encuentra casualmente este insólito lugar en medio del bosque, la pregunta vendrá sola: ¿quién fue Teresa?

La de Teresa, de la casa Belana, es una historia sobradamente conocida entre los *araneses*.[1]No porque quedara constancia escrita de lo que sucedió, sino porque como en todos los lugares de tradiciones arraigadas, la transmisión oral ha sido el vehículo perfecto para que más de cien años más tarde conozcamos con más o menos exactitud lo que pasó aquí. Según se cuenta, esta vecina de Bausen se enamoró y emparejó con un pariente lejano, Sisco, de la casa Doceta, en un momento en que la endogamia era algo muy común en los pueblos pirenaicos, y en general en muchos rincones de la España rural. Y como también era frecuente a principios del siglo XX, la Iglesia, que ejercía gran poder sobre la vida de los fieles, tenía algo que decir al respecto: aquellos que quisieran casarse con un familiar debían pagar una dispensa de consanguineidad de doce pesetas. Pero Teresa y Sisco no quisieron (o no pudieron, aquí la historia tiene variaciones según quien la cuenta) desembolsar dicho canon, por lo que decidieron seguir adelante con su amor y vivir en pecado, algo que por aquel entonces era mucho decir. De aquella unión escandalosa a los ojos de Dios nacieron dos niños, Cándido y Valerosa, que más tarde y con

motivo de la Guerra Civil se exiliarían a Francia para nunca volver.

La desgracia llegó, como bien indica la lápida, el 10 de mayo de 1916, cuando Teresa falleció de una neumonía aguda sin haber cumplido los treinta y cuatro. El párroco, airado por la decisión de los novios de vivir al margen de las normas de la fe (o movido por su férreo acatamiento de las reglas, aquí también hay divergencias de criterio), se negó a que la pecadora gozara de santa sepultura en el cementerio del pueblo. Así que los vecinos de Bausen, conmovidos por la situación del pobre viudo, subieron al paraje de Coret y en menos de un día, unidos por una causa común, construyeron todo un cementerio para Teresa.

Será por las muchas curvas que deben sortearse o porque es un *cul-de-sac* al que hay que venir a propósito, pero, a diferencia de otras localidades aranesas, Bausen —que además es de las pocas que no tiene urbanizaciones modernas— suele ser muy tranquila. Bueno, menos en otoño, cuando la localidad presume de hayedo y de berrea y hasta aquí llegan las multitudes para hacerse fotos entre tonos de amarillo. Pero hoy, a pesar de estar ya en pleno mes de junio y que hace un sol, como decimos los catalanes, *que espatarra*,[2]no se ve mucho movimiento en el pueblo. El bar está cerrado. La iglesia y su cementerio también tienen echado el cerrojo. Y una última cancela infranqueable me espera en la localidad: la del cementerio civil de Teresa. No puedo acceder a su interior, pero por encima del muro alcanzo a ver que más allá de las flores artificiales la primavera ha regalado a la difunta un tapiz herbáceo de florecillas silvestres. Por supuesto, en el enterramiento no hay presencia alguna de símbolos cristianos; solo mármol, vegetación esplendorosa y huesos bajo tierra.

Unos pasos más arriba, en el borde de un abismo, una cruz de madera que nada tiene que ver con Teresa marca el punto óptimo desde el que la panorámica sobre el valle es más espectacular. Desde aquí, a tamaño maqueta, se ve el pueblo de Les y el curso del Garona, ese río que desemboca más allá de Burdeos y que nace en tierras catalanas o aragonesas, porque —aunque parezca mentira— aún hay discusión sobre la ubicación exacta de su cabecera. Y más arriba, al otro lado del tajo que dibuja el valle está la aldea de Canejan, un verdadero nido de águilas encaramado en un saliente rocoso. Ese sí que es el último confín de la Val d’Aran. Me voy para allá ahora mismo.

Conduzco hacia abajo por una carretera de curvas, pero antes de arrancar con las curvas para arriba por la siguiente pendiente montañesa me detengo a tomar un cortado en el peculiar bar de carretera ubicado en esa N-230 que es el cordón umbilical que une a los *aranesos* con la vida urbana y cultural a gran escala de Toulouse. A pie de asfalto, a unos tres kilómetros de la frontera francesa, el establecimiento hostelero está claramente enfocado a los clientes que vienen del país vecino. Sus carteles anuncian paella, tapas y churros. A mi entender, para cubrir todos los tópicos les falta la sangría y el rabo de toro, pero quién sabe, igual si lo pides hasta te lo preparan. En cualquier caso, yo solo quiero un café, sin churros. Me siento en la terraza encajada junto al arcén y agradezco que en la radio suenen las voces de las chicas de Las Migas, que enmascaran el ruido de los camiones que pasan a toda velocidad trajinando mercancías de España a Francia y viceversa. Apuro la taza con rapidez y salgo corriendo para buscar el silencio en uno de los valles más remotos y desconocidos de Catalunya: la Val de Toran.

Situado en la vertiente más atlántica del Pirineo, la Val de Toran es un paraje estrecho y húmedo donde los hayedos, los robledales y los abetales se aprietan hasta hacerse impenetrables, dando así cobijo a dos de los seres más amenazados a este lado de los Pirineos: el oso pardo y el urogallo. Lo están por motivos muy diversos sobre los que podría escribir todo un capítulo, pero, en resumen: su némesis siempre acaba siendo el ser humano. En cualquier caso, en esta esquina del Parque Nacional del Baish Aran los animales tienen todo lo que necesitan: para empezar, el alimento, y también el agua del arroyo que da nombre al valle, el Toran, que en algunos tramos sale a la superficie en forma de cascadas y que en otros fluye escondido bajo tierra. Por otro lado (y sobre todo), los osos, urogallos, ciervos y búhos que habitan estos bosques gozan de la tranquilidad que supone vivir relativamente alejados de las personas. Y es que en Toran hubo nueve aldeas —*bordeus*, como los llaman aquí—, de las que hoy solo cuatro están habitadas. Y no por mucha gente. Canejan es el *bordeu* principal y vivió su cénit demográfico durante la primera mitad del siglo XX, cuando en la cabecera de este valle funcionaban las minas de zinc de Liat a 2.300 metros de altitud. Pero los de Toran nunca lo tuvieron fácil: había minas que daban de comer, sí, pero los platos de sopa se pagaban con un trabajo durísimo en alta montaña y en condiciones

miserables de frío y aislamiento. En invierno las nevadas dejaban desconectados a los pueblos del valle y en abril de 1855, por ejemplo, se produjo un alud mortífero que se llevó por delante cincuenta y ocho viviendas y sesenta y dos vidas.

Paseo por las calles desiertas de Canejan, donde las casas siguen manteniendo ese rebozado que les quita encanto (desde la perspectiva urbanitocéntrica por supuesto), pero que acaba siendo más práctico para quienes viven en ellas. Algunas fachadas están leprosas y tienen la pintura hecha jirones, se oye a un perro ladrar y hay un grupo de hombres que aprovechando el buen tiempo arreglan una techumbre. Cerca de la casa consistorial, un panel informativo expone que el 19 de octubre de 1944 Canejan fue la primera localidad aranesa que ocupó el maquis[3]durante la invasión de la Val d'Aran. Fue dentro de la Operación Reconquista de España, con la que en colaboración con la Résistance se pretendió derrocar el régimen de Franco. Según dice el cartel, unidades de la Brigada 551 cruzaron el collado de Pèiras Malas y se hicieron con el pueblo después de que la Guardia Civil se quedara sin munición y se rindiera. Otro panel más allá recuerda a los refugiados de la Segunda Guerra Mundial que, en su éxodo a través de los Pirineos, cruzaron la frontera por el fondo del valle en Eth Pont de Rei o con mayor discreción por los caminos de montaña que pasaban por Canejan, entre otras. Pero no encuentro nada sobre las minas de Liat.

—Perdone —me dirijo a una señora que justo cruza la plaza en ese momento. Lleva un cesto de mimbre y una bolsa de pan de tela de la que sobresalen dos hermosos *crostons*—.[4]Estoy interesada en la historia minera del Aran, ¿no conocerá usted por casualidad a alguna persona con familiares que hubieran trabajado arriba, en Liat?

—Pues lo siento, pero no —me dice la mujer—. Ni de mi familia ni de ningún vecino que yo sepa. De eso hace tanto tiempo… ¿Has preguntado en el pueblo de Arres o en Bossòst? Allí estaba la Mina Victoria, que fue muy importante. Igual aún queda alguien que tuviera relación con ella, pero claro, ten en cuenta que esa mina dejó de funcionar poco después de la guerra… También pasa que muchos trabajadores venían de fuera, de Andalucía o de Murcia, y tras el cierre pues muchos se fueron a otra parte. Pero no pierdes nada por preguntar.

—Muchas gracias por la información. Me acercaré a Arres.

—Si vas, sube a la mina. Hacen visitas guiadas y también hay un camino marcado que pasa por las instalaciones que aún quedan en pie. También podrías subir a Liat, pero hasta allí la caminata es bastante dura y te vas a tirar toda la mañana.

La señora y sus panes se meten en una casa y yo me acerco hasta el mirador que domina el Baish Aran. Más arriba de Canejan (lo sé por viajes anteriores, no porque lo vea desde aquí), está Sant Joan de Toran, una aldea que se recuperó del abandono en los años ochenta en la que apenas hay censadas tres personas. Un poco más allá, los otros dos núcleos activos del Toran son Porcingles y Eth Pradet, este último con un refugio que da cobijo a quienes caminan por el sendero GR-211, la emblemática circular de la Val d'Aran. Volviendo los ojos de nuevo al valle, veo a lo lejos los perfiles del macizo de la Maladeta y más cerca el Garona, ese río que como decía Josep Maria Espinàs cuando pasa por el Naut Aran se desliza, pero que cuando llega aquí ya se arrastra. Antes de irme devuelvo la vista al lugar donde, según creo distinguir, está la cruz de madera de Bausen. Allí, a pocos metros, sigue Teresa en su cementerio de diez metros cuadrados.

Igual que sucede en mi tierra, en el Maresme, donde hay localidades homónimas que tienen su versión «de Mar» y «de Dalt»[5] o «de Munt»,[6] también Arres se divide entre Arres de Jos y Arres de Sus. Aparco en esta última y subo por la pista que atraviesa Es Corralets hasta la minúscula *bassa* d'Arres,[7] el punto donde arranca la ruta de la Mina Victoria. Un cartel con fotografías en blanco y negro ofrece algunas explicaciones sobre esta explotación de zinc e indica los puntos clave del itinerario. Saco el móvil y hago una foto del mapa confiando en no perderme entre ruinas industriales decimonónicas.

El paseo siempre en pendiente discurre en gran parte bajo la bóveda vegetal del Ombrèr e Pupelat, un denso bosque de coníferas donde de vez en cuando se abren grandes hoyos que una vez fueron bocaminas. La chatarra aún saca la cabeza entre los arbustos para que nadie olvide el pasado de este lugar del que se extraían unas ochenta toneladas de mineral bruto al día. Por lo que leo en los paneles de información, los ciento cincuenta trabajadores de la francesa Societat Vieille Montagne se veían obligados a vivir permanentemente en estas instalaciones mineras, porque claro, no lo olvidemos, estamos lejos de todo, a 1.500 metros de altitud, y por aquel entonces hasta aquí no llegaba la carretera. Desde aquí, el zinc se transportaba hasta el

lavadero de Bossòst, donde los jornaleros más afortunados, que podían vivir a pie de pueblo cobraban 0,50, 0,28 o 0,12 pesetas/hora en función de su categoría. Eso para los varones, porque ellas, para variar, sufrían una desventaja salarial sangrante: las féminas solo podían acceder a la tercera categoría (la más baja) a razón de 0,08 pesetas/hora.

Hoy encuentro cerradas las galerías, porque, como es lógico, por motivos de seguridad solo las abren bajo supervisión en visitas guiadas, pero puedo pasear entre los edificios desmigajados de lo que fueron las viviendas de los obreros, la sala de máquinas o la casa del capataz. Lo vi en la fábrica de Orbaitzeta, también en la deshabitada Berbusa y aquí ha pasado igual: la espesa vegetación ha hecho de dormitorios y cocinas su reino. Vuelven a mí las imágenes de las películas posapocalípticas y tengo la certeza de que cuando se acabe el mundo el recuerdo de la humanidad tendrá este aspecto.

De vuelta a los Arres nadie sabe decirme si hay algún vecino que trabajara en las minas, pero no me doy por vencida y bajo hasta Bossòst para preguntar allí y de paso aprovecho para comer. Uno de los bares de la plaza despliega sobre la barra un tentador surtido de *pintxos* al estilo de los de Donosti, algo que por influencia vasca se estila mucho en el Aran. Me sirvo uno de tortilla de patatas, uno de *txaka*,[8]uno de huevitos de codorniz con jamón serrano y pimientos, uno de bacalao frito con pimentón, dos *gildas*[9]y paro ya, porque si no me voy a tener que ir a dormir la siesta. Mi vida al volante me condena a un agua con gas mientras veo volar los *zuritos*, el típico medio vaso de cerveza, de un lado para otro.

Mientras doy cuenta de los *pintxos*, observo a mi alrededor y veo a un señor de avanzada edad que está tomándose lo que parece un whisky en un extremo de la barra. Me levanto y le abordo:

—Perdone, ¿no conocerá usted por casualidad a alguien que trabajara en las minas de Liat o de Victoria? ¿O aquí, en el lavadero de Bossòst?

El hombre se queda callado y clava la mirada en el vaso de contenido incierto.

—No —sentencia pasados unos segundos.

—Vale, perdone. Gracias igualmente.

Cuando me estoy dando la vuelta para volver a mi agua con gas, el hombre dice:

—Pero conozco a uno en Arties que fue capataz en la Sociedad Productora de Fuerzas Motrices. Se llama Gabriel.

—Gabriel. ¿Y dónde le puedo encontrar?

—Pues en Arties. —Y vuelve la vista de nuevo a su bebida, como dando por zanjada la conversación.

—Muchas gracias caballero. *Bona serada.*[10]

Podría pasarme toda la semana preguntando a los vecinos del valle con la esperanza de que aún quedara algún minero (o familiar de) que se hubiera dejado la piel en Liat o en Victoria. Pero visto lo visto creo que será más fácil dar con algún trabajador de otro de los recursos que dieron empuje económico al Aran antes de la llegada de las pistas de esquí, con sus muchos aficionados borbones o no: las hidroeléctricas. Creo que el tal Gabriel, de Arties, será un candidato estupendo. Si le encuentro.

Hay que cruzar casi todo el Aran para llegar a Arties desde aquí, pero no me importa. Ya volveré después sobre mis pasos, porque pasado mañana tengo una cita en la localidad de Les, donde me han prometido fiesta hasta la madrugada, y eso es algo a lo que no me puedo negar.

Hasta ahora no he topado con mucha gente por estos parajes, pero en Arties sí que hay ambiente. El buen tiempo ha animado a los turistas, que dispersos por toda la población se fotografían junto al río, hacen cola en la carnicería para comprar butifarras de Aran o se deslumbran con la románica Santa Maria d'Arties y su escena del juicio final que bien podría haber pintado El Bosco. También hay aglomeración para la foto en la plaza del Taro, donde se yergue ese gran tronco de árbol que, en uno de los rituales paganos más ancestrales del Pirineo, se quemará para dar paso al cambio de ciclo en el año solar. Entro por azar en un hotel de la calle Major y pregunto a dos caballeros que están conversando tranquilamente detrás de la recepción. Soy muy consciente de que esto no va ser fácil.

—Disculpen, estoy buscando a un señor que se llama Gabriel, de aquí de Arties. Trabajó en la hidroeléctrica del pueblo.

—¿Gabriel Vidal?

—No lo sé. ¿Trabajó como capataz en la Sociedad Productora de Fuerzas Motrices?

—Sí, es mi padre.

—No me lo puedo creer. —Estoy perpleja.

—¿Para qué le buscas?

—Bueno, estoy interesada en conocer el pasado industrial del Aran. He tratado de encontrar a algunos obreros de las viejas minas sin éxito y mi plan B es hablar con alguna persona que hubiera conocido la explotación de las cuencas fluviales en sus comienzos.

—Bueno, mi padre empezó de tornero en las hidroeléctricas que se estaban construyendo en el valle y luego entró de jefe en la de Arties cuando se abrió en 1955.

—Madre mía. ¿Te puedo preguntar cuántos años tiene tu padre?

—Noventa.

—¿Y podría hablar con él?

—Claro. Cuando salgas verás que hay unos huertos, aquí detrás del hotel. Está por ahí.

—Muchísimas gracias. No puedo creer mi suerte.

En el lateral de una huerta sembrada de lechugas y cebollas, dos caballeros de impoluta pelambrera blanca toman el sol sentados en sendas sillas de plástico apoyadas contra la pared. Se les ve impecables, con sus pantalones de pinzas y sus camisas bien planchadas. Me presento, les cuento mis inquietudes y muy amablemente me invitan a sentarme con ellos. El señor que no es Gabriel Vidal se presenta como Rafael Medina, tiene acento andaluz y por lo que me cuenta también estuvo de empleado en la hidroeléctrica. Dos ancianos con nombre de arcángel que ya han cumplido los noventa años.

—Yo llegué al Aran en el año 42 desde Bacares, Almería —cuenta Rafael—. Mi padre había encontrado trabajo en Vielha y se había mudado aquí un año antes. Luego ya pudimos venir el resto, es decir, mi madre, mis tres hermanos y yo, que por aquel entonces tenía once años. Recuerdo que fue un viaje interminable, una odisea que duró una semana. Cogimos trenes y coches de línea, y también caminamos sin parar. Lo llevábamos todo encima, hasta los colchones enrollados... hicimos el último tramo hasta aquí andando desde Vilaller, porque el túnel de Vielha todavía no estaba terminado.

—¿Con los colchones a cuestas?

—Bueno, esas cosas iban sobre los mulos que arreábamos.

—Supongo que ese fue un viaje que hicieron muchas personas...

—Cuando empezaron a construirse las hidroeléctricas aquí hizo falta mucha mano de obra —continúa Rafael—, y sí, vino mucha gente

de fuera, de toda España. Mi padre, por ejemplo, trabajó en las centrales de Vielha, de Benós, de Pont de Rei y también en la de aquí, en Arties.

—Pues igual que yo —añade Gabriel—, que hice de tornero en todas las centrales hasta que entré de jefe. Hoy hay piezas hechas por mí en las hidroeléctricas de todo el valle.

—Entiendo que las obras duraron décadas...

—Pues sí, naturalmente —sigue contando el antiguo capataz—. Tienes que pensar que eran infraestructuras muy complejas. Por ejemplo, esta de aquí se empezó justo después de la guerra, y aunque la subestación se inauguró en 1955, la obra completa no se acabó hasta diez años después. Ten en cuenta que solo para alimentar esta central se tuvieron que represar y conectar varios estaques, además de construir dos presas, la de Restanca y la de Colomers. El ingeniero suizo que dirigió parte de los trabajos, el señor Keller, venía de haber construido la central de Cabdella, que fue la primera que operó en Catalunya.

—La puesta en funcionamiento debió de ser todo un acontecimiento en el pueblo.

—Vaya si lo fue. Franco en persona subió hasta Arties para inaugurarlo. Pero lo mejor fue que a todos los vecinos nos concedieron el derecho a no pagar la luz de por vida. Pero vaya, eso ha sido hasta hace cuatro días, ya que la compañía ha cambiado de dueños y se nos ha acabado el privilegio —cuenta Gabriel visiblemente disgustado.

—¿Y usted? —me dirijo de nuevo a Rafael—, ¿también trabajó en las hidroeléctricas?

—Sí, desde los catorce años hasta que hice la mili. Pero vaya, el jornal era muy justito. Como aprendiz ganabas 4,50 pesetas al día y eso te daba solo para un bocata que no fuera de jamón. Luego ya con los años podías llegar a ganar 9,60 pesetas. Pero fueron tiempos muy duros, en aquella época esto era el Oeste. —Gabriel asiente con la cabeza a las palabras de su compañero sin mediar palabra.

—¿El Oeste?

—Esto era un valle muy cerrado al que difícilmente se podía acceder. La gente en Arties básicamente vivía del ganado y algunos también hacían de *traginers*[11]o de contrabandistas. Con las centrales entró mucha faena, vino mucha gente de fuera como nosotros y aquí se abrieron muchas tabernas porque los obreros no tenían mucho más

que hacer. El jornal, que como ya te he comentado era muy justo, se gastaba en vino y siempre había muchas peleas y problemas.

—¿Y después de la mili usted qué hizo?

—Me empleé en la SEAT y estuve allí trabajando de electricista durante veinticinco años. Y luego volví a Arties para ayudar a montar toda la instalación eléctrica del hostal. —Rafael señala con la cabeza el Casa Irene, el hotel en el que acabo de entrar a preguntar—. Se construyó en el año 85, cuando aquí empezaba el turismo y en todo el pueblo solo había cuadras. Ten en cuenta que en los ochenta en Arties solo había dos coches; uno era el taxi y el otro era el mío: un seiscientos que como empleado pude comprar por cuarenta mil pesetas. La gente de los otros pueblos venía hasta aquí para ver el famoso seiscientos y le hacían fotos. ¿Te acuerdas? —le dice a su compañero, y los dos se ponen a reír.

—¿Así que este hotel es de su familia? —le pregunto a Gabriel.

—Sí, siempre lo ha gestionado mi mujer, y por aquí ha pasado lo más grande... Una vez incluso servimos una cena a cinco reyes.

—Déjeme adivinar. ¿Borbones?

—Sí, la familia real han sido clientes desde siempre. Juan Carlos venía muchas veces a comer. Ya sabes... tienen una casa aquí arriba, en Baqueira, con dos guardias civiles permanentemente vigilando. Pero cuando venía el rey no se cerraba el restaurante ni nada, ¿eh?, que teníamos mucha clientela aparte de ellos. Él comía con el resto, aunque, eso sí, se desplegaban escoltas por todo Arties.

La tarde pasa muy rápido conversando con semejantes memorias prodigiosas. Qué privilegio y qué suerte la mía haberles encontrado. Seguimos hablando de las pistas de esquí, de cómo ha cambiado el valle, de todo lo que tienen plantado en el huerto, de las fiestas de San Juan que están a punto de celebrar, de la Teresa de Bausen... estos dos tienen cuerda para rato. Les hago unas fotos para el recuerdo. El sol se aparta, ya empieza a hacer falta la chaqueta y va tocando despedirse. Antes de que me vaya, Rafael corta una flor de intenso color carmín de uno de los rosales del huerto y me la ofrece.

—Ten —dice—, para que te acuerdes de nosotros.

—Me acordaré de ustedes toda la vida, Rafael. *Andocien*, adiós.

Tiene gracia, porque a veces en el oficio de periodista te empeñas en seguir una historia y al final te acaba surgiendo otra totalmente diferente, ya sea por azar, por intuición o por pura chiripa, como ha

sido el caso. Y algunas veces ese plan B, ese tirar del hilo hacia otra parte, te lleva por caminos inesperados e incluso acabas encontrando un relato aún más interesante del que habías previsto. Estoy contenta de haber conocido a estos dos arcángeles, pero aun me quedarán hilos que tirar en esta Arties a la que he llegado guiada por un minuto de conversación con un paisano en un bar. Lo que son las cosas.

Paseo por un pueblo ya casi sin visitantes pensando en las palabras de Josep Maria Espinàs, que en 1956 escribió la crónica de un viaje a pie por el Pallars y la Val d'Aran. Cuando el escritor catalán visitó el valle acompañado por su amigo Camilo José Cela —quien de aquel periplo también escribiría un libro, *Viaje al Pirineo de Lérida*—, le resultó imposible entablar una sola conversación con los viejos de los pueblos. No porque aquí hablaran el aranés, que también, sino sobre todo porque los ancianos callaban siempre ante la presencia de los extraños:

> *Quan el foraster s'hi acosta, els vells callen. Callen. [...] Mai no han necessitat res de cap foraster, i ara menys. [...] No demanen res ni donen res. Prenen el sol de la tarda asseguts als bancs de la vora del riu, i parlen quan ningú no se'ls escolta, de les seves coses, que ningú no sap, ni cal que sàpiguen.*[12]

Pero aquellos viejos ya no son estos. A la vista está que ahora sí hablan. Y lo hacen orgullosos por haber contribuido, ya fuera torneando un engranaje, tirando cables en un hotel en construcción o, por qué no, sirviéndole unas chuletas a un Borbón, a que la Val d'Aran sea hoy algo muy distinto al Far West de matones y forajidos que un día fue.

La catarsis del fuego

Al final me quedé a dormir en Arties. Después de la conversación con los nonagenarios me acerqué hasta el molino del pueblo, la evidencia pétrea de que aquí la fuerza del Garona ya se aprovechaba mucho antes de la llegada de las hidroeléctricas, con su dinamita, sus conducciones y sus toneladas de hormigón. Encontré la puerta cerrada y en la fachada una vieja losa de mármol resquebrajada rezaba: «EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1921 SE INAUGURÓ EL ALUMBRADO ELÉCTRICO DE ARTIAS». Entre las letras cinceladas alguien había escrito a lápiz «Molino de Arties», además de otras palabras ilegibles. En una terraza de bar dispuesta junto al ingenio, un grupo de paisanos departían animadamente.

—*Bona serada*. Disculpen, ¿el molino se abre en alguna ocasión?

—Pues ahora mismo no está habilitado para visitas, pero pregúntale a José, el dueño de la taberna: él tiene la llave. ¡Mira, ahí le tienes! —me contestó uno de los parroquianos señalando al patrón, que salía por la puerta del establecimiento con una bandeja bajo el brazo—. ¡José! Esta chica pregunta por el molino.

—Hola. Sí, quería saber si se puede ver por dentro.

—Bueno, ahora lo tenemos cerrado. Estamos pendientes de arreglarlo un poco para las visitas —dijo el hombre mientras recogía las botellas de Coca-Cola y de cerveza que había sobre la mesa.

—He visto la losa que tiene sobre la puerta. ¿Este molino se usó para generar electricidad?

—¡Sí, claro! Era un molino de harina y en 1921 se convirtió también en un pequeño generador de electricidad. Los vecinos de Arties cedieron este espacio y a cambio ganaron el derecho a tener luz en sus casas, por eso se le regaló una bombilla a cada familia. Las bombillas venían a ser como las acciones de la compañía. Y luego, ya en el año 55, las Fuerzas Motrices abrieron la central arriba, pero, vaya, el molino se siguió usando igualmente durante un tiempo para generar luz, para moler grano y también para serrar troncos.

—Pues le agradezco mucho la explicación —le dije—. He visto que tienen el Taro[1]plantado en la entrada del pueblo. Mañana hay fiesta grande aquí, ¿verdad?

—Sí —dijo uno de los señores mayores señalando a otro que tenía sentado a su lado—. Este de aquí es el que más sabe de Taros de todo el pueblo. Él los ha cortado muchos años. ¡Cuéntaselo, Tòn!

El aludido era un grandullón de bigote y cejas prominentes enfundado en unos anchos pantalones de pana y tocado con una boina.

—Bueno, es que ahora tengo que irme a dar de comer a los animales —dijo con cierta timidez—, pero mañana te lo cuento, si quieres. Vendré a desayunar aquí.

Y así fue como sin ningún disgusto tuve que improvisar para pasar la noche en Arties.

Cuando llego antes de la hora convenida, José está recolocando las sillas de la terraza y pasándoles un trapo para secar las gotas de rocío que se han acumulado.

—*Bon jorn.*[2]Hoy es el gran día: ¡la noche de Sant Joan!

—Sí —dice con una sonrisa de oreja a oreja—, es una celebración muy especial para nosotros. ¿Te vas a quedar para la *crema*?[3]

—Pues lo cierto es que me encantaría, pero es que me han invitado los de Les a celebrarlo con ellos. Hace ya muchos días que tengo esa cita marcada en el calendario y no puedo faltar. Pero sí que me gustaría conocer la de Arties. Soy consciente de que son dos fiestas muy diferentes.

—¡Totalmente! Su *crema* y la nuestra no tienen nada que ver. Aquí el Taro se prende arriba (donde lo viste ayer), se tira al suelo y se arrastra en llamas por todo el pueblo acompañado por la gente que baila y salta por encima del fuego. Y luego de madrugada se deja ya carbonizado delante de la casa del alcalde. Las cenizas para nosotros son un símbolo de protección y fertilidad. En Les, ya lo verás, lo queman erguido en la plaza, no lo mueven de un lado para otro. Mira, por ahí llega Tòn Leja.

Los dos hombres se ponen a hablar en aranés y, aunque acierto a entender algunas cosas, otras muchas se me escapan. Nos sentamos en el comedor de la taberna y pedimos unos cafés con leche y unos bocadillos de jamón de esos que antes no te podías permitir con el jornal de la hidroeléctrica. Tòn es un hombre expeditivo y sin más

preámbulos arranca, antes siquiera de que nos haya llegado el café.

—A ver, querías hablar del Taro. El Taro es un árbol, un abeto que se quema la víspera de Sant Joan. Cuando yo empecé, a los doce años, íbamos al bosque el día después de quemarlo a escoger un ejemplar que fuera bien alto, de unos diez o doce metros y de tronco grueso. Le hacíamos unos cortes cuando aún estaba verde, lo atábamos, le insertábamos unas cuñas de avellano y lo dejábamos así todo un año, hasta un mes antes de la fiesta, que era cuando se cortaba y se llevaba con animales de carga hasta el sitio donde se tenía que quemar.

—¿Y eso ha cambiado mucho?

—Ahora son los jóvenes del pueblo quienes hacen el trabajo más duro, yo solo les doy algunos consejos. Pero, eso sí, en nuestra época no usábamos motosierra, lo hacíamos todo con una *pigassa*[4]y una de esas sierras de dos manos. Otra cosa que ha cambiado es que antiguamente las mujeres recién casadas trenzaban unas coronas de avellano que metían entre las grietas del Taro para que también ardieran en la víspera de Sant Joan. Era un modo de pedir… descendencia.

—Esta tradición de quemar el Taro, ¿a cuánto se remonta?

—Es tan antigua que no se sabe. Pero a estas fiestas del fuego del solsticio de verano, nosotros en Aran las llamamos *Hèstes deth Huec*. Se celebran en muchos pueblos del Pirineo: en Les, en Alins, en Pont de Suert, en Vilaller, en Taüll, en Senet, en Boí, en Durro, en San Juan de Plan…, aunque cada lugar tiene su modo de hacerlo.

—Me da mucha pena perderme la *crema* esta noche aquí, de verdad —digo.

Apuramos el bocadillo en el momento en que entran en el bar otros dos paisanos que entre risas se ponen a conversar en aranés con Tòn y con José. Uno de ellos es la persona que vi ayer en el hotel: el hijo del señor Gabriel Vidal. Cuando me reconoce, me pregunta si lo que hablé con su padre me fue de utilidad.

—Su padre tiene una memoria extraordinaria. Fue un privilegio escuchar sus vivencias.

—Sí, se acuerda de todo. Ya lo creo… Tòn, hoy te ha tocado a ti, ¿eh? —dice bromeando—. ¿Le estás explicando lo de los *paèrs*?

No sé qué son los *paèrs*, pero empiezo a pensar que si me quedara en Arties unos cuantos días más podría escribir todo un libro solo con

las historias de sus habitantes. Pido otro café porque veo que esto va para largo.

—Bueno —dice el hombre atusándose el bigote—, es que mi oficio es hacer *paèrs*, cestos. Son mi vida y mi pasión. Los llevo haciendo toda la vida.

—Si buscas libros de oficios tradicionales del Aran, verás que en algunos sale Tòn, más joven, haciendo *paèrs* —añade Vidal.

—¿Y este oficio te vino de familia?

—Sí, mi *padrí*[5] y mi padre me enseñaron. Mi padre tenía todas las herramientas porque él se dedicaba a hacer zuecos de madera, pero yo tiré por las cestas y por los *brèç*, que son cestitos más pequeños. —José, que nos está escuchando detrás de la barra, entra en la cocina y sale con un canastillo para poner el pan. Tallado y trenzado a mano. Precioso.

—Mira. Esto es un *brèç* de Tòn. Seguramente lo hayas visto en otros restaurantes del valle. Es el último cestero autóctono de Aran y cada pieza es única. Cuando él muera, se habrá perdido esta tradición para siempre... es que los jóvenes no valoran este tipo de trabajos —dice con pesar.

—Para hacerlos solo necesito una navaja —prosigue el artesano—. Los hago de avellano y la madera se tiene que trabajar a partir del 10 de agosto, por Sant Llorenç, que es cuando baja toda la savia, y hasta el 5 de abril, que es el momento en que empieza a subir otra vez. O sea, la madera hay que recogerla entre Sant Llorenç y Sant Vicens... Bueno, esto que te cuento es mi experiencia personal, porque llevo toda la vida trabajando con los palos y ya me di cuenta de que después de abril al torcerlos perdían la corteza. —Por cómo habla, se nota, como ha dicho al principio, que esto es su vida. Este señor es una mina de sabiduría secular.

—Antes los cestos se usaban más que ahora y para otras cosas... —le digo.

—Bueno, antes los *paèrs* eran para todo: para ir al huerto a por patatas y, como no había carretillas, pues para trajinar las piedras que sacábamos de las acequias de los prados, por ejemplo. Ahora me los compran para decorar las casas y estos pequeñitos para el pan tienen mucha salida. La gente también me pide Taros pequeños, que gustan mucho y, como nadie más sabe hacerlos, tienen mucho éxito.

—Oye —dice de repente el tabernero José, dejando el trapo sobre

la barra—. ¿Tú no querías ver el molino? Venga, ven, que te lo abro.

Saca las llaves de un cajón y nos dirigimos todos en comitiva hacia el ingenio. La puerta renquea al abrir y ya en el interior los hombres se ponen a comentar las fotos amarillentas que cuelgan en la pared. Les pregunto si conocieron el molino en funcionamiento.

—Aquí se dejó de moler cuando entraron las Fuerzas Motrices —dice Vidal—, pero antes había un molinero y la gente del pueblo le pagaba un *picotí*, una medida de grano que era el impuesto que él se quedaba por moler. Los vecinos de Arties hacían aquí la harina para el pan de casa o para los animales.

El polvo se acumula sobre la mola, pero el mecanismo parece estar intacto. Hay trastos viejos y cajas de cartón apilados en los rincones a la espera de que, tras el preceptivo lavado de cara, este espacio se pueda abrir a las visitas. Le hago unos retratos a Tòn aprovechando la luz que se cuela por un ventanuco y volvemos a la taberna. José, Vidal, Tòn y el otro señor, que se ha presentado como Manel, de Salardú, me hablan del molino, de los muchos curas que siempre hubo en Arties, de que una mula costaba treinta y cinco mil pesetas, de que antes se caminaba hasta veinte kilómetros para ir a las *festes majors*[6] y de que está a punto de ponerse a llover, aunque nadie lo diría.

Ya estoy saliendo por la puerta tras despedirme de todos ellos cuando Vidal me dice:

—La próxima vez que vengas te contaremos las historias de los contrabandistas. Eso sí, te recomiendo que vengas con tiempo...

Cuando salgo a la carretera para regresar al Baish Aran veo el Taro plantado en su pequeño mirador. Junto al tronco de proporciones épicas y significado atávico han colocado una vaca de fibra de vidrio pintada de vivos colores, al estilo de las del Cow Parade. Aún no he visto vacas reales en la zona —será porque ya las habrán subido a los prados de altura—, pero no es el primer monumento de un rumiante que veo en Arties. Tras el tronco que esta noche será cenizas la otra vertical que domina el paisaje es el campanario de Santa Maria y más allá está el Montarto, con su perfil piramidal, majestuoso, ejerciendo su papel indiscutible como emblema montañero del valle.

Al volante, de nuevo cruzo Vielha y pongo rumbo a Les siguiendo el curso de ese Garona que parece fluir en dirección contraria a la que

debería. La Val d'Aran es la única que a pesar de estar de este lado de la frontera queda en la cara norte del Pirineo: así quedó escrito en aquel documento que se firmó en la Isla de los Faisanes y por ese motivo nos parece que el río Garona va como al revés, pues no desemboca en territorio español, sino en Burdeos. Me desprendo del coche y de mi maleta en el Hotel Europa, una de esas fondas que se construyeron a principios de siglo y que por dentro se decoraron con taxidermia y por fuera con balcones que parecen hechos con troncos de madera, pero que en realidad son de cemento. Ni un palmo de pared sin sus tablas de madera, ni un baño sin su alicatado con cenefa, ni una cama sin su edredón de viscosa. Como es lógico, tuve que reservar habitación hace meses, pues las Hèstes deth Huec no se celebran aquí todos los días. El establecimiento cuelga el cartel de completo.

Les es un pueblo modesto con licorerías y estancos de tamaño desproporcionado que dan servicio a quienes recorren seis kilómetros desde la frontera para ahorrarse unos euros en los Winston y en el *pastis*. La plaza donde está el Hotel Europa se sienta a horcajadas sobre el Garona, y yo me adentro por los callejones de su orilla oriental, un lugar donde la arquitectura antigua ha sobrevivido a duras penas excepto por la iglesia y la plaza del Haro, que hoy luce su preceptivo tronco enhiesto listo para enfrentarse al fuego. La primera diferencia entre la fiesta de aquí y la de Arties ya empieza en la etimología, pues en Les al madero se le llama Haro, no Taro. En las inmediaciones de la plaza engalanada con banderines de plástico hay ambiente prefestivo. Unas personas ultiman los preparativos sobre el escenario y otro grupito se ha puesto a delimitar los espacios con vallas amarillas. Hay gente que trajina sillas de un lado para otro y con las primeras gotas de lluvia los de la tarima empiezan a extender plásticos sobre los altavoces. Tenían razón los de Arties en eso de que hoy iba a llover. Dentro de la *glèisa*[7] de Sant Joan suena música y unas adolescentes que le están poniendo los arreglos al santo me indican quién es Manuela Ané, mi contacto en Les. La mujer, que andaba con unos ramos en la mano, me saluda, aparca las flores y como fuera se ha puesto a diluviar me invita a sentarme en un banco de la iglesia para conversar.

—Tenía ganas de conocer las fiestas del fuego del Pirineo —le digo—, aunque con esta lluvia…

—No te preocupes, porque aquí hay un dicho sobre que nunca ha llovido en el momento de levantar el Haro. Puede estar goteando todo el día que en el momento en que el santo sale de la iglesia, deja de llover. Eso yo misma lo he vivido en primera persona.

—Pues a ver si se cumple el dicho, porque en mi tierra cuando llueve ya puede ser Sant Joan, Sant Jordi o Les Santes de Mataró que la climatología no perdona. Cuéntame un poco sobre la fiesta de aquí.

—El Haro —dice— es una falla como todas las del Pirineo, y no deja de tener un simbolismo como el de las hogueras de Sant Joan que se hacen en otros lugares: una fiesta que celebra el solsticio de verano y tiene un origen claramente pagano. Aquí los inviernos eran muy duros y con el solsticio llegaba la renovación, el despertar de la naturaleza, la fertilidad de la tierra e incluso de las mujeres... aunque luego, con el tiempo, la fiesta se cristianizó y por ello en la fiesta de hoy día conviven los elementos religiosos con los paganos.

—¿Y por qué se llama Haro?

—La palabra Haro deriva de la palabra latina *phallus*, porque eso es en realidad: un inmenso elemento fálico vinculado a la vida y a la fertilidad.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Pues así es, y por eso antiguamente la gente recogía las cenizas tras la quema y las usaba para abonar los huertos. Pero ahora las ponemos en unos botecitos de cerámica y las guardamos en casa todo el año como amuleto de suerte y prosperidad.

—¿Y por qué las Hèstes deth Huec solo se celebran en estos dos pueblos del Aran?

—Hay constancia de que se hacían en todo el territorio y también en algunas poblaciones del lado francés, como Luishon o Sant Bertrand de Cominges. Pero solo se han conservado las variantes de Les y Arties, aunque también en Bausen han recuperado la fiesta hace algunos años.

Fuera sigue lloviendo, así que decidimos continuar en el recinto sagrado rodeadas de flores, velas y elementos litúrgicos. Manuela me cuenta sobre la importancia de la música tradicional y las danzas aranesas que acompañarán toda la velada y también me explica que esta noche se prepara y sirve *vin caud*, un típico vino caliente al estilo *glühwein* alemán que se hace con azúcar, piel de cítricos y canela.

Una de las chicas de la iglesia se dirige a Manuela en aranés y

por lo que entiendo a la mujer se le acumulan los quehaceres, así que me levanto para irme y le indico que ya nos veremos en la fiesta.

—La quema es a las diez, ¿verdad?

—Sí. Si quieres un consejo, llega con tiempo, porque la gente ya coge sitio por la tarde. Como has visto, la plaza es pequeña y desde que la Unesco nos incluyó en el Patrimonio Inmaterial de la Humanidad vienen muchos de fuera y esto se pone hasta arriba.

Regreso al hotel, me pongo un calzado cómodo y a las ocho en punto estoy de nuevo en la plaza donde hoy, se supone, quemarán ese gran falo de madera. Pero llueve. Llueve a mares. Y en la plaza del Haro, excepto los organizadores que se refugian bajo el toldo del escenario y cuatro turistas despistados, solo estamos yo y mi paraguas. Me quedo de pie en una esquina a ver las gotas caer. A las nueve ya somos dos docenas los que nos refugiamos bajos sendos paraguas y capelinas. Espero que el dicho popular sea cierto y el cielo se abra en cuanto el santo salga por la puerta de la iglesia, porque si no presenciaré el primer aguacero que impida la *crema* en la historia de Les. A pesar del chorreo, los más avispados van tomando posiciones junto a las vallas que delimitan el acceso a la plaza: aquí tienen claro que la lluvia no aguará, nunca mejor dicho, la fiesta. Nueve y media. Llueve. A las diez menos cuarto y en pocos minutos —como si acabaran de abrir las puertas del Palau Sant Jordi de Barcelona antes de un concierto de Rosalía—, una multitud entra en la plaza y empieza a ocupar huecos, rincones y espacios a (sutil) golpe de codo. Yo me encajo tocando valla entre dos jubilados de Bilbao y unas *groupies* del Haro que se chillan unas a otras de emoción por el buen puesto conseguido en primera fila.

Cuando las campanas de la iglesia dan las diez no pasa nada, pero pasados cinco minutos sucede algo mágico: deja de llover. Y de la iglesia sale un Sant Joan Bautista llevado a hombros y seguido por el cura y por una comitiva de jóvenes ataviados con trajes tradicionales que portan antorchas y estandartes en la mano. Entre ellos veo a Manuela con su vestido de campesina. La procesión rodea el pueblo, entra en la plaza y se planta frente al Haro y, tras la solemnidad que impone la bendición y la presencia clerical —puro sincretismo—, arranca un verdadero pandemónium de fuego y folclore donde un grupo de jóvenes agitando bolas de fuego sobre sus cabezas giran alrededor del tronco que empieza a arder con timidez. Una espesa

columna de humo sale de las entrañas del desdichado madero y los bomberos convenientemente equipados lo observan todo desde una esquina con discreción.

—Vaya, cómo cuesta que se encienda este año —dice la señora de Bilbao. Se conoce que deben de venir a menudo.

—Es que con tanta lluvia la madera tiene que estar húmeda —sentencia su acompañante.

Yo me apunto al frenesí, pero al fotográfico, inmovilizada entre la valla y la multitud que se aprieta para ver a los danzantes de fuego. Lo que quema a toda velocidad dibujando serpientes ardientes son las *halhes* —unas bolas que según me ha contado Manuela se hacen con corteza de cerezo atada a un hilo de hierro—, que simbolizan el reparto del elemento purificador. Desde el escenario, los músicos de Es Corbilhuèrs ponen ritmo al ritual incendiario a golpe de acordeón, flauta, cornamusa y cantos en aranés. Es una suerte de catarsis colectiva donde la gente ríe, canta, baila, llora, bebe, da palmas y sin moverse demasiado de su posición —la multitud tampoco lo permitiría— se libera por un ratito de sus pesares de la vida real. Nadie le quita ojo al Haro, que ahora ya arde alegremente. Cada vez que un trocito de madera ardiendo se desprende del tronco, en la plaza se produce un tremor colectivo. La celebración continúa y a las bolas de fuego le siguen los bailes tradicionales alrededor del *Haro*. Mis piernas se mueven solas al ritmo pegadizo y alegre que sale de los altavoces del escenario.

Suenan las once en la plaza y ahí siguen los *rondeus*,[8]toda una gesta si tenemos en cuenta que las bailarinas calzan gruesos zuecos de madera. La gente se ha esponjado, han apartado las vallas y ahora uno ya puede moverse libremente por el recinto. Las *groupies* me han acogido en su torbellino y me llevan en volandas de un lado para otro. Las campanas dan las doce y el Haro continúa ardiendo igual de incombustible que los músicos y los periodistas de la televisión local, que ahí siguen, poniendo el foco en los pedacitos de madera en llamas que caen del tronco entre una nube de chispas. A cada desplome de brasas hay una ovación de la multitud al unísono. Nadie le quita ojo al leño en su trágico final. No ha vuelto a llover, santo mediante.

Pasada la una de la madrugada, la fiesta es ya casi exclusiva de los autóctonos. Serán ellos, alentados por la tradición atávica de sus ancestros y con la inestimable ayuda del *vin caud*, quienes se quedarán

hasta el último estertor del Haro. Hasta las cenizas.

Románico para la resaca

Las campanas tocan a misa en Les y yo sigo en la cama, bajo mi edredón de viscosa con estampado de flores. Ese también es uno de los sutiles placeres del Pirineo: cuando en el resto de la península se abrasan en verano, aquí por las noches hace falta colcha y pijama.

A las doce justo están abriendo el restaurante que queda detrás del hotel y los camareros se afanan a vestir las mesas de la terraza porque hoy es uno de esos festivos de resaca que se supera a base de proteínas, hidratos de carbono y azúcares, y van a tener faena. Precisamente a eso vengo yo en ayunas: a ver si me quito la desazón estomacal. En Eth Corneret de Les —un clásico de la cocina nativa del Aran— tienen todas las mesas de la terraza reservadas, pero me ofrecen asiento en el interior junto a la ventana. De primero dudo entre la *escalivada* con anchoas y los canelones de setas; entre los segundos no me decido entre el cordero del valle y los *peus de porc*...[1]que sean la primera y los últimos, va. Y agua, por favor. A litros.

Hoy será —tiene que serlo— uno de esos días de transición en el que pretendo hacer poco: visitar a lo sumo un par de *glèises* románicas que no estén muy lejos, y eso después de la siesta. Cuando me traen el segundo plato y me preguntan qué va a ser de postre —hacía tiempo que en un restaurante no me trataban con tanta amabilidad— ya empiezan a llegar clientes al local. Algunos van de punta en blanco, como mandan los cánones cuando es *festa major*. En la mesa contigua se sienta un grupo de mujeres de más o menos mi edad ornadas con tafetanes, encajes, zapatos de tacón y maquillaje para tapar la falta de sueño. Me siento fuera de lugar con la cara lavada y el forro polar, así que apuro rápidamente el flan con nata y regreso discretamente a mi edredón de flores.

Escunhau, en el Mijaran, es lo más lejos que voy a llegar hoy desde Les. La portada de su iglesia de Sant Pèir es uno de mis lugares favoritos del mundo románico y no porque sea una de las obras

caudales de la escultura medieval, sino por todo lo contrario. En general pasa desapercibida porque entre otras cosas ni es magnífica ni se incluye en las grandes rutas del románico catalán pirenaico en las que sí están (solo faltaría) Arties, Salardú, Bossòst, Taüll, La Seu d'Urgell o Ripoll, entre otras. A mi entender, la magia de Escunhau radica en lo tosco de sus figuras, en sus desproporciones y en su sencillez infantil. Las facciones de los personajes que decoran los capiteles y el Cristo en el tímpano son poco más que líneas y puntos, quizá porque el autor no daba para más o quizá porque consideró que con aquello el mensaje ya quedaba claro. El conjunto se remató con ajedrezados parecidos a los que vi en las iglesias de Navarra y Aragón.

Ya sabemos que en el mundo nada es inmutable, pero cuando miras de cerca estas caras primitivas labradas en piedra te das cuenta de que ellos sí lo son: son eternos. Ahí siguen, impertérritos, intactos, tal cual los tallara un *artifex*[2]anónimo en el siglo XII, cuando a casi nadie le importaba saber el nombre del escultor que decoraba sus iglesias, algo que ya no sucede en la época moderna, donde los artistas son célebres y se cotizan (ahí tenemos a Chagall en la catedral de Reims o a Barceló en la de Palma). Pero el picapedrero de Escunhau no se resignó a ser olvidado y en una pila bautismal de la iglesia grabó su autorretrato, arcaico, amorfo, con una herramienta en cada mano. Él consiguió la inmortalidad por duplicado: la de seguir ahí mil años después y la de concentrar en cuatro simples trazos, como hacen los *emojis* de WhatsApp, la más básica expresión del rostro humano.

La primera vez que me enamoré de esta portada no fue aquí, sino viendo una imagen tomada por Adolf Mas Ginestà, un fotógrafo catalán que en 1915 recibió el nada desdeñable encargo de retratar todo (y todo es todo) el patrimonio de la península ibérica para la muestra *El Arte en España*, que se iba a presentar en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Era un trabajo con entrega a muchos años vista, y acabaron siendo catorce, lo cual no está nada mal para un momento en el que desplazarse entre Barcelona y Sevilla no se hacía en una hora y media de avión o, más difícil todavía, cuando llegar a los pueblos del Pirineo requería de mula y porteadores. Para llevar a cabo aquel faraónico Repertorio Iconográfico de España, Adolf Mas tuvo que subcontratar a decenas de fotógrafos a razón de 0,75 pesetas por cada negativo. Se dibujaron mapas detallados de cada provincia, se marcaron líneas de actuación,

se fijaron estrictos planes de trabajo, se hicieron estimaciones de gastos y se redactaron peticiones de permisos por miles. Hay que pensar que el invento de la fotografía había supuesto toda una revolución en los estudios y en la divulgación de la historia del arte, que hasta la fecha se había basado en dibujos más o menos fieles de los monumentos.

La doctora en culturas medievales Carmen Perrotta, en su tesis sobre el Archivo Mas, cuenta que en la documentación de las campañas egipcias, en las que antes de la invención de la fotografía debían reproducirse miles y miles de jeroglíficos, de repente un solo hombre con una cámara podía cubrir él solo el trabajo de toda una legión de dibujantes.

La gesta de Mas y sus colegas de profesión durante aquellos catorce años y pico, unida al material resultante de otros encargos simultáneos y posteriores —como el que recibió del arquitecto Puig i Cadafalch para documentar todas sus obras o la misión arqueológica encargada por el Institut d’Estudis Catalans para fotografiar el patrimonio románico del Aran y la Vall de Boí— se vería reproducida durante décadas en enciclopedias, material académico y tarjetas postales. Postales como las que llegaron a mis manos aquel día, hace ya años, que visité la Fundació Institut Amatller d’Art Hispànic, ubicado en la Casa Amatller, el puro corazón de la Barcelona modernista. Allí, entre los 358.679 clichés que componen el archivo, encontré, casi por casualidad, las once instantáneas dedicadas a la muy modesta Sant Pèir d’Escunhau. Y me enamoré de ella para siempre.

Después de la visita, empiezo el regreso a Les. Paso de largo de esa Vielha que en los días festivos tiene las terrazas y los *parkings* públicos hasta la bandera y paro en Arròs. Se nota que quienes tienen residencia vacacional han venido a pasar el puente de Sant Joan, pues hoy hay más agitación automovilística de lo habitual. La presencia de coches también se debe a que desde Arròs sale la pista que conduce a la cascada del Saut deth Pish,[3]el recurso turístico líquido más bonito del Aran, con perdón de aquellos Uelhs deth Joeu,[4]cuyas aguas proceden del glaciar del Aneto para acabar vertiéndose desordenadamente en Artiga de Lin.

Arròs también tiene su iglesia románica, que no lo parece porque se reformó muchas veces —hasta le añadieron un curioso campanario

octogonal— y sus muchas casas de típica arquitectura aranesa con una excentricidad que salta a la vista: la casa fuerte del Senhor d'Arròs, una magnífica mansión de la época en la que aquí mandaban los *bailes*, los representantes del rey en cada pueblo. Encajada en pleno centro en una modesta aldea de montaña, esta imponente residencia neoclásica decorada al estilo Luis XVI está como fuera de lugar. La poderosa familia que la construyó —los Ademà Subirà— acabarían vendiéndola al ayuntamiento por trescientas mil pesetas en los años cincuenta del siglo XX, tras lo cual el consistorio montó sus despachos en la planta baja y alquiló los pisos superiores a las familias trabajadoras de las hidroeléctricas. Después de aquello, el edificio fue de todo: caserna de la Guardia Civil, escuela municipal, establecimiento hotelero e incluso set de rodaje, pues en ella se rodaron varias escenas de la película *Aquella joven de blanco* (1964), que narra la vida de Bernadette Subirous, quien, recordemos, tuvo dieciocho visiones marianas y hoy reposa incorrupta en el convento de Nevers.

Hoy es festivo y la Casa deth Senhor tiene el cerrojo echado, pero recuerdo que la última vez que vine para hacer un reportaje vi salir de aquí al *síndic* d'Aran y al *president* de la Generalitat, ya que el antiguo comedor de la vivienda se usa hoy como Sala de Plenos del Conselh Generau d'Aran. Cuando estuve aquí hace unos meses no fue para cubrir noticias políticas ni para fotografiar este edificio de corte parisino en su extraña ubicación pirenaica, sino porque entre estas cuatro paredes se custodia un objeto que es desconocido para la mayor parte de la humanidad, pero que resulta clave para las gentes de este valle: la Querimònia. Es un pergamino de piel de ternero curtida de exactamente 79 × 59 centímetros con veintidós artículos escritos en latín con letras góticas. Lo tienen bajo llave en la parte más alta de la casa, en lo que aquí llaman el *humarau* (la buhardilla, para entendernos).

Puede parecer insignificante a simple vista, pero con este documento redactado el 23 de agosto de 1313 por el rey Jaume II de Aragón se ponían por escrito usos y costumbres de la Val d'Aran que en cierto modo siguen vigentes aún a día de hoy. A cambio, los araneses se comprometieron a pagar al rey una unidad de trigo (*galin reiau*) y a mandar hombres a las campañas militares si así lo pedía el rey. La Querimònia es, en definitiva, la base de las libertades del Aran,

el referente jurídico de sus habitantes durante más de siete siglos. En ella se contempla, por ejemplo, el derecho al libre uso comunal de los bosques para cazar y también para extraer madera para la leña, para la construcción y para hacer —ya lo sabemos— los Taros / Haros de las Hèstes deth Huec.

Durante mi visita, Mari Pau Gómez, la técnica del Archiu Generau d'Aran, preceptivamente enfundada en su bata y guantes de algodón blanco, extrajo la Querimònia del archivador con sumo cuidado y me dejó fotografiarla desde todos los ángulos posibles. La archivera también me mostró muchos otros documentos, pliegos, libros y bibliotecas enteras que habían pertenecido a familias pudientes del Aran. Fue impactante ver aquellas páginas amarillentas escritas a mano y todos esos volúmenes que debieron salir de las primeras imprentas europeas. Allí, en una minúscula aldea del Aran, bajo llave, en estanterías móviles y a temperatura controlada, se protegían ejemplares del 1500 que habían sido rescatados *in extremis* de la humedad y de las mordeduras de rata. Ni con guantes me atreví a tocarlos.

Lo cierto es que en este oficio de periodista, y como parte de esa labor de ir a la raíz que tenemos quienes tratamos de contar cómo es el mundo y qué pasa en él, he tenido el privilegio de poder acceder a muchos lugares maravillosos que habitualmente están vetados al público general. Y de entre todos esos espacios reservados a unos pocos —a saber, los domicilios de importantes personalidades públicas, los *backstages* de teatros o desfiles, las salas de máquinas de las más diversas industrias, desde la quesera hasta la aeroespacial, o las cámaras frigoríficas de los chefs más reputados, entre otros extraños lugares—, siempre me ha seducido especialmente poder colarme en los almacenes de los museos. Los conservadores de las colecciones más variopintas me han abierto las puertas del cielo cada vez que han accedido a mostrarme esas salas para las que se requiere un permiso especial. Situadas normalmente en los sótanos, son lugares dignos de los sueños húmedos de Indiana Jones y están repletos de estanterías, archivadores, armarios, peines, gavetas, bolsas o cajas convenientemente etiquetadas que ocultan todas las piezas que por alguna razón no se muestran al público. El volumen de objetos en ellas suele ser ingente si tenemos en cuenta que en las paredes o vitrinas de algunos museos solo se exhibe un 10 por ciento de la colección total.

He visto muchas salas de depósito en todo el mundo, como aquella del New Orleans Jazz Museum, donde pude sostener una de las primeras trompetas de Louis Armstrong; o la del Museo de Leymebamba, en Perú, donde estaban realizando tareas de conservación a unas momias de bebés milenarias cuya visión me llevó al borde del desmayo. Y aquella otra, en el Svalbard Museum, en Longyearbyen, donde tenían una de esas máquinas Enigma con las que los alemanes del Tercer Reich codificaban sus mensajes durante la Segunda Guerra Mundial. Su conservador incluso habló en voz baja cuando me la mostró enfundada en plástico de burbujas, como si poseerla fuera un secreto de Estado aún hoy… En definitiva, «he visto cosas que no creeríais», como decía aquel replicante de *Blade Runner*, pero sigo emocionándome con ello incluso en estos modestos archivos locales donde guardan libros de salmos mordisqueados por las alimañas.

Cuando llego a Les, ya a última hora de la tarde, la fiesta se ha apoderado de nuevo de las calles. Llueve a cántaros, y mientras muchos se refugian con sus vinos bajo los toldos de las terrazas, muchos otros bailan como poseídos a la intemperie al son de una batucada. Mis incombustibles amigas de ayer por la noche cierran la *corrua* empapadas como pollos y al verme tratan de animarme para que me una a la danza, que es altamente caótica y de gracia desigual en función de los gramos de alcohol que haya en la sangre de sus ejecutores. No me apetecen más lluvia ni más vino ni más decibelios, por lo que me disculpo de mis colegas de juerga y me dirijo directa al hotel donde me voy a enclaustrar —con tapones en los oídos— hasta mañana por la mañana.

Catorce ochomiles y una *òlha* aranesa

Salardú se ve deprisa, pero se olvida muy poco a poco, como dijo Josep Maria Espinàs. Tiene una iglesia románica esplendorosa que aparece en las guías *Lonely Planet* y un refugio, el Rosta, que ya estaba aquí cuando los primeros pirineístas en el siglo XIX decidieron que sería una buena idea explorar estas montañas.

Cuando llego a primera hora, su posadero desde hace más de cuarenta años, Manel Rocher, ya está sirviendo cafés a los parroquianos. A él y a su esposa Maria Àngels los conozco de otras ocasiones en las que estando de pateo he recalado aquí para sopa y cama. El establecimiento es un clásico cuando uno recorre el GR-11, y por sus sábanas han pasado desde reyes (como Alfonso XIII, de quien tienen un retrato en la entrada) hasta cartógrafos ilustres (mi estimado Franz Schrader), así como caminantes anónimos de todas las condiciones y nacionalidades posibles. Podríamos decir, en definitiva, que en su travesía de los Pirineos han desfilado frente al Rosta desde Jean Bepmale —el primer hombre que, en 1906, recorrería la cordillera de extremo a extremo en treinta días— hasta Kílian Jornet, que en 2010 cubrió la misma gesta en tan solo ocho jornadas.

—Ponme dos paquetes de Camel y un carajillo —pide un joven que acaba de entrar y que a juzgar por la petición no está recorriendo el GR-11.

Me siento con mi té, el segundo que tomo hoy, en un rincón de este establecimiento que a la vez ejerce como refugio, como estanco, como bar, como restaurante y como museo del pirineísmo, pues uno de los comedores de la planta baja se habilitó para ello con plafones informativos y material técnico de los de antes, así como numerosas fotografías, publicaciones y mapas antiguos.

—Parece que se ha animado el cotarro estos días, ¿no? —le pregunta el recién llegado al guarda.

—Bueno, durante los puentes siempre hay más ambiente…

Los hombres continúan conversando y yo escucho discretamente

desde mi mesa sin intervenir. El matrimonio está pensando en jubilarse y Manel le pregunta al cliente si conoce a alguien que quiera seguir con el refugio. Ellos ya están cansados.

Vaya, sería una pena que este lugar perdiera su esencia pretérita, esa pátina y esa solera genuina que Maria Àngels y Manel han sabido perpetuar. Porque el Rosta es un verdadero refugio de los de antes, donde todavía puedes hacer la reserva por correo postal. Conserva cabeceros de madera maciza y lavamanos junto a las camas, y como en todo refugio de montaña hay también esas clásicas habitaciones compartidas donde cada uno se apaña en su colchón con su saco de dormir rezando para que sus vecinos de espacio no sean grandes roncadores. El museo que instalaron en la planta baja trasciende los dominios de las cuatro paredes que lo acogen, y por todo el local, escaleras arriba, también se acumula el mobiliario antiguo, los viejos bastones de andar y las guías de viaje de 1900. Todo muy auténtico y muy instructivo. La primera vez que vine aquí aprendí, por ejemplo, que en el Pirineo hubo oficios como el de mendicante, que recaudaba limosna para los hospicios; el de porteador del hielo, que se extraía de los neveros; o el de adiestrador de osos, el *orsalhèr*, que viajaba de pueblo en pueblo con la fiera atada de una argolla en la nariz. Durante mi segunda estancia en el Rosta, Manel me regaló esa vieja *Guide Diamant* de P. Joanne de 1883 que todavía consulto de vez en cuando para constatar que algunas rutas no han cambiado tanto (o nada).

Mientras escucho de fondo las conversaciones del bar miro la *app* para ver qué distancia hay entre el Plan de Beret y el pueblo abandonado de Montgarri. Hace años cubrí ese trayecto llevando un trineo tirado por perros, pero esta vez voy a subir paseando tranquilamente, porque, total, hay poco más de una hora de camino. He quedado para comer en el refugio de Montgarri con Edurne Pasaban, la primera mujer en coronar los catorce ochomiles del planeta y mi referente alpinista de todos los tiempos. Aunque la idea inicial era subir juntas algún monte, finalmente la previsión climatológica nos ha hecho cambiar de idea. En fin. A día plomizo siempre se agradecen una chimenea encendida y una buena *òlha* aranesa.[1]Mando un wasap a Edurne para quedar en hora, pago el té y me dispongo a salir del Rosta con la esperanza de que la próxima vez que pase por aquí los nuevos posaderos no hayan reconvertido demasiado este santuario pirenaico.

—¿Conoces a alguien que quiera llevar un refugio? —me dice Manel a modo de despedida.

—En otro momento de mi vida yo misma me hubiera postulado para ello —le digo—, pero ahora mismo sería complicado. Daré voces y si me entero de alguien de confianza te aviso. Buena suerte.

Me pongo al volante. Dejo atrás Salardú y también Unha, que presume de pinturas románicas y tiene un cementerio salpicado de maquis; cruzo ese Tredòs donde Josep Maria Espinàs y Camilo José Cela vieron desfilar un funeral y dos curvas después de los chalets de Baqueira entro en una niebla densa y opaca. Conduzco por curvas cerradas a veinte por hora sin visibilidad alguna y cuando estoy llegando al Plan de Beret las nubes de repente se disipan y aparece una estampa digna del óleo de un paisajista del siglo XIX. La niebla parece huir monte arriba enredándose entre los abetos y los rayos de sol se cuelan entre las nubes, dando una extraña sensación estroboscópica. El paisaje es sublime, grandioso. Solo le falta un caminante pintado por Caspar David Friedrich.

Aparco junto a unas vacas, cargo la mochila y me pongo a andar por esta pradera que siempre he visto en blanco y que hoy luce un verde brillante, recién estrenado.

A esta escena le pega algo de música kilómetro cero y para cuando me adentro en el bosque de pino negro del Tuc deth Dossau, en mis auriculares ya suena la voz amable de Alidé Sans, una popular artista nacida en Bausen que canta en lengua occitana. La descubrí en las fiestas de Les y ese *arriu* al que dedica sus canciones bien podría ser esta Noguera Pallaresa que nace aquí arriba para verterse en el río Segre 154 kilómetros más allá. Viendo sus modestas dimensiones y su plácido fluir, cuesta creer que esta sea la misma Noguera desbocada que más abajo hace soltar adrenalina a quienes practican *rafting* en Llavorsí.

Camino lentamente pisando piñas al son de la guitarra de Sans y un par de kilómetros más allá una borda medio destruida me anuncia que ya estoy llegando. De aquel Eth Pòble de Montgarri que se abandonó allá por los años sesenta solo quedan algunos muros que agonizan, pero más arriba está el santuario, el antiguo hospital del municipio de Salardú, que fue recuperado junto con la rectoría para albergar lo que hoy es el Refugi Amics de Montgarri. Fueron dos vecinos de Salardú, igual que aquellos Amigos del Serrablo que conocí

en Sabiñánigo, quienes de manera desinteresada y por no perder el legado de sus ancestros se arremangaron y se pusieron manos a la obra con ello.

Las vacas bloquean la entrada y, tras una negociación silenciosa en la que no tengo ganas de perder —hace una semana uno de estos animales arrolló a una senderista—, consigo acceder al patio del refugio. Ya en el interior, Edurne, que viste vaqueros y una tercera capa de azul turquesa intenso, conversa animadamente con los guardas del establecimiento, con quien comparte una estrecha amistad. Nos saludamos, dos besos, comentamos el clima, hablamos de lo poco que queda de Eth Pòble, de que pediremos ensalada y *òlha* aranesa y de que hubiera estado bien hacer alguna cima hoy.

—Sopla demasiado fuerte arriba. Hoy está el día demasiado revuelto para salir de excursión —sentencia la alpinista.

—Tu conexión con los Pirineos es inmensa, ¿verdad? —le digo.

—¿Sabes qué pasa? Que yo he mamado «el Piri» desde pequeña. En el País Vasco hay mucha tradición de salir al monte, y desde que éramos muy críos nuestros padres nos han llevado a caminar. Al final todo esto es una cuestión de orografía, ¿sabes? Porque, claro, si vives en las montañas es fácil que te acerques al medio. Y además mis padres en aquella época eran muy aventureros. Cogían la tienda de campaña y todos los veranos los pasábamos en los Pirineos. En aquellas vacaciones familiares yo ya empecé a sentirme atraída por las alturas.

—O sea, que desde muy pequeñita ya te llamaban la atención las cumbres.

—Sí, sí, de hecho, mi madre se quedaba con nosotros abajo mientras mi padre subía, y yo siempre preguntaba por qué no podíamos ir con él. Así que luego ya con más edad me apunté a un club de montaña, el Oargi Mendi Elkartea de Tolosa, y ahí sí que ya empecé a dar los primeros pasos por libre. Todos los fines de semana salía un autobús del club hacia los Pirineos para hacer los clásicos: primero los dosmiles, después los tresmiles…

—¿Y cuántos años tenías en esa época?

—Pues catorce o quince. Tuve la suerte de que mi familia me dejaba ir con gente que me doblaba y me triplicaba la edad, y así pude empezar a moverme por mi cuenta en este ambiente. Yo conecté con los Pirineos desde el primer día —prosigue Edurne— porque entendí

que aquí yo podía expresarme tal cual era. Yo era una niña supertímida, muy introvertida, y el Pirineo y lo que vino después me han llevado a ser lo que soy y abrirme al mundo. Sí, sí, yo claramente he forjado mi carácter en las montañas. En ellas, aunque suene a tópico, siempre me he sentido libre.

Nos traen las bebidas, un cesto con pan y dos generosas ensaladas en platos de loza blanca. A un lado también nos dejan una fuente con quesos, paté, pepinillos y piparras. En el mismo momento en que llega la comida, un adorable perrito blanco se coloca estratégicamente a nuestros pies con mirada suplicante. En la mesa contigua un grupo de guías de montaña (lo deduzco porque todos llevan el mismo forro polar) rinden buena cuenta de unos chuletones y discuten en aranés. El perrito, cansado de que nuestros vecinos le ignoren, ha decidido probar suerte con nosotras, aunque comamos ensalada.

—Y después de todos estos años escalando en los Pirineos y en los Alpes, y de haber coronado los catorce ochomiles del planeta, ¿cómo ves que ha cambiado el modo en que nos acercamos a las montañas?

—Bueno, para empezar en la indumentaria. ¿Tú no te acuerdas de esos pantalones de pana de media caña que se llevaban con calcetines largos y que eran como una imitación de los tiroleses? Pues yo en verano siempre tenía la marca del moreno en las rodillas. ¡Era horrible! Y en invierno, ¡íbamos a la nieve con katiuskas!

»Y recuerdo todavía la primera térmica que me regalaron porque por aquel entonces las térmicas no existían: te llevabas esos jerséis de lana gorda de oveja que te había hecho tu abuela. Si piensas ahora cómo hacíamos montaña antes es de locos, pero, bueno, así es como empezamos y por eso también vivíamos las ascensiones de otra forma. Lo cierto es que esto es un proceso, nadie hace grandes cosas porque sí.

—Ahora eso es impensable. Estamos en la era de Decathlon, en la que todo el mundo lleva material supertécnico y de última generación.

—Pues sí. Los jóvenes de hoy lo tienen un poco más fácil con eso. Aunque te voy a decir una cosa: durante las expediciones al Himalaya esos jerséis de lana han ido conmigo. Me los ponía para estar en el campo base, porque es cierto que abrigan, aunque pesan que te mueres y no se secan ni en días...

—Yo no fui al Himalaya, pero subí la Pica d’Estats con uno de

esos. Creo que esa prenda pesaba como dos kilos y encima olía a oveja vieja… pero también es cierto que era indestructible.

—Olían fatal, ¡es verdad! Otro cambio muy significativo que he notado con los años es el número de personas que se acercan al medio. Antes al monte subían los pastores y cuatro frikis, cuatro *colgaos* a quienes nos gustaba subir picos. Ahora va todo quisqui. Y es positivo que la gente vaya a la montaña, porque nos transmite unos valores y una forma de vivir que creo, personalmente, que nos hace mejores personas.

—Pero también es cierto —le digo— que en algunos lugares la masificación se ha vuelto insostenible y la pregunta que siempre me asalta es: si en el Pirineo central hay cerca de doscientos tresmiles, ¿por qué la gente sube solo a diez?

—El tema es que parece que solo puntúan el Aneto, el Balaitús, el Monte Perdido… y si no has hecho esos parece que no has hecho nada, pero luego hay mil cumbres más donde no vas a encontrar a nadie y que seguramente van a ser más bonitas. Aquí otra de las reflexiones que hay que hacer es: ¿por qué motivo sube la gente a las montañas? Creo que hay quienes encuentran la motivación en hacer una colección de picos, y también hay muchos que han perdido el norte por querer mostrar sus logros en las redes sociales y para ello hacen cosas locas. Yo he visto a padres con niños pequeños escalando cumbres y metiéndose en corredores en los que a mí me daría respeto entrar para luego decir que sus hijos con tantos años ya han hecho tal cosa, o los que se creen Kílian Jornet y suben y bajan de un tresmil en dos horas y si pueden en menos. Por no hablar de los que hacen cola en la cima del Everest porque simplemente pueden pagarlo… Pero, vaya, a mi entender eso no te lleva a ninguna parte, eso no te va a cambiar la vida. A mí no me ha cambiado la vida subir los ochomiles, algo que por cierto hice porque se engloba dentro de mi faceta profesional, pero que nada tiene que ver con lo que son las montañas para mí. Y, ojo, me siento una privilegiada por haber vivido el Himalaya como yo lo viví, porque subí al Makalu y no me encontré a ningún occidental en todo el camino. Bueno, en realidad, a casi nadie… Soy afortunada de haber podido vivir eso.

El guarda echa un par de troncos al fuego, recoge los platos y trae la *òlha* aranesa, el orgullo culinario de este valle y con razón. Deja sobre la mesa el recipiente de barro (la *òlha*), el cucharón y dos

escudillas para que nos sirvamos a placer mientras el perro sigue impertérrito, clavándonos la mirada. Ante el aroma del cocido, el animal no puede evitar emitir un ligerísimo gemido. Entre cucharada y cucharada pienso que la gente de nuestra generación aprendimos a hacer las cosas de cierta manera, pero para las personas que hoy tienen quince años la montaña es otra cosa. En nuestros comienzos ibas con un mapa de papel, un jersey de lana de oveja y cuando alcanzabas una cumbre muchas veces no te hacías ni fotos porque tampoco iban a llegar a ninguna parte, pero ellos han nacido en la era de Instagram, de Wikiloc y de Straba, tienen ropa técnica para cualquier situación, referentes como Picas o Jornet y muchos tendrán normalizado hacer cola para acceder a una cima como quien espera para entrar en el cine. Para ellos la montaña será siempre esto. Es igual de válido y, a mi entender, mucho mejor en algunos aspectos.

Edurne, que también se ha quedado como ensimismada en sus recuerdos, mirando fijamente el canasto de pan, vuelve a mí diciendo:

—Qué tiempos, ¿eh? Parecemos dos señoras mayores rememorando batallitas…

—Bueno, ya tenemos una edad, es lo que hay —admito—. Oye, ¿y adónde vas hoy cuando sales al monte?

—Pues voy allí donde me propongan mis amigos, porque ahora mismo valoro más con quién salgo que lo que vamos a hacer. Como siempre he hecho fuera de mi entorno profesional, me da igual si subimos a un dosmil o a un tresmil, porque yo de lo que disfruto es de ir con esa persona. Y lo mejor es que vamos y eso se queda ahí, para nosotros solos, no hace falta que lo proclamemos a los cuatro vientos. He vuelto un poco al punto en el que empecé, cuando escalabas una arista y de eso solo se enteraban tus cuatro colegas del club y como mucho el guarda del refugio, que estaba pendiente de que volvierais antes de anochecer.

—¿Y hoy? ¿Dónde hubiéramos ido si nos hubiera acompañado el tiempo?

—Pues, mira, aquí en la Val d’Aran a mí me gusta mucho el Tuc de Salana, que es un dosmil y pico precioso y suele estar bastante tranquilo… Ya sabes, en este valle el pico de referencia es el Montarto y casi todo el mundo sube al mismo.

Terminamos la comida y nuestro amigo peludo, ya convencido de que hoy no va a caerle nada, se acomoda para dormir junto al fuego.

La sobremesa se alarga con los cafés y a la mesa se sientan los guardas del refugio, con quienes seguimos conversando —yo desde mi muy humilde experiencia— de cumbres, de ética montañera, del proyecto solidario de Edurne en Nepal, de la Val d’Aran... Fuera no llueve, pero el día se ha puesto más que plomizo y el paisaje ha dejado de ser un óleo de Friedrich para tornarse un brumoso lienzo de Turner, por lo que decido despedirme y afrontar mi caminata hasta el coche. Nos decimos que queda pendiente ese Tuc de Salana, nos hacemos unas fotos para la posteridad que nadie sube a Instagram y emprendo el camino de regreso al ritmo de los acordes de la dulce Alidé Sans.

Nunca heredamos la tierra

Sobre el mapa, el camino que deja atrás la Val d'Aran y baja por el Port de la Bonaigua son dos líneas azules que discurren paralelas dibujando una cenefa ondulada. Los dos trazos avanzan casi tocándose y se cruzan a la altura de Llavorsí para separarse definitivamente un poco más allá de Sort. Sobre el terreno, la línea más fina dibujada en azul pálido es esa Noguera Pallaresa que vi nacer en el Plan de Beret y la más gruesa es su hermano siamés de asfalto, la C-13, desde la que se contemplan embalses, centrales hidroeléctricas, deportistas de río, municipios con techos de pizarra, administraciones de lotería que han hecho millonarios a muchos y también árboles, ingentes cantidades de árboles de ribera: fresnos y chopos que en primavera lo ponen todo perdido de pelusa blanca para horror de los alérgicos. Más allá del pueblo de la lotería —y también del *rafting* y de la *girella*—[1]la C-13 se convierte en esa N-260 que el Ministerio de Fomento bautizó como Eje Pirenaico. La nacional llegará hasta la mediterránea Portbou, pero yo me desviaré un poco antes de La Seu d'Urgell para visitar la tierra de mis ancestros.

Organyà es un pueblo pegado a una carretera, que presume de parapente y de homilías (en 1904 encontraron en la rectoría los documentos más antiguos escritos en *català* que se conocían hasta la fecha), pero que para la mayoría de los mortales se reduce a un mero lugar de paso cuando subes o bajas de Andorra en el que solo paras para comprar *fuets*. Todos esos viajantes en ruta son clave para la economía de esta localidad que conserva un número ingente de restaurantes y bares más o menos casposos en los que por un módico precio y bajo la atenta mirada de un jabalí disecado te puedes poner tibio de carne a la brasa, canelones o manitas de cerdo. Organyà no tiene esa belleza objetiva y universal que proclamaba Immanuel Kant. Digámoslo todo: es más bien feíta, pero tiene un entorno natural que quita el hipo y una ruta de dólmenes extraordinaria que no se conoce y que justo ahora se está empezando a balizar.

Y absolutamente nadie se detiene para visitarlo, pero Organyà tiene también un cementerio que es muy especial, muy fotogénico, podríamos decir. No es Père-Lachaise, está claro, pero en su patio central los finados conviven bajo un sembrado de cruces de metal roído por el óxido y de montículos de tierra sin nombre de los que simplemente sobresale una flor de plástico. En el camposanto hay también una fosa común con los cuerpos de los treinta soldados republicanos sorprendidos por la bomba que cayó en la población el 1 de diciembre de 1938 y todo ello se extiende bajo cipreses de diámetro considerable que te acribillan con sus semillas esféricas cuando el viento sopla fuerte, algo que sucede con frecuencia en esta zona. El conjunto es bello por rústico. Y otro detalle de este lugar: muchos de los que descansan aquí se llaman Ubach además de otros tantos que son Obach y Obac. Y es que en el Alt Urgell y en Andorra mucha gente comparte estos apellidos que, probablemente originados en una misma familia, se escindieron por arte y obra de los párrocos o los registradores que antaño escribían los nombres de oído.

Desde Organyà sale un camino rural que conduce a la Vall de Cabó, un reducto de vida pastoril al que todavía no ha llegado el hormigón de las segundas residencias, y donde la gente sigue viviendo del campo a pesar de un clima que es áspero tanto en verano como en invierno. Aquí, entre ovejas y sembrados a los pies de la Serra de Boumort nació mi abuelo, Pere Ubach, el 29 de junio de 1909. El mismo año en que Ernest Shackleton alcanzaba en la Antártida el punto más al sur jamás explorado, que en un cine de Brighton se exhibía la primera película en color de la historia y que en una España convulsa se declaraba la Guerra de Melilla y se producía en Barcelona la Setmana Tràgica, mi antepasado vio las primeras luces de la vida en una pequeña aldea llamada El Pujal. La casa que le vio nacer, Cal Pep, sigue ahí, al lado de una capilla destartalada y de cuatro casas de pueblo que por suerte se han ido arreglando, porque hasta hace bien poco algunas se caían. Mi abuelo Pere nació feliz en este entorno pirenaico, pero nunca estuvo en el bando de los vencedores.

Para empezar, fue el segundo hijo de una familia que, como todas las de la época en los territorios en los que se aplicaba el derecho civil catalán, preservó la unidad del patrimonio familiar en manos del primogénito, el *hereu*.[2]Así, aquella casa de El Pujal, con sus gallinas, sus mulos y sus campos de cereal, quedaron para su hermano Antonio

mientras que él —el *cabaler*—[3]se vio obligado a buscarse la vida por su cuenta y riesgo. Así, a los dieciséis años, el abuelo Pere, con cuatro pertenencias pueblerinas en una maleta de cartón, se plantó en Barcelona sin entender castellano para ganarse la vida como camarero en varios bares y casas de comidas. Mis padres conservan una foto suya en la que se le ve repeinado con gomina, luciendo un impecable traje blanco nuclear con pajarita negra y Lito en ristre. Se le ve orgulloso, mirando a cámara con solemnidad, apoyado en la barra del establecimiento en el que se empleó para servir cafés suizos a las elegantes damas y caballeros que acudían a los teatros del Paral·lel. Allí estaba él, lejos del pueblo, ganándose los cuartos y aprendiendo castellano de los clientes mientras en el Tívoli programaban zarzuelas de Rafael Millán y en el Gran Teatre del Liceu se representaba la ópera *Pepita Jiménez*, de Isaac Albéniz.

Mi abuelo Pere debió de ser relativamente feliz en la Barcelona de su juventud hasta que estalló la Guerra Civil y fue llamado a las filas del bando republicano para luchar en la batalla de Teruel. Otra maleta (esta vez petate) y otro viaje en dirección sur para combatir en una contienda que —hoy lo sabemos— acabó como el rosario de la aurora para las brigadas republicanas. Pero el soldado Ubach por una vez tuvo suerte, la mayor de su vida, porque una herida de mortero en el pie hizo que le devolvieran a la ciudad condal en ambulancia semanas antes de las últimas ofensivas franquistas. Lejos del fuego de artillería y de los bombardeos, mientras sus compañeros acababan esparcidos en trocitos por los suelos de Aragón, mi *iaio* Pere regresó a l’Alt Urgell junto a sus padres y hermano para convalecer de sus heridas.

Cuando llego a El Pujal, en el pueblo solo se escucha la jarana de las gallinas de un corral. Todo está inmóvil excepto por un caballito de plástico con ruedas y sin jinete que circula calle abajo arrastrado por el viento. Veinticuatro habitantes no dan para mucho y hoy deben estar todos a sus tareas, porque por las calles no se ve ni un alma.

Cal Pep de los Ubach sigue ahí, pegada a la capilla de la Mare de Déu de la Concepció y a una inmensa pila de troncos que alguien ha preparado mañosamente para afrontar mejor el próximo invierno. Bajo el balcón hay una puerta de apenas un metro de altura que daba acceso al espacio donde según recuerda mi padre —también Pere— se guardaba el grano y junto a la cual se aparcaba al burro atado a un

carro que ejercía de taxi familiar cuando llegaban visitas de fuera y se las tenía que ir a buscar a la parada de autobuses de Organyà. En la casa nunca tuvieron baños, por lo que cuando a uno le entraba el apretón debía correr a la era que había detrás del oratorio para aliviar sus necesidades. Hoy Cal Pep —que a juzgar por su exterior se ha restaurado lo justo— pertenece a los Ubach que quedaron en la línea sucesoria del *hereu*, es decir, a los primos de mi padre.

Sin nadie a quien preguntar a la vista, hago una foto de la casa cerrada a cal y canto y regreso a Organyà para comprar unos *fuets* antes de poner rumbo a Andorra, mi siguiente recuerdo familiar en el mapa.

Hoy la vía que pasa por los pueblos-carretera de Ponts, Oliana y Organyà, y que más arriba sortea La Seu d'Urgell para meterse en Andorra dieciocho kilómetros después, es todo un lujo de asfalto y de rectas que se han ganado al terreno a base de tuneladoras. Pero hace treinta años tardábamos cuatro o cinco horas para cubrir la distancia que desde el Maresme nos separaba de la Vall d'Ordino, pues por aquel entonces la calzada era estrecha, los túneles daban miedo y el pavimento reseguía sin piedad todas y cada una de las curvas que dibujaba la orografía del pantano de Oliana. Eso y que viajábamos siete personas más un perro en un Renault 9.

Durante toda nuestra infancia y parte de la edad adulta subimos a Andorra —pasando por Organyà— dos veces al año en verano y en invierno para alojarnos en un apartamento que mis padres alquilaban en Llorts. Ellos siempre estuvieron vinculados a esta parte del Pirineo y quisieron que también mis hermanas y yo incorporáramos estos paisajes a nuestras vidas, cosa que cabe decir que consiguieron con gran éxito. Muchos de aquellos recuerdos de nuestra infancia se guardan hoy en cajas de galletas danesas que de vez en cuando salen a la luz en alguna celebración familiar. En las fotografías se nos ve a mi madre, a mis tres hermanas, a mi abuela y a mí —porque el fotógrafo era casi siempre mi padre— vestidas con hombreras, flequillos bulbosos, cabellos crepados, calentadores hasta las rodillas, vaqueros más o menos acampanados, anoraks de colores que iban según el año del fosforito al pastel o, aún mejor, vistiendo chándales de *tactel*. La moda y los peinados de tres décadas quedaron plasmados en esas fotos andorranas donde aparecemos retratadas junto a lagos, fuentes, bordas, caballos, muñecos de nieve, puentes románicos, ríos,

plantaciones de tabaco, caminos de montaña, señales de carretera y puertas de iglesias.

En una de mis fotos favoritas se nos ve a mi hermana Pat y a mí inmortalizadas junto a la barrera de la frontera francesa. Sonreímos a cámara situadas a lado y lado de un cartel que reza: «PARA ENTRAR EN FRANCIA CARTA VERDE OBLIGATORIA. SE HACE AQUÍ ANTES DEL CONTROL». El Pas de la Casa era siempre el punto más alejado que alcanzábamos en cualquiera de nuestros viajes a Andorra y aquella foto, igual que cuando hoy posamos en la cima después de una ascensión, representaba la gesta, el logro al final del camino. Hoy nunca me pondría semejante falda de florecitas y mi hermana, que es una intelectual feminista con dos carreras y gusto por la estética metal, menos aún llevaría coletas y rebeca calada; pero la imagen es la esencia de nuestros viajes familiares, esa montaña (ahí se ve el collado de Puymorens) y ese explorar hasta el último confín pirenaico que, en aquella época y para nosotros, se encontraba allí donde un *gendarme* te pedía la Carta Verde.

Dejo atrás La Farga de Moles y entro en Andorra recordando de nuevo a mi abuelo Pere, quien tras recuperarse de sus heridas de guerra nunca más volvería a vivir en El Pujal. Regresó a la capital para conocer a una morenaza espectacular que se peinaba a lo *pin up* y que trabajaba en la Frigo cuando, a falta de congeladores, los helados se conservaban sobre barras de hielo. Así, entre los cafés suizos y los polos almendrados, surgió el amor y se dio continuidad a la estirpe Ubach, entre la que me cuento. Hoy apenas recuerdo a mi *iaio*, pues falleció cuando yo tenía cinco años y todo lo que conservo de él —que no es poco— es esa canción, «baixant de la font del gat, una noia, una noia. Baixant de la font del gat una noia y un soldat»,[4]que me cantaba meciéndome a caballito sobre sus rodillas. Bueno, eso y un apellido pirenaico que reivindico con orgullo, sin darle importancia a que los míos nunca heredáramos la tierra.

Andorra

Andorra-Berlín-quién sabe dónde

La suerte, la hora que era y sobre todo que fuera un día entre semana me libraron ayer de meterme en un atasco bíblico para entrar en Andorra. El país cuenta con 93.135 coches (de media, 1,17 por persona), lo que lo sitúa siempre en los primeros puestos entre los Estados con mayor número de vehículos por habitante del planeta. Por lo que vi en las últimas estadísticas publicadas, en este momento solo le supera otro microestado: San Marino. Las habituales colas procesionarias en los primeros kilómetros de la CG-1 se las comen normalmente 1) quienes entran o salen porque trabajan aquí y viven fuera, 2) los turistas que vienen a comprar y especialmente a esquiar en invierno y 3) el resto de la humanidad que decida subir a Andorra (o salir de ella) en la hora y momento equivocados. Porque todos esos visitantes pueden sumar tranquilamente unos quince mil coches más —en un sábado de temporada alta— que se acumulan sin piedad en una sola carretera a la que no es posible añadir más carriles porque bastante tiene con encajarse entre un río y una montaña vertical contenida por mallas metálicas antidesprendimientos.

Y luego está el control de la aduana que hace la Guardia Civil cuando se viaja en dirección a España, lo que acaba de añadir un puntito más de emoción al trayecto a pesar de que no lleves nada ilegal escondido en el chasis. Hoy Andorra ya no es el paraíso de las ofertas que una vez fue, cuando en los viajes con mi familia, y como tantas otras de este lado de la frontera, nos convertíamos en pequeños contrabandistas y llenábamos el maletero con quesos holandeses, chocolate a la piedra, mantequilla y azúcar para todo el año. Que tampoco faltara esa botellita de *cognac* y los cartones de Rex que en este país se pagaban a precio de saldo. Ah, y también llenar el depósito de gasolina por unas cuantas pesetas menos. Ya en la aduana, los guardias civiles te hacían bajar del coche, abrir las bolsas de la compra y ante la visión de los doce kilos de azúcar te dejaban pasar con cara de aburrimiento. Eso sí, a quienes iban de listos con la

adquisición de tabaco, espirituosos, perfumes u otros objetos sensibles (fajos de billetes, por ejemplo) les tocaba —y aún hoy les toca— pasar por caja para pagar los correspondientes impuestos y multas.

Pero ayer cuando entré en Andorra apenas me crucé con nadie. Había oscurecido y la CG-1 se me presentó solitaria como aquellas vastas *highways* norteamericanas que te cruzan como si nada un desierto o unos cuantos Estados en línea recta. Así que, tras franquear la frontera a velocidad controlada y saludar con la mano al policía, apreté el acelerador para entrar en el *petit país dels Pirineus*[1]con la música a todo volumen y cantando a gritos el «Born to be Wild».

Por lo general, los visitantes ocasionales suelen pasar de largo de Sant Julià y de Santa Coloma atraídos por las perfumerías superlativas y los escaparates más luminosos de la capital y su siamesa Escaldes-Engordany. Las dos localidades más sureñas, pues, suelen servir a los viajantes de paso —igual que sucedía en Organyà— para las compras en ruta de última hora: ese parar en el centro comercial a por unas mantequillas, ese llenar el depósito, ese comprar un casco para la moto o ese cambiar las ruedas del coche, algo que también se estila mucho en este país por ser más barato y porque te lo dejan hecho pim pam, en un paseo de tiendas. Pero entre todos esos coches que se dirigen en fila hacia el *shopping* (o vuelven de él) y el cogollo urbano moderno, el patrimonio andorrano medieval reivindica tímidamente su presencia. Ahí, en plena carretera general a pie de asfalto y visible desde la ventanilla, el icónico puente de la Margineda cruza el río Valira, y un poco más arriba la torre lombarda de Santa Coloma saca la cabeza junto a una rotonda, unos aparcamientos y un par de hoteles del siglo pasado. Andorra tiene muchas historias que merecen ser contadas y la de esta iglesia románica es, sin lugar a dudas, una de ellas. Como tráiler de la película diré que sus frescos del siglo XII estuvieron en manos del Tercer Reich, pero comencemos por el principio.

Respecto a las pinturas románicas de Santa Coloma, como todas las de su época se financiaron por una entidad (la Iglesia), con una finalidad determinada (usar el arte como herramienta de legitimación del poder eclesiástico) y con una técnica (el fresco) usada como símbolo de aquello que era inmutable, intocable, permanente. Aquellas figuras hábilmente ejecutadas por el *mestre*[2]de Santa Coloma —un *Maiestas Domini*[3]con un Tetramorfo, un *Agnus Dei*[4]y los santos

Gregori y Silvestre— ejercieron su función con creces durante siglos para un público que sabía interpretar bien sus mensajes implícitos. Pero las generaciones posteriores, iluminadas por otros estilos más ricos en realismo y en dorados, relegaron el románico al olvido hasta los años ochenta del siglo XIX, cuando aquellos rostros y animales exóticos se pusieron de moda de nuevo y empezaron a cotizarse al alza.

Es bien sabido que durante décadas los Pirineos vivieron una auténtica diáspora de obras murales rumbo a los almacenes de anticuarios y mercaderes que pagaron por ellas sumas más o menos irrisorias, muchas veces a los propios clérigos, que con ello podían sufragar otras necesidades parroquiales. Hacia 1930 habían perdido sus frescos las iglesias andorranas de Sant Miquel d'Engolasters, Sant Esteve d'Andorra la Vella y Sant Romà de les Bons. Y poco después también Santa Coloma, cuyas pinturas fueron vendidas por el obispado d'Urgell (parece ser que para poder hacer frente a los gastos de conservación de la nave y la torre que estaba ruinosa) a Josep Bardolet, un marchante de arte de Barcelona que las hizo arrancar mediante la técnica del *strappo* después de pagar por ellas quince mil pesetas.

—¿Se puede visitar Santa Coloma? —pregunto a una de las dos mujeres que atienden tras el mostrador en el Espai Columba, el flamante centro de interpretación del románico ubicado en la rotonda que hay frente al templo.

—Sí, claro. Hay una entrada conjunta para visitar este espacio y ver el vídeo *mapping* de los frescos dentro de la iglesia —me contesta una de las dos en un perfecto *català* con acento británico.

Compro una entrada y me dirijo a la iglesia con la guía Jane, quien abre las puertas con una gruesa llave de hierro. Ya no hay pinturas murales en el interior de Santa Coloma, a excepción de un *Agnus Dei* en perfecto estado de conservación que por algún milagro se libró del expolio.

—Esa de ahí se salvó —me cuenta Jane— porque un retablo gótico la tapaba cuando arrancaron el resto de los frescos.

La guía manipula un mando, las luces se atenúan y empieza la proyección. Las paredes de la nave y el interior del ábside se llenan de colores y al son de una tiza sobre una pizarra empiezan a aparecer los santos, las figuras del Tetramorfo o el Cristo en majestad con todo lujo

de detalles. Situada de pie bajo esas imágenes proyectadas que se adaptan como un guante a los perfiles de las bóvedas, me veo como aquellos espectadores que en las funciones de Houdini subían al escenario para asistir perplejos a su propia conversión en una pieza más en el engranaje del espectáculo. Asisto en directo y con la boca abierta al preciso momento de la creación del *Maiestas Domini* y sigo las pinceladas de aquel *mestre* de Santa Coloma que si pudiera ver esto muy probablemente saldría corriendo.

—Madre mía —le digo a la guía al finalizar la proyección—, qué inmersión visual.

—Los artistas digitales que han hecho este vídeo son los mismos que crearon el de Sant Climent de Taüll, en la Vall de Boí.

—Otra obra descontextualizada de su iglesia para ir a parar a otro lugar…

—Así es, como tantísimas otras —asiente la guía—, pero, por suerte, las de aquí pudimos recuperarlas en parte después de un periplo que es digno de una película de aventuras…

—¿Y dónde están? —le pregunto ante la evidencia de una iglesia en la que solo quedan paredes en blanco.

—Ven, que te las enseño.

En la Catalunya de la década de los treinta hacía ya tiempo que —por intercesión de la Junta de Museus— se llevaba a cabo una campaña para evitar que el patrimonio pudiera ser objeto de exportación, pero en Andorra aún se permitían tales prácticas. Así, en 1933 aquel señor Bardolet de Barcelona hizo arrancar las pinturas de Santa Coloma, las trasladó a la ciudad condal enrolladas dentro de cajas de madera y las traspasó a un nuevo soporte para ser exhibidas ante futuros compradores. El Cristo en majestad y el Tetramorfo se vendieron a un banquero belga amante del arte, el barón Van Cassel; y los santos Gregori y Silvestre a un comerciante norteamericano afincado en Madrid que trabajaba para importantes museos y coleccionistas privados al otro lado del charco. Así, aquel *Maiestas Domini* que emocionó a los fervientes andorranos del siglo XII pasó a decorar el chalet de Cannes de un aristócrata que tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial y por sus orígenes judíos tuvo que salir precipitadamente de Europa dejando atrás todos sus bienes, que no eran pocos.

Los nazis confiscaron todo lo que pudieron y los frescos de Santa

Coloma no se libraron de ello: fueron trasladados desde Francia hasta Austria para ser almacenados en las minas de sal de Altaussee, junto con otras siete mil obras de arte llamadas a llenar las paredes y vitrinas del futuro Führermuseum, el proyecto soñado de Hitler de crear un gran museo de arte en Linz, su ciudad natal. Así, la obra del *mestre* andorrano, junto con *La adoración del cordero místico*, de Van Eyck, *En el jardín de invierno*, de Manet o *La madonna de Brujas*, de Michelangelo, entre otros, pasaron unos meses a la sombra en ambiente salino sometidas a un alto riesgo de desintegración por fuego, como pasó con muchas otras obras incineradas por los nazis en depósitos cercanos, peripecia que por cierto se cuenta al estilo hollywoodiense en la película *The Monuments Men* (2014), de George Clooney.

Acabada la guerra, Eisenhower hizo habilitar varios almacenes donde los propietarios legítimos de las obras de arte y otros objetos robados podían acudir para recuperar sus pertenencias, por lo que los amigos de aquel señor Van Cassel se presentaron en el punto de recogida de Múnich y rescataron el patrimonio del barón. Pero los frescos de Santa Coloma que se encontraban enrollados a modo de alfombra y sin catalogar fueron confundidos por tapices y allí se quedaron, abandonados a su suerte. Tuvieron que pasar treinta y cinco años hasta que las pinturas que nunca nadie reclamó se llevaran a Berlín, fueran restauradas y finalmente se expusieran en la Gemäldegallerie, donde —la magia de la casualidad— fueron reconocidas por una familia andorrana. Hubo casi una década de negociaciones entre el Estado federal alemán, el gobierno de Andorra y los herederos de Van Cassel hasta que finalmente en 2007 se pudo materializar la compra del *Maiestas Domini* y el Tetramorfo. El *govern andorrà* pagó 4.441.743,77 € y el fresco finalmente regresó a Santa Coloma.

—¡Tachán! Aquí lo tienes —me dice Jane como quien se saca un conejo de la chistera.

La obra mural, que está encajada sobre una estructura de madera de exactas dimensiones y formato al ábside románico original, se ha instalado en el edificio de l’Espai Columba, que fue construido *ad hoc* para ella. Imagino este Cristo de ojos saltones metido en un cajón grabado con la esvástica circulando en un camión por una Europa devastada por las bombas; a oscuras en una mina de sal junto a unos

Rembrandts y en un almacén de Múnich llenándose de polvo junto a un montón de cachivaches. A pesar de todo, su estado de conservación es admirable.

—¿Y qué pasó con aquellos santos Gregori y Silvestre que decoraban el intradós del arco triunfal de la iglesia?

—Pues tras su adquisición por parte de aquel marchante de arte de Madrid fueron trasladadas a Nueva York para su subasta junto con otras pinturas románicas procedentes de los municipios de Anyós y de La Seu d’Urgell. Dieron muchas vueltas e incluso pasaron por el Metropolitan Museum of Art de Nueva York y el Brooklyn Museum hasta que fueron separadas definitivamente. En 1941 el San Silvestre se vendió al Amherst College de Massachusetts por 770 dólares y allí sigue a día de hoy. El San Gregori fue subastado en París en 1955, pero su pista se perdió poco después y hoy se desconoce su paradero.

—Vaya, ojalá cualquier día alguien lo descubra por casualidad en algún lugar.

—Ojalá, sí.

Miro en silencio al Cristo otra vez. Ahí sigue, impertérrito, con los dedos bendiciendo y la mirada penetrante, rodeado por los cuatro evangelistas en sus formas de león, águila, toro y hombre. Fue pintado para impresionar, para imponer, incluso para intimidar, y también como símbolo de lo perdurable, de lo eterno. La verdad es que con eso último dieron en el clavo.

Incinérame el cilindrín

Hace años, el profesor de lengua castellana en el instituto nos contó que en los sesenta, haciendo uso de una de esas jergas que destilan cierta rebelión de juventud, los chicos y chicas pedían fuego con la frase: «incinérame el cilindrín». Nos reímos durante meses de aquello y en nuestro grupo de amigos cuajó con fuerza aquella expresión que repetíamos entre carcajadas cada vez que necesitábamos un mechero. Igual que desafiábamos el orden establecido con nuestros (des)peinados y nuestros vaqueros rotos —que, por cierto, he vuelto a llevar—, también el lenguaje nos servía de estatus para reconocernos como tribu frente a esos treintañeros y cuarentones desfasados que eran nuestros mayores. Nosotros éramos «la basca», negábamos y afirmábamos con «nasti de plasti» y «efectiviwonder», expresiones que hoy nos dan vergüenza porque están a la misma altura de ridiculez que «incinérame el cilindrín» y a la que mañana, a su vez, se añadirán las actuales «poner los tochos» o ser un «chapas», como dicen mis sobrinas. En fin, las jergas juveniles, tan efímeras como el acné de los adolescentes.

Todo este asunto de las expresiones viene a cuento porque justo hoy, mientras desayunaba en un bar de Santa Coloma, ha sonado en la radio una antigua publicidad de cigarros Reig, una marca que conquistó el mundo y que precisamente se producía aquí, en el sur de Andorra, concretamente en Sant Julià de Lòria. Hoy en antena se recordaba el programa *Carrusel Deportivo* de la SER donde, usando el típico tono estridente de los comentaristas de fútbol, los Reig se anunciaron durante años al grito de: «¡Pepe, un purito!». En aquellas décadas de los ochenta y noventa, cuando los anuncios de tabaco destilaban altas dosis de virilidad (quién no recuerda los recios *cowboys* de Marlboro), la firma de cigarros andorrana también triunfaba en las revistas con el eslogan «A la hora de la partida, sota, caballo y Reig...», vinculando de nuevo el acto de fumar puros a una actividad de esparcimiento tan popular como eran las partidas de

remigio, brisca, póker o *botifarra*... De hecho, y para cerrar el círculo, en aquella época la misma marca de tabaco también ponía su logotipo en el dorso de los célebres naipes Fournier.

En el siglo XX se fumaron muchos cigarros caliqueños de Reig, pero también de la Tabacalera Andorrana, de Rossell, de Marfany, de Roca o de Bargués, todos ellos elaborados con una materia prima que a pesar de ser originaria de climas tropicales crece lozana en estos valles pirenaicos desde el siglo XVIII. Las plantas de tabaco, pues, forman parte del paisaje y de la historia económica de Andorra desde hace muchas generaciones. Y eso es algo que no se repite en ningún otro lugar de los Pirineos.

Una de mis amigas andorranas, Laia, quien por cierto tiene un taller de tintes naturales hechos a base de plantas autóctonas, me ha puesto en contacto con un agricultor de tabaco. Aleix es un chico de su círculo de amistades y también la persona que le proporciona las hojas frescas de las que Laia extraerá unas tinturas de preciosos tonos ocres.

Desde Santa Coloma me desplazo hasta La Massana para encontrarme con él. Nos hemos citado por WhatsApp en una cafetería que queda ya casi fuera del pueblo, en la carretera que sube a Arinsal. Aleix Vilana es un tipo fuerte, debe rondar los treinta años y viste ropa técnica de alta gama. Nunca he sido amiga de los tópicos ni de los estereotipos, pero al verle pienso que para nada tiene pinta de payés, más bien parece pertenecer a un equipo de rescate de alta montaña. Nos sentamos a una mesa del establecimiento y coincidimos en pedir dos cafés solos sin azúcar.

Aleix parece contrariado de que alguien se interese por su vida.

—Yo no soy nadie importante, solo un andorrano más —me dice.

—Por eso mismo quería conocerte —le contesto—. Los Pirineos, al fin y al cabo, sois vosotros, la gente corriente que vive aquí, quien se empapa de estas montañas y también las sufre. ¿Tu familia es de Andorra desde hace muchas generaciones?

—No, qué va. Mis abuelos eran de Coll de Nargó, en el Alt Urgell, y todos los años subían aquí para hacer la temporada de recogida de tabaco. Mi padre los acompañaba y fue él quien en los años ochenta decidió instalarse definitivamente en Andorra. Trabajó de agricultor toda la vida.

—¿Siempre en el tabaco?

—Bueno, tenía tabaco, sí, pero en los prados del valle también cultivaba patatas, cereal, hierba para el ganado y árboles frutales.

—O sea que tú ya naciste aquí.

—Sí, yo soy cien por cien andorrano.

—Y por lo que veo has seguido los pasos de tu padre. ¿Los campos son vuestros?

—¡No! —dice Aleix riéndose—. ¡Yo la única tierra que poseo en Andorra es la que llevo en los zapatos! Mi hermano y yo somos *masovers*, es decir, trabajamos unos campos que pertenecen a otra persona y tenemos un trato según el cual nosotros nos quedamos dos terceras partes del tabaco que cultivamos y el dueño se queda con la parte restante, el *terç*.[1]Mi padre empezó a trabajar con esta misma familia propietaria hace treinta y cinco años y con ellos hemos seguido nosotros en virtud de un trato de palabra. Aquí los contratos verbales siguen siendo muy importantes.

—¿Y qué tamaño tenéis? Me refiero en relación al resto de los productores.

—Uy, nosotros somos muy pequeñitos. Mira, para que te hagas una idea, en este negocio se cuenta por número de plantas y en nuestro caso tenemos aproximadamente unas cuatro mil. Hay gente en Andorra que tiene veinte o treinta mil matas, pero que habían llegado a tener hasta cien mil... En total debemos de ser unos 470 *colliters*[2]en el país. Hace años, cuando funcionaban las tabacaleras de Sant Julià, todo el mundo vivía de esto, pero con el tiempo la cosa ha ido a menos y recientemente, con la adhesión de Andorra al convenio de la OMS, se han endurecido las medidas también para la producción. Ahora cada casa tiene una cuota máxima y no puede pasar de eso... Para que veas, hace una década nuestra cuota era de 400 kilos y ahora es de 263 kilos. Al final a mucha gente le sobra género y lo acaba tirando, pero a pesar de ello el tabaco sigue siendo el principal motor agrícola de este país. De hecho, se cultiva en todas las parroquias: en Sant Julià, aquí en La Massana —donde tenemos nosotros los campos —, en Canillo, en Ordino... allí crece a 1.400 metros de altura. Me atrevería a decir que ese es el lugar donde hay tabaco a mayor altitud del mundo.

—¿A quién se vende?

—A la asociación de *colliters*. Con esa materia prima se produce tabaco para masticar, picadura o mezcla para tabacos de mayor

calidad que vienen de fuera y que se procesan aquí con licencia de las grandes marcas. Pero una buena parte se exporta fuera del país para fabricar, por ejemplo, los puritos, los Rosslis. La planta del tabaco, además, se utiliza en la producción de componentes de jardinería, y últimamente también en la industria cosmética.

—¿Y sigue habiendo contrabando?

—Antiguamente había mucho movimiento, pero ahora ya no hay tanto. Cuando yo era pequeño recuerdo haber visto a gente pasar por La Farga de Moles con fardos a la espalda... Aún hoy hay pequeños contrabandistas que cruzan la frontera por las montañas con cartones que luego venden en Francia o en España, pero ahora la policía va detrás de otro tipo de cosas, como las bicis de alta gama. Mira a ver si encuentras un libro que se llama *Confidències del Negre*, es la obra autobiográfica de un contrabandista andorrano y ahí se cuentan muchas aventuras. ¡Y oye! —dice Aleix de repente con los ojos muy abiertos—, ¿sabes quién te podría explicar cómo se trabajaba el tabaco antiguamente? Mi tía abuela Maria Coscollola, que tiene noventa y cinco años y una memoria prodigiosa.

Aleix, sin esperar a mi respuesta afirmativa, saca el móvil y llama a su pariente. La mujer está en la peluquería, pero en cuanto acabe estará entusiasmada de que la visitemos en su casa. Aleix y yo pedimos los segundos cafés y continuamos conversando.

—Ya queda muy poco sector primario aquí, ¿verdad?

—Cada vez menos, sí, pero aún nos queda el tabaco y algo de ganado. Caballos para carne, sobre todo. Aunque lo cierto es que en Andorra los agricultores y granjeros vivimos un poco mejor que en España, ya que en este país el sector primario está mejor pagado, hay más ayudas del Gobierno y con el tabaco la rentabilidad por hectárea es bastante buena. Pero, por el contrario, si quieres levantar una construcción agrícola te cuesta un ojo de la cara. Ya sabes, aquí vendemos un país de postal, y ello implica que las instalaciones deben tener una estética determinada en piedra, en madera y ese tipo de cosas...

—Y entonces, ¿vuestras cuatro mil plantas os dan para vivir a ti y a tu hermano?

—Uy, no, qué va. Somos muy pequeñitos y para nosotros esto es solo un complemento. De hecho, la mayoría de los agricultores de tamaño pequeño y mediano combinan el tabaco con otros trabajos.

Piensa también que las plantas dan mucha faena entre mayo (que es cuando se planta) y finales de agosto (que es cuando se recoge y se pone a secar), por lo que el resto del año estás bastante libre.

—¿Y qué haces tú el resto del tiempo?

—Soy piloto de helicóptero. Asisto en vuelo en rescates, vuelos turísticos y de carga. Tenemos la base aquí, en La Massana. —Lo que confirma que no iba desencaminada con la primera impresión que he tenido al verle.

Cuando todavía estamos tomando el primer sorbo de la taza, nos llama Maria para decirnos que ya ha llegado a casa. Qué presteza, esta mujer. Apuramos el café, recogemos nuestras cosas y Aleix me acompaña hasta la vivienda de su tía abuela en un Toyota todoterreno que, según apunta, es exactamente el mismo vehículo que tienen todos los *colliters* de Andorra.

—Este coche es como nuestro uniforme…

Nos abre la puerta una señora menuda e increíblemente ágil vestida con elegancia y con tinte y moldeado recién estrenados. La mujer abraza a su sobrino nieto y le recuerda el tiempo que hace que no se ven; las abuelas siempre llevan la cuenta de esas cosas. Pasamos al comedor, es un espacio amplio y luminoso en el que conviven muchos (muchísimos) recuerdos y muchas (muchísimas) plantas de interior, que en invierno deben lucir bien exóticas en contraste con la meteorología nival de esta zona. En una de las fotos de la cómoda veo a una Maria en su madurez manipulando tabaco a las puertas de una borda, y a su lado un señor ejecuta la misma operación sobre una montaña de hojas apiladas.

—Ahí estábamos haciendo una *enfilada* —me cuenta la mujer al ver mi interés en el retrato—. Ponías las hojas enteras en fila y con la varilla de un paraguas las ensartabas y les pasabas un cordel para colgarlas a secar.

—¿Dónde está hecha esta foto?

—Esa es la borda de Ordino, donde trabajamos hasta el año 1991. Nosotros nos habíamos ido de Coll de Nargó en el año 1952. Como no éramos los *hereus*, no nos quedó nada abajo, en Catalunya, y nos tuvimos que buscar la vida. Por eso nos vinimos a vivir a Andorra. Aquí había trabajo en el campo.

—Esa historia me suena de mi abuelo.

—Sí, hija. Antiguamente las cosas eran así… Nosotros al llegar

nos pusimos de *masovers* en el pueblo de Certés, abajo en la parroquia de Sant Julià, y después estuvimos de *encarregats*[3]en esta casa de Ordino. Como *masover* tenías derecho a una parte de lo que se recogía, pero de *encarregat* ya era otra cosa, porque tú tenías tu salario a final de la semana hubiera lo que hubiera.

En un momento dado entran en el comedor dos personas más. Se presentan como Carme y Toni: son los hijos de Maria y viven con ella. Se sientan a la mesa con nosotros y se unen a la conversación.

—¿Quién es este señor? —le pregunto señalando a la persona que se sienta a su lado en la fotografía.

—Este de aquí era mi marido —dice Maria, acariciando la imagen con el dedo índice—. En el campo trabajábamos con la familia, con mis cuñados, aunque siempre hacía falta «alquilar» a más personas, porque el tabaco da mucho trabajo. Se hacía todo manual y nosotros solos no podíamos con todo. No teníamos máquinas para plantar ni nada. —Maria me cuenta sin dejarse ni un detalle todos los pasos que hay que hacer desde la siembra de la semilla hasta la maduración de la planta, el secado, el embalado y la venta, que por aquel entonces se hacía casa por casa—. El comprador venía a la borda y te decía cuánto te iba a pagar por el género. El nuestro lo vendíamos a Cal Reig, que era la casa más grande y más antigua de Andorra, aunque luego también abrieron otras fábricas. Yo creo que la familia Reig ya venían haciendo tabaco desde mucho antes de la guerra, desde los años ochenta del siglo XIX.

—¿Y solo hacíais tabaco o lo combinabais con otras labores, como hace hoy Aleix?

—Arriba en Ordino cultivábamos tabaco, pero también teníamos animales.

Toni descuelga un gran cuadro del comedor y me lo acerca. Es una foto que el paso de los años ha virado en tonos rosáceos y donde aparece una granja con sus labrantíos a vista de avioneta. La familia me va señalando lo que es cada cosa: la casa principal, el secador de tabaco, el corral del ganado...

—Hoy en esa borda han quitado todas las plantas de tabaco y tienen viñedos —puntualiza Aleix.

Los hijos de Maria se acuerdan del tiempo vivido allí y de cómo echaban una mano en lo que podían durante las vacaciones de verano para ganarse un pequeño jornal.

—Lo cierto es que nosotros ya no nos hemos dedicado al campo —añade Carme.

—Tengo curiosidad por algo —les digo—: ¿vosotros fumabais?

—Mi marido sí, pero yo nunca fumé —dice la anciana entre risas —. Yo la única cosa que hacía era trabajar noche y día porque el tabaco de verdad que daba mucha faena. La temporada era muy dura. Durante el día laborábamos en la plantación, cargábamos las sacas con las hojas de tabaco sobre los machos y lo acarreábamos caminando hasta casa, porque ten en cuenta que abajo, en Certés, no había ni carretera. Y luego por la noche pues tocaba enfilar y colgar. Eso de lunes a domingo. Además, cuando tenías un poco de tiempo libre pues te dedicabas a echar una mano a los vecinos: ellos venían cuando te hacía falta un refuerzo y tú ibas cuando más lo necesitaban ellos. En esos tiempos nos ayudábamos mucho en el campo. Eso sí, no parábamos nunca: en esta vida hemos pasado más sueño que hambre.

—¿Y hubo mucha gente que como vosotros vino para trabajar el tabaco y ya se quedó?

—¡Uy, sí! —enfatiza Maria, alargando la «i» del «sí»—. A las plantaciones vinieron bastantes familias, aunque antes ya habían llegado muchísimos refugiados de la Guerra Civil que se establecieron aquí porque no pudieron volver a España. En aquella época hubo numerosos catalanes que se casaron con chicas andorranas y que nunca regresaron para abajo... Bueno, el hermano de mi marido, el *tiet* Emilio, se juntó con una chica andorrana y se fueron de viaje de novios al Pas de la Casa porque era lo más lejos a donde podían llegar: a España no podían ir y tampoco tenían papeles para salir de Andorra e ir a visitar a sus familiares en Francia. Hubo muchas mujeres de Sant Julià que se enamoraron de refugiados de la guerra... Sabes lo que es una *pubilla*, ¿no? La versión femenina del *hereu*. Pues aquellos desertores o refugiados que llegaban y se casaban con una andorrana, automáticamente se convertían en andorranos, pero eso solo pasaba si las chicas eran *pubilles*. Si no, no.

Maria hilvana los nombres de las casas donde hubo matrimonios de este tipo como si fueran las cuentas de un rosario: los de Cal Ferrer, los de Cal Capdevila, los de Cal Biel...

—Muchos de estos jóvenes, como el *tiet* Emilio, habían cruzado a Andorra a pie por las montañas de manera clandestina —explica Toni —. Él por ejemplo contactó con un *passador*, un conocido del pueblo

que lo ayudó a llegar. Estos *passadors* eran personas que conocían bien el terreno bien porque eran contrabandistas, bien porque eran pastores que hacían la trashumancia y que te guiaban por un precio acordado a través de los caminos más seguros.

—Yo recuerdo que se metían por la Vall de Cabó, subían hasta Ós de Civís y allí cruzaban la frontera —explica sin vacilaciones Maria, que, como bien ha dicho Aleix, tiene una memoria prodigiosa—. Al *tiet*, por ejemplo, lo llamaron del ejército para ir a la guerra, pero él decidió desertar, escapó y vino para aquí... Ahora, cuando pongo la televisión y veo estas guerras, se me ponen los pelos de punta, porque la verdad es que lo pasamos muy mal en nuestra generación. Todos estos niños que lo están sufriendo hoy, los que vivan, se van a acordar toda la vida.

—¿Tú tienes recuerdos de aquello?

—Uy, pues claro. Por Coll de Nargó pasaban filas muy largas de personas andando que se iban con lo puesto... igual que las hormigas. Muchas personas se fueron y nunca volvieron, uf. Mi tío, por ejemplo, hacía carteles de madera y los colocaba por la montaña y en los cruces de caminos para que la gente que estaba huyendo no se perdiera, porque muchos de ellos venían de la parte de Isona, del Pallars, y no sabían ni dónde estaban. —Maria hace una pausa, se queda un instante mirando al infinito y prosigue—: Y los aviones... cuando pasaban los cazas nos asustábamos muchísimo. Eran unos avioncitos que iban en grupos de cuatro o cinco y a pesar de ser pequeños se movían a una velocidad y haciendo un ruido que... uf. A veces solo nos sobrevolaban, pero en otras ocasiones tiraban bombas. —La anciana se pone la mano en la frente y apoya el codo en la mesa. Aún se estremece con las vívidas memorias de su adolescencia—. Recuerdo como si fuera ayer —prosigue— cuando bombardearon el pueblo de Bóixols, que está un poco más arriba de donde vivíamos nosotros.

—¿Y qué había en Bóixols? Es una aldea minúscula en medio de la nada —le digo.

—¡Uy! Allí los soldados republicanos guardaban la comida. Cuando cayeron las bombas, ya no estaban ni resistiéndose: estaban de retirada, escapándose. Los nacionales también bombardearon Organyà, Adrall, Beren y otros... Luego hubo aquel hospital que quemaron. Era una casa de *pagès* que se había habilitado para atender a los heridos y, según se cuenta, cuando los republicanos tuvieron que

marcharse a todo correr, les pegaron un tiro de gracia a quienes no podían huir e incendiaron el lugar. Fue horrible. Podría contarte más historias de la guerra que del tabaco, porque de verdad que todo aquello se me quedó grabado… *Ai, Déu meu senyor*.[4]

Maria vuelve a apoyar la mano en la frente.

—Los de nuestra generación no podemos entender lo que vivisteis, está claro —les digo mirando a Aleix, quien asiente sin mediar palabra—. Aunque hoy vemos lo que pasa en el Mediterráneo desde la distancia, con todas esas personas que pagan a las mafias con la esperanza de que les lleven a un lugar mejor, para después acabar quién sabe dónde y cómo. No debió de ser muy diferente aquí con los que buscaban empezar una nueva vida en otro país cruzando las montañas con cuatro cosas metidas en un hatillo y de la mano de un desconocido.

—Se ha dado una imagen muy edulcorada de lo que fueron los *passants* en el Pirineo, pero hubo de todo. —Carme ha tomado de nuevo la palabra—. A muchos de los que huían les robaban, les abandonaban a medio camino en pleno invierno e incluso les asesinaban a sangre fría…

—El caso es que en el pueblo todos sabíamos quiénes se dedicaban a eso y conocíamos muchas historias de primera mano —agrega Maria—, pero prefiero no darte nombres, porque pasaron cosas muy feas y aún hay muchas heridas abiertas. *Ai, Déu meu senyor* —vuelve a repetir.

Decido no insistir más en sacar a la luz los recuerdos de la anciana, porque es evidente que sufre rememorando aquellos tiempos. Miro a Aleix y le hago un gesto afirmativo con la cabeza. El chico reacciona al momento:

—Bueno, familia, nosotros tenemos que irnos ya.

Maria suelta otro de esos entrañables lugares comunes de los abuelos:

—¿Ya? Bueno, hijo, los jóvenes siempre andáis con prisa. —Y otro más dedicado al joven—: A ver si te dejas caer más a menudo…

Se abrazan. Le hago un retrato a la nonagenaria sosteniendo la foto de sus tiempos como recolectora de tabaco y me despido de ella cogiéndole las dos manos, como siempre hice con mi abuela.

—Que siga usted tan bien y tan guapa, Maria.

—Ay, Dios lo quiera.

Los valles de la esperanza (y del terror)

—¿Tienes fuego? —le pregunto a un señor sentado a la mesa contigua, en la terraza del Hostal Palanques, en La Massana.

El hombre ha desplegado boquillas, papel de fumar y paquete de tabaco, y está liándose un cigarrillo sin dejar de mirar un vídeo de reojo en el móvil, que tiene instalado estratégicamente entre la copa de cerveza y el cenicero. Reconozco que he estado tentada de decirle que me incinere el cilindrín, pero se me habría escapado la risa, así que opto por una expresión más acorde al siglo XXI. El hombre me acerca uno de esos mecheros Clipper, pero no me lo da: él mismo enciende la llama.

Nunca he fumado en mi vida y nunca jamás había comprado un paquete de tabaco... hasta hoy. Más bien soy de las que se ha lanzado al tabaquismo esporádico una noche de fiesta para dejarlo para siempre al día siguiente con la lengua hecha cuero. Pero aquí estoy hoy, en un hostal de La Massana, estrenando mi primer paquete de Marlboro, no porque haya decidido pasar a engrosar la cada vez más acorralada lista de fumadores, sino porque después de ver tantos campos de tabaco, de hablar con los agricultores y de haber tratado de visitar sin éxito (porque cerró para siempre) el Museu del Tabac de Cal Rafeló, solo me faltaba entrar en un establecimiento y comprar material fumable *made in* Andorra.

Los estancos, los bazares, las gasolineras, las *boutiques* del fumador y los supermercados del país siguen encontrando en el tabaco —que aquí es más barato porque está sujeto a menos gravámenes— un negocio altamente lucrativo. Los vecinos del sur suelen comprarlo cuando vienen de visita, pero sin duda la mejor clientela son los franceses, que por no pagar los diez euros que cuestan las cajetillas en su país se acercan hasta el Pas de la Casa para cargar cartones dentro o no de la legalidad, y de paso añadir a la compra alguna botella de *pastis* a precio reducido. En la tienda de La Massana en la que he entrado vendían los cartones de dos en dos con una camiseta o un

mechero de regalo, algo que llevo viendo desde los viajes a Andorra de mi infancia, aunque con los años la oferta se ha sofisticado sustancialmente, con toda una miríada de tabacos sin combustión y cigarrillos electrónicos. El vendedor me ha ofrecido dos marcas asegurando que eran de factoría patria, y he optado por el Marlboro por no hacerle un feo a aquellos recios *cowboys* de mi adolescencia. Tras un par de caladas, completado ya mi círculo, he apagado el cigarro y me he marchado del bar olvidándome sobre la mesa los diecinueve pitillos restantes dentro de su cajetilla.

La Massana está en la intersección de la Y de dos carreteras que se adentran en esa parte de la orografía andorrana que se encarama ladera arriba para llegar por un lado al Comapedrosa, el pico más alto del país, y por el otro al Tristaina, que no le supera en altura, pero a mi entender sí en vistas. El ramal de la Y que se desvía a la izquierda pasa por las instalaciones esquiables de Vallnord para morir en el Port de Cabús. El punto exacto donde termina el asfalto y comienza la pista de tierra no es otra cosa que el cambio de país. Si desde aquí anduviéramos unos kilómetros por ese camino forestal sin asfaltar llegaríamos a Tor, una aldea abandonada que durante años protagonizó muchas páginas de la crónica negra del Pirineo catalán. En aquella población lejos de todo hubo conflictos, envidias, rencillas y tres asesinatos, que son muchas muertes para un pueblo que por aquel entonces solo tenía trece habitantes.

Pero esta vez no subo hasta Tor. Me quedo a medio camino en Pal, uno de esos bellísimos poblados pirenaicos que, como bien explicó Aleix, define visualmente a la perfección ese país de postal que siempre ha querido vender Andorra. Tiene arquitectura antigua hecha de piedra y pizarra, un campanario románico esplendoroso, un *background* de arboledas abrazando el núcleo urbano y montañas picudas en último término para regocijo de los fotógrafos. De hecho, la última vez que estuve aquí fue precisamente para eso, para sacarle a Pal una de esas estampas de portada de revista. El invierno pasado había subido hasta Andorra para trabajar en una serie de artículos sobre el país, concretamente acerca de la gastronomía de montaña, la cultura y el románico (en aquel viaje oiría hablar por primera vez —sin visitarlos— acerca de los frescos robados de Santa Coloma) y un hotel de lujo que está en Soldeu, pero que por su interiorismo bien podría encontrarse en Saint-Moritz o en Cortina d’Ampezzo.

El caso es que se trataba de un reportaje invernal, pero en aquel inicio de diciembre aún no había caído ni un solo copo en todo el país. Y eso es una verdadera desgracia para una economía nacional que se apoya en las nieves esquiables, aunque también para los fotógrafos de paisaje, sobre todo porque las revistas de viajes pagan poco por los reportajes, y si encima no puedes añadir el porcentaje gráfico el drama económico se torna todavía mayor. Pero en aquel aciago invierno sin fotos andorranas, habiendo asumido que aquella vez no tendría panorámicas de calendario, sucedió la magia. En el último día de viaje me levanté por la mañana en mi hotel de Andorra la Vella —maleta en la puerta y equipo perfectamente empaquetado para volver a casa— y mi sorpresa fue mayúscula cuando al abrir las cortinas contemplé una ciudad enmudecida bajo una gruesa capa blanca.

Experimenté la misma sensación de mi infancia, cuando al entrar en el comedor con los ojos pegados por el sueño encontraba sobre el sofá todo aquel despliegue de juguetes que nos habían dejado los reyes magos. Salté literalmente de alegría, salí corriendo del hotel sin desayunar, puse las cadenas a toda prisa, espoleada por el nerviosismo del momento y por la urgencia de fotografiar antes de que la nieve cayera de las ramas de los árboles (algo que puede suceder al más leve soplo de viento), y decidí en décimas de segundos que la foto que estaba buscando era Pal. En mi mente vi esa arquitectura antigua hecha de piedra y pizarra, ese campanario románico esplendoroso, ese *background* de arboledas abrazando el núcleo urbano y montañas picudas en último término, todo ello bajo el sol y un manto de nieve recién estrenada. Así la encontré y así logré perpetuar en la revista esa idealización de Andorra que en algunos rincones del país todavía es real.

Pero no siempre en mi vida de reportera de viajes he tenido tanta suerte. Ese rayo de luz iluminando el punto adecuado; ese momento Cartier-Bresson en que alguien salta un charco o sube unas escaleras rodeado por una desbandada de palomas; ese paisaje en su cénit estético o ese animal salvaje que se ha colocado en el lugar exacto es algo muy difícil de conseguir. Los planetas se alinean para los fotógrafos en muy pocas ocasiones, y aunque el ojo, el oficio y la intuición juegan un papel importante en el resultado final, no es menos cierto que si la climatología es altamente adversa lo tienes difícil por mucho que te esfuerces.

La peor de mis experiencias fotográficas la viví hace unos años en la Polinesia Francesa. Las islas del Pacífico Sur son un paraíso en los términos que pueblan el imaginario colectivo de lo que tiene que ser un paraíso: playas coralinas, cocoteros que crecen en posición horizontal hasta rozar el agua, horizontes de color turquesa y personas que por toda indumentaria visten faldas de rafia y tatuajes de significado ancestral. Eso es lo que está en nuestras cabezas y, lo que es más importante para un reportero, también es lo que está en la mente de los editores gráficos que después te van a comprar las fotos. Pero cuando llegué a Huahine después de dos días infernales —a la propia distancia física de un destino que está en las mismísimas antípodas o, lo que es lo mismo, a doce horas de diferencia horaria, hubo que añadir retrasos de aviones, esperas en aeropuertos y cancelaciones de ferris—, allí estaba cayendo el mayor aguacero que haya visto jamás. En mi hotel clavaban tablas de madera para proteger las cristaleras y, ante mi estupefacción, en recepción me dijeron que se esperaba el ciclón de nombre que he olvidado y que por el momento no se servirían comidas en las zonas comunes. En pocas palabras, aquella simpática polinesia que no vestía falda de rafia sino un polo Lacoste de color caqui, me sugirió que no saliera de la habitación y que el servicio de habitaciones ya me llevaría los platos para que me los comiera en la intimidad.

Así pasé tres días seguidos: oyendo el viento silbar, contemplando el Armagedón al otro lado de la ventana y comiendo fruta tropical en un recipiente de porexpán. De aquello me salvó *El Paraíso en la otra esquina*, el libro que Vargas Llosa escribió sobre las vidas del pintor Paul Gauguin en Tahití y de la pensadora Flora Tristán en Francia, pues sus 575 páginas dieron, exactamente, para tres jornadas. Y al cuarto día, como en las crónicas bíblicas, salió el sol y yo con él, cargada con la cámara y los objetivos, y sobre todo dispuesta a recuperar el tiempo perdido. No pude hacer ni una sola foto ni aquel día ni los que vinieron después. Matizo: pude hacer algunos retratos, primeros planos de gastronomía y algunos detalles de flores con la óptica macro. Pero el paisaje estaba completamente devastado. Ese mar color esmeralda de los folletos turísticos lucía un desgraciado tono terroso y las playas eran un auténtico escenario posapocalíptico de palmeras tronchadas, pájaros muertos, cocos aplastados y los más inverosímiles objetos de factoría humana. No hubo desgracias

personales ni (demasiadas) pérdidas materiales a causa aquel ciclón, pero, definitivamente, aquellos días el Paraíso en la otra esquina del mundo no estaba para fotos.

Hoy, el Pal de un día en el arranque del verano nada tiene que ver con el Pal atosigado por la nieve recién caída. Sigue siendo bucólico y fotogénico, aunque no tanto. Paseo pisando adoquines entre casas de pueblo con geranios en los balcones y coches de alta gama en la puerta, y me acerco hasta esa iglesia de Sant Climent que apenas puede moverse entre los muros de las escalinatas que se apiñan en torno a ella. Aprovecho para quedarme a la fresca de su porche, una bonita estructura que si bien parece medieval fue concebida en el siglo XX por César Martinell, el padre de aquellas famosas bodegas cooperativas de estilo modernista, conocidas como las catedrales del vino, que tanto abundan en tierras tarraconenses. Me acomodo junto a una puerta de madera clausurada a cerrojo que me indica que hoy no podré ver las pinturas góticas ni conversar con el párroco que las custodia y me dispongo a leer un rato una novela que me tiene atrapada. El silencio es exquisito, y si no fuera por un perro que se desgañita por salir de una casa vecina, el momento sería casi místico.

Esta Pal de apenas doscientos habitantes sigue estando relativamente alejada del bullicio turístico a pesar de que en los bosques vecinos al núcleo urbano se inauguraran en 1983 las antiguas pistas de esquí de Pal. No eran las primeras del país, ya que ese honor lo había tenido el Pas de la Casa con la construcción, en 1957, del telesquí de Coll Blanc —impulsado por el deportista olímpico andorrano Francesc Viladomat—, que costaría un millón de pesetas de la época. Las instalaciones no fueron otra cosa que un camión de motor diésel escondido en una cabaña de madera que con un cable accionaba el tosco mecanismo que ejercía como remonte. Eso sí, podía subir a 450 personas a la hora, lo que suponía el nacimiento del esquí moderno en Andorra cuando hasta la fecha los únicos que se habían lanzado ladera abajo por pendientes nevadas eran los que tenían la suficiente pasión y tenacidad para subir a pie con todo el equipo y pasarse el día entero allí para hacer a lo sumo dos descensos. Fue un cambio total de paradigma en un país que cerraba sus hoteles en invierno y que de la noche a la mañana —en sus primeros años Pas de la Casa inauguró un remonte nuevo cada temporada— se vio desbordado por autobuses de deportistas ávidos de bajar haciendo

cuña.

A su vez, las pistas de esquí de Pal empezaron siendo muy modestas en tamaño —aún guardo las pegatinas con la ardilla que ejercía de mascota del complejo— y con los años acabarían fusionándose con el complejo de Arinsal gracias a toda una proeza de ingeniería en forma de teleférico que iba desde el Coll de la Botella hasta el Pic Negre, a 2.489 metros de altitud. Y esa expansión no sería la última, pues del Pal-Arinsal inaugurado en 2001 se pasaría a las fusiones que darían como resultado los dos gigantes Grandvalira (de Pas de la Casa-Grau Roig y Soldeu-El Tarter, en 2003) y Vallnord (de Pal-Arinsal y Ordino-Arcalís, en 2004), que hoy ya están en proceso de empezar a operar como una sola entidad.

Pero volviendo al pueblo de Pal, ahí ha quedado él, viviendo como al margen de todo lo que sucede a su alrededor sin inmutarse ante los miles de esquiadores que en invierno circulan arriba y abajo por la carretera que sube a pistas. Le sucede algo parecido a la aldea de Llorts, situada en el vecino Valle de Ordino, que es reserva de la biosfera y que también está emplazada en la ruta que asciende hasta las laderas esquiables del sector Ordino-Arcalís. Llorts —a la que con los años he visto crecer, como ella a mí— tiene sus apartamentos turísticos para alquilar en temporada blanca, pero también conserva sus corrales y sus *corts*[1] llenas de paja, sus tractores y esos caballos retozando en las eras donde antes crecía el tabaco. Mientras los coches con sus portaesquís pasan de largo, ahí sigue Llorts, oliendo a granja, con su fuente siempre manando y sus diez cruces eternas en el cementerio de esa iglesia de Sant Serni donde diera misa Mossèn Cinto Verdaguer.

Empieza a hacerse tarde en Pal y me toca ir bajando a La Massana, donde he reservado mesa para cenar algo de cocina local auténtica. A las afueras de la localidad se ubica la Borda Raubert, uno de esos lugares de siempre para ir a comer los guisados que nos hacían las abuelas, esos que suponen demasiado trabajo para las generaciones posteriores, a quienes ya no nos apetece cocinar. Es verano, pero aprovechando el fresquito vespertino me decido por la *escudella* ante el gazpacho y por un fricandó de ternera con setas en el que voy a mojar mucho pan. La borda está tranquila y apenas hay clientes en el comedor, así que saco el libro del bolso y mientras espero que me traigan el postre de músico me sumerjo otra vez en la historia literaria

que me tiene en vilo. Se trata de un libro de espías a lo James Bond, con tiroteos, romances clandestinos, villanos de manual y persecuciones a toda velocidad por carreteras de curvas. Todo ello en versión autóctona, pues sus protagonistas existieron en la vida real y los hechos sucedieron aquí, en Andorra.

Entre el torb y la Gestapo es la novela autobiográfica escrita por Francesc Viadiu, quien fuera diputado d'Esquerra Republicana en el Parlament de Catalunya de los años treinta y posterior alcalde de Solsona hasta su exilio en este país pirenaico al término de la Guerra Civil. Viadiu fue colaborador en una de las cadenas de evasión que ayudaron a civiles —judíos en su mayoría— y militares británicos o norteamericanos atrapados en territorio enemigo a huir de los fascistas cruzando por las montañas andorranas, sorteando la detención en territorio español —aquellos hombres le tenían terror al campo de concentración de Miranda de Ebro— para acabar alcanzando la salvación en Portugal o en Gibraltar, desde donde podían viajar a lugar seguro. Viadiu cuenta en primera persona cómo se organizaba la resistencia internamente, cómo hubo fisuras en sus filas o cómo algunos hombres murieron congelados al tratar de cruzar por las montañas. También cuenta cómo en el Hostal Palanques, en el que me alojo estos días, hubo una redada de la Gestapo que acabó en una persecución por la carretera de Sispony de dos Mercedes nazis detrás de un Peugeot aliado en la que hubo intercambio de disparos y carreras nocturnas a pie, y cuyo final fue la detención de seis polacos y un miembro del equipo logístico. Acabarían asesinados en un campo de exterminio los primeros y en manos de sus torturadores el segundo. Todo ello muy dramático y muy de película. De hecho, en el año 2000 se rodó una miniserie en catalán en la que no salían ni Sean Connery ni Pierce Brosnan ni Daniel Craig, y no por falta de intriga en las tramas.

Cuando llego al Hostal Palanques tras la cena aún hay algunos clientes tomando algo en la terraza y para mi asombro el paquete de tabaco que dejé esta mañana abandonado sigue ahí, en una de las mesas situadas bajo el porche. Pido un *gin-tonic* en la barra y me dispongo a recuperar mi mesa y mis cigarros. En el paquete quedan dieciséis, suficientes para las páginas que me quedan para terminar el libro. Releo el capítulo en el que se cuenta el episodio del hostal y me quedo un rato observando las baldosas color salmón de ese suelo que

pisaron las botas de cuero de aquellos cuatro sicarios de Himmler que entraron en este bar repleto de clientela un día cualquiera al anochecer, en un momento muy parecido al de ahora. Me pregunto si quedará alguna persona en La Massana que por aquel entonces fuera un crío y que recuerde aquel trágico acontecimiento, que viera a los oficiales o por lo menos a los dos imponentes Mercedes negros aparcados aquí delante. Seguro que algunos testigos quedan de aquellos tiempos —al fin y al cabo, la señora Maria recordaba los aviones de los nacionales sobrevolando su Coll de Nargó natal—, porque muchos fueron los andorranos que de un modo u otro se vieron implicados en el conflicto que sucedía más allá de sus fronteras. Porque la de Viadiu (quien, por cierto, terminada la guerra recibió una oferta de trabajo de la mismísima CIA, que rechazó) no fue una resistencia aislada. Desde la pequeña Andorra se organizaron por lo menos quince redes de ayuda a los refugiados europeos y americanos atrapados en territorio enemigo; ayuda que en muchas ocasiones no era altruista, sino que se prestaba cobrando para cruzarlos en coche o a pie a través de la cordillera pirenaica. Se ha escrito poco, demasiado poco, sobre ello y muchos viven pensando erróneamente que durante la Segunda Guerra Mundial en Andorra no sucedió nada.

De hecho, también desde aquí operó la emblemática Radio Andorra, que en su primera emisión, el 8 de agosto de 1939, tuvo voz de mujer, la de la locutora Victòria Zorzano, cuyas palabras llegaron a casi toda la Europa occidental. Cuando tres semanas después Francia fue ocupada por los nazis, la radio silenció sus programas en francés, pero los que se hacían en catalán y en castellano continuaron muy a pesar del Gobierno de Vichy, que no pudo hacer nada por tratarse Andorra de un país neutral. Fue la única radio privada que emitió sin control durante los cuatro años que duró la contienda, lo cual para nada es trivial. Aunque se dijo que las emisiones se controlaban desde Berlín y con su connivencia, también corrió la voz de que en realidad desde las ondas se apoyaba a los aliados mandando mensajes en clave. Parece ser que la difusión de determinadas canciones indicaba a quien las sabía escuchar que tal o cual persona había conseguido llegar a lugar seguro.

Para aquellos seis polacos que detuvieron aquí no hubo melodía.

Los primeros pastores

Ayer tenía la intención de salir de Andorra y pasar noche en La Cerdanya, pues dentro de dos días tengo una cita importante en Llívia y quería empezar a empaparme de la tierra ceretana. Pero al final, como ha venido sucediendo desde el inicio de este periplo, pasó algo imprevisto que me hizo quedar un día más en el *petit país dels Pirineus*. Había dejado ya mi Hostal Palanques en La Massana y quise dedicar las últimas horas en Andorra la Vella para hacer algunas compras y echar un vistazo a la nueva librería de referencia en el país: La Trenca. Desde que la histórica La Puça bajara la persiana para siempre, los andorranos *lletraferits* (es maravillosa esta palabra catalana que significa que uno siente una pasión extrema por la literatura) se habían quedado un poco desamparados, un poco huérfanos, un poco tristes. Para llenar ese vacío cultural y existencial que dejó el cierre físico —que no *online*— de La Puça, unos cuantos emprendedores entusiastas amantes de los libros decidieron inaugurar La Trenca, este nuevo espacio de tertulias y de olor a papel donde mirar estantes con el cuello torcido o pedir recomendación a un librero con conocimiento de causa es para muchos el mayor de los placeres las tardes de los sábados.

Así, mientras curioseaba en La Trenca detecté por casualidad un nuevo hilo del que tirar cuando cayó en mis manos una publicación que hablaba del Neolítico en Andorra. La Prehistoria siempre me ha gustado, desde que los de mi generación crecimos con *En busca del fuego*, *Los Picapiedra* y *Érase una vez... el hombre* (donde por cierto se reproducían unos roles de género de mujeres decorativas y hombres proveedores tan rancios que hoy no superarían ningún filtro), y movida por esa atracción especial, enseguida detecté aquel modesto volumen que descansaba sin llamar la atención en el rincón de una estantería. Lo hojeé, leí su índice, lo olí, lo volví a hojear y pedí que me lo pusieran para llevar. Así fue como, iluminada por aquel compendio de prehistoria andorrana en las manos, decidí que me

quedaría en el país por lo menos una jornada más para tratar de averiguar algo más sobre el asunto.

Lo primero que hice al salir de la librería fue marcar el número del departamento de Patrimoni Cultural d'Andorra con la esperanza de que alguien atendiera a mi llamada, cosa que no solo sucedió a los pocos minutos, sino que ante mi estupefacción —ya se sabe que a veces la administración no es todo lo accesible que a los ciudadanos nos gustaría que fuera— aceptaron sin problemas que entrevistara a alguno de los arqueólogos implicados en las excavaciones.

—Llámame en media hora —me dijo la voz al otro lado de la línea— y te digo quién te puede recibir mañana.

Treinta minutos me dieron para contemplar a velocidad de crucero los escaparates de cuatro joyerías, siete tiendas de ropa, tres farmacias, cuatro bazares, dos perfumerías y llegar hasta el puente donde la avinguda Meritxell pasa sobre el Valira. Con vistas al fluir del río y de pie junto a una estatua de bronce firmada por Salvador Dalí (uno de sus eternos relojes en estado mórbido) volví a llamar al *departament*. La misma voz eficiente y resolutiva me dijo:

—Pásate mañana a las nueve y media por el Ministeri de Cultura i Esports. Te recibirá el arqueólogo Abel Fortó. Estamos ubicados en el edificio del histórico Hotel Rosaleda, en Encamp. Hay un aparcamiento público justo delante.

Colgué con una sonrisa de oreja a oreja y me puse a buscar algún alojamiento en las inmediaciones donde pasar la noche.

Ya en zapatillas y albornoz, empecé a leer mi recién adquirido *Les Valls d'Andorra durant el Neolític*, del arqueólogo Gerard Remolins. Parece ser que aproximadamente desde el 5500 a. C. ya hubo sociedades más o menos complejas habitando en los Pirineos. Era el Neolítico, el momento en que los seres humanos habían pasado de ser nómadas cazadores-recolectores para asentarse, domesticar animales y plantas e iniciar un modo de sustento que aún sobrevive, no sin dificultades, en el territorio: la ganadería y la agricultura. Cabe puntualizar que, ya lo sabemos, la arqueología no es una disciplina monolítica. Cada nuevo hallazgo puede reescribir lo que ya sabíamos: con los años evolucionan las técnicas de datación y las metodologías de estudio, a lo que hay que sumar la diversidad de criterios entre historiadores, que ante una misma evidencia llegan a conclusiones distintas.

Pero *grosso modo* se puede afirmar que hace más de siete mil años ya había pastores en estos valles andorranos; pastores que cuidaban de sus ovejas, que practicaban la trashumancia, que plantaban cebada y guisantes en el fondo de los valles y que hacían intercambios comerciales con otros pueblos vecinos. Los Pirineos, en definitiva, estuvieron muy extensamente poblados, y eso es algo que no se ha sabido hasta hace muy poco. De hecho, en poco menos de veinte años hemos pasado de no conocer prácticamente ningún asentamiento neolítico en toda la cordillera pirenaica —salvo algunas raras excepciones megalíticas— a documentar extensamente unas diecinueve áreas arqueológicas de cierta entidad solo en la zona del Pirineo oriental. Un ejemplo de la magnitud de los hallazgos: únicamente en el Parque Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici se han encontrado cerca de 350 yacimientos, algunos a alturas considerables, de hasta 2.450 metros.

Y, de todo esto, ¿qué hay en Andorra? Eso es lo que pretendo averiguar hoy durante mi visita al ministerio.

Pero antes bajaré a desayunar al bufete del hotel ejecutivo en el que ayer, en plena euforia tras la llamada telefónica, decidí alojarme. Se trata de uno de esos monótonos establecimientos de cadena sin estridencias decorativas, puramente funcional, con sus muebles de contrachapado, su televisión, sus sábanas blanquísimas y uno de esos cuadros pintados en serie colgado sobre el cabezal. Cuando has dormido en uno de estos ya sabes exactamente cómo serán todos los demás. Como era de esperar, el desayuno tampoco tiene sorpresas y sirve lo mismo que el resto de los hospedajes de igual tipología y rango de precios: pan para que tú mismo te lo tuestes, bollería industrial embolsada individualmente, embutidos a lonchas, multitud de alimentos untables en blíster y un café de máquina que es mejor ahorrárselo. Apuesto por el pan con mantequilla con mermelada de albaricoque, descarto el zumo de color naranja y acto seguido busco una cafetería cerca del hotel para tomar un *capuccino* en condiciones.

Cuando llego a Encamp son las nueve y media en punto y, tal como me habían anunciado, encuentro un *parking* público justo frente al antiguo Hotel Rosaleda, que, cabe decir, es una sede ministerial muy extraña. El edificio mantiene casi intacta la estructura original del histórico establecimiento hotelero —cartel luminoso incluido— que se concibió para los turistas adinerados de los años cuarenta y que

en su época de esplendor llegó a aparecer en las prestigiosas guías *Michelin* y *Bleu*.

Ya en el interior me esperan los arqueólogos Abel Fortó y Sara Ubach (encontrar tocayos en Andorra no es algo difícil), quienes aparecen con libretas bajo el brazo para conducirme a una aséptica sala de reuniones dispuestos a responder a mis preguntas. Hubiera preferido que el encuentro fuera algo más informal, más contextualizado. No sé, como cuando en Atapuerca entrevisté a la veterana arqueóloga Aurora Martín con aquellos huesos en la mano que luego supe que eran reproducciones en resina. Pero en cualquier caso estoy contenta de que hayan accedido a recibirme, por lo que gustosamente me conformo con este despacho en el que hace un calor abrasador. Al fin y al cabo, en eso sí se parece el escenario a una excavación veraniega a cielo abierto.

Abel y Sara me ponen en contexto de lo que hasta la fecha se ha encontrado en Andorra, que no es poco, y me cuentan que no hay yacimientos visitables en el país. De momento, a falta de que se construya el tan anhelado museo nacional, todos los objetos encontrados se custodian aquí, en la sede del ministerio.

—Teniendo en cuenta las dimensiones del Principat —arranca Abel—, podemos afirmar que este es el territorio con más y mejor número de datos sobre el período neolítico de todos los Pirineos. En eso hemos tenido mucha suerte, porque hay épocas posteriores, como las Edades de Bronce y de Hierro, de las que no tenemos casi nada... Y eso ha pasado en parte porque la ley de patrimonio en Andorra es muy joven, de 2003, por lo que durante mucho tiempo la protección de los bienes históricos fue muy laxa. En los cincuenta y en los sesenta, en pleno *boom* urbanístico, los arqueólogos se dedicaban a ir de obra en obra para tratar de recuperar el material de las montañas, de tierra recién extraída. Hubo muy buena voluntad por parte de estos profesionales, pero la falta de leyes y sobre todo de medios hizo que en ocasiones la metodología usada no fuera la adecuada. Por ese motivo, muchos de los materiales que se excavaron en aquellos tiempos han quedado descontextualizados, especialmente los pertenecientes a períodos como el de la Edad de Bronce —se lamenta Abel. Sara asiente con los ojos cerrados, sin intervenir.

—¿Y con los vestigios neolíticos no fue así?

—No, con eso tuvimos mucha suerte. También pasó que hasta los

años sesenta se creyó firmemente que la primera ocupación de los Pirineos había sido mucho más tarde, durante la Edad de Bronce, por lo que no se había indagado más atrás en el tiempo. Por eso, cuando el arqueólogo Pere Canturri descubrió los primeros vestigios neolíticos en la Balma de La Margineda no se lo podían creer. Si bien ahí empezaron los trabajos más específicos sobre este período, no fue hasta principios de la década de los noventa cuando dos importantes arqueólogos franceses, en colaboración con el Institut d'Estudis Andorrans, iniciaron un importante proyecto de investigación centrado en el abrigo de La Margineda que duró diez años. Entonces supimos que en el actual Principat d'Andorra efectivamente había habido ocupación no solo desde el Neolítico, sino desde mucho antes, en el Epipaleolítico, que hasta la fecha es lo más antiguo que hemos encontrado.

—O sea, ¿que la Balma de La Margineda fue el primer yacimiento de todo el Pirineo que reveló vestigios previos a la Edad de Bronce?

—Sí, efectivamente. Es nuestro hallazgo estrella. Durante mucho tiempo fue el único yacimiento documentado en toda la zona del Pirineo con una cronología de Neolítico antiguo.

—Y luego se encontraron otros...

—Sí, en la vertiente catalana, en La Cerdanya, se localizó el de Montlleó, y ahí están las cuevas del Sardo, las Covetes y la cueva de Sarradé en el Parque Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici. También se hallaron vestigios en la vertiente francesa y en la Sierra de Guara en Aragón, entre muchos otros. Aquí, en Andorra, los más importantes son la Tomba de Segudet, la Feixa del Moro y el Camp del Colomer, en Juberri (donde yo he trabajado muy extensamente), pero hay varias decenas más esparcidos por el territorio, incluso a alturas considerables.

—¿Y qué conclusiones habéis sacado de lo que se encontró aquí? ¿Cómo eran los primeros andorranos?

—Pues mira —sigue tomando la palabra Abel—, contrariamente a lo que siempre se ha pensado, las primeras sociedades andorranas no fueron únicamente ganaderas: eso de la trashumancia y la vida nómada en la prehistoria del Pirineo es un tópico. Sí que pastoreaban, por supuesto, pero las últimas evidencias encontradas son prueba irrefutable de que aquellas gentes se dedicaron principalmente a la agricultura. Por ponerte un ejemplo, en la excavación del Camp del

Colomer encontramos nueve silos de almacenaje de grano de entre el 4500 y el 3900 a. C., eso unido a los dos silos que ya se habían descubierto en la Balma de La Margineda y a los cuatro más que salieron en la Feixa del Moro. Si tenían graneros era porque estaban teniendo una producción (sabemos que principalmente era de cebada, pero también de trigo, lino y guisantes), y a eso hay que sumar que no se han hallado demasiadas evidencias de consumo de animales. Ergo, eran fundamentalmente agricultores. Pensamos que la configuración del paisaje en el Neolítico no debió de ser muy distinta a la que hubo mucho después en la época medieval, es decir, un mosaico con áreas de bosque, zonas de labrantío con rotación de cultivos y terrenos de pastoreo. Y otra cosa que es segura es que practicaban la trashumancia corta estacional desde el fondo del valle hasta los pastos de alta montaña más cercanos.

—Trashumancia como la que se sigue haciendo ahora en los Pirineos.

—Sí, exacto. No eran trashumancias masivas de largo alcance como fueron las de la Mesta, en Castilla, sino que se trataba de grupos humanos con poco ganado y con un desplazamiento muy local. Subían a las cabañas de pastor en época estival para aprovechar los prados de altura y luego regresaban.

—Me parece fascinante que queden medios de vida que apenas hayan cambiado en los últimos siete mil años —observo—. De hecho, esta semana voy a participar en una trashumancia en Llívia.

—¡Qué interesante! Dicen que es bastante duro, ya me contarás...

Para duro el calor que hace en este despacho. Estamos los tres con la frente perlada por el sudor y, para nuestra salvación, Sara se levanta para abrir las ventanas de par en par. Se cuela un hilito de aire refrescante y proseguimos con la entrevista algo más aliviados.

—No os quiero entretener mucho porque debéis tener cosas que hacer y aquí hace un calor increíble, pero antes de irme os quería preguntar también sobre los entierros hallados en Segudet y en la Feixa del Moro. He leído que se encontraron conchas marinas en ellos. ¿Eso significa que en el Neolítico ya viajaban tan lejos? ¿Llegaron hasta el Mediterráneo o hasta el Atlántico desde Andorra o viceversa?

—Sí, en efecto: en Segudet se sacaron tres brazaletes hechos con una especie de bivalvo, y en el ajuar de los dos individuos adultos de la Feixa se encontró un collar y una colección de cuentas que están

hechas de variscita, un mineral que viene de la zona del litoral de Barcelona, concretamente de las minas de Gavà, en el Garraf. ¿Eso significa que una persona de aquí fue hasta allí para buscarlas? Seguramente no. Hay que pensar que en aquella época hay una serie de comunidades dispersas por todo el territorio que tienen unos círculos de interacción, y los bienes de prestigio como joyas o herramientas se acaban intercambiando y circulando. Es muy probable que estos objetos exógenos llegaran a Andorra pasando de mano en mano, no porque un solo individuo hiciera todo el camino de A a B.

Hasta el momento mi tocaya se ha mantenido en segundo plano, pero, ante la mención de los objetos hallados en las tumbas neolíticas, se le ilumina el semblante y dice:

—¿Quieres verlos? ¿Quieres ver los ajuares?

—Por favor.

Salimos de la sala-infierno de reuniones y avanzamos por un pasillo hasta otra estancia en la parte trasera del edificio, donde un par de personas trabajan muy concentradas. Sobre las mesas llenas de bolsitas de plástico con etiquetas y bajo las lupas, los científicos escrutan piezas amorfas y oxidadas que alguna vez fueron herramientas o armas. Sara coge la llave de un cajón y nos dirigimos a los ascensores. Las plantas inferiores del viejo hotel no tienen el boato de las plantas nobles. Aquí la arquitectura es más austera, y supongo que es porque en tiempos del hotel este debió de ser el espacio destinado al servicio, el lugar donde se lavaban las sábanas y desde el que se cargaban las neveras. En una de las habitaciones —esto es un laberinto— hay unos armarios archivadores de los que Sara con sumo cuidado extrae una cajita de metacrilato. En su interior, acolchada por el poliestireno, descansa una delicada pulsera de una sola pieza labrada en concha marina. Es preciosa.

—Es una de las que se hallaron en Segudet. Está intacta —indica Abel.

—¿La puedo fotografiar?

—Sí. Espera, que le saco el plástico.

Abel se pone los guantes de algodón blanco, retira el envoltorio y sostiene la pulsera como si fuera una fina lámina de cristal soplado a punto de quebrarse. Pongo el objetivo macro y hago unos primeros planos. Mientras tanto, Sara rebusca en el archivador y extrae otra caja alargada donde se protegen varias piezas que, a juzgar por su

tono verdoso, son los objetos de variscita que nunca sabremos cómo llegaron a Andorra desde el Garraf.

—Creemos que esto eran pulseras o adornos cosidos en las mangas de la ropa, porque el individuo las llevaba a la altura de las muñecas —explica el arqueólogo.

Me sobrecoge este detalle: una persona de hace más de cinco mil años llevaba este mismo brazalete y la inhumaron con él puesto. El pequeño ensarte de cuentas, un objeto que en realidad es insignificante, consigue impresionarme porque perteneció a la sencilla cotidianeidad de alguien muy alejado en el tiempo pero muy cercano en el espacio, uno de los primeros andorranos, un habitante del Pirineo igual que todos los que he ido encontrando en el camino desde que salí de Irún. Aquella persona del pasado vistió este adorno, de la misma forma que lo haríamos nosotros, después de que se lo regalara su esposa, un amigo o el caudillo de otro pueblo. O, quién sabe, quizá se lo trajo como *souvenir* de un viaje. Es ese anillo que tanto nos gusta que un día cinco mil años después de nuestra muerte alguien encontrará en una fosa. Ciertamente, esas quince cuentas de color verde ensartadas en un cordel me conmueven más que todas las calaveras (las reales) que vi en Atapuerca.

Catalunya Oriental

Trashumancia heroica (I)

El día extra en Andorra ha supuesto que tuviera que apresurarme y dejar para otro momento mi visita a La Seu d'Urgell, una ciudad a la que por uno u otro motivo siempre acabo renunciando. En cambio, esta vez sí recalaré en Puigcerdà, otra olvidada recurrente en mi agenda cuando paso por esta zona con ansias por llegar a los senderos, a las canales, a los refugios o a las cumbres de las sierras del Cadí i del Moixeró.

La Cerdanya es territorio de paisajes amplios y luminosos, una comarca bicéfala que pertenece a dos provincias (Girona y Lleida) y que, como los campos de fútbol, tiene sus gradas al sol y sus gradas a la sombra. Los pueblos que están a la *solana* tienen flora, carácter y panorámicas muy distintas de los que están a la *obaga*,[1]cuyos habitantes han sabido acostumbrarse a inviernos más crudos y a vivir mirando hacia los casi tresmiles que separan estas tierras de las de Andorra. Haciendo de árbitro en el centro de unos y otros se extiende esa plana cubierta de prados con vacas donde nadie en el pasado quiso levantar ninguna aldea por miedo a las crecidas del río Segre.

Josep Pla elevó estéticamente La Cerdanya en su prosa. La consideraba «una de les comarques més belles, més fines de Catalunya».[2]El autor ampurdanés —que directamente tildaba de deprimentes otros entornos pirenaicos— no escatimó en adjetivos generosos para describir este entorno al que en tan solo dos párrafos describió como perfecto, elegante, luminoso, espléndido, incomparable y radiante. Quizá se pasó de efusividad, pero no fue el único. Muchos otros ilustres de las letras catalanas le dedicaron sus halagos (sin que, para variar, hayan trascendido demasiadas obras escritas por mujeres), como aquel párroco montañero y escritor que fue Mossèn Cinto Verdaguer, que en el poema de épica medieval *Canigó* (1886) describió el Cadí como un «castell de titans»;[3]el poeta Joan Maragall, que regaló a la comarca su poema *A muntanya* en 1897; el modernista Santiago Rusiñol, a quien los pueblecitos de La

Cerdanya le parecían «hongos habitables» o el escritor Narcís Oller, que sumió a los burgueses protagonistas de su novela *Pilar Prim* (1906) en un turbulento romance con escenario en Puigcerdà. Y otro señor decimonónico más que se inspiró en este valle abierto fue Gustavo Adolfo Bécquer, uno de esos caballeros sevillanos que escribía con pluma y tintero y que esbozaría su relato *La cruz del diablo* tras pasar unos días en Bellver de Cerdanya.

También otros escritores y escritoras locales menos mediáticos le dedicaron su prosa a este saliente de los Pirineos que sí, es cierto, sorprende por la anchura de su paisaje y una luz que siempre es favorable para la foto, porque la orientación del valle no es la habitual de norte-sur, sino que discurre en dirección este-oeste. Hay que viajar a la época contemporánea para hallar voces femeninas cuyas letras sobre este lugar hayan trascendido, como las de la periodista Montserrat Roig, que describió Llívia como «una mitja lluna sota el Carlit».[4]

El caso es que esta vez no he podido dedicarme al lento descubrimiento de esas aldeas cerdanas de nombre escueto como Das, Alp, Urús o Urtx, que tanta literatura inspiraron; ni a conversar con sus paisanos; ni a probar las *xicoies*, el diente de león que es el orgullo culinario de las ensaladas de esta comarca. Por el contrario, he tenido que recorrer sin detenerme esa nacional que enredándose con el Segre atraviesa La Cerdanya para llegar lo antes posible a Llívia, un pueblo catalán que por un descuido burocrático quedó como una isla dentro de Francia tras la firma del Tratado de los Pirineos. En Llívia vive y trabaja Venanci Agustí, el pastor a quien acompañaré en su trashumancia anual hasta los pastos de altura en Les Bulloses. El hombre me ha pasado las coordenadas de su granja por teléfono y hemos quedado para que me cuente cómo será la operativa de mañana para mover a los animales.

Después de dar algunas vueltas en bucle por obra y gracia del maldito navegador, por fin logro encontrar la explotación ganadera de Venanci. Aparco junto a un tractor y me dirijo a los tres hombres que me miran divertidos, apoyados en una valla: soy la típica urbanita que llega una hora tarde con el coche lleno de polvo después de haberse perdido por los caminos rurales.

El trío de caballeros en cuestión está compuesto por un sonriente anciano de pelo blanco; un señor de rostro enjuto, bastón al hombro y

puro colgado en los labios que rondará los sesenta años; y un tercer hombre, un cuarentón guapo y atlético que luce bronceado en el escote de la camisa. Mi intuición me dice que el del cigarro debe de ser Venanci y me dirijo a él para presentarme, pero ante mi sorpresa es el más joven quien se identifica como tal. El más veterano de la cuadrilla es Vicens —su padre— y el fumador es Dimitri, un amigo de toda la vida que ayuda a la familia en la granja.

—¿Tienes mucha prisa? —me dice el Adonis.

—Pues ahora ya no —respondo.

—Perfecto, pues si te parece mientras hablamos de lo de mañana me podrías acompañar a ponerle el GPS a la yegua líder. Está en un prado que tenemos por ahí arriba. Podemos ir paseando tranquilamente y te cuento.

Por motivos que no logro comprender, se me caen los bolis que llevo en la mano y me pongo a andar a su vera, olvidándome por completo de que he dejado el coche abierto. Caminamos a la sombra de los árboles y el pastor me explica que este año va a hacer dos trashumancias consecutivas: una primera con las vacas (la que haremos mañana) y otra a los dos o tres días para subir a los caballos.

—Vosotros para hacer la trashumancia tenéis que entrar por fuerza en territorio francés, ¿no?

—Sí, pero por allá arriba —dice señalando en dirección al pico del Carlit—. Hay toda una parte de la montaña que pertenece a Llívia. Te lo cuento desde el principio: hay una documentación del año 1175 que demuestra que los payeses de esta localidad ya tenían conflictos con los de otros pueblos por los derechos de pasto en Les Bulloses, que ahora es Francia y que es donde iremos mañana. Esos conflictos duraron años, siglos... todo está documentado... hasta que en 1900 a un juez se le ocurrió la idea de subastar los terrenos montañosos que llevaban tanto tiempo en disputa. A esa subasta solo podían acceder municipios y se presentaron cuatro, uno de ellos Llívia, representada por su alcalde, el señor Miquel Meranges, quien vendió todo su patrimonio personal para poder comprar las 1.300 hectáreas de montaña en nombre del pueblo. El hombre nunca recuperó el dinero (en aquel momento los ganaderos no le apoyaron, ya que creían que no tenían por qué pagar por algo que les pertenecía *de facto* por razones históricas) y el pobre acabó medio loco. Pero gracias a él los que seguimos trabajando en la ganadería hoy día y todos los que

vengan detrás tenemos garantizado este derecho de pastura allí arriba.

—Al señor Meranges por lo menos le habrán dedicado una calle o una plaza en Llívia, ¿no?

—Pues, mira, no, pero ya llevo años batallando con el ayuntamiento para que se le haga un homenaje.

—¿Y cómo funciona la trashumancia aquí? ¿Cómo la hacéis vosotros concretamente?

—Mañana lo verás —dice haciendo una pausa dramática y mostrando una sonrisa panorámica color perla—, pero básicamente subimos a los animales en junio para que pasen los meses de calor arriba, se alimenten bien y las crías crezcan en libertad. Luego, cuando los bajamos, en noviembre, vendemos los potros en la Fira del Cavall de Puigcerdà, que es una de las más importantes de Europa de este sector. Y además, durante el verano, arriba en la montaña las madres habrán quedado preñadas para el próximo año.

—Y luego pasan el invierno en Llívia...

—Sí. Los tenemos en pastos al aire libre, nunca en cuadras. Tú pregúntame todo lo que quieras hoy, ¿eh?, porque mañana va a ser una locura.

En este punto de la conversación llegamos a un riachuelo y el pastor se arremanga los pantalones, se quita zapatillas y calcetines y se dispone a cruzar.

—¿Te llevo a caballito? Seguro que es la primera vez que un entrevistado te sube *a collibè*...[5]

Estoy tentada de aceptar la oferta, no lo niego, pero sería todo demasiado surrealista así que declino amablemente, me descalzo y cruzo trastabillando por el agua helada mientras intento no hacer demasiado el ridículo. Venanci me tiende la mano, y eso sí que lo acepto.

Al poco de sortear el arroyo, llegamos al prado donde sus caballos pastan en libertad. Habrá unas dos docenas de equinos adultos muy corpulentos y robustos, además de ocho o diez potrillos que a falta de costumbre de manejarse con sus propias patas corren sin desenvoltura, dando saltos de un lado para otro. Los miramos desde la valla sin entrar.

—¿De qué raza son?

—Son hispanobretones. Aquí se conocen como Cavall Pirinenc Català. Mira, antiguamente, aquí, en el Pirineo, había una raza de

caballos que eran muy fuertes, fortísimos, pero tenían el problema de que no eran ágiles para trabajar con los carros y demás, así que se les ocurrió mezclarlos con el Postier Bretón, que eran los que en Francia se usaban para llevar el correo. De esa mezcla vienen los que tenemos hoy, el Pirinenc Català, un animal muy elegante que, además de ser fuerte, no pierde en agilidad. Cuando lograron esta nueva raza, aquí en La Cerdanya se vivió una época de esplendor: mi abuelo me contaba que con la venta de un solo caballo podía pagar el jornal de todo el año de un trabajador... y aquí muchos payeses tenían setenta u ochenta cabezas, así que imagínate la fortuna que eso suponía.

El pastor abre la cancela, entra en el recinto y pronto los animales más veteranos empiezan a acercarse a él. A corta distancia imponen.

—Espérate aquí —me dice.

El hombre camina muy despacio hacia una yegua, pero deja que sea ella quien se aproxime por propia voluntad, algo que sucede a los pocos segundos. Entonces le acaricia la testuz y ella se alegra en una escena preciosa que viene acompañada por el contraluz que se cuela a través de los árboles. En este momento, Venanci me parece un héroe homérico.

—Ya puedes venir —me dice ahora, casi susurrando.

No las tengo todas conmigo, y cuando entro en el prado los caballos que estaban más cerca de la verja salen corriendo en estampida. Se produce una breve convulsión en el resto de la manada, pero pasados unos minutos todos bajan de nuevo la cabeza para volver a su rutinario morder hierba. Eso sí, sin perdernos de vista.

—Notan que estás nerviosa, así que mejor vamos a sentarnos un rato para que os acostumbréis los unos a los otros y después le pondremos el dispositivo a la líder del grupo.

Dicho esto, buscamos un espacio a la sombra de los avellanos y nos acomodamos sobre la hierba para seguir con la charla.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta Venanci.

—Me decías que esta raza valía un dineral en época de tu abuelo.

—Ah, sí. Bueno, eso se acabó cuando empezaron a aparecer los primeros tractores y la utilidad de estos animales se redujo a cero. Además, también pasó otra cosa: cuando estalló la Guerra Civil, los caballos pasaron a considerarse un arma de guerra por parte de los dos bandos, lo cual significaba que tú como payés no podías sacrificar

ninguna de tus piezas, porque se consideraba traición. Así que los ganaderos de esta zona se encontraron con que tenían manadas enteras que no servían para trabajar y que suponían muchísimo gasto, por lo que decidieron llevarlas a las montañas y abandonarlas allí. Cuando pasó todo y al cabo de los años subieron a buscar a los animales, muchos habían muerto por las durísimas condiciones de los inviernos en altura, pero los que habían sobrevivido estaban acostumbrados a dormir a la intemperie y a moverse por terrenos abruptos, incluso con mucha nieve: aquellas bestias se habían hecho especialmente fuertes. Y esa estirpe es la que ves aquí ahora. A estos caballos no los podemos encerrar, ni siquiera en invierno, y saben buscarse mucho la vida, escarban en el hielo para llegar a la hierba, por ejemplo…, conservan su lado salvaje.

Mientras hablamos, la jaca líder no se ha alejado demasiado de nosotros. Ahí sigue, nivelando el pasto a mordiscos y mirando de reojo. Nos levantamos lentamente y nos acercamos a ella.

—¿Estás más tranquila?

No sé si le habla a ella o a mí, pero en mi caso no del todo: a corta distancia el animal es más alto de lo que parecía de lejos. Durante todo el rato Venanci ha estado aguantando un grueso collar al que va acoplado el geolocalizador y ahora ha llegado el momento de ponérselo a la cabecilla del grupo. El hombre me da algunas indicaciones, nos coordinamos y, mientras yo tranquilizo al equino a base de caricias, él con mucho cuidado le pasa la cinta alrededor del pescuezo. Un intento, la yegua se remueve. Un segundo intento, un cabezazo. Un tercer intento, el GPS se cae al suelo. A la cuarta, por fin el collar queda bien acoplado.

—Listo. Se lo pongo para saber en todo momento dónde se encuentra el grupo cuando está arriba, en las montañas. Ella es la hembra dominante, y eso significa que el semental y el resto de animales del pelotón, de la familia, que suele ser de unos quince ejemplares, nunca andará muy lejos. ¡Trabajo hecho! Ya podemos volver.

Emprendemos el regreso, cruzamos de nuevo el río y cuando llevamos recorridos unos metros, en medio del paso topamos con un ternero que nos mira fijamente. En un momento dado el animal se pone a correr hacia nosotros a toda velocidad.

—No te asustes —dice el pastor—. Es Bini, mi mascota.

El novillo se detiene a un palmo de nosotros y le hace carantoñas a su amo como si fuera un Golden Retriever.

—Bini me sigue a todas partes como un perrito. No me lo quito de encima. Y ahora está disgustado porque no me lo he llevado de paseo.

Acaricio a la res y nos ponemos a caminar los tres hacia la puesta de sol como en las viejas películas del Far West.

Trashumancia heroica (II)

A las siete de la mañana del día siguiente, cuando regreso a la granja, ya hay varios coches estacionados en el patio y todo un surtido de botas de montaña, mochilas y bastones de madera colocados contra la pared de la finca. Venanci me saluda desde el dintel de su casa y me hace señales con la mano para que me acerque.

—¿Quieres tomar un café con leche?

Entramos en la cocina y el pastor me presenta a su gente. Alrededor de una mesa bien surtida con zumos, cafés, galletas y bizcochos se sientan sus dos hijos adolescentes, Aina y Teo; su mujer de rizos dorados, Sònia, que como toda la familia es también guapísima, y los dos veteranos que ya conocí ayer, Vicens y Dimitri. El grupo lo completan Eva, que ha subido desde Barcelona para hacer fotos para las redes sociales del Ayuntamiento de Llívia; unos cuantos amigos del pueblo que han venido a ayudar y tres pastores más que están muy lejos de la imagen estereotipada que uno suele tener de quienes se dedican a esta profesión: están en sus treinta y tantos, y como cualquier hombre de su generación visten a la moda y lucen tatuajes, pendientes y barba *hipster*.

Entre todos conduciremos a las vacas a buen puerto hoy, o eso espero. Le hago unas últimas preguntas a Venanci entre sorbo y sorbo de café antes de que empiece la vorágine.

—No eres el único que tiene ganado en Llívia. Cuando subís a los animales al monte y pasan allí el verano todos revueltos, luego ¿cómo sabéis cuáles son los vuestros?

—En el caso de los caballos, porque los conocemos, y también porque el pelotón casi nunca se separa, como te comenté ayer: donde va la yegua líder va el resto. Y no suelen mezclarse entre pelotones porque el semental ya se encarga de que ningún otro macho se acerque a su grupo. De hecho, a veces hay peleas muy violentas entre sementales... hace unos años uno de mis caballos mató a otro.

—O sea, que no hace falta marcarlos.

—Nosotros, aquí, en Llívia, no lo hacemos, aunque antiguamente sí que cada payés tenía su propia marca, como si el caballo fuera un tractor. Con las vacas, en cambio, es distinto, porque, si bien se mueven en grupos familiares, al tratarse de animales más sociables acaban juntándose unas con otras. Por ese motivo a las reses les ponemos collares de diferente color y así siempre sabemos a qué ganadero pertenecen. Ah, y por otro lado también llevan una marca en la oreja con toda la trazabilidad del animal. Esa es su matrícula.

—¿Cuantos payeses hay en este pueblo?

—En Llívia *fem foc* cinco ganaderos. *Fer foc*[1]es la manera que tenemos aquí de decir que uno vive y tiene el ganado en la población. Y luego hay dos payeses más que son invitados, es decir, que no viven aquí pero que suben sus animales hasta Les Bulloses. Estos tres chicos que te acabo de presentar también trasladan hoy su ganado con nosotros. En total moveremos unas trescientas vacas. Y en un par de días, cuando vayamos con los caballos, habrá unas ciento cincuenta cabezas, pero te lo digo así, *grosso modo*, porque la cifra exacta no la sé.

Cuando todo el mundo está listo, salimos al patio y los dos señores mayores que, como ya se veía venir, están al mando de la operativa, se disponen a darnos instrucciones antes de abrir la cancela del prado en el que pastan los animales. No se ve a Bini por ningún sitio. Sònia me acerca un largo bastón de madera de avellano sin el que, luego lo sabré, no sería nadie hoy.

Toma la palabra Dimitri:

—Las vacas son como el agua —curiosa frase para empezar—: allí donde vaya una, irán las demás. Esto quiere decir que si el animal que va delante se cuela donde no debe, el resto le seguirá. Segunda cosa importante: para cortarles el paso hay que levantar el *bastó*[2]y elevar bien la voz. Con ello conseguiremos conducirlas por donde nosotros queremos que vayan. Tercero: estad bien atentos especialmente a la salida, porque hay que cruzar Llívia de un extremo a otro. Venanci irá delante y os irá indicando qué pasos hay que ir cortando para que los animales no se metan por calles que no tocan. Las personas que vayan detrás son las que tienen que ir apretando a las vacas para que circulen y asegurarse de que ninguna quede rezagada, ¿*entesos*?[3]

Venanci, sus dos hijos y un par de hombres más se adelantan por

la pista a paso ligero, unos cuantos nos quedamos a medio camino y, cuando los últimos del grupo —los pastores jóvenes— abren la verja, todo sucede muy deprisa: sale una vaca corriendo y detrás de ella, efectivamente, como si de la crecida de un río se tratara, brota atropelladamente el resto de los animales para ponerse a correr campo a través por el primer prado que encuentran libre de personas. Desde la parte delantera de la comitiva Venanci levanta la voz para indicar a uno y a otro dónde deben colocarse:

—Tú: cierra esa salida. Vosotros dos: cortad esa calle. Los de atrás: no corráis, que si no las asustáis...

Mientras tanto, los dos veteranos se suben a una vieja furgoneta y para cuando llegamos a la rotonda de la nacional que cruza Llívia, el vehículo ya está estacionado estratégicamente para cerrar el paso a bestias y a conductores. En el otro extremo de la carretera se han apostado el todoterreno de la policía municipal y algunos curiosos que observan el desfile, móviles en mano.

El resto agitamos el palo y gritamos cuando alguna vaca intenta avanzar en dirección prohibida. Pa-sssaaaaaaaa, pa-sssaaaaa. Todo sucede muy deprisa y nos toca correr al trote en muchas ocasiones para ir al ritmo de unos animales que parece que tengan prisa por llegar a las montañas. Eva, la fotógrafa, no da abasto con la cámara. Intenta adelantar a las reses para hacerles una toma de frente, pero para su frustración las bestias son más rápidas y la alcanzan todo el rato antes de que consiga enfocar al grupo. Comprendo su estrés, esto no es nada fácil.

Cuando ya enfilamos ladera arriba, allí donde Llívia tiene los callejones más apretados, el ganado va conducido por el propio urbanismo y todo se relaja un poco. Pero en un descuido humano las vacas-que-son-agua encuentran una brecha por la que colarse y se meten todas en tropel en un trigal ante la desesperación de los pastores, que empiezan a correr a través de las espigas para intentar detener a las bestias antes de que lleguen a La Seu d’Urgell.

Perdemos media hora en este ínterin, con los más experimentados dando indicaciones y algunos de los voluntarios sudando a mares y empapados por el rocío de una vegetación que les llega hasta la cintura. Tratan de hacer un círculo en torno a las vacas para volver a reconducirlas hacia el pueblo, cosa que finalmente consiguen tras varios intentos frustrados.

—Este año —dice Venanci, que se ha subido a un muro para contemplar la operación con cierta perspectiva— las terneras son muy jóvenes y no conocen el camino, por eso todo va a costar un poco más. Tendría que haber traído a Bini. Él igual nos hubiera ayudado en esto hoy…

Yo no he entrado en la era, sobre todo porque si esta trashumancia se va alargar hasta la tarde, definitivamente no me puedo permitir desfondarme en la primera media hora. A nuestro lado se aposta el guardia municipal, que mira la escena divertido.

—¿Puedo subir con usted en el coche? —le pregunto.

—Sí, claro, pero yo solo voy a llegar hasta los límites del municipio. Luego ya tendrás que seguir por tu cuenta.

—Perfecto, gracias. Es para tomar un poco de ventaja y poder unirme al grupo que va en cabeza. Es que si trato de alcanzarles a pie nunca lo conseguiré. —Y señalo a Venanci, que ha salido corriendo pendiente arriba y que en cuestión de segundos ya solo es un puntito a lo lejos. Tal como vaticinó el arqueólogo Abel, esto va a ser, definitivamente, muy duro.

Aviso a Eva para que nos acompañe, nos acomodamos las dos en el vehículo municipal y en pocos minutos alcanzamos la cabecera del grupo, donde está Venanci con sus dos hijos y Vicens, que también se ha adelantado con la furgoneta. Los vehículos se colocan a ambos lados del camino que sube desde Cereja esperando a los bovinos, a los que habrá que dirigir a través de otra población, esta ya en territorio francés: Angostrina.

Oímos los cencerros y acto seguido vemos llegar a las vacas a marcha ligera con algunos voluntarios a ambos lados cortándoles los pasos no deseados. También nosotros nos ponemos a correr calle arriba para que la manada no nos alcance. Un pastor con barba y brazos tatuados nos da indicaciones de dónde tenemos que apostarnos con el bastón en alto. Eva y yo nos situamos, hacemos fotos a todo correr antes de que lleguen los animales y al paso de estos gritamos a toda voz agitando el madero para que continúen por la calle y no se metan en un lugar indeseado, algo que súbitamente sucede cuando cinco vacas especialmente intrépidas se separan del grupo y se cuelan entre las petunias de un chalet ante el horror de Venanci, que de un salto atlético accede al recinto y las expulsa a base de manotazos en los cuartos traseros.

Cuando dejamos atrás los últimos chalets de Angostrina, manejar a los animales se torna un poco más sencillo: una pista de tierra flanqueada por un talud sin desvíos, labrantíos o jardines privados significa que las vacas no tienen más opción de paso que el sendero. El desnivel considerable y que ya llevamos más de una hora desde que salimos de la granja hace que para nuestra salvación las reses bajen el ritmo y reemplacen el trote por el paseo. Las dos horas siguientes discurren relativamente tranquilas. Hemos cambiado el estrés, correr y gritar por pasear plácidamente por la montaña —aunque sea cuesta arriba sin paliativos—, acompañando a las vacas entre pinos, arbustos de genista y rocas de granito dispersas que nos recuerdan que los Pirineos llevan treinta millones de años erosionándose.

Cuando ya nos queda poco para llegar a la pradera donde está previsto el descanso y parece que vamos viendo la luz, otro sobresalto nos recuerda que en esto de la trashumancia nunca hay que bajar la guardia. Desde hace un par de kilómetros, Venanci con Aina y Teo, otro de los pastores y yo avanzamos por una pista polvorienta que discurre a considerable altitud entre una pared de roca y un precipicio, cuando a unos doscientos metros vemos a un pelotón de unos diez caballos atascados en medio del paso.

—Estos se han escapado y se han puesto a hacer la trashumancia por su propia cuenta —dice Venanci mientras arranca a correr hacia los equinos—. ¡Parad las vacas! —nos ordena.

El pastor joven intenta pasar como puede a contracorriente a través de los bovinos para tratar de llegar al grupo humano que desde atrás los aprieta para que avancen; debe avisarles cuanto antes para que dejen de hacerlo. Mientras tanto, los hijos de Venanci y yo nos situamos en el centro del camino, levantamos los cayados y damos voces para que los animales no sigan adelante. Las reses empiezan a ponerse nerviosas, porque las personas que vienen detrás siguen apremiándolas, ajenos al problema... En pocos segundos las bestias se amontonan, se encabritan y se suben unas encima de otras ante nuestra impotencia y la del pastor, que ha tenido que arrinconarse contra unos arbustos para que no le aplasten. O salimos de aquí o dentro de unos segundos toda esta masa animal nos va a pasar por encima. Hay que tomar una decisión ya. Teo suelta el bastón, corre hacia un lado y se encarama ágilmente a las rocas del talud. Aina y yo apostamos por el barranco y de un salto nos situamos al borde del

mismo para abrazarnos a unos pinos. Las vacas salen en estampida en dirección a los caballos mientras Venanci trata de abrir la cancela de hierro que alguien, en su ignorancia, ha dejado cerrada, impidiendo el paso de la comitiva animal.

La primera vaca —como si fuera la calle Estafeta en pleno San Fermín— alcanza a un potrillo y lo lanza por los aires de un cabezazo. Al ver la escena, el resto de los caballos da media vuelta y se pone a correr en dirección a la valla que Venanci consigue abrir en un último segundo crítico. Los equinos superan el obstáculo a la carrera y se pierden tras una nube de polvo, dejando atrás a una sola yegua que a todas luces es la madre del atropellado, a quien se oye relinchar desde algún punto incierto de la cañada. La manada de vacas nos adelanta a toda prisa sin que nosotras soltemos la corteza del árbol y Venanci, brazos en alto en el centro del camino al más puro estilo Moisés abriendo las aguas del Mar Rojo, consigue detenerlas por sí solo.

Los que no hemos sido arrollados nos recomponemos un poco del susto y volvemos a nuestro puesto en la cabecera mientras nuestro héroe bíblico —que ha saltado ladera abajo para rescatar al potro desvalido— reaparece en escena en el límite del barranco con el animal a cuestas. Desde luego, ser pastor tiene mucho de épica, y eso no se lo imagina la gente.

Cuando por fin llegamos a la pradera, todos sin excepción estamos empapados en sudor, cubiertos de mugre y enrojecidos por un sol que a estas horas ya impone firmemente su mandato. Caballos y vacas, como si aquí no hubiera pasado nada, se dispersan y empiezan a pastar pausadamente. De las mochilas de Sònia y de Vicens empieza a brotar maná en forma de quesos, *llonganisses*,[4]tortillas de patatas y un enorme *pa de pagès*.[5]Dimitri añade una bota de vino al bodegón gastronómico.

—Probad el embutido —nos dice Sònia—. Lo hacemos en casa.

Sentados en la hierba, liberados de mochilas y calcetines, nos lanzamos a un festín en el que cada uno comparte con el resto lo que ha traído. Mis frutos secos no están a la altura de los manjares de la familia Agustí, pero la carcajada generalizada se produce cuando de la mochila de uno de los pastores más jóvenes —el rubio de ojos saltones que por poco acaba aplastado por las vacas— surge uno de esos *fuets* industriales envueltos en plástico y una lata de Coca-Cola.

—¿Dónde vas con eso? —se ríen los más veteranos—. Anda,

pásale el queso y que coma algo en condiciones, que aún nos queda camino para rato.

—¿De quién son esos caballos? —pregunta uno de los voluntarios al ver que tras unos rododendros aparecen triunfantes la yegua y su potrillo descalabrado, que a pesar de todo camina con cierta soltura.

—Se le han escapado a un ganadero de Llívia... Ya le hemos avisado —dice alguien.

Tras el receso, toca seguir adelante. Los más curtidos nos advierten que el camino desde aquí tiene mucha pendiente, pero que ahora las vacas ya subirán prácticamente solas.

—Solo hay que vigilar que ninguna se quede atrás, que todas vayan llegando a nuestra zona de bosque en Les Bulloses —apunta Vicens.

El grupo de voluntarios que hemos salido de Llívia esta mañana ha ido perdiendo efectivos al mismo ritmo que el terreno ha ido ganando en altura. Desde aquí solo continuaremos hasta el final Venanci y su mujer Sònia, la fotógrafa Eva —que a juzgar por el color de sus mejillas está al borde de la insolación—, dos vecinos de Llívia y yo. El resto recoge y emprende el camino de regreso al pueblo.

Todos estamos agotados menos los pastores —que, como sabemos, están hechos de otra materia—, pero pronto descubro que esta será la parte más gratificante del día: caminando a la sombra del bosque, sorteando el río d’Angostrina, que gotea desde los lagos de Les Bulloses, y con las vacas marchando a su aire sin necesidad de que nadie las atosigue. Cuando lleguemos arriba y los animales puedan comer pasto propio, tocará desandar de vuelta esos quince kilómetros que hemos superado hasta aquí y que dentro de dos días estas mismas personas volverán a recorrer acompañando a dos pelotones de caballos.

Una vez llegamos al punto exacto donde la montaña deja de ser francesa para ser catalana otra vez, nos abrazamos y nos hacemos unas fotos para el recuerdo. Nadie que pase por aquí se percatará del cambio de país, excepto los pastores locales. Solo ellos saben que en lo alto de una de estas rocas de granito se colocó una cruz de hierro que marca el inicio de ese tramo de monte que un alcalde de Llívia, hace más de un siglo, compró dilapidando todos sus ahorros. Gracias a él, hoy estos animales pastan aquí sin necesidad de que nadie se pelee.

La virgen que plantó a Franco

He tardado dos días en recuperarme de los rigores de la trashumancia. Aún con agujetas en las pantorrillas, mientras desayuno en una cafetería del centro de Puigcerdà, miro el reloj pensando que a estas horas Venanci y sus caballos ya deben haber llegado a Angostrina. Despliego el periódico y, mientras mojo el cruasán en el *capuccino*, leo esas noticias recurrentes que se producen todos los veranos sin excepción: que la ola de calor va a durar unos días más; que medio país batalla para extinguir los incendios provocados por rayos, descuidos o criminales pirómanos; que solo en los dos últimos meses se han abandonado miles de mascotas; que hay medusas en la costa de Tarragona...

Ajena al torbellino de infortunios que azotan nuestros meses de calor, los turistas franceses que se agolpan a la sombra de las terrazas de la plaza de Santa Maria conversan animadamente mientras disfrutan de unas vacaciones que aquí en el Pirineo no serán tan bochornosas como en otros rincones del territorio. Algunos visitantes hacen fotos de la torre de esa iglesia de Santa Maria que ya no existe, porque cuando estalló la Guerra Civil, las milicias de la organización anarquista CNT/FAI la desmontaron sillar a sillar para venderla como material de construcción en una comarca en la que la piedra de buena calidad escaseaba. Del aquel templo gótico solo quedó el campanario —que se mantuvo para que sirviera de base a una pieza de artillería antiaérea—, por lo que la plaza actual es el espacio fantasma que una vez ocuparon naves, bóvedas, capillas, bancos y fieles que se ponían en fila para comulgar los domingos. Esos bloques de piedra de lo que fue la iglesia yacen hoy dispersos por La Cerdanya sujetando vigas, embelleciendo salones o decorando muros de jardín sin que en muchas ocasiones ni siquiera lo sepan sus propietarios.

Tras el desayuno, paso por el hotel para recoger la maleta muy a mi pesar, porque junto al lago de Puigcerdà se está francamente bien. Aquí se goza de atardeceres de alto nivel pintoresco, de frescas noches

estivales que se pasan mejor con una chaqueta, de un bellísimo entorno natural donde siempre hay algo que hacer y de unas ensaladas de *xicoies*[1]extraordinarias que nada tienen que envidiar al *trinxat*[2]por el que es famoso La Cerdanya. La gente de buena vida lo sabe desde hace siglos y por eso abundan en el municipio las casas de veraneo decimonónicas (en una de ellas pasó una primavera el mismísimo Antoni Gaudí, en 1911) y los chalets-segunda residencia de nuestra burguesía contemporánea, que en invierno viene a esquiar y que pasa en Cadaqués o en Menorca el verano. En fin, que lo bueno nos gusta a todos.

Lo que no gusta tanto es que en la capital de la comarca, y como en toda buena estación montañera con visitantes adinerados, se paguen precios abultados por productos de consumo diario que a quince kilómetros cuestan unos cuantos euros menos. La gente que vive todo el año en Puigcerdà —según me han comentado ya tres personas diferentes, una de ellas la recepcionista del hotel donde me he quedado— se desplazan hasta Bourg-Madame, en Francia, o incluso hasta La Seu d'Urgell, cada vez que tienen que llenar el cesto de la compra si no quieren pagar ese sobrecoste extra que les supone vivir en una comarca idolatrada por los millonarios.

Yo también me quedaría aquí si no fuera porque mis modestas ganancias como escritora y fotógrafa no me lo permiten, y sobre todo porque es hora de avanzar. Tengo que ir asumiendo que este viaje no será infinito y que a los Pirineos ya les queda poco recorrido.

De nuevo al volante, la collada de Toses me somete a uno de esos circuitos revirados que son una bendición para los motoristas amantes de las curvas, pero que se tornan infierno para quienes eso de conducir solo les sirve para desplazarse de un sitio a otro. Las vistas panorámicas hacen más llevadero el descenso en picado que desde La Cerdanya hay que hacer hasta la contigua comarca del Ripollès, y en mi lento cuesta abajo me adelantan unos ciclistas, otra de esas tribus que siempre frecuentan estos asfaltos. Esta carretera de Toses que cruza la Serra del Cadí-Moixeró no es otro, por cierto, que ese eje pirenaico N-260 que ya pisé en Aragón y al que desde aquí le faltan poco más de cien kilómetros para morir en Portbou.

A sesenta kilómetros por hora dejo atrás Dòrria y Planoles y por fin puedo aparcar el vehículo en Ribes de Freser tras recorrer la distancia que me separaba de la capital de La Cerdanya en poco

menos de una hora.

Para subir sin esfuerzo al emblemático Santuario de Núria desde Ribes de Freser hay que usar el Cremallera, un audaz ferrocarril eléctrico de montaña que en doce kilómetros supera más de mil metros de desnivel. Su construcción en 1931 supuso una bendición para los fieles, que hasta la fecha debían cubrir el trayecto a pie por un antiguo camino de herradura encajado en el fondo del cañón que el río Núria cinceló entre gneis y saltos de agua. Este áspero Camí Vell (que, por cierto, forma parte del GR-11 que arranca en Irún) tiene sus muchos nostálgicos de aquellos tiempos en que el excursionismo catalán daba sus primeros pasos y sigue siendo vía penitente de aquellos romeros que optan por subir a pie hasta la pradera para venerar a Sant Gil, que en Catalunya es el patrón de los pastores. Es una excursión no exenta de esfuerzo muy popular en el Ripollès, cuyos 932 metros positivos de desnivel acumulado culminan en el mirador del Pla de la Creu d'en Riba para regocijo de quienes ven compensado el duro ascenso con un extraordinario regalo visual. Así, en definitiva, con la construcción del Cremallera se democratizaron estas panorámicas que hasta entonces habían sido patrimonio exclusivo de quienes cubrían el trayecto andando por motivos de fervor religioso, excursionista —este es uno de los accesos a la cima del Puigmal— o pastoril.

Cuando llego a la estación superior del Cremallera, dejo la maleta en el hotel que se levantó junto al santuario y cubro andando el corto trayecto que sube hasta el célebre mirador del Pla de la Creu d'en Riba. En lo alto, sin haber siquiera sudado una gota, disfruto de las vistas sobre esta pradera, bosques, santuario, ermita, pantano y cumbres circundantes que algún creativo publicitario bautizó como la Vall de Núria. Porque Vall de Núria en realidad no es un valle, sino el nombre comercial de una estación de montaña que en su extensión engloba siete valles: de poniente a oriente son el de Fontalba, el de Coma de l'Embut, el de Finestrelles, el d'Eina, el de Noufonts, el de Noucreus y el de Fontnegra. Por eso, algunas fuentes se refieren a este lugar como Valls de Núria, en plural.

He subido hasta aquí en múltiples ocasiones —en mi favor tengo que decir que en su mayoría ha sido a pie por el Camí Vell, desde Fontalba o bajando del Puigmal—, pero es la primera vez que veo a tan poca gente en la estación. Será por tratarse de un día entre

semana, o más probablemente porque el público familiar que suele frecuentar este enclave ha decidido ser prudente ante el aviso de situación meteorológica de peligro por tormentas prevista para esta tarde. Y es que a pesar de que las cimas en esta parte de la cordillera pirenaica tienen fama de ser bastante asequibles, no es menos cierto que estas montañas y su aliado invernal, el *torb* —la ventisca—, se han cobrado bastantes víctimas en las últimas dos décadas. Para aquellas malogradas personas también el día arrancó, igual que hoy, con sol y cielo azul marino para enredarse en pocos minutos y acabar en tormenta de nieve y en desgracia humana. Aunque ahora no sea época de *torb*, si dentro de unas horas sucede lo que han dicho reiteradamente las noticias, aquí se va a producir un espectáculo de rayos y truenos bíblico. Supongo que por ese motivo los turistas, literalmente, han desaparecido del mapa.

Mientras espero el aguacero aprovecho que la terraza del restaurante tiene muchas mesas vacías para sentarme a almorzar a la sombra de un parasol. No será un ágape para recordar, pues por toda opción tengo uno de esos bufets como el que había en la facultad, con carne que está seca, verduras de congelador hervidas y flanes de factoría industrial. Pero el entorno y las vistas del pantano, con esos caballos paseando a su alrededor, lo subsanan.

A las cinco de la tarde se cumplen las previsiones. El cielo se cierra, una nube espesa se desliza ladera abajo por los valles como una avalancha etérea y en pocos minutos arrasa visualmente arboledas, edificios y caballos. Primero el *whiteout* —la pérdida total de panorámicas—, después el estallido de los truenos amplificado por el eco de las montañas que aquí actúan como un anfiteatro y, por último, la lluvia. Lluvia torrencial, implacable, monzónica. Me resguardo corriendo bajo el porche del edificio y cubro la distancia que me separa de la máquina de café que hay situada en la zona comercial, junto al santuario. No veo a ningún otro ser vivo en el recinto, más allá del dependiente de la tienda de recuerdos, cuando el silbido del tren Cremallera me confirma que, si todavía quedaba alguien en la Vall de Núria, se está marchando en este preciso momento.

Me acomodo bajo los arcos para ver la lluvia caer con el vasito de cartón lleno de café en la mano y al poco aparece un señor de mediana edad que se sitúa a mi lado con los ojos clavados en la borrasca. A los dos segundos dice:

—Menudo chaparrón.

Intuyo que tiene ganas de conversación.

—Sí, pero el paisaje tormentoso también tiene su encanto, ¿no cree? —le respondo también con ánimo de charla, mientras de fondo suenan los truenos.

—Debo decir que los mejores días aquí arriba son estos, cuando hay poca gente y el clima invita a la introspección.

Ante semejante frase, adivino que el hombre es un peregrino o, aún mejor, el párroco del santuario.

—¿Trabaja usted aquí? —le digo señalando con la cabeza la iglesia que tenemos detrás.

—Sí, soy el ermitaño de Núria. Me llamo Joan Perera.

El hombre me tiende la mano para presentarse y yo me alegro infinitamente de que hoy llueva, de que Joan tenga ganas de conversar y de que la casualidad haya querido que nos encontremos los dos solos aquí arriba. Le cuento que estoy haciendo un viaje por los Pirineos, que hoy me quedaré a pasar la noche en el hotel y que dispongo de toda la tarde para escuchar lo que quiera contarme sobre este lugar.

—¿Has entrado alguna vez en la iglesia? —pregunta el ermitaño.

—Pues lo cierto es que sí. Cuando era niña nos trajeron de excursión con la escuela para visitar a la *Verge*[3]de Núria, pero apenas la recuerdo.

Ante mi respuesta, a Joan le falta tiempo para abrir la gruesa puerta de acceso, invitarme a entrar y hacerme de improvisado guía turístico por la nave de la basílica.

—Aquí ya había una iglesia desde el siglo XI, pero, debido a que la afluencia de peregrinos se intensificó a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se decidió construir un nuevo templo que se inauguró en 1911. De todos modos, lo que ves hoy es de 1946, ya que el conjunto no se completó hasta la construcción del ferrocarril. Tienes que pensar que antes de esa infraestructura el santuario solo abría entre Sant Joan y Sant Miquel, pues en invierno los senderos aquí arriba eran muy peligrosos y solo se podía llegar por el Camí Vell, que no es precisamente un paseo.

Cuando pasamos frente al tablón de anuncios, Joan se detiene y me regala una estampita de la Virgen con los *Goigs de la Mare de Déu de Núria*[4]escritos en el dorso.

—Lo cierto es que no soy una persona religiosa —le digo al hombre casi disculpándome.

—No importa, quédatela. La *Verge* de Núria es la patrona del Pirineo catalán y ella te protegerá mientras pasees por estas montañas. Además, no sé si lo sabes, pero esta Virgen también ha sido muy viajera…

Subimos por las escaleras que dan acceso al camarín que custodia la talla románica, nos detenemos a escasos centímetros de ella tras el metacrilato y Joan se queda mirándola con ojos emocionados, sin decir ni una palabra. Pasados un par de minutos, el religioso toma la palabra de nuevo:

—Es una imagen de la *Mare de Déu* muy humanizada —dice—. Fíjate: no viste velo, sino capa de pastora, y lleva una corona muy sencilla sin lujos ni adornos. Además, tiene el pelo corto y enseña el cuello, algo que es altamente inusual.

Realmente se trata de una obra extraordinaria que conserva muy vivo su colorido. Observamos en silencio todos esos detalles que son nuevos para mí y sobradamente escudriñados a fondo por este devoto que debe conocerla hasta en su más mínima muesca.

—Me ha comentado que se trata de una imagen muy viajera…

—Sí. Mira, la Virgen ha estado aquí arriba desde que el pastor Amadeu de Núria la encontrara en este paraje en el siglo XI y se le construyera la primera capilla. Pero cuando estalló la Guerra Civil, en 1936, el rector de la parroquia, después de oír que los milicianos estaban robando y quemando objetos religiosos, se la llevó exiliada a Suiza, donde pasó cuatro años y un mes. Pero la historia más extraordinaria es la de su secuestro.

—¿Secuestro?

—Sí, fue una acción digna de novela policíaca. En julio de 1967 iba a celebrarse una pomposa ceremonia de coronación de la Virgen de Núria en esta basílica con la presencia del flamante (y afín al régimen franquista) arzobispo de Barcelona, Marcelo González, cuya nominación había sido muy protestada entre los obispos catalanes. Los preparativos llevaban semanas en marcha, porque al acto también debían acudir un buen número de autoridades, entre las que se contaba el nuncio del Vaticano, así como varios altos cargos políticos y militares. Pero una semana antes del evento, en la madrugada del 9 de julio, unos activistas antifranquistas entraron en la iglesia y se

llevaron a la *Verge* metida en un petate, envuelta en un saco de dormir. Este último detalle —aclara Joan— se ha conocido hace muy poco, porque durante muchos años no se supo cómo se habían desarrollado los hechos.

»El caso es que, al día siguiente, cuando el encargado de la custodia se dio cuenta de la falta, avisó a la Guardia Civil, que en pocas horas desplegó un extenso operativo de rastreo por las montañas con la ayuda de la Gendarmería francesa. Pero la talla no se encontró.

—¿Y quiénes eran los activistas?

—Un grupo llamado Almogàvers mandó una carta al diario *Le Monde* reivindicando el secuestro y pidiendo como rescate que por un lado se destituyera al arzobispo González y por otro se permitiera el regreso del abad de Montserrat, Aureli Maria Escarré, que se encontraba en el exilio por haber criticado al caudillo.

—¿Y les detuvieron?

—El ministro Manuel Fraga Iribarne mandó la consigna de que no se hablara del secuestro en la prensa hasta que se detuviera a los culpables, pero eso nunca pasó, porque el régimen nunca supo quiénes habían sido los responsables. Para salvar la situación, el Gobierno de Franco actuó como si nada hubiera pasado y la ceremonia de coronación se celebró igualmente con todos los honores, usando una copia de escayola de la Virgen que se guardaba aquí, en el santuario.

—Muy típico de la maquinaria propagandística de la dictadura... Sí que es de novela negra esta historia, sí... ¿Y dónde estaba la *Verge* original?

—Permaneció escondida en un piso del barrio de Gràcia de Barcelona durante casi cinco años y fue devuelta al obispo de Urgell justo el mismo día en que el controvertido arzobispo González fue trasladado a Toledo y su puesto en Barcelona ocupado por un pontífice catalán. Los autores del hecho contaron toda esta historia a unos periodistas hace unos años, y por eso se han sabido los detalles de cómo se la llevaron y de dónde estuvo escondida. Parece ser que también habían planeado otros secuestros de vírgenes, como la de Pilar o la de la catedral de Valencia, pero aquellos nunca llegaron a perpetrarse.

—Espero que no haya viajado mucho más esta Virgen de Núria, porque entre una cosa y otra estuvo más de ocho años fuera.

—No. Por suerte, no.

Regresamos a la nave de la iglesia y el párroco, que parece que acabe de acordarse de algo, sale a toda prisa en dirección a una de las capillas laterales. Regresa con un libro en la mano.

—Mira, aprovecho para darte otra cosa. Es un compendio de sonetos y pensamientos que escribí inspirados en sant Gil, la otra gran figura que se venera aquí.

El ermitaño me entrega un volumen de poesía ilustrado. Lo hojeo y compruebo que el hombre ha escrito sobre aquel santo griego que según la tradición se refugió en estas montañas, pero también sobre la *Verge*, sobre el paisaje que nos rodea, los animales que lo pueblan y la trashumancia... Le agradezco el regalo y utilizo la estampita que me dio antes como punto de libro. Joan, al ver la estampa, le brillan de nuevo los ojos y espontáneamente se pone a recitar de memoria y en voz alta aquellos *Goigs de la Mare de Déu* de los que también un poeta de la Renaixença,[5]Joan Maragall, haría su versión en 1894 cuando estuvo alojado aquí arriba, en el refugio de Núria. Joan, el ermitaño, modula la voz y sigue recitando otros poemas de factoría propia o ajena mientras yo me acomodo en un banco de la nave. Fuera estallan los truenos, dándole al recital un telón de fondo memorable.

Lo que no cabe en un libro

A la mañana siguiente la Vall de Núria amanece con el cielo limpio, brillante, libre de nubes, sin más rastro de lluvia que la que ayer lo dejó todo encharcado. Salgo del hotel antes de que se haga de día y camino pisando barrizales con intención de subir al Pic de l'Àliga, a cuyos pies se construyeron, en los años cuarenta, un funicular y un albergue propiedad de la Obra Sindical Educación y Descanso que ofrecía a los seguidores del régimen franquista un rincón de silvestre asueto en las montañas. Funicular que acabó quemado —por el maquis, según se dice— y residencia que en la década de los ochenta reformaría la Generalitat de Catalunya para convertirla en un albergue de juventud.

Rodeo el santuario por su flanco derecho y veo un grupo de *isards*[1]que disfrutan de la soledad junto al estanque. Ante mi presencia los animales se quedan inmóviles, petrificados, mirándome fijamente. Cuando ven que continúo la marcha en dirección contraria, ellos siguen a lo suyo a toda prisa, porque saben que, con la llegada del primer Cremallera de la mañana, la hierba que se extiende frente a la ermita de Sant Gil pasará a ser patrimonio exclusivo de los turistas. Cruzo el torrente d'Eina, remonto ese camino de les Noufonts, que es una variante del GR-11, y paso junto a las estructuras del horrendo *via crucis* que tiene hechuras de épocas totalitaristas para llegar al albergue cuando el sol ha empezado a teñir de rosa el horizonte. Paso de largo de la construcción sin detenerme y asciendo en zigzag pegada al Fontnegra, el más oriental de los valles de Núria. Por fin alcanzo la cumbre del Pic de l'Àliga para estrenar el primer rayo de sol a 2.423 metros de altura. No es la más bonita de las ascensiones, todo hay que decirlo (es un sendero altamente humanizado con todas esas estructuras que en invierno dan servicio a la estación de esquí), pero sí la más asequible cuando solo dispones de un par de horas y luego quieres tomarte un café con leche en el refugio.

De bajada me desvío un poco hacia el *camí* dels Enginyers en

busca de plantas. La última vez que estuve aquí pude fotografiar en este paraje a la más bella de las flores que hay en el Pirineo, con perdón del *edelweiss*: el *Lilium pyrenaicum*, la azucena de los Pirineos o, como la conocemos en mi tierra, el *marcòlic groc*. Es el emblema publicitario de la estación de la Vall de Núria, una especie esquiva que solo he conseguido ver en dos ocasiones a pesar de haber andado repetidamente cámara en mano por estos collados. La encontré una vez por casualidad en el circo de Colomers, en la Val d'Aran, y la segunda vez fue aquí, cerca del camino que conduce al refugio Coma de Vaca, aunque cabe decir que en esta última ocasión iba junto a un guía botánico que facilitó mucho la tarea.

Esta vez deambulo sin éxito escudriñando el suelo, la hierba bajo los árboles y los retazos de pradera, y cuando ya estoy dando media vuelta para regresar al santuario, veo a un par de buitres sobrevolando en círculo la hondonada que conduce a las gorgas de Núria. Me acerco con cautela recordando las historias de terror que me contó sobre estas aves José, el veterinario rural navarro, y cuando supero el cambio de rasante se abre ante mí una escena dantesca. Una docena de buitres están alimentándose de un animal caído que no alcanzo a distinguir si es un potro o un ternero debido al pandemónium de rapaces que pelean sobre él por un trozo de carnaza. Me asusto, doy media vuelta entre aspavientos y, ante mi agitación, las aves levantan el vuelo en bandada. Corro ladera abajo en una reacción que asumo es del todo naíf y pienso que por suerte la carroña les atrae más que yo, pues las bestias me ignoran y regresan al festín mientras desciendo a toda prisa campo a través.

Cuando llego a la ermita de Sant Gil unos minutos más tarde, allí está Joan Perera haciendo balance de los desperfectos que dejó atrás la tormenta de ayer.

—Acabo de encontrarme con un grupo de buitres comiéndose a un animal —le digo con voz histérica, aún conmocionada por el espectáculo sangriento.

—Ah, sí —dice él con total naturalidad—. Tenemos muchas rapaces por aquí. De hecho, los buitres son los más comunes. Pero vienen también águilas doradas y quebrantahuesos. Esos sí que imponen…

Aprovecho que el ermitaño ha abierto las gruesas puertas de madera de la capilla para entrar a calmar los ánimos, pero sobre todo

en busca de algo de sombra. Respiro, miro a mi alrededor y en la penumbra descubro que las paredes del espacio están completamente alicatadas con cientos de baldosas de piedra que llevan cinceladas un mismo nombre sin excepción: Núria. A cada tocaya de la Virgen que protege estos valles le acompañan además dos apellidos, un topónimo escrito a la manera preconstitucional y una fecha que también es idéntica en todas las placas.

> «NURIA VALLS I SOLER, VILASAR DE MAR, 1951; NURIA RIERA I JUSTO, VICH, 1951; NURIA JUSTES Y BERDÚN, ALMUDEVAR, 1951; NURIA BELLIDO I OJEDA, SEVILLA, 1951; NURIA GASULL CARPI, CALDAS DE MONTBUY, 1951; NURIA HERRERO I VILLALBA, CARACAS, 1951; NURIA PUIGVI I SALARICH, MATARO, 1951»...

Y así hasta el infinito, con Núrias procedentes de lugares tan alejados entre sí como Ripoll y Puerto Rico.

—Joan, ¿quiénes eran todas estas mujeres?

—Esta fue una acción del párroco que había aquí en los años cincuenta, el padre Antoni Vergés, para llevar a cabo la restauración de esta capilla, que por aquella época se encontraba en estado casi ruinoso. El hombre escribió una carta de su puño y letra a todos los ayuntamientos de España para que le facilitaran la dirección de aquellas personas del municipio que se llamaran Núria. Así, en un esfuerzo formidable, mandó cientos de misivas a todas ellas pidiendo un donativo para la reconstrucción de la ermita de Sant Gil. A las mecenas que contribuyeran a la causa se les haría una placa de agradecimiento, que es lo que ves aquí hoy.

—¿Sabes cuántas hay? —le pregunto.

—Pues lo cierto es que no.

Acto seguido nos repartimos el espacio y nos ponemos a contar las losas una por una. Hay 1.100 Núrias, 1.100 mujeres que metieron sus pesetas en un sobre y las mandaron vía correo postal para que el *mossèn*[2]Vergès volviera a levantar este lugar. Ciertamente, estos valles están plagados de sorpresas.

Me despido de Joan, quien en mi próxima visita promete contarme todos los secretos detrás de la imagen de Sant Gil y también enseñarme el ritual que hay que seguir para recibir el favor de fertilidad por el que es famoso el santuario de Núria. Cuando ya estoy marchándome, el párroco me dice desde la distancia:

—¿Visitar Núria te ha sacudido el corazón?

—Te mentiría si te dijera que no —le respondo.

—Entonces vas por buen camino… Que la *Verge* te acompañe.

Subo al tren que me devolverá a Ribes de Freser y agradezco viajar sola en un vagón que a estas horas solo se llenará cuando haga el trayecto de subida. El recorrido cuesta abajo es de lo más apacible, contemplando desde la comodidad de mi asiento la pedregosa cuesta de ese Camí Vell que discurre pegado al barranco y en cuyo fondo alcanzo a distinguir unas personas acarreando trajes de neopreno y mochilas. Precisamente en un petate como esos secuestraron a la *Mare de Déu* aquellos activistas que una noche de verano anduvieron todo este trecho para envolver a la Virgen en un saco de dormir, protegerla con un casco de espeleología y llevársela para esconderla en un armario ropero de Barcelona.

Esta tarde la conducción va a ser larga, por lo que antes de sentarme al volante decido comer algo y para ello hay dos lugares en Ribes de Freser a los que suelen acudir excursionistas, turistas ocasionales, cazadores, devotos de la Virgen, *runners*, buscadores de setas, escaladores o quienes quieran que estén de paso cuando la hora de almorzar les pilla en esta población. Por un lado, está Els Caçadors, un local centenario regentado por la cuarta generación de una misma familia que está ahí para quien quiera darse un homenaje de ensaladas abundantes en frutas y quesos, arroces, carnes a la brasa o todo lo anterior; y luego está el más modesto Bar Gusi, un clásico punto de encuentro de montañeros donde siempre puedes comer algo rápido si estás en ruta, lo cual es mi caso.

El Gusi siempre tuvo su encanto añejo, con esa barra de azulejos de los años sesenta y esa pared atestada de fotos de alpinistas sonriendo a cámara desde algún techo del mundo. A pesar de que lo reformaron hace unos años y ahora tiene otro carácter, compruebo que ahí siguen colgados los retratos firmados de algunos insignes clientes, como Ferran Latorre, Miguel Heras, Mireia Miró, Núria Picas o Kílian Jornet, a quienes —especialmente a este último— les han construido un verdadero santuario. Pido un bocadillo de tortilla de queso y una cerveza sin alcohol y almuerzo en la barra al ritmo del «Highway to Hell» de ACDC mientras el local se va llenando de mochileros y familias que esperan la salida del próximo Cremallera. Tras el café doble le digo adiós con la mano a todos esos héroes y heroínas de la montaña enmarcados en cristal y salgo en dirección a la

frontera francesa.

En el trayecto desde Ribes de Freser hasta Prats de Molló dejo atrás multitud de historias que merecerían ser contadas porque, en definitiva, en cada pequeño escondite de los Pirineos han pasado hechos históricos, han sucedido anécdotas y han vivido (y viven) personas extraordinarias que por sí solas darían para escribir un volumen entero. Un buen amigo fotógrafo me contó una vez cuánto estrés le producía pensar en todos esos lugares y en todos esos momentos de luz que se estaba perdiendo en el preciso momento en que se encontraba fotografiando otra cosa. Y algo parecido, sin llegar al paroxismo de mi colega de profesión, me ha estado sucediendo a lo largo de todo este recorrido por los Pirineos.

Así, con esa desazón que produce no poder abarcarlo todo en un solo viaje, en los poco menos de setenta kilómetros que tiene mi ruta hoy, paso de largo del balneario ya cerrado de Montagut, donde uno de los herederos de la familia me enseñó fotos antiguas de cuando aquí veraneaban personajes clave para el Modernismo, como fueron Santiago Rusiñol o Eusebi Güell. Cruzo sin detenerme Ripoll y Sant Joan de les Abadesses, cuyos respectivos cenobios fueron el regalo del todopoderoso conde catalán Guifré el Pilós para sus dos hijos célibes: un monasterio magnífico, el de Ripoll, para el infante Radulf y un convento para su hija Emma de Barcelona, quien, ante la encomienda de repoblar estas tierras tras el paso de los sarracenos por la región, se convertiría en una de las mujeres más poderosas de su tiempo.

Sigo carretera arriba por la Vall de Camprodón, que es célebre por sus galletas, por sus embutidos y por ser la tierra natal del compositor Isaac Albéniz, que nació en una residencia que aún conserva su correspondencia y partituras originales. En las colonias textiles de esta región, dedicadas a las hilaturas de algodón y lana, se dejaron la piel muchas personas que hoy seguramente, como los señores mayores que conocí en la Val d’Aran, aún se acordarán de aquella época de tanta escasez económica y vital. Subiendo hacia el Coll d’Ares doy la espalda la aldea de Molló, como hicieran todos aquellos que huyeron de la Guerra Civil, y recuerdo la historia de dos vecinos del valle que durante décadas se dedicaron a buscar por los bosques y a recuperar enseres abandonados para montar un museo doméstico que acabó clausurado por la policía porque exhibía todo un arsenal de más de ciento cincuenta armas de fuego, granadas de mano

y bombas. No me detengo en la escueta Espinavell, donde conocí a Eva, una de esas urbanitas con cargo de responsabilidad que un día vendió todas sus propiedades en Barcelona para dedicarse a criar ovejas y caballos a la sombra del Costabona…

Para cuando llego a la francesa Prats de Molló y me dejo caer en la cama de la primera pensión que he encontrado, siento que estoy agotada por las curvas, pero en especial por haber pasado de largo de todas esas grandes historias.

El exilio de *Las meninas*

Prats de Molló i la Presta a las nueve de la mañana es toda una algarabía. Después de haber desayunado mal (y caro) en la tierra del *café au lait avec croissant,*[1]doy una vuelta por el centro. Hay banderines de colores decorando algunas calles y gente circulando en comitiva por todas partes, y me pregunto si serán las fiestas del pueblo. Pero el dependiente de una librería de segunda mano que habla un precioso *català* con acento francés me aclara que hoy no se celebra nada especial aquí:

—Toda esta gente son turistas que llegan en autobús en viajes organizados. Ahora, en verano, tendremos la *festa major*, una feria de artesanos y visitas teatralizadas en el fuerte, pero nuestra festividad más importante en realidad tiene lugar en febrero, en época de carnaval. Se trata de la Fiesta del Oso, una tradición muy arraigada en esta parte del Pirineo que representa el rito de paso del hombre salvaje al civilizado. En ella tres hombres del pueblo se pintan de negro, visten pieles de cordero y persiguen a la gente, sobre todo a las chicas jóvenes, de un lado para otro. Al final se producirá una lucha entre vecinos y bestias que terminará en el sometimiento de estas últimas. El escritor Joan-Lluís Lluís escribió un libro ambientado en esta fiesta, *El dia de l'ós*. Está en catalán. Si lo quieres, lo tengo muy barato.

—Claro, me lo llevo. Y apunto esa festividad para otra ocasión...

Al ver mi inmediata predisposición a la compra, el hombre aprovecha el momento:

—Por si te interesara, tengo muchos otros libros con temática regional, además de biografías, ensayos y obras especializadas en la Guerra Civil. Mira —dice el librero señalando un escaparate en el que conviven apiñados personajes tan dispares como Mao Tse Tung, Quico Sabaté, Jules Bonnot o Lluís Companys, mirando al lector desde sus respectivas cubiertas ilustradas.

—Pues de momento con uno me basta, gracias, pero, mire —le

digo señalando el volumen con el rostro del *president* Companys—, precisamente hoy voy a subir hasta La Vajol para seguir la ruta a pie que hizo este señor en su camino hacia el exilio...

Salgo de la librería mirando sus estantes solo de reojo para evitar comprar todo lo que se acumula en ellos y sigo paseando por esta Prats de Molló a la que le sienta tan bien tener mil años. La aldea es una bombonera medieval y eso lo saben bien los turistas, que a estas horas inundan las plazoletas y suben resignadamente las pendientes que aquí hay que superar para visitar cualquier cosa. Ascender hasta la iglesia supone un esfuerzo relativo y hasta ahí más o menos todo el mundo llega, pero para encaramarse por la escalinata cubierta que trepa hasta el Fort Lagarde hay que tener buenas piernas y poca claustrofobia. Y a esa hazaña no todo el mundo está dispuesto.

Este fuerte Lagarde que todo lo ve se levantó abrazando una torre medieval, una vieja estructura en desuso que recuperaría su función vigía después de que aquel Tratado de los Pirineos que se firmó en la Isla de los Faisanes decretara que la nueva frontera debía estar aquí, en Prats de Molló. Así, aquella modesta villa catalana que siempre había vivido al margen de los conflictos pasó a pertenecer a otro país y a convertirse en ciudad fronteriza de la noche a la mañana. El rey Luis XIV, con el objetivo de defender los nuevos territorios que acababa de ganar literalmente de un plumazo, hizo viajar hasta aquí al arquitecto militar del momento, el célebre Sébastien Le Presetre de Vauban, quien demostró su talento envolviendo completamente en fortificaciones a Francia, desde Dunkerque hasta el Mediterráneo. De aquel extenso despliegue defensivo conserva Prats de Molló esta esforzada atalaya encaramada en lo alto de un peñasco.

Pero igual que los turistas que desanimados por la implacable cuesta le sacan fotos a la fortaleza desde lejos, tampoco yo subiré hoy —de hecho, no hace mucho ya la visité acompañando a mis padres, que sudaron de lo lindo trepando escaleras arriba—, porque tengo en mente hacer otra caminata. Así que regreso al coche para volver a cruzar la frontera en dirección sur por esta orografía húmeda, verde y despoblada donde José Saramago situó la primera grieta en su novela *La balsa de piedra*, en la que los Pirineos se parten en dos y la península ibérica se separa del continente europeo convertida en una isla a la deriva.

Ya en la escueta La Vajol tengo dos opciones y me decido por

ambas: caminata de cariz histórico y homenaje gastronómico en una fonda del pueblo en cuya terraza han colgado un cartel escrito con tiza que promete arroces de montaña y *civet*[2]de jabalí.

Empezando por la primera, cargo agua en la mochila y me adentro en el mismo bosque que vio pasar con lo puesto a los miembros del Gobierno republicano cuando, tras el alzamiento militar de 1936 y después de muchos meses de incertidumbre, agotaron todas las esperanzas de seguir con vida si no abandonaban su tierra cuanto antes y como fuera. El lento éxodo había empezado ya muy al principio de la contienda, cuando la sede gubernamental tuvo que trasladarse desde Madrid hasta Valencia (donde permaneció un año) para después instalarse en Barcelona, donde aguantaría otros catorce meses más. Pero ante la caída inminente de la ciudad condal, el 24 de enero de 1939 el presidente de la República, Manuel Azaña, junto con el jefe del Gobierno, Juan Negrín, el *president* Lluís Companys, el lendakari José Antonio Aguirre —que se había exiliado a París y que regresó para solidarizarse con su compañero catalán—, además de otros altos cargos y funcionarios republicanos, llegaron a Figueres. Desde allí subieron acompañados por los *mossos d'esquadra* y los carabineros de frontera hasta la escueta aldea de Agullana, y desde esta hasta La Vajol, donde me encuentro. Las tropas franquistas venían pisándoles los talones y en dos días consecutivos las bombas de la Legión Cóndor alemana arrasaron Figueres y Agullana, por lo que, apremiados por la situación y debido a la avería del coche que les dejó tirados a tres kilómetros de la frontera, la comitiva de políticos e intelectuales se vieron empujados a cruzar a pie el Coll de Lli amparados por la discreción de este bosque umbrío.

El camino en ascenso hacia Francia desde La Vajol no supone una gran dificultad, y paseo tranquilamente entre castaños y encinas a través de un paisaje al que agradezco la frescura en este día de verano. Aquellos fugitivos, sin embargo, superaron este collado nevado en pleno invierno ataviados con ropajes muy poco propicios para la travesía invernal, escuchando las bombas a sus espaldas y sabiendo que probablemente nunca podrían volver. Pero por lo menos consiguieron escapar indemnes. Llegaron a Les Illes sanos y salvos en dos tandas: primero lo hizo el grupo formado por Azaña, Negrín y parte del Gobierno con sus familiares, y más tarde arribaron los presidentes catalán y vasco, Companys y Aguirre, para comerse allí

una tortilla invitados por la patrona del Hostal dels Trabucayres.

Yo llego a Les Illes sin más sustos que el de haberme cruzado con un jabato, me siento en la terraza de este histórico establecimiento aún en funcionamiento, pido un agua con gas y trato de imaginar cómo debió de vivir esta sosegada aldea de apenas cien habitantes la llegada de más de cincuenta mil refugiados en unos pocos meses. Muchas de aquellas personas, en efecto, nunca regresaron a casa, y ese fue exactamente el destino de los presidentes Manuel Azaña —que un año después moriría en una Francia ocupada por los nazis— y Juan Negrín, que también falleció en el país galo y que sería enterrado en Père Lachaise, el mítico cementerio parisino donde reposan apellidos tan ilustres como Balzac, Stein, Byron, Proust, Chopin, Corot, Piaf, Callas, Wilde, Meliès, Delacroix y (mis favoritos) Taro y Morrison.

Los presidentes catalán y vasco, por su parte, no corrieron suertes mejores. Companys sí regresó a Catalunya, pero, habiendo sido apresado por la Gestapo cerca de Nantes, lo hizo maniatado y bajo custodia de las autoridades franquistas, que acabaron fusilándole en el barcelonés castillo de Montjuïc el 15 de octubre de 1940. El lendakari Aguirre fue de todos ellos el que tuvo una vida más larga, aunque tampoco pudo retornar jamás a su Bilbao natal. Después de una huida de película por una Europa ocupada por Hitler, sumada a un largo periplo por varios países americanos, volvió a Francia para liderar el Gobierno vasco en el exilio hasta su muerte en 1960. Fue enterrado cerca de su hogar, pero al otro lado de la frontera, en San Juan de Luz.

Cuando regreso a La Vajol de nuevo a través de una maraña de árboles, intento visitar la Mina Canta, otro de esos enclaves aparentemente insignificantes que tuvo una importancia crucial en la diáspora humana y cultural que supuso la Guerra Civil. Aquí, en esta sencilla mina de talco convertida en búnker (junto con los castillos de Peralada y Figueres) se escondieron *Las meninas* de Velázquez, *Saturno devorando a un hijo* de Rubens o *El 2 de mayo de 1808 en Madrid* de Goya, entre cientos de obras de arte procedentes, entre otros, del Museo del Prado, del Palacio Real o del Palacio de Liria, que había sido bombardeado por los nacionales, así como grandes cantidades de oro del Banco de España que el presidente republicano decidió «mandar al exilio» para evitar su destrucción o captura por parte de las fuerzas nacionales.

Esta vieja y modesta explotación de talco en l’Empordà que hoy encuentro clausurada a cerrojo ejerció pues —igual que sucedió en aquella mina de sal austríaca donde ocultaron el Cristo románico andorrano— como una clandestina pinacoteca a oscuras que albergaría las más brillantes obras de la historia del arte europeo. Mientras los presidentes se comían una tortilla en Les Illes, desde esta cueva y desde los otros depósitos ampurdaneses la comitiva de setenta y un camiones cargados con 1.868 cajas salió en dirección a la frontera en El Pertús, no sin dificultades, pues las carreteras estaban colapsadas por la nieve, por los millares de refugiados y por el constante bombardeo de las legiones alemana e italiana. El arsenal artístico llegó finalmente a Ginebra, donde fue almacenado y parte de él —incluidas *Las meninas*— exhibido en 1939 en el Museo de Arte e Historia de la ciudad bajo el cartel *Exposition des Chefs d’Oeuvre du Musée du Prado*.

Tenía la ilusión convincente de que podría acceder a la mina y no ha podido ser, así que regreso al centro de La Vajol con la firme intención de darme el festín que me he prometido esta mañana cuando a mi llegada a la población la palabra «arroz de montaña» se me ha quedado instalada en el hipocampo. Mientras observo las últimas estribaciones del Pirineo en l’Empordà a mesa puesta y sin vino porque aún me queda un último repecho de curvas, pienso en todas aquellas personas que desde aquí debieron volver atrás la mirada preguntándose si algún día tornarían a contemplar estos paisajes, su tierra.

Y, como en todas las historias de diásporas humanas y materiales, a uno siempre le queda la pregunta de qué pasó después con todos ellos. ¿Regresaron aquellas gentes? ¿Y qué pasó con las obras de arte? Lo cierto es que no hay mucha bibliografía que hable de ello y aún hoy no se sabe exactamente qué sucedió con ciertas piezas, porque vencedores y vencidos se acusaron mutuamente de su pérdida y/o destrucción. Hay cuadros que obviamente volvieron: solo hay que visitar el Museo del Prado para constatar que ahí está colgado el famoso lienzo de la corte de Felipe IV, esas meninas con esa infanta Margarita y ese pintor Velázquez mirando al espectador sorprendidos, como si les hubieran pillado haciendo algo que no tocaba. Pero hay otras pinturas que no cruzaron nunca la frontera de vuelta y que se exhiben en museos europeos, como por ejemplo el del Louvre, donde

por poner un ejemplo está *La reina Mariana de Austria*, de Velázquez, que Franco regaló al Gobierno fascista de Vichy en 1940. Y luego está todo lo demás, lo que desapareció y que —como los muertos en las cunetas— aún muchas personas siguen buscando.

Cuando después de comer apunto mi destino en el navegador del coche, me abruma la certeza de que este va a ser el último trayecto al volante de este viaje pirenaico que despegó en Irún hace ya muchas semanas. Arranco el motor, enciendo la radio para que sea ella quien decida aleatoriamente la música que deba acompañarme hasta la meta, pongo primera, miro el retrovisor y dirijo el morro del vehículo en dirección al Cap de Creus.

El Monasterio de Sant Pere de Rodes me recibe con su habitual halo místico. Quiza sea por la vocación vigía de sus perfiles románicos, por las leyendas de piratas y tesoros ocultos que lo envuelven, porque se asoma al mar sin vértigo ahí donde termina el mapa del Pirineo o quizá por todo ello. El caso es que la visión del cenobio desde la curva del camino que conduce a él siempre encoge el alma, especialmente cuando, como hoy, los rayos de sol inciden de refilón mostrándolo casi a contraluz, igual que en una pintura de Caravaggio.

Camino hacia Sant Pere con la agitación de quienes tienen la certeza de estar a punto de completar algo que costó mucho, como cuando tras una larga y esforzada ascensión vislumbras a lo lejos el hito en la cima de ese monte que tanto has luchado por conquistar. Con esa exacta sensación transito lentamente hasta Sant Pere, con emoción en los ojos y música de escena épica en la cabeza. Cuando llego a las puertas del *monestir*[3]paso a través de los turistas que salen extasiados de la visita y me desvío colina arriba para trepar hasta el viejo castillo roquero de Verdera, que, a diferencia del complejo monacal, solo conserva en pie cuatro piedras y un torreón que se restauró en la época moderna. Es un vigía privilegiado en el corazón del Cap de Creus.

Me acomodo en un saliente mirando al mar y respiro muy hondo para exhalar la emoción contenida. Desde esta cima de panorámicas insuperables veo la plana de l’Empordà difusa por el efecto de la canícula, con ese golfo de Roses en el que atracaron los griegos y el característico perfil puntiagudo de las Illes Medes surgiendo del Mediterráneo. Contemplo cómo muere el día sentada en la última

vértebra de esa espina dorsal del Pirineo que muestra sus cumbres finales para después tirarse, literalmente, de cabeza al mar. Piedra cortada en vertical, chocar de agua y espuma, viento sin paliativos y mucha de esa magia telúrica que desprenden todos los *finis terrae*. Es el fin del camino y, como dijo Saramago, «un lugar donde el mundo se despide».

Regreso a casa

Dos semanas después de haber vuelto a mi hogar en Mataró tras mi último viaje por los Pirineos recibí una llamada de Aleix Vilana desde Andorra para darme la triste noticia de que su tía abuela Maria había fallecido el día anterior. La familia me pedía por favor que les hiciera llegar las fotografías que le tomé a la anciana durante mi visita, pues habían sido las últimas que alguien le había hecho en vida y querían conservarlas como recuerdo. Me conmocionó terriblemente aquella llamada. Le di el pésame a Aleix, le pedí que lo hiciera extensivo a Carme y a Toni e inmediatamente después de colgar, con el corazón estrujado, me puse a procesar aquellas imágenes de la anciana sonriendo a cámara.

La muerte de Maria me sacudió mucho más de lo que sería habitual por tratarse de una persona a la que apenas había conocido durante un par de horas. Pero fui muy consciente de que con la marcha de aquella nonagenaria de humor fino y mente prodigiosa se apagaba otra luz del Pirineo, otra de esas pequeñas pero extraordinarias historias humanas que por desgracia suelen pasar desapercibidas para el común de los mortales. La señora Maria, que enfilaba hojas de tabaco con la varilla de un paraguas, pero también Felipe, que recuperó un molino harinero medieval. Xabier y su orgullo de pertenecer a una estirpe maldecida durante siglos. Olatz, con su infinita candidez y una vida dedicada a Dios y a quien lo requiriera. Rosalía, que conservaba intactos los recuerdos de un tiempo en que fue feliz en un lugar que hoy ya no existe. Gabriel y Rafael con sus historias de cuando la Val d'Aran era el Far West. Pere, que se fue a Barcelona con una maleta de cartón en busca de una vida mejor para nunca volver. Abel, que dedicó muchos años de su vida a desenterrar nuestro pasado pirenaico olvidado. Venanci, que sigue perpetuando esa trashumancia que ya practicaban en el Neolítico. O Joan, que todas las noches le reza a la *Verge* de Núria, también deberían aparecer en los mapas y en las guías esenciales de la cordillera. Porque se ha hablado mucho de sus paisajes, pero muy poco sobre su paisanaje, cuando ellas, las gentes anónimas que pueblan estas montañas, son la verdadera esencia de estos Pirineos que no son solo un cúmulo de cimas, valles, glaciares y ríos.

Tras el regreso a casa y en el posterior ordenar ideas para ponerlas por escrito, también fui consciente de hasta qué punto esta historia había tomado su propio camino. De hecho, cuando arranqué el periplo en Irún, tras haber investigado a fondo sobre los Pirineos y con una idea más o menos clara de lo que quería contar, lo que quería visitar y a quién quería conocer, solo podía intuir (porque esto forma parte de este oficio) que al final casi nada saldría como había previsto. Ya desde el primer momento y exactamente como se narra capítulo tras capítulo, muchas de las personas y de las historias fueron apareciendo en escena por casualidad y sin que yo las hubiera buscado, lo que me reafirmó en la idea de que en el fondo cualquier habitante del Pirineo con el que me hubiera topado habría aportado un testimonio valioso, único y extraordinario. Porque en los Pirineos no hay aldea, borda, masía, bosque, montaña o rocalla que no esconda una historia particular digna de ser contada.

A título de ejemplo, ni siquiera necesité llegar a Portbou, el lugar donde

inicialmente terminaba el libro en mi cabeza, para contar el destino del filósofo judío Walter Benjamin, quien, tras huir exitosamente de los nazis a través de estas montañas, acabó suicidándose en una fonda de esta pequeña localidad de l'Alt Empordà. No lo necesité porque, en realidad, en el decurso de mi viaje topé con la historia de Benjamin en la de tantos otros que como él pisaron estas montañas huyendo de la barbarie: el filósofo estaba presente en aquellos trenes cargados de oro en Canfranc y también en los cementerios de la Val d'Aran, en los valles de Andorra y en aquellos bosques de l'Empordà que cruzaran Azaña y Companys. No necesité llegar a Portbou por eso y porque llegué a Sant Pere de Rodes e inmediatamente supe que mi relato debía terminar allí, en aquella atalaya desde la que puede verse claramente cómo los Pirineos, en su decrecer, acaban sumergiéndose en el Mediterráneo.

Esta es solo una de las muchas historias del Pirineo. Una muy particular, humilde y casi podríamos decir casual, que cuenta una ínfima parte de lo que la cordillera esconde. Ahí sigue el resto. Allí han quedado muchas otras Marias con los recuerdos intactos, para quien las quiera escuchar. Quizá regrese a ellas algún día.

Agradecimientos

A todos los habitantes de los Pirineos que me abrieron las puertas de sus casas y de sus vidas. Esta no es mi historia sino la vuestra. Gracias.

A mis padres Antonia y Pere, que hicieron de las montañas mi hogar, el de mis tres hermanas y por extensión también el de mis sobrinas. *Us estimo, família*.

A mi hermana Pat, que me leyó capítulo a capítulo para acompañarme y darme luz sobre los muchos secretos que tiene escribir un libro. *Ets la millor*.

A mi compañero de vida, Mikel, que siempre ha estado ahí durante mis ausencias físicas y creativas. *Perquè ha estat un camí amb pujada llarga, d'aquelles que mereixen la pena recórrer junts. T'estimo*.

A mis editores Rosario Gómez y Oriol Alcorta por confiar en mí desde la primera letra y por acompañarme en esta travesía literaria por el Pirineo. *Mai us estaré prou agraïda*.

A mi mentor y amigo Xavier Moret. *Gràcies per aconsellar-me i animar-me a emprendre aquesta aventura.*

A Amagoia Betelu y a Ana Lizarraga de Turismo Gobierno de Navarra; a Fernando Blasco, de Turismo de la Provincia de Huesca; a Marisol Ariño y a Juan Manuel Morell, de Foment Torisme Val d'Aran; a Montse Buil, de Andorra Turisme; y a Laura Moreno e Ingrid Casado del Patronat de Turisme de la Costa Brava i Pirineu de Girona por toda la ayuda documental y logística. *Eskerrik asko*, gracias, *gràcies*.

A Núria Gual, a Fernando Centeno, a Imma Gómez, a Tomás Pino, a Maria Vilajoana y a Pere Palacios por tantos y tantos años a mi lado compartiendo montañas, mochilas, refugios, abrigos, *tuppers*, mapas, cremas solares, fotos en cimas, toallas, bidones de agua y en definitiva amistad incondicional. *Els Pirineus sense la vostra companyia no hauria estat el mateix.*

Bibliografía

ABRANTÈS, Duquesa de, *Voyage au Vignemale - Journal des jeunes personnes*, 1833.

AGUIRRE, María del Carmen, *Los agotes. El final de una maldición,* Madrid, Sílex, 2004.

ALCOLEA, Santiago, *et al.*, *La missió arqueològica del 1907 als Pirineus*, Barcelona, Fundació «La Caixa», 2008

ÁLVAREZ, Antonio, *Enciclopedia. Intuitiva, sintética y práctica*, Valladolid, Miñón, 1962.

ANÓNIMO (s. XII), *Chanson de Roland. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro,* Barcelona, Martín de Riquer, 2003.

ANTOLINI, Paola, *Los agotes. Historia de una exclusión,* Tres Cantos, Istmo, 1989.

AREITIO, Arguiñe y LÓPEZ, Gorka, *Los últimos glaciares. Cumbres imprescindibles*, Bilbao, Sua Edizioak, 2020.

ÁVILA, Jesús, *El Pirineu insòlit. 50 llocs on perdre's*, Valls, Cossetània, 2019.

AZURMENDI, Mikel, *Las Brujas de Zugarramurdi. La historia del aquelarre y la Inquisición*, Córdoba, Almuzara, 2013.

BAROJA, Pío, *El País Vasco*, Barcelona, Destino, 1953.

BARTLETT, Robert, *Why Can the Dead Do Such Great Things? Worshippers from the Marthyrs to the Reformation*, Woodstock, Princeton University Press, 2013.

BELLOC, Hilaire, *The Pyrenees. With Forty-six Sketches by the Author and Twenty-two Maps*, Londres, Methuen & Co, 1909.

BENET, Claude, *Passeurs, Fugitifs et Espions. L'Andorre dans la 2ª Guerre mondiale*, Toulouse, Le Pas d'Oiseau, 2010.

BERENGUER, Mireia y BERENGUER, Jacint, «Sobre la venda de les pintures de Sant Silvestre i Sant Gregori de Santa Coloma d'Andorra. Noves aportacions», en *Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, n.º XXXIII, Barcelona, Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi, 2019.

BIARGE, Ana y BIARGE, Fernando, *Balneario de Panticosa. La época dorada. Fotografías 1885-1950*, Huesca, Diputación de Huesca, 1998.

BODDINGTON, Mary, *Sketches in the Pyrenees. With some remarks on Languedoc, Provence and The Cornice*, Londres, Longman, 1837.

CALVET, Josep, *Huyendo del Holocausto. Judíos evadidos del nazismo a través del Pirineo de Lleida*, Lleida, Milenio Publicaciones, 2014.

CAMINS, Jordi, *Glaciares 2021. Pirineos. Inventario de los glaciares pirenaicos*, Igualada, Besa & Keops, 2021.

CAMPO, Ramón J., *Canfranc. El oro y los nazis. Tres siglos de historia*, Zaragoza, Mira Editores, 2012.

CAPDEVILA, Joan, *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa. Del tratado de los Pirineos (1659) a los tratados de Bayona (1856-1868)*, Madrid, Centro Nacional de Información Geográfica, 2009.

CASASSES, Eva, *et al.*, «Apropament a la història dels hospitals de la guerra civil (1936-1939) a l'Alt Urgell», en *Gimbernat. Revista Catalana d'Història de la Medicina i de la Ciència*, Vol. LXV, Barcelona, Reial Acadèmia de Medicina de Catalunya, 2016.

CASES, Angelina, «Amics de Montgarri», en *Terra Aranesa*. Vielha, Fondacion Etnologica dera Val d'Aran, 2020.

CELA, Camilo José, *Viaje al Pirineo de Lérida*, Barcelona, Planeta, 1965.

CLARÀ, Josep, *Desaparició i retorn de la imatge de la Mare de Déu de Núria (1967-1972)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004.

COLORADO, Arturo, *Éxodo y exilio del arte: la odisea del Museo del Prado durante la Guerra Civil*, Madrid, Cátedra, 2008.

—, *Arte, botín de guerra. Expolio y diáspora en la posguerra franquista*, Madrid, Cátedra, 2021.

CONTRERAS, Francisco, *Guía Mágica del Camino de Santiago*, Barcelona, Luciérnaga, 2015.

CREUS, Jordi, *El Pirineu perdut. Viatge a un món a punt de desaparèixer*, Barcelona, Ara Llibres, 2003.

DALMAU, José, *España, mi Patria*, Girona, Dalmau Carles, 1928.

DE LA PARTE, Isabel y MONCUSÍ, Albert, *Cal Rafeló, l'antiga fàbrica Reig. Una aproximació etnogràfica a la indústria del tabac a Andorra*, Sant Julià de Lòria, Fundació Julià Reig, 2021.

DE POSADILLA, Ginés, *Auto de Fe. Celebrado en la ciudad de Logroño en los días 7 y 8 de noviembre del año de 1610*, Madrid, Imprenta Real,

1811.

DROUET, Juliette (1833-1883), *The love letters of Juliette Drouet to Victor Hugo*, Nueva York, McBride, Nast & Co, 1914.

DUESO, José, *Cuaderno de Actos Comprobados de Brujos: Las brujas de Zugarramurdi en los papeles de la Inquisición de Logroño*, Create Space Independent Publishing Platform, 2014.

ESPARZA, Andoni, *El Señorío de Bertiz*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Fondo de Publicaciones, 2019.

ESPINÀS, Josep Maria (1957), *L'últim traginer. A peu pel Pallars i la Vall d'Aran*, Barcelona, La Campana, 2021.

FEDERICI, Silvia (2004), *Caliban and the Witch. Women, The Body and Primitive Accumulation. Autonomedia.* [Hay trad. cast.: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.]

FIGUERA, Manel, *Rufaca de paraules. Antología literària de la Cerdanya*, Lleida, Pagès, 2006.

FITTKO, Lisa (1940), *La meva travessa dels Pirineus. Records 1940 -1941. L'últim camí de Walter Benjamin*, Portbou, Reremús, 2021.

FLAUBERT, Gustave (1886), *Voyage aux Pyrénées et en Corse par les champs et par les grèves — Voyage en Bretagne*, París, G. Charpentier et Cª. [Hay trad. cast.: *Viaje a los Pirineos y Córcega. Viaje a Bretaña*, Madrid, Valdemar, 1994.]

FORTÓ, Abel y VIDAL Àlex, «Comunitats agrícoles a Andorra. L'ocupació humana a Juberri (Sant Julià de Lòria) durant el neolític mitjà (4500 - 3600 cal AC)», en *Monografies del Patrimoni Cultural d'Andorra*, n.º 6, Andorra la Vella, Ministeri de Cultura i Esports, 2021.

GARCÍA, Carles, *et al.*, «La reconstrucción de riesgos naturales en el contexto climático de la miniglaciación. El caso del alud catastrófico de abril de 1855 en el valle de Toran», en *Boletín glaciológico aragonés*, n.º 6, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2005.

GERRERA, José, «Memoria acerca de las aguas y baños minerales de Panticosa», en *Biblioteca Escogida de Medicina y Cirugía*, Madrid, Imprenta de la viuda de Jordan e Hijos, 1845.

GÜELL, Xavier, *Jo, Gaudí*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

HEMINGWAY, Ernest, *The Sun Also Rises*, Nueva York, Scribner's Magazine, 1926.

HENNINGSEN, Gustav (1980), *The Witches' Advocate (Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition, 1609-1614)*, Reno, University of Nevada Press. [Hay trad. cast.: *El Abogado de las Brujas*, Madrid, Alianza, 1983.]

HERNÁNDEZ, Antonio, *et al.*, *Peloterapia: Aplicaciones médicas y cosméticas de fangos termales*, Madrid, Fundación para la Investigación e Innovación en Hidrología Médica y Balneoterapia Bílbilis, 2014.

HERNÁNDEZ, Cristina, *Una experiencia educativa televisada en España entre la década de los 60 y los 80*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2018.

HUGO, Victor (1890), *Les Alpes et les Pyrenées. Viaje a los Pirineos y los Alpes*, Barcelona, Alhena Media, 2020.

JOANNE, Paul, *Pyrénées*, París, Librairie Hachette et Cie, 1883.

LEGARRETA, Josu y SANTXOTENA, Xabier, *El orgullo de ser agote. De la tradición a la proyección internacional*, Donostia, Erein Argitaletxea, 2018.

LORMIER, Dominique, *Les grandes figures de la Résistance française (1940-1945)*, Bordeaux, Sud Ouest, 2014.

LLOBET, Salvador [1947], *El medi i la vida a Andorra*, Andorra la Vella, Promocions Literàries, 1986.

MAÑÉ I FLAQUER, Joan, *El oasis. Viaje al país de los fueros*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jepús Roviralta, 1878.

MARAVER, Francisco, *et al.*, *Balnea. Establecimientos balnearios: historia, literatura y medicina*, Madrid, Publicaciones Universidad Complutense, 2006.

MARTÍNEZ, Alberto, *La Brecha de Rolando*, Madrid, Desnivel, 2001.

MAY, Roland, *Lugdunum Convenarum. Saint-Bertrand-de-Cominges*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1996.

OLLER, Narcís (1906), *Pilar Prim*, Barcelona, La Mar de Fàcil, 2020.

PÉREZ DE VILLARREAL, Vidal, «Molinos y molinería. Arte y técnicas por tierras del Baztán», en *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra* (año 9, n.º 26, pp. 219-256), Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1977.

PERROTA, Carmen, «Los inéditos mapas arqueológicos del Arxiu Mas: cartografía de los enclaves monumentales más significativos del territorio español», en *Pirineus romànics, espai de confluències artístiques*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2020.

REAL, Antoni, *Un siglo de esquí en el Pirineo*, Pasiones de nieve, Valls, Lectio, 2011.

REMOLINS, Gerard y GIBAJA, Juan F., *Les valls d'Andorra durant el Neolític: un encreuament de camins al centre dels Pirineus*, Barcelona, Museu d'Arqueologia de Catalunya, 2018.

RIPOL, Marc, *Las rutas del exilio*, Barcelona, Alhena Media, 2005.

RIPOLLÈS—PONSI, Joana y TRAYNER, Maria Pau, *Emma de Barcelona. Monestir de Sant Joan de les Abadesses*, Barcelona, Mediterrània, 2000.

ROS, Ignasi, «Era escòla de Hamburg ena Val d'Aran: Fritz Krüger, Walter Schroeder e Karl Heyns (1929-1930)», en *Terra Aranesa*, Vielha, Fondacion Etnologica dera Val d'Aran, 2020.

SAINT—LEBE, Nanou, *Viajeras por los Pirineos. Siglos XVIII-XIX*, Bilbao, Sua Edizioak, 2002.

SÁNCHEZ, Ferran, *Espías, contrabando, maquis y evasión. La II Guerra Mundial en los Pirineos*, Lleida, Milenio Publicaciones, 2010.

—, (2013). *Maquis en el Alto Aragón. La guerrilla en los Pirineos Centrales 1944-1949*, Milenio Publicaciones, 2013.

SANLLEHY, M. Àngels, «La Querimònia (1313): un referent en la història de la Val d'Aran», en *La Reintegració de la Vall d'Aran a Catalunya*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2015.

SARAMAGO, José (1986), *La balsa de piedra*, Barcelona, DeBolsillo, 2015.

URABAYEN, Félix, *El barrio maldito*, Madrid, Calpe, 1925.

VALLBONA, Rafael, *Un any a la Cerdanya*, Barcelona, Edicions 62, 2019.

VERDAGUER, Jacint (1886), *Canigó*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995.

VIADIU, Francesc, *Entre el torb i la Gestapo*. Barcelona, Rafael Dalmau, 1974.

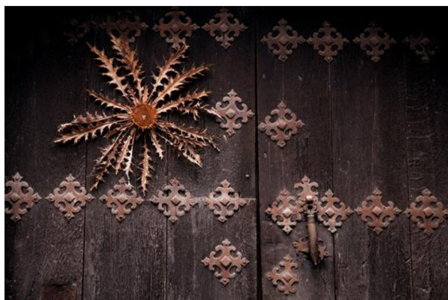
VV. AA., *Aran Istòria Gràfica*, Vielha e Mijaran, Fondacion Musèu Etnologic dera Val d'Aran, 2014.

VV. AA., *Camin Reiau Val d'Aran: 33 pobles, 150 km: a partir de la Base Cartográfica del Servicio Geográfico del Ejército*, Barcelona, Alpina, 2019.

VV. AA., *Lo mejor de los Pirineos. Experiencias y lugares auténticos*, Barcelona, Planeta, 2021.

VV. AA., *Monasterio de San Juan de la Peña*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007.

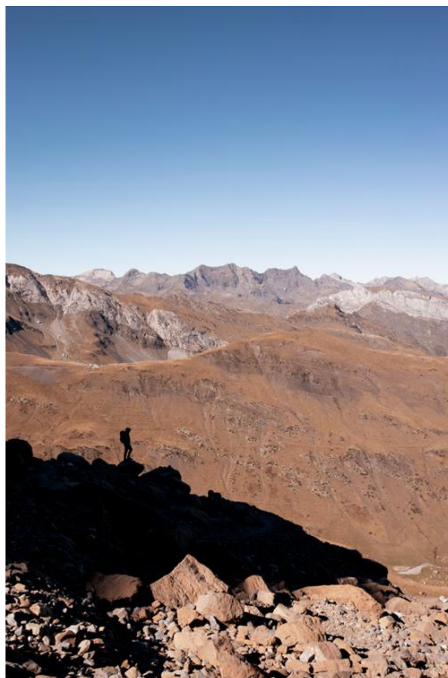
Láminas



A lo largo de los Pirineos existe la tradición de colgar en las puertas una *eguzkilore*, flor del sol, carlina o *cardiguera (Carlina acanthifolia)* a modo de protección del hogar.



El veterinario José Berrot entablilla una pata a una oveja herida.



Senderista en el camino que sube al refugio de Sarradets desde el Col de Tentes.



Rosalía Ramón, la última habitante de la aldea oscense de Ainielle.



El profesor Enrique Satué en el Museo Ángel Oresanz y Artes del

Serrablo, en Sabiñánigo.



La niebla engulle las instalaciones de la estación de esquí de La Monguie, en el Col du Tourmalet.



El cementerio civil de Bausen, en la Val d’Aran.



Las Hèstes deth Huec (fiestas del fuego), en la población aranesa de Les.



Tòn Leja, el último artesano cestero de la Val d'Aran. P_



Gabriel Vidal y Rafael Medina en su huerta, en Arties.



Edurne Pasaban en el refugio de Montgarri.



Día de lluvia (y vaca) en Montgarri.



Senderista en uno de los antiguos edificios de la Mina Victoria.



El abuelo de la autora, Pere Ubach (a la derecha), cuando trabajaba como camarero en el Paral·lel de Barcelona.



Aina Agustí trata de detener a las vacas durante su trashumancia anual a Les Bulloses.

Notas

1. «Hombres españoles. Un puesto de carabineros a orillas del Bidasoa.»

2. «Territorio neutral antes de 1901. ¡No desde entonces! Buenos recuerdos.»

3. Casa de huéspedes.

1. Tortas vascas.

2. Ciudad.

3. Las grandes figuras de la Resistencia francesa.

1. Caserío.

2. Poni.

3. Arroyo.

1. Límite.

1. Carne verdaderamente sagrada.

2. De manera especial.

1. Uno de los tres hospitales del mundo.

1. Cuatrisquel o tetrasquel.

1. Amarillo.

2. Dorado.

1. Deporte, montaña y senderismo.

2. Callejón sin salida.

3. Escaleras de Sarradets.

4. Panadería.

5. Rocas lo suficientemente grandes para poder escalarlas.

1. Técnica para tratar patologías respiratorias.

2. En los Pirineos escasean los buenos guías.

3. El bonito pueblo de Bagnères.

1. De la Val d'Aran.

2. Sol que tira de espaldas.

3. Movimientos guerrilleros opositores al régimen franquista.

4. Hogazas de pan.

5. De Arriba.

6. De la Montaña.

7. Balsa de Arres.

8. Una mezcla de surimi y mayonesa, a veces con gamba incluida.

9. *Pintxo* de piparra, aceituna y anchoa.

10. Buenas tardes.

11. Porteadores.

12. «Cuando el forastero se acerca a ellos, los viejos callan. Callan. [...] Nunca han necesitado nada de ningún forastero, y ahora todavía menos. [...] No piden nada ni dan nada. Toman el sol de la tarde sentados en los bancos de la ribera del río, y hablan cuando nadie los escucha, de sus cosas, que nadie sabe, ni hace falta que sepan.»

1. Tronco de abeto que se planta a la entrada del pueblo de Arties y al que se prende fuego la noche de San Juan.

2. Buenos días.

3. La quema.

4. Hacha.

5. Abuelo.

6. Fiestas de pueblo.

7. Iglesia.

8. Baile tradicional.

1. Manitas de cerdo.

2. Del latín. Hombre que ejercía un arte o un oficio con una perfecta conciencia.

3. El salto del pez.

4. Ojos del diablo o de Júpiter.

1. Sopa tradicional de la Val d'Aran.

1. Un embutido típico de la cocina montañesa de Aragón y Catalunya.

2. El heredero.

3. Hijo no heredero.

4. Canción popular. «Bajando de la fuente del gato, una chica, una chica. Bajando de la fuente del gato, una chica y un soldado.»

1. El pequeño país de los Pirineos.

2. Maestro.

3. Cristo en majestad (iconografía cristiana).

4. Cordero de Dios (liturgia cristiana).

1. Tercio.

2. Agricultores.

3. Encargados.

4. Ay, Dios mío de mi vida.

1. Establos.

1. *Solana*: lado de una montaña donde da el sol. *Obaga*: lado de una montaña donde da la sombra.

2. Una de las comarcas más bellas, más finas de Catalunya.

3. Castillo de titanes.

4. Una media luna bajo el [pico de] Carlit.

5. Cargar a alguien a la espalda.

1. Encender fuego.

2. Bastón.

3. ¿Entendido?

4. Longanizas.

5. Pan de payés, típico en Catalunya.

1. Los dientes de león de los que ya he hablado.

2. Plato típico hecho con col, patata y panceta.

3. Virgen.

4. Los gozos de la Virgen de Núria.

5. Movimiento cultural catalán de la segunda mitad del siglo XIX.

1. Rebecos de los Pirineos (*Rupicapra pyrenaica*).

2. Párroco.

1. Café con leche y cruasán.

2. Guiso de carne de caza.

3. Monasterio.

Pirineos. Más allá de las montañas Kris Ubach

Ediciones Península
Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-1100-186-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta